

# Putas no soy

CHARO IZQUIERDO

**Una cruda denuncia sobre la trata de niñas basada en el documental *Chicas nuevas 24 horas* de la directora Mabel Lozano, premio Avanzadoras 2015 de Oxfam Intermon**

Lectulandia

Hay viajes en la vida que no siempre llevan a la esperanza. Se hacen porque no hay otra salida y quedarse significa conformarse con la cuadrícula del mapa en la que la existencia nos coloca o repetir los errores de nuestros padres y madres. *Putas no soy* relata la dolorosa e injusta historia de los cerca de cinco millones de mujeres y niñas que, en busca de un futuro mejor, viven una pesadilla que nunca imaginaron: ser atrapadas por las mafias de tráfico de seres humanos con fines de explotación sexual.

Luna, la protagonista de esta historia basada en uno de los personajes reales del documental *Chicas nuevas 24 horas* de la directora Mabel Lozano, nos traslada a la selva del sureste peruano, a la región de Madre de Dios, donde un 20% de las víctimas de trata con fines de explotación sexual son niñas y adolescentes y nos relata cómo, engañada por su propia familia, es obligada a prostituirse con 15 años. De ahí solo hay un paso a ser violada y maltratada.

Al otro lado del Atlántico, Julia, bajo una apariencia de vida normal y de éxito como famosa presentadora de televisión, nos adentra en el segundo negocio ilegal más rentable del mundo (después del tráfico de armas) y nos conduce por los submundos de la prostitución en España, donde un 80% de las mujeres que venden su cuerpo lo hacen en condiciones de esclavitud.

Esta inmensa novela lo es no solo por la crudeza de la realidad que destripa y por la magistral escritura de Charo Izquierdo, también por la loable fuerza con la que nace: concienciar y educar a los hombres de que sin demanda no habría oferta y de que las mujeres han de dejar de seguir perdiendo sus derechos para ocupar el lugar de dignidad y vida que merecen.

«La más potente de las razones de la trata es el deseo de someter a la mujer, de vencer en lugar de convencer, de tomar por asalto su cuerpo en lugar de seducir, de convertirla en propiedad, en presa, durante el tiempo pagado. Pago, luego uso, porque pago es mío. Tenemos que conseguir que los potenciales consumidores se pongan por un momento en la piel de ellas. Debemos lograr que la sexualidad de estos hombres se desvincule del poder, del sometimiento del otro, y esta novela sin duda contribuirá a ello».

Mirta Drago

Directora de Comunicación de Mediaset España

**Lectulandia**

Charo Izquierdo

# **Putá no soy**

ePub r1.0

Titivillus 14.06.2018

Título original: *Putá no soy*  
Charo Izquierdo, 2015  
Prólogo: Mabel Lozano  
Epílogo: Mirta Drago  
Fotografía de la autora: Teresa Peyrí  
Diseño de cubierta: Javier Perea Unceta

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

*A mis padres, que me enseñaron el significado  
profundo de amor y respeto.*

*A mis hijas, que son mi inspiración constante  
y el recordatorio de que un mundo mejor  
es posible y todos podemos contribuir  
a conseguirlo.*

«En el siglo XIX, la comunidad internacional se unió para declarar que la esclavitud era una afrenta a nuestra humanidad común. Hoy, los gobiernos, la sociedad civil y el sector privado deben unirse para erradicar todas las formas contemporáneas de esclavitud, incluido el trabajo forzoso. Juntos, hagamos todo lo posible para ayudar a los millones de víctimas de todo el mundo que viven en la esclavitud y han sido privadas de sus derechos humanos y su dignidad».

Mensaje del secretario general de la ONU.  
Día Internacional para la Abolición  
de la Esclavitud, 2014

«Pienso en las personas obligadas a ejercer la prostitución, entre las que hay muchos menores, y en los esclavos y esclavas sexuales».

Extracto del mensaje «No más esclavos,  
sino hermanos», del Papa Francisco el  
1 de enero de 2015, en la celebración de  
la XLVIII Jornada Mundial de la Paz

# Prólogo

Hace diez años apenas se hablaba de trata en nuestro país. A algunos aquello de la «trata de blancas» les sonaba como algo pasado y, desde luego, lejano a nuestra sociedad del bienestar.

Conocer de primera mano la realidad que sufren muchas mujeres y niñas que son compradas y vendidas en nuestro país como carne, como simple materia prima de la que lucrarse, fue el detonante que me empujó a escribir y dirigir mi primer documental sobre la trata, Voces contra la trata de mujeres.

La trata desde ese momento para mí dejó de ser una frase, un número, un delito, para llamarse María, Teresa, Svetlana... Para convertirse en un rostro de mujer, de niña. Todas ellas víctimas del silencio, de la exclusión social, todas desnudas también de derechos. Ya no quería callar, quería contar esta terrible realidad, contarlo con sus voces, con sus testimonios, denunciar la vergüenza de la esclavitud del siglo XXI.

Muchos amigos se burlaron de lo que les contaba y me decían lindeces y topicazos como «la que es puta es porque quiere» o «porque pago ellas pueden vivir». Fueron muy pocos los que entonces creyeron lo que les contaba de las promesas de una vida mejor que hacían a estas mujeres y niñas en sus países de origen para después someterlas a la esclavitud sexual en el nuestro; de sus sueños de emprender un viaje hacia una oportunidad para mejorar sus vidas y la de sus familias para, más tarde, ver como estos sueños se convertían en una pesadilla, una pesadilla sin retorno, sin salida. Solas, sin documentación, muchas sin conocer el idioma, violadas, humilladas, explotadas para el lucro de sus «amos».

En este cambio de rumbo de mi vida coincidí en una charla con la periodista Charo Izquierdo, por entonces directora de Yo Dona, una mujer comprometida y que, a través de las páginas de su revista, mostraba mujeres bellísimas e importantes pero también mujeres y niñas que contaban historias de vidas duras, de vidas llenas de sacrificios, de burkas, de mutilación genital, de mundos que

había que cambiar...

Le conté a Charo mi proyecto, la película que había escrito y quería dirigir, le hablé de la trata, de las mujeres, de María, Teresa y Svetlana, mujeres como nosotras que habían sufrido en sus carnes las mayores atrocidades.

Le hablé del viaje que quería emprender a Rumania y Moldavia, que eran los países de donde provenían mayoritariamente las mujeres que eran explotadas en nuestro país, un viaje a los países de origen para después regresar al nuestro donde eran explotadas.

Charo no dudó, me tendió su mano y así comenzamos un viaje juntas contra la trata, el mío real y el de Charo dando visibilidad a través de las páginas de su revista a muchas de las historias de mujeres supervivientes de trata que tuvieron la valentía y generosidad de compartir su viaje al horror para, de esta manera, ayudar a otras muchas mujeres «en riesgo» y que no cayeran en manos de los tratantes, de los proxenetas.

Después de ese primer largometraje sobre trata con el punto de vista en las víctimas, que fue pionero en nuestro país, llegaron más trabajos que abordaban la trata desde la corresponsabilidad que tiene el cliente con este delito, pues la trata se rige bajo una única ley que es la de la oferta y la demanda, también con el punto de vista en la opinión de los jóvenes, presentes y futuros consumidores, campañas nacionales e internacionales sobre trata con fines de explotación sexual como la de la Policía Nacional española. Mayoritariamente mis trabajos como cineasta versan sobre la trata de mujeres y niñas con fines de explotación sexual y están a favor de los derechos humanos.

Durante todos estos años, Charo siempre ha estado a mi lado a nivel profesional, apoyando todos estos trabajos y dando visibilidad a estas terribles historias reales. Hemos formado un buen equipo, en mi caso, utilizando como herramienta el cine y, en el de Charo, la comunicación; ambas con el firme propósito de cambiar el mundo para las mujeres y las niñas más vulnerables... y cuanto antes.

En todo este tiempo nació una gran amistad entre nosotras que, para mí, es uno de los mayores regalos que me ha ofrecido la vida.

Desde 2010 la trata es delito en España y, desde esa fecha, se empieza a tener mucha información de la manera de operar de los tratantes de personas, pero también de lo rentable que es el negocio de la compra y venta de seres humanos; de hecho, es el tercer negocio más lucrativo del mundo tras las armas y el narcotráfico. Por eso era el momento de contar esta gran tragedia humana



colocando el punto de vista en la mirada perversa del gran negocio que significa la esclavitud sexual.

Y así nace Chicas nuevas 24 horas, un proyecto multidisciplinar que, a través del cine, la fotografía, el 2.0 y la literatura, denuncia la trata para la explotación sexual.

Después de años de investigación en los distintos países de origen, decidimos emprender un viaje al contrario del que realizaron mujeres y niñas víctimas de trata en nuestro país, siendo de origen paraguayo, colombiano, etc. Pero también la investigación nos lleva a conocer una trata de menores muy desconocida para nosotros porque está muy localizada y se centra en una región minera muy concreta de Perú.

Y es en este último tramo de nuestro viaje por Latinoamérica después de rodar Chicas nuevas 24 horas en Colombia, Argentina y Paraguay donde, ahora sí, de una forma real, nos acompaña Charo Izquierdo.

Juntas emprendemos el camino desde las preciosas montañas de Cuzco a través de la recién estrenada carretera Interoceánica para llegar a los lavaderos de oro en Madre de Dios, en el corazón del Amazonas, una zona completamente deforestada y donde los ríos son de color amarillo por el mercurio vertido, todo como consecuencia de la extracción ilegal del oro.

Madre de Dios tiene una población de más de 15.000 de estos mineros ilegales, cuya única diversión es consumir sexo y alcohol. Ante el miedo de contraer enfermedades, demandan sexo de menores y, por eso, el precio de una menor con poca experiencia sexual se compra por dos gramos de oro y el desvirgar a una «muchachita» hace incluso creer a los mineros que conseguirán encontrar más oro.

Y es aquí donde nace esta novela: en las preciosas montañas del Alto Andino, donde las familias viven únicamente de lo que cosechan en sus tierras y donde los hermanos mayores tienen la responsabilidad de alimentar a la familia igual que el papá y la mamá. Por esta razón a muy pronta edad tienen que buscar trabajo fuera y, también por eso, caen en manos de los depredadores, de los dueños de vidas ajenas.

Desde esas aldeas donde las niñas son prácticamente todas quechua parlantes emprendemos el viaje para llegar a los «megas», grandes y jóvenes pueblos construidos en Madre de Dios alrededor de la minería aurífera. Pueblos construidos con tejados de plástico azul en los que se hacían cientos de niñas

menores que trabajan en los prostibares donde son obligadas a consumir alcohol y a tener relaciones sexuales con los mineros. Niñas que, cuando caen enfermas o se quedan embarazadas, simplemente, se pierden en los ríos.

Esta es una novela única y apasionante. Una novela basada en la historia real de una de estas «muchachitas». Una novela llena de ternura, pero también dura como no podía ser de otra forma cuando se habla de la esclavitud a la que son sometidas estas menores.

Una historia que va creciendo en intensidad cada capítulo, que te cautiva, que te lleva y te trae desde el Amazonas a Madrid, para devolvernos al Amazonas con el corazón encogido y sin poder parar de leer.

Una novela imprescindible, como no podía ser de otra forma, escrita por mi amiga Charo, una mujer sensible e inteligente.

Mabel Lozano  
Documentalista especializada en derechos humanos  
y directora de Chicas nuevas 24 horas

# De corazón

Esta historia no existiría si Mabel Lozano no hubiera entrado en la mía. Uno de esos regalos que te hace la vida. Ella soñó que yo escribiera este libro. Y yo hice realidad su sueño. Con mucho amor y con mucho vértigo. Sin Mabel este libro no hubiera sido posible. Pero tampoco mi conocimiento del tema ni mi acceso a mucha de la documentación utilizada para escribirlo. Ni sentiría tanto interés por este tema tan doloroso, contra el que decidí luchar en la medida de mis posibilidades desde que ella me introdujo en él hace nueve años.

Hice mío su sueño. Y lo hice realidad gracias a otro regalo, el de Jeanne Bracken, Nuria Coronado y Cristina Álvarez, de LID Editorial, que creyeron en mí con los ojos cerrados. Como se empieza a soñar.

Gracias, Mabel. Por haber dirigido el documental Chicas nuevas 24 horas en una de cuyas historias está inspirada la novela. Por haberme permitido compartir una semana en Perú, que se desliza en una gran mayoría de las páginas de este libro; aquí están sus olores, sus paisajes, sus gentes.

Gracias a Annabelle Aramburu Picasso, directora de 7Arte Vital, productora del documental Chicas nuevas 24 horas en Perú. Por acogerme. Por cuidarme. Por tratarme, y por hacerme sentir, como una más.

Gracias al equipo de rodaje. A Rafa Roche. A Mauricio Aristizabal. A Manuel. Por su generosidad.

Otro regalo en la vida: Rocío Mora, coordinadora de APRAMP. Inspiradora. Colaboradora. Seguramente una de las mujeres que más sabe sobre trata de niñas y mujeres con fines de explotación sexual. Sus conocimientos, sus conceptos, sus contactos han sido fundamentales a la hora de tejer la historia. Gracias a ella, a Rocío Nieto y a las mediadoras de APRAMP con las que pasé varias tardes y con quienes desearía pasar muchas más. Aprendí de trata. Y de humanidad.

Gracias a José Nieto, inspector jefe de la Unidad Central de Redes de Inmigración y Falsedad Documental (UCRIF), por sus enseñanzas sobre el sórdido negocio de la esclavitud.

Tengo que agradecer conversación y materiales a Andrea Claudia Querol, de la ONG Capital Social Humano Alternativo. Y a Óscar Guadalupe y su esposa Ana Hurtado, fundadores de la Ong Huarayo y del albergue que dirigen en Mazuko. Gracias a ellos tuvimos el testimonio de la niña peruana víctima de trata. De hecho sus nombres son los únicos que he respetado en esta historia. No me parecía justo cambiarlos. Pero además desearía que a través de este libro consiguieran que alguna ONG internacional colaborara con ellos en la maravillosa labor que realizan desde hace 17 años. También es real el nombre de Yandí, una de las protagonistas del documental Chicas nuevas 24 horas que sirve de base a esta historia.

Es un honor contar con un epílogo de Mirta Drago, directora de comunicación de Mediaset España. Sobre todo porque tengo la sensación de que, con la suya, hay otra energía más que se añade a la causa de la lucha contra la trata.

Gracias a mi dreaming coach, mi querida Mayte. Soñar es gratis. Construir los sueños es trabajoso. Pero el placer, inmenso.

... Javi, no hay agradecimiento real ni suficiente para tanto cariño y tanta comprensión.

## Puta no soy

Si hubiera sido puta, tal vez me hubieras amado.  
Si hubiera besado tu falo, me hubieras amado.  
Si tal vez otro habría grabado mi piel en sus labios, ahora tú serías mío.  
Tan mío como creí que lo eras.  
Simplemente me despojaste las bragas  
y humillaste mi inocencia.  
Si te hubiera amado con mentiras, tú me amarías.  
No me amabas, yo era tuya.  
Tú solo jugabas.  
No era puta, era simplemente una mujer que te amaba.  
Creía en la pureza de tus labios.  
Te entregué mi piel.  
Te entregué mi vida  
Por no ser puta crucé el infierno.  
Y te amé La amabas.  
Si hubiera sido descarada,  
me hubieras amado no por ser puta, sino por ser solo tu mujer.

Amelia Neruda [Poemas del alma]

Estuve muerta, al menos unos segundos, o inconsciente, que ahora a mis dieciséis años sé que es parecido a morir.

Antes tuve tiempo de ver al chanco enorme aquel, felpudo, de un gris sucio como solo puede ser el gris de los cerdos, con unas manchas negrísimas que le daban todavía un aspecto más repugnante.

Se apareció de pronto, a saber de qué chiquero salió, y se quedó allí, cruzado en la carretera, no más. Tengo bien reciente aquella cabeza descomunal de ojos estúpidos, con la baba colgándole del morro, viniéndose derechita a todo correr hacia nuestro carro, haciéndonos perder el rumbo y el sentido.

El hombre que manejaba dio el aviso: «¡Sujéten...!». No le dio tiempo a pronunciar el «se», ni pudo terminar la maniobra con la que intentó librarse de la bestia. El conductor, pareja de la amiga de mi tía Rous, perdió el control del volante. Aquel hombre encontró su final por culpa de un chanco rabioso. Así fue, no más.

Dudo que yo hubiera tenido tiempo de agarrarme de alguna forma, pues todo fue muy apurado, segundos apenas. Esos, ahora lo sé, en los que tu existencia baila caprichosa entre la luz y la oscuridad; segundos que cambian tu destino; esos que te cambian la existencia o la estrangulan. El silencio se hacía lugar entre los chillidos del cerdo en su matanza, los gritos de dolor de los heridos y los aullidos de los vivos en su descubrimiento de los muertos.

Hasta que los chillidos histéricos del marrano en su agonía me devolvieron a la tremenda realidad. Por desgracia, no había sido un mal sueño. Cuando logré recordar lo ocurrido, el cuerpo, aprisionado entre los asientos del carro, me temblaba de punta a punta. Las manos y los pies buscaban inútiles una salida precipitada por donde escapar de aquel infierno.

Mientras, iba dándome ánimos con los que celebrar mi suerte. No hacía más que repetir para mis adentros: «Luna, estás viva. Tranquila».

Aquel segundo de muerte me supo a sangre. La busqué por todo mi cuerpo. Ni siquiera el alivio de no hallar en mí un solo rasguño logró borrar aquel sabor agrio y espeso, como de diente arrancado de cuajo o de nariz golpeada, que conocía bien gracias a las palizas que mi papá nos daba a mi mamá, a mi hermanito y a mí, en aquella manera suya de recuperar una hombría que nunca había tenido.

El color pardo del carro apenas se distinguía de los troncos contra los que nos habíamos empotrado. Estaba en el interior de un acordeón hecho a martillazos. La visión de aquel amasijo metálico me provocó sensación de vértigo. Un malestar agudo se agarró a la boca del estómago, aunque el miedo a morir ya había desaparecido. Todavía no me había escuchado decir una palabra. En mi cabeza, a punto de estallar, se arremolinaban un montón de preguntas. Inmediatamente pensé en mis compañeros, en cómo íbamos a proseguir el trayecto, si es que decidíamos continuarlo. Uno a uno fui buscando y clasificando los vivos y los muertos, mientras miraba ansiosa a la izquierda y la derecha del coche, como si esperase la llegada milagrosa de un salvador. Quería saber cómo estaban, con la esperanza de que hubiera ocurrido un milagro. Habían pasado unos escasos segundos, pero el caos hace eternos los minutos. Me hubiera gustado rebobinar el tiempo y regresar al principio, cuando solamente conocíamos la alegría y la excitación con la que emprendíamos aquel viaje.

Entre lágrimas sonreí agradecida, feliz, cuando descubrí que a mi lado mi tía Rous se movía para palparse uno de los tobillos. Después reparé en su amiga. A la hora de subirnos en el carro había pedido sentarse detrás porque delante siempre mareaba y, lo que era peor, como nos anunció a modo de amenaza ella era de las que vomitaba. Aparentemente, tampoco había sufrido daño alguno, salvo un cristalito del parabrisas clavado en la frente.

Tardé en mirar a quien más deseaba mirar y a quien más temía mirar. El silencio de Yanai confirmó mis malos augurios. Mi amiga, mi hermana, mi compañera de vida y de aventuras, parecía no querer despertar. Inmóvil en el asiento del copiloto, ni siquiera notó el cosquilleo de aquella mariposa que caprichosamente fue a posarse en su hombro descubierto. Un hermoso ejemplar de alas moradas, moteado de puntitos amarillos, que en cualquier otro momento habría desencadenado en ella una alegría explosiva. Pero Yanai no movió un músculo. Quieta o muerta, valga la redundancia.

Con desesperación me abracé a su cuello inerte, negándome a aceptar la posibilidad de que mi amiga, a quien yo consideraba parte de mí, se hubiera ido. Lloraba, gritaba y pataleaba queriéndome zafar de aquel hombre que jalaba de mí con fuerza para rescatarme de mi prisión, tratando de arrancarme del cuerpo y la sangre de mi amiga, con quien había formado una comunión perfecta desde hacía

siete años, casi la mitad de nuestras vidas. Pero yo no quería abandonar el cuerpo de Yanai, quería morir con ella.

Cuando finalmente aquel samaritano logró arrancarme de la muerte, tras haber ayudado primero a mi tía y a su amiga, yo caí literalmente al suelo pues las piernas no me respondían. No tenía otro pensamiento que mi Yanai, y una vez sentada pensé morir yo también, con un vómito histérico producto del miedo, del shock y el asco de aquel horror. Cómo iba a vivir sin mi amiga.

Mi tía Rous me indicó que mirase al otro lado de la carretera. La tragedia no se había quedado solo en nosotros, otros dos coches habían colisionado cuando el animal salió despedido por el impacto.

De nuevo sentí las arcadas amargas. Volví a vomitar. Esta vez más fuerte. Vaciando el estómago y mucho más el alma... Con lo poco que había comido ese día. No dejaba de temblar, estaba en estado de shock. «Sí, Luna, después de todo has tenido suerte», pensé, para arrepentirme al minuto.

Me dirigí al coche pensando que podría ser un error, que Yanai estaba inconsciente pero con vida. Limpié la sangre de su carita, acaricié sus brazos, la zarandeé, grité su nombre enfadada, reprochándole que hubiera olvidado que teníamos que llegar juntas a Puerto Maldonado, que me abandonara a la mala suerte, cuando creíamos que por fin nos había visitado la fortuna. Por fin habíamos conseguido un trabajo de verdad y ganaríamos muchos soles. «No puedes irte. No puedes dejarme sola», le reproché. «No puedes hacerme esto, ¿me oyes, Yanai?».

Nuestro salvador y mi tía quisieron apartarme de ella, pero yo no estaba dispuesta a abandonarla así como así, aunque al final, no sin mucho esfuerzo, lograron zafarme de su cuerpo.

Me senté un rato bajo la sombra de un árbol gemelo al del accidente, consumiéndome en un llanto desgarrado con la vista clavada en la hacienda de ladrillos y adobe que tenía enfrente, tan típica de la zona, de la que seguramente había salido el maldito chancho. Luego paseé la mirada por los sembrados, donde más allá, en el horizonte, ajenas a la desgracia, brillaban las cumbres nevadas de la cordillera andina.

Nada ayudaba a amainar el dolor, ni siquiera las lágrimas eran un consuelo. Mi gimotear entrecortado empezó a cansar a mi tía. Molesta se dirigió a mí en un tono severo: «Calle, niña. Se acabó el plañido».

La humedad pegajosa, aquella lluvia fina pero pesada tan propia de los meses de



invierno, no me ayudaba en absoluto a recuperar la calma. Incluso las vacas terrosas que pastaban en la hacienda vecina se movían con más lentitud de la acostumbrada.

No sé cuánto tiempo pasó. No sé si desperté de un sueño o de un desmayo. Solo sé que al abrir los ojos recuperé el olor ácido de la sangre. Demasiado intenso como para ser solo el recuerdo aromático de los cuerpos de los muertos. Únicamente entonces fui consciente de que el sabor a sangre tenía origen: la lengua me ardía. Durante el golpe me la había mordido y la sentía como partida en dos.

El lugar del accidente había desaparecido. Del carro, la hacienda, las vacas, los árboles no quedaba rastro. Viajábamos en una trimoto, vehículos muy corrientes en la zona en los que una moto tira de un carro cubierto de un plástico. Mi tía Rous iba delante, junto a un conductor desconocido, y yo detrás.

El hombre se dio cuenta de que por fin estaba despierta. Se volteó y me sonrió con una expresión bobalicona que no se arrancaría de la boca el resto del viaje, la misma expresión que el hombre que me había rescatado.

Mi tía Rous me explicó que no habíamos hecho ni una hora de viaje desde Cusco cuando sufrimos el accidente. Había sido cerca de la laguna de Qoyllur Urmana, en la entrada de Urcos. Uno de esos pueblos famosos por tener un mercado colorido donde no tuvimos tiempo de parar.

De nuevo comenzó a llover. Recordé que antes del accidente también llovía mucho. Y los truenos nos movían las ideas. Y los rayos incendiaban esa mañana el cielo como nunca lo había visto siquiera iluminado por el sol.

Yanai. Busqué inútilmente a mi amiga en aquel pequeño habitáculo. Sentí que la había traicionado dejándola allí al cuidado de aquella mujer destrozada por haber perdido a su compañero. Se había quedado sola en el lugar del siniestro, al cargo de todo.

Apenas unas horas antes, Yanai gritaba de forma escandalosa mientras contaba trimotos pintadas de un único color. Precisamente la monocromía en este país es una rareza pues los colores se mezclan revoltosos unos con otros para alegrarnos la vida pesarosa. Contábamos de dos en dos y de tres en tres, y siempre ganaba ella, porque Yanai era rápida con los números. Ella había ido más años que yo a la escuela, también su madre. No era mi caso, aunque mi mamá contar claro que sabía, pero despacio, como todo el mundo.

En medio de aquella ensoñación, en la que veía a Yanai celebrando como una

chiquilla su victoria, veintidós azules frente a dieciocho amarillos, vi al cerdo descomunal corriendo hacia nosotros. De repente, se había impuesto un estruendo que pudo ser trueno de tormenta, pero no lo fue, ni su sonido se alejó ni alivió, como hubiera hecho el trueno, huyendo por aquella zona algo boscosa por la que discurría la carretera. No. Aquel estruendo se había quedado con nosotros. Y retumbaba en mi mente abotargada, como retumbaban en mi corazón los gritos infantiles de mi amiga; y en mi retina, su sangre.

Con tanta lluvia, la trimoto apenas avanzaba. Se veían muchos carros varados, en lo que después supe que se llamaba «arcén», pero hasta entonces para mí era «a un lado». También muchas vacas, que no servían para dar leche, solo para carne, tan cara que era un imposible para la gente como yo. Nuestra boca solo conocía la gallina o la carne áspera del cuy. Las reses parecían no moverse, al igual que nosotros, en medio de aquel diluvio y aquellos fríos que en un alarde de imaginación alguien había llamado «friaje» y que en los meses de julio y agosto hacían bajar las temperaturas con brusquedad y rapidez.

Este estaba siendo un año muy duro. Lo gracioso es que me habían regalado unos zapatos deportivos y una sudadera con capucha porque decían que llegaríamos a 16 o 17 grados. Yo tenía un jersey largo de hacía dos años, del último friaje. Mi abuela se lo tejió a mi madre antes de marcharse al cielo. En los días previos al viaje mi tía me había dicho que ya no me valía bien, que allá donde iba a llevarme no lo usaría porque el calor era continuo y pegajoso, que ya iba a enterarme de veras lo que eran los mosquitos. Aun así, yo lo metí en una bolsa de deporte que mi hermano había sacado de vaya usted a saber dónde, que ponía Adidas, y que en mi barrio vendían en cualquier calle por unos pocos soles.

Me rondaban imágenes mezcladas del pasado, del presente, del futuro, como cartas caídas del cielo. Seguí con mi llanto ahogado, llena de ira contra mí misma, había traicionado a mi amiga, la había dejado tirada en medio de la más absoluta desolación. Yo, que tanto la quería. No podía dejar de sentirme culpable de haberle sobrevivido.

—Muchacha, deje ya de llorar —me pidió el conductor. Un hombre que resultó ser amable, sobre todo con mi tía Rous.

—Me llamo Luna —repliqué.

—Muchachita Luna, de nombre bello, deje de llorar —me dijo, queriendo darme ánimos—. Ha salvado la vida y ahora podremos llegar a donde usted trabaje para ayudar a su mamá, con toda esa plata que se va ganar.

—¿Cuánto queda para llegar? —pregunté.

—Muchas horas aún. En este cachivache viejo vamos a tardar el doble que en

el carro grande, pero llegaremos.

Me miró de nuevo con aquella sonrisa que me molestaba, dejando entrever algo verde entre los dientes. Pensé que sería forastero porque se llevaba la bola de hojas de coca de un lado a otro de la boca para espantar el mal de altura, que aquí decimos soroche. En mi pueblo, los más viejos chacheaban, que es como llamaban ellos a masticar. Mi madre acostumbraba a hacerse el té con las hojas, pero nunca las mascaba. Decía que lastimaba la boca por dentro, como con quemazón.

—Pero ¿falta mucho todavía? —insistí.

—Nunca se sabe. Si dejara de llover podríamos amanecer en el poblado. Si no, tendremos que parar y llegaremos mañana a la hora del almuerzo —dijo—. Pero duérmase, muchachita, mientras tanto.

Levanté una esquina del plástico amarillo que cubría aquella moto venida a más, y la lluvia ahora más recia me golpeó el rostro. Así seguí durante un rato, imaginando que, en otras trimotos, muchachitas como yo viajarían dispuestas a cambiar de vida, contentas de trabajar y de poder mandar soles a sus familias, felices de mejorar la existencia de sus madres, hermanas y hermanos. Vidas como las de Yanai y la mía, desgarradas por la pobreza.

La trimoto significaba fortuna. La fortuna de haber salvado la vida. La fortuna de trasladarme hasta ese lugar en el que dejaría de ser una pobre para ser una trabajadora.

—Luna —terció mi tía—, llegaremos al poblado y descansará un rato. Pero mire de dormir ahora, por si al llegar no tuviera tiempo, que allá le esperan y ya vamos con un día de retraso de lo convenido.

—Tengo dolorido todos los huesos, tía, y la boca la llevo ardiendo —me quejé—. No puedo dejar de pensar en Yanai. Estoy deseando trabajar pero no creo que sea capaz de servir mesas después de este viaje. Cuando llegue quiero dormir en una cama.

—La tendrá, pero primero debemos presentarnos en el poblado y conocer sus necesidades. Tenga, coma y tómese esta pastillita que le ayudará a dormir. Ya verá como el camino se le hace más ligero.

Me dio una especie de sándwich, tan machacado como había quedado el carro. No lo había comprado en ninguna sanguchería cusqueña. Sin duda, lo había preparado ella misma para un viaje menos hostil. Mi tía era experta en lo que en mi provincia decían sánguches de pavo, en panes redondos con el pavo bien

asado y todo tipo de salsas. La mayonesa de aquel se había escapado. Pero aplastado y con aquel aspecto de viejo, como el que empezábamos a tener nosotros, así y todo hice esfuerzos por no poner atención a mi lengua malherida y comí con hambre. Tragué también la pastilla que me ayudaría a dormir y olvidarme por un rato de la lluvia que me mantenía despejada.

—Cierre esa cortinilla, no más. ¿Acaso quiere que la vean? —dijo el chofer contrariado.

¿Qué mosca le había picado? Por un momento sentí que éramos delincuentes a quienes pudieran descubrir, más que trabajadores deseosos de ganarse la vida.

—Termine el sándwich, Luna, y duerma —ordenó mi tía—. Solo así podrá empezar a ganar platita nada más llegar al poblado. Le va a gustar sentirse mayor y estar entre mayores.

Cómo explicarle que era incapaz de dormir. Es más, que no quería, que ni siquiera su píldora milagrosa podría hacerme efecto después de lo que habíamos pasado. Cómo decirle que mi vida que esperaba feliz, estaba y estaría mucho tiempo teñida de sangre y dolor. Cómo contarle que ya no me veía trabajando en un lugar desconocido sin mi Yanai, por mucho que mi tía Rous insistiera en que ella estaría cerca. Que al fin y al cabo ella era mi familia y no sé cuántas bobadas más me decía. Cómo explicarle cuánto me dolía la lengua y la sangría de mi corazón. Nunca había escuchado a mi tía ni a mi madre hablar del amor de una amiga como el que sentía yo por Yanai. Las palabras y los gestos de mi tía Rous los veía como los de una persona desalmada. Cómo pretendía que durmiera tranquila. Incluso ese deseo suyo me hería en lo más profundo.

Se me agolpaban las imágenes interrumpidas por el repicar de las gotas sobre el plástico. Sonaban como piedras, un verdadero suplicio. Ya no era lluvia fina, arreciaba y se había levantado algo de viento. Aquel cacharro se movía como un juguete. Y el conductor no paraba de quejarse mientras mi tía le recriminaba, primero que manejaba muy deprisa, para dos minutos más tarde pedirle que se apurara porque se nos echaba el tiempo encima.

Así de caprichosa había sido siempre ella. Mi tía Rous, tan diferente a mi madre, era coqueta y guapa. Y era alta. «Como de otra familia», solía decir mi mamá. Ella —que no se quitaba las zapatillas y los tejanos viejos que, eso sí, marcaban bien sus posaderas, y un polo, «qué otra cosa me voy a poner yo para fregar, niña»— admiraba las lindas ropas y los tacos altos de su hermana, cuando muy de tarde en tarde venía a visitarnos con regalos y con bebidas que, según mi madre, le regalaban los clientes, esos señores a los que ella servía la mesa o a los que hacía

la comida que después se vendía en su bar.

Intentaba dormir, pero me distraían las risas de mi tía con las lisonjerías de aquel bobalicón que tocaba sus piernas y, entre carcajadas, levantaba su falda bien ceñida que llevaba ella tan orgullosa como si fuera una estrella.

—Cómo quieren que me duerma si no callan —protesté—. Debería dormirse usted también, tía.

Todo se había sucedido bien rápido. De un manotazo, nuestros sueños se habían roto. Nos había expulsado el accidente. Como antes nos había expulsado a Yanai y a mí la que había sido la ciudad soñada, Cusco. Allí fuimos a trabajar tan contentas. Nuestras familias habían aceptado, movidas por la fuerza de los acontecimientos y las injusticias. Con catorce años recién cumplidos nos trasladamos desde Ocongate hasta la que llamaban capital andina para probar suerte de adultas en el restaurante que Odalis, la hermana de Yanai, regentaba allá.

Nada salió como habíamos planeado, como si las muchachas de pueblo no tuviéramos derecho a una vida mejor. Nos habían invitado a vivir con aquella nueva familia, en una casa sencilla pero mucho mejor que la de Yanai; un palacio en comparación con las que yo había conocido. Quién se iba a imaginar que aquel sucio cuñado de Yanai iba a enamorarse de ella hasta el punto de intentar violarla una noche en la que él había tomado demasiada cerveza.

No bien se enteró la esposa —como para no enterarse, pues mi amiga chillaba como una rata—, en lugar de obligarle a él a salir de la casa decidió que quien debía irse era su hermana pequeña y, en consecuencia, yo misma. Y bajo amenazas nos prohibió contar nada en el pueblo. Hubiera sido una vergüenza. Ni siquiera mi tía, a pesar de habernos rescatado, conocía bien cómo había sido la historia.

El miedo y la incertidumbre me invadían el alma, y el sonido de aquella lluvia asquerosa, repiqueteando con insistencia el plástico de mi ventanilla, amenazaba con meterse en el carro. Lo mismo debía de pensar el chofer cariñoso, cada vez más osado. No contento con las piernas de mi tía, le agarraba la mano y se la llevaba hasta su entrepierna. Cuando se acordaba se zafaba del juego, golpeaba con el puño el plástico y el agua acumulada caía de una vez por su lado, mojando de paso mis pies ya entonces entumecidos.

Con los ojos cerrados me entretuve en escuchar el sonido de los carros avanzando bajo la lluvia. Más penetrante era el sonido metálico del motor ronco

de tanta trimoto junta. Aquel concierto metálico y acuático me devolvió el recuerdo de la última vez que Yanai y yo fuimos a bañarnos a la cascada en Urubamba, en el valle sagrado. También ese día habíamos ido en trimoto, pero en la de su hermano bello.

Sin quererme me coló en la memoria otro viaje, ese no en trimoto, sino en autobús, con mi madre y mi hermano. Escapábamos de Lima, huyendo de las palizas de mi padre que tenía la costumbre de desaparecer por días, pero cuando regresaba andaba ebrio y pegón. En mitad de aquella ceguera violenta ni siquiera se daba cuenta de si me pegaba a mí o a mi hermano. Tenía la fuerza de su parte, era fácil pegar a unos niños de apenas ocho años.

Un rebaño de alpacas frenó mis pensamientos, nuestra moto hizo lo mismo para dejarlas pasar. Tras ellas apareció corriendo su pastora vestida con una frazada rosa y en la cintura varias polleras superpuestas, amplias y largas, de colores oscuros y debajo un par de pantalones que la protegían del frío. Llevaba un sombrero marrón de ala ancha y plana y unas largas trenzas recogidas detrás de las orejas. La pobre mujer peleaba con un paraguas casi deshecho que a duras penas podía resguardarle de la lluvia. En la otra mano movía un palo amenazante para que las alpacas se apuraran en abandonar la carretera.

Mi tía disfrutaba del espectáculo. La verdad es que siempre me han parecido animales bellos, con cuellos largo de camello, cuerpos color arena y patas blancas. Gritaba: «¡Mira esa! ¡Qué linda!». Le hizo mucha gracia una que tanto se acercó al carro que parecía que iba a entrar a visitarnos.

—¿Dónde comerán las llamas con esas montañas tan peladas? —preguntó el bobo del conductor. Era la primera cosa inteligente que le escuchaba decir.

—No son llamas, son alpacas —le corrigió mi tía.

A punto estuve de hacerle la misma pregunta a la pastora, cuando el ganado en bloque salió disparado hacia el campo dejando la carretera libre para continuar el viaje.

—¿Se imagina, muchachita, usted así vestida, acá con las alpacas, viviendo no más de vender queso? —me preguntó mi tía—. ¿Qué dice? ¿Quiere quedarse con ella? A lo mejor hubiera preferido quedarse con su mamá.

Decidí no contestar a aquella maldad. Así era mi tía, dando donde más dolía. Mi mamá, mi pobre mamá, que no tenía llamas, que no tenía ovejas, que no tenía vacas. Mi mamá no más limpiaba en casas y bares del centro. Casas que yo me extasiaba mirando y que tanto iba a llevar en mis recuerdos, con sus balcones de

hierro pintados de rosa o de azul o de morado. Mi mamá que buscaba cómo ganar soles cada día, incluidos los domingos. Ese día lucía más bonita que ninguno porque era el de fiesta, en el que ella trabajaba también a su manera pero vestida de gala.

A las cinco de la mañana se andaba en bus más de una hora para llegar a Cusco, porque era la jornada que elegían para sus visitas los turistas. Y ella se disfrazaba de quechua para ellos. Y se andaba hasta la plaza Imperial, que le dicen, como otros muchos pobres cusquianos, para dejarse fotografiar a cambio de unos soles. Por encima de su tejano y su polo se ponía varias polleras, hasta construir la típica silueta andina de faldas tableadas y jerséis de colores vivos escondidos tras telas multicolor de franjas rosas y escarlata, que algunas llevan como pañuelos y otras usan para envolver y acarrear a sus niños o cualquier tipo de mercancías. No le faltaba detalle. Se coronaba con su típico sombrero plano, con flores estampadas en el centro, rodeado de flecos verdes, a modo de cortinilla. Le añadía el saco de rayas rosas, azules y amarillas, y posaba como una estatua con vida. Callaba y miraba. Si le preguntaban, ella les contaba dónde comprar alguna ropa similar a la suya, pero nunca más volvió a contar que los españoles saquearon la ciudad —porque ya una vez un turista de esos que ven las calles y la vida a través de una cámara le había escupido en la cara—, esa ciudad conquistada por Pizarro en 1533 —que creo yo que es la única fecha que he retenido de la escuela—, para fundar después la capital colonial, Lima, mi ciudad de nacimiento.

La pobreza te hace perder la dignidad y la memoria, pero ella recordaba muy bien el discurso que tenía que dar si alguien le pedía que contara la historia de Cusco, a cambio de unos soles de propina. «Según la leyenda, esta ciudad fue descubierta por el primer inca, Manco Capac, la señaló como el ombligo del mundo (qost' o en quechua), un lugar en el que él podría clavar una espada de oro en la tierra hasta que desapareciera, esta ciudad fue capital del imperio más grande del continente americano».

Mi madre se prestaba a ese juego burdo de tarjeta postal para que nosotros pudiéramos comer. No era la única. Iba con amigas. Cada una se apostaba en una esquina de la plaza. Cada una hacía lo que sabía. Algunas tejían. Otras vendían souvenirs. Otras llevaban a los hijos para que vendieran con ellas. Pero mi madre no sabía tejer. Y para vender recuerdos de la ciudad, antes tenía que comprarlos y ella jamás alcanzaba a conseguir esos soles que le hubieran permitido hacer negocio. Los pocos que lograba iban a nuestras bocas, a nuestra pobreza. Y jamás nos hubiera llevado a pasar los domingos en la plaza como reclamo turístico. Comprendí muy pronto que en su inteligencia básica no quería, ni por asomo, que mi hermano y yo siguiéramos sus pasos.

El domingo limpiábamos nuestro pequeño habitáculo y estudiábamos. Cómo no iba a sentirme entusiasmada con la idea de que por fin había llegado mi momento de llevarle mi platita y que ni siquiera tendría que ponerme esos disfraces que ella usaba, que no se quiere esa ropa para ser mesera.

Según mis cálculos, andábamos por el mediodía. No tenía reloj, yo nunca tuve un reloj. Y además no lo necesitaba, no más tenía mi celular, pero ya ni celular tenía porque se había hecho pedazos. Recorríamos tramos de carretera con pedruscos enormes y grises. De vez en cuando asomaba un río. Había cambiado mucho el paisaje en cuestión de poco tiempo, o es que yo había dormido más de lo que reconocía, pues mi última visión era la de parcelas rojizas, salpicadas por el verde de algunos eucaliptus y de otras siembras, con la nieve como telón de fondo. Hacía más frío. Mucho más frío que en Cusco, tal vez por la humedad producida por la lluvia, según mi tía. Solo quería parar, parar o llegar. Parar y regresar. Y saber de Yanai o telefonara mi mamá. Quería llamar a voces a aquella gente que veíamos junto a la carretera, gente que tendría casa y que tendría hijos.

La carretera era un sinfín de curvas. De rebaños. Y de obras. Habíamos tenido que parar de nuevo por culpa de unas ovejas y unas vacas, pero esta vez además para comprar algo de comida. No por mí, estoy segura, sino por mi tía que pidió un queso a aquella chola de mirada dulce sombreada por un gorro blanco, muy alto, de cinta marrón, contra un sol inexistente, tapada hasta arriba pero con chanclas.

Varias curvas después, en lugar de un rebaño de ovejas nos paró un grupo de hombres vestidos de naranja, haciendo trabajos, rompiendo piedra, reparando. Nos dieron el «pare» y sería incapaz de interpretar el tiempo que permanecimos quietos hasta que nos dieron el «pase», porque, ya con el estómago lleno y el cuerpo templado por el queso, aunque nos hallábamos a una altura importante logré dormir un buen rato.

Escuché alguna risa del bobo y alguna conversación insulsa de la tía que se empeñaba en que aquellos obreros aprendieran a pronunciar su nombre como a ella le gustaba (Rouse, insistía, arrastrando bien la ese, aunque se llamaba Carmen Rosa y todo el mundo la llamaba Rous, a secas). Pero no podría asegurar ni cuánto ni hasta dónde duró la tontería. Solo que yo desperté y tenía los ojos pegados de legañas porque no había parado de llorar durante el sueño, o más bien desde el accidente. Me despertó el claxon de un autocar de turistas que tocaba y tocaba y se nos acercaba cada vez más deprisa al entrar en una curva y que pensé que por un momento iba a engullirnos.

En mi particular amanecer, lo vi pasar despavorido. Parecía una película de coches persiguiéndose sin posibilidad de adelantarse.



Como si fuéramos todo un grupo de excursionistas, nos hermanaba la carretera a aquel autobús de turistas, un camión de hombres de pie, que seguro que iban a trabajar en el siguiente tramo de obra, un par de todoterrenos y nosotros en nuestra trimoto desde la que me sobrecogía al ver aquellos riscos, majestuosas montañas y precipicios por los que podríamos despeñarnos al mínimo descuido.

—¡Chucha! —exclamó el bobo, llamando nuestra atención, mientras disminuía la velocidad y nos señalaba un bicharraco enorme.

Fue como una visión, una señal, pensé yo, de que todo nos iría algo mejor. Frente a nosotros, hurgando en el cadáver de un animal, teníamos la fotografía viva de uno de aquellos maravillosos pájaros de cuello blanco que, al descubrimos, presumió en su vuelo de los flecos de sus alas, como los de las mantas que usaban muchas mujeres en mi pueblo, a la manera de faldas para paliar el frío. Aquel pájaro nos mostraba la inmensidad de un infinito que aún creía posible, que me acercaba al cielo, tal vez a un dios, seguro a las nubes, esperando al sol, como esperaba que fuera mi vida. Nunca antes había visto tanta belleza de cerca.

—Niña, ¿usted ya sabe dónde estamos? —preguntó mi tía.

—Pues cómo no, en la carretera.

—Ya, ¿pero en qué lugar de la carretera? No debemos de andar lejos de los Andes —dijo, riéndose de una ocurrencia tan simple como aquella—. Por eso ha visto ese cóndor pequeño, algo despistado parece.

—¿Allá donde vamos hay pájaros como ese? —pregunté con emoción.

—No, mi alma, allá con un poco más de suerte de la que hemos tenido hasta ahora podremos ver algún guacamayo no más.

Junto a la carretera, el sonido de un río se mezclaba con el de nuestro motor, y no sabía si volver a dormirme o si gritar y llorar más fuerte para acallarlos. Así que saqué la cabeza y bramé: «¡Yanai!». Quizás el cóndor podía conducirse hasta su alma y transmitirle un mensaje de esperanza. Mi tía rio con la ocurrencia. Volví a gritar: «¡Yanai!». Una persona me saludó con la mano, como si hubiera dicho su nombre, que dudo yo que así se llamara y no más confundiría mi grito dramático con un saludo amistoso.

—¿No estará viva, tía Rous? A ver si nos hemos ido pensando que estaba muerta y resulta que está viva. ¿Y si la entierran?

—Muchacha, no sea tozuda, que Yanai estaba más muerta que muerta. ¿Acaso no vio la cantidad de sangre que botaba?

—Podrían haberle cortado la sangre y haberle salvado.

—No respiraba —explicó tajante, dando por zanjadas la conversación y mis dudas.

Sentía dolor, aunque por alguna extraña razón me había desaparecido el remordimiento que tuve al principio por no haber sido yo la muerta. Intentaba pensarlo. Imaginaba la escena al revés: yo muerta y mi amiga viva, viajando con mi tía. Lo rechazaba. Ni siquiera podía pensarlo. Tenía demasiados problemas en mi familia como para querer dejar sin mi plata a mi madre que tanto se había sacrificado por mi hermano y por mí. Mi pobre mamá. Quería que yo trabajara, pero su intención era siempre que encontrara algo cerca de casa. Hay que ver qué empeño tenía en que escuchara los avisos radiofónicos de trabajo que se oían en el mercado. Cada semana me mandaba ir con la esperanza de que uno de ellos fuera en el pueblo. Cada semana volvía yo proponiéndole aceptar o probar al menos alguno de los que había escuchado. Siempre lo mismo: se trataba de trabajos de damas de compañía o de otras labores en las minas, trabajos que decían que rendían mucho y que uno podía hasta comprarse una casa. Y siempre la misma rabia de mi hermano que gritaba como un animal a mi madre, pidiéndole que no lo permitiera, que él sabía de niñitas como yo que habían sido engañadas, que luego esos trabajos no eran los prometidos, sino de bares en los que las pobres ejercían como putas. Yo no lo creía. Siempre pensaba que él solo pretendía que yo me quedara para trabajar en la casa. Aquel enojo suyo insistente y sus continuas advertencias habían tenido la culpa de que Yanai y yo hubiéramos acabado en el restaurante de aquel cerdo violador.

Mis lágrimas no se veían desde el arcén, ahí donde comenzaban a acumularse hileras de casas bajas, con unos colores muy finos, decía mi tía, entre los que predominaba el verde que yo confundía con el mar que no había vuelto a ver desde mi marcha de Lima. Muchas. Muchas casas. Agolpadas a orilla de la calle, que era a su vez carretera y lugar de paseo, unidas por bares en los que había gente que comía viendo la televisión en grandes pantallas instaladas fuera. Casas o cantinas, con sillas azules de plástico y rejas de madera, cada una de un color.

Por primera vez me avergonzó tener una ilusión, tan triste como estaba, tan dolorido aún el cuerpo, con la lengua todavía algo abierta, con el alma en carne viva y el recuerdo de la sangre asaltando cada pensamiento, bueno o malo. Entre las casas, el verde de los árboles susurraba canciones de vida donde aún latía la muerte. Volvimos a pararnos por culpa de un camión que repartía víveres. Descargaba comida pero también recogía cosas y animales. Vi a una señora subir a un cachorro, no pude averiguar si era oveja, llama o gato. Al rato se bajó mi tía y yo la seguí, dejando al bobo en el carro por si los coches se movían. Ella pidió algo de comer, como si fuéramos pobres. Nos dieron sándwiches de pavita y queso y unos vasos plásticos, que mi tía decía que parecían de tomar medicina, llenos de

cerveza. Tanto tiempo estuvo aquel camión parado que me dio tiempo a llevarle al bobo otro sándwich y una cerveza.

—Aprenda a traerla sin tirarla, que así se va a ganar la vida enseguida —me reprochó.

Y yo hice ademán de derramarla, para gastarle una broma que al parecer no le hizo ninguna gracia.

—Allá donde va a trabajar no podrá hacer esas bromitas —dijo el bobo, resoplando—. Por cada cerveza que se beba un parroquiano usted se llevará plata.

—¿Por cada una me pagarán? —pregunté.

—Sí, dos soles. Así que, ya sabe, menos juegos.

La cerveza me dio sueño. Miedo me causaba tener que beber con aquellos hombres que supuestamente iban a pagarme por tomar con ellos. Si me dormía con una cerveza, ¿qué iba a ser de las noches?

Me adormilé con la ensoñación de las tardes de voley que habíamos disfrutado Yanai y yo. Ella era más alta que yo y jugaba mejor. Pero estaba muerta. Y sentía esa especie de hueco en el estómago, que no es de hambre sino de un vacío profundo en las entrañas. Grité de nuevo: «¡Pare!». Saqué la cabeza fuera del plástico para vomitar. El bobo no se conmovió, estaba cada vez más enojado conmigo.

Puso de nuevo la trimoto en marcha con cara de pocos amigos, mientras levantaba la falda a mi tía que reía con la misma risa que al principio del viaje, haciéndome notar algo que hasta entonces no había sentido, una impresión de complicidad, de un trato excesivamente cercano entre ellos dos.

El bobo se vio obligado a parar de nuevo. Y no por mis vómitos, ni por la repetida amenaza de hacerme pis encima, sino porque la policía le ordenó detenerse.

Salí apurada hacia al campo para hacer fuera lo que debí hacer en aquella pútrida trimoto. Un agente bien gordo se acercó al bobo, le pidió papeles, y algo dijo sobre la velocidad de aquel cacharro abollado y viejo. Nada grave. Con la policía de mi país nada suele ser grave si haces las cosas como ellos gustan. El chofer y mi tía fueron rápidos en complacer a aquel «agente gorila», pensé, defensor de la carretera. Cuando regresé a mi asiento, el policía bromeaba con mi tía, que de nuevo se había arremangado su falda felina. El bobo también reía. Solo entonces, viéndole de frente, descubrí que aquella cara de bobo era más cara de bobo por

la falta de varios dientes. Y empecé a conocer la sensación de asco que desde entonces no me ha abandonado cuando veo o pienso en dentaduras melladas, viejas o sucias.

—Y la niña, ¿también va con usted, belleza? —preguntó, a medio camino entre piropeador y justiciero.

—Pues claro, señor, no ve usted el parecido que tiene con su madre.

El bobo no esperó siquiera a que el agente diera por buena su explicación y brindó a la carretera el ruido bronco de aquel cacharro que expulsaba una nube de humo negrísimo cada vez que aceleraba.

No pregunté a mi tía a cuento de qué venía aquella mentira. Tampoco me importaba. La quería como se quiere a ese miembro de la familia que te es cercano precisamente porque de continuo se aleja, que te mimaba cuando llega y te ignora si no está. Ni más ni menos era lo mismo que me había ocurrido con mi padre ausente. Y en el caso de mi tía, era ella quien me había sacado de la miseria de la casa materna para que progresara yo como lo había hecho ella, aunque yo me prometía no vestirme nunca como de puta vieja.

Caía el sol. Calculaba, erróneamente, que estaríamos ya muy cerca de Puerto Maldonado, allá donde se suponía que trabajaría. Y volvía a ver más carros. Me quejaba del cuello y de mareos, según mi tía lógicos tras el golpe.

En esa especie de borrachera sobria, recordaba el día que conocí a Yanai, recién llegada yo a Ocongate, con complejo de limeña, a una casa de mala muerte del barrio artesano de San Blas, pero que en comparación con el lugar en el que vivíamos en Lima era de lujo. Apenas los ocho años recién cumplidos.

—¿Qué día naciste tú? —me había interrogado al minuto de conocernos, con el tono que utilizan los niños cuando creen hacer preguntas importantes.

—El tres de agosto. ¿Y tú? —le pregunté.

—El cuatro de agosto —contestó riendo de manera histérica, sabiendo que aquella cercanía en el nacimiento tenía que ser importante y para siempre.

Pronto descubrimos que nos unía mucho más que aquellas escasas veinticuatro horas, y a pesar de las distancias de nuestros rasgos, tan andina ella, aunque alta para lo que se veía en Ocongate, tan canela yo, más espigada, y un día mayor, lo que a esa edad me hacía sentirme importante. Yo me reía contemplando la manera típicamente cholita con la que cruzaba sus manos de india, que, si bien no tenía tan mullidas como la mayoría, las reposaba siempre sobre su regazo

bajando la mirada hacia ellas, como habría visto hacer a su madre, y antes a su abuela. Su cara enmarcada con su sombrero colorido que pronto entendí necesario para proteger la cabeza de aquel sol que, a más de tres mil metros de altitud, quemaba hasta las ideas. Ella se burlaba de que yo no quisiera tapar mi negra cabellera, suave, larga, brillante, como de muñeca, decía, aunque justo era aquella melena andina, de la que tanto me gustaba presumir, lo que más parecido a mí tenía ella.

—¡Luna, mire el cielo! —exclamó mi tía Rous, regresándome al presente.

—¿Está amaneciendo o anocheciendo? —pregunté mientras intentaba poner cada hueso en su sitio, dolorida como un perro.

La risa estúpida del bobo provocó que la trimoto diera un traspiés que divirtió a mi tía.

—Pero, muchachita, ¿está usted tonta? Si acaba de dormirse. Aún no se hizo noche del todo —dijo escarbando con sus dedos su falso pelo rubio, al tiempo que con la mano izquierda bajaba la falda, que había trepado por sus piernas hasta alcanzar el monte de Venus, dejando entrever la cumbre ataviada a juego con sus ropas de tigresa.

La miré con agradecimientos, porque ella me había comprado mi primer juego de sostén y trusa, que llamaba pantaletas, palabra que había aprendido en su estancia en Venezuela. Fue mi primer conjunto de señorita, que ella me dijo era bueno para seducir a los chicos y para que yo me viera linda, uno de blonda de colores verde y rojo con la trusa bien en tanguita, que era el que había metido en mi equipaje junto a otro de algodón blanco y uno de rayitas que a veces usaba también para bañarme en el río.

Tanto pensar en los juegos de interior me hizo olvidar la razón por la que mi tía me había despertado. Abrí el plástico y miré al cielo. La visión de aquel espectáculo me sobrecogió. La lluvia había desaparecido, también el frío que nos había acompañado durante todo el viaje. Sobre el firmamento, como pintado a mano, se extendían unas líneas gruesas del color de la lavanda, alternándose con otras de un rosa ciclamen que llegaban a tocar la línea del horizonte. El sol descendía despacio, una gran bola de fuego anaranjado despedía su imperio reflejándose por última vez en aquel espejo de agua que teníamos enfrente.

Ni siquiera tan singular belleza pudo con mi llanto que estalló con la misma intensidad, rabia y virulencia que recién sufrido el accidente. Si cabe con más fuerza. A cámara lenta volví a ver las imágenes del chancho, la sangre y mi Yanai muerta. Y de pronto, fuera de mí, grité asustada:

—¿Mi documento! ¿Dónde está mi documento?

Recordé que, nada más salir de casa, el conductor del carro accidentado nos había pedido nuestra cédula de identidad, no fuera a ser que la perdiéramos. Pero aquel hombre estaba muerto y a cientos de kilómetros de distancia.

—No se preocupe por eso, Luna —me tranquilizó mi tía—. Allá donde va a trabajar los documentos se hacen nuevos por unos cuantos soles. Muy pronto tendrá nueva documentación y guardadita, para que no la pierda.

Me creí la protagonista de un anuncio de la Dirección General de Tráfico. Alicia me había colgado el teléfono de forma repentina. Antes la había oído gritar, y el sonido de un potente claxon, que me recordó al de los camiones americanos, me hizo presagiar lo peor. Llamé y rellamé con insistencia a su número varias veces, siempre con el mismo resultado: «El terminal al que llama está apagado o fuera de cobertura en este momento».

Mientras me dirigía a la comida con Louis, no paraba de recordar la conversación previa al incidente o, a lo peor, accidente:

—Cuando quieras te llevo a un edificio en el que obligan a ejercer la prostitución a todo tipo de mujeres, incluidas menores de edad —le conté a Alicia.

—¡Venga ya! —dijo incrédula—. Eso pasa en Tailandia, pero no aquí. ¿Cómo va a haber niñas prostituyéndose en Madrid? Estamos en un país civilizado. No fastidies.

—Lo que tú digas. Te vienes un día a ver a las mediadoras de la ONG con la que colaboro y las escuchas a ellas. Seguramente la semana próxima iremos a repartir folletos informativos y condones. Si tú quieres y ellas me lo permiten, nos acompañas. Y si no te dejan, que te cuenten, vas a alucinar. Es muy duro descubrir con tus propios ojos lo que ocurre en la calle. No creas que es fácil. Yo no he podido hasta hace bien poco porque a las chicas no les gusta ver gente nueva que no conocen. No tienes idea de la labor tan importante que hace la ONG. Hablan con ellas, se ganan su confianza y a veces consiguen sacarlas de donde están, con cuidado de que no se enteren los proxenetas. Estos, en cuanto huelen que no eres de los suyos, se ponen alerta. En la calle es raro ver a las niñas pero ya te digo que hay edificios en los que te las puedes encontrar. La policía está al tanto.

—Para, espera, calla... Un momento... —interrumpió Alicia al teléfono—. Y ahí se truncó la conversación y la comunicación.

Durante la comida, Louis no paraba de mirarme, a medio camino entre la preocupación y el enfado por mi comportamiento ausente. Yo no quería ni podía mirarle. Él se empeñaba en buscar mis ojos, como si sospechara que le ocultaba algo. En realidad no pretendía contarle que, por empecinarme en hablar de lo que muchos denominaban «mi obsesión», una de mis mejores amigas podría haber sufrido un accidente. Estaba aterrada.

Louis me escrutaba amenazante, como siempre, mientras me cogía la mano derecha para acariciarla. Le enfermaba lo que él diagnosticaba mi adicción al teléfono. Hasta tal punto que me había prohibido tenerlo encima de la mesa mientras estuviéramos comiendo.

Él se aferraba a que era de mala educación.

Yo estaba segura de que simplemente le molestaba mi falta de atención... a él.

Como tenía arte para usar la mano izquierda. Con el móvil sobre mis piernas, envié el mismo mensaje en el primer y segundo plato: «Alicia, si estás bien, por favor, llámame. Espero que no te haya pasado nada :)».

En el momento del café, aprovechando que Louis se había ausentado para ir al baño, escribí uno más largo: «¿Estás bien? Estoy comiendo con Louis. No puedo llamarte. Ya sabes que odia el teléfono. No podría perdonarme en la vida que por mi culpa hubieras sufrido un accidente :(».

Mensajes: 3. Contestación: 0.

Estábamos comiendo en uno de los restaurantes favoritos de Louis. La primera vez que me invitó noté que lo conocían bien. El sitio me encantó.

Al principio me gustaba, en especial la sobremesa. Pero ahora la sobremesa cada vez me cansaba más. Y, desde luego, este no era el día más indicado para subir a las habitaciones. Seguramente había pocos lugares en Madrid como aquel, tan luminoso en la fachada y con tanta sombra en la trastienda. Allí podías comer un cocido de saltársele a uno las lágrimas o un pescado fresquísimo, aunque yo siempre tomaba una ensalada y un solomillo vuelta y vuelta, proteína pura. Pero lo más atractivo de aquel lugar no era la carne o el pescado, ni el vino extraordinario («¿qué esperas de un francés!», apostillaba siempre Louis, que de francés solo tenía el nombre y la madre), que ese día había bebido en exceso. Lo más interesante era que después podías continuar la tarde en uno de sus enmaderados salones con chimenea de vocación serrana, en invierno, o en uno de los románticos veladores de su jardín veraniego. O, mejor aún, en una de sus acogedoras habitaciones, también con chimenea y con una bañera tan grande



como una piscina... pequeña.

Cuando regresó del baño, Louis se sentó junto a mí. Dio un puñetazo en la mesa al descubrir el teléfono en mi regazo y lo guardó en su cartera para, a continuación, comenzar a acariciarme el cuello y a susurrarme que subiéramos a la habitación, que pediría que la preparasen como a mí me gustaba, con la bañera rodeada de velas, con agua muy caliente y regada de pétalos. Los camareros no debieron de extrañarse ante la escena, tan meloso y a mi lado. Estaban acostumbrados. Nos habían visto así mil veces. Y mil veces se habían retirado, yo diría avergonzados, contemplando cómo antes de dirigirnos al privado nos faltaba desnudarnos para dar rienda suelta al sexo que a ambos nos volvía locos. Él sabía cómo consolar mi pasado y yo le había confiado mi vida entera.

Ni el champán que pidió como acompañante de la sobremesa, del que apenas bebí una copa, le sirvió para que yo cediera a continuar la tarde. Mis temores sobre la suerte de Alicia me tenían muy intranquila. Me desabroché un botón más de la camisa y le abrí el paso más allá de los muslos, con la esperanza de sucumbir a la tentación, pero no estaba relajada. Un enanito interior me decía: «Corten la escena». Estaba tensa, necesitaba pasar a la secuencia siguiente en la que esperaba encontrar a Alicia, que tal vez estaría llamándome al teléfono confiscado.

No me importó que me despidiera con un despreciativo «puta» cuando, tras acariciarle sugerentemente la entrepierna le dije que debía marcharme, que iban a llevarme a casa el guión de un especial que estaba preparando y no podía llegar tarde.

—Date una ducha. Has bebido mucho —me soltó vengativo, en el momento en que me devolvía el teléfono.

—¿Vendrás esta noche a casa? —le pregunté.

—En principio, sí —contestó con su muletilla más recurrente, que yo odiaba.

Desde el inicio de nuestra relación había descubierto que su «en principio» equivalía a «sí, pero no», o a un «sí, salvo que me surja un plan mejor». Esa ausencia de compromiso permanente me tenía enganchada a su poder y a su perversión. Aun así, también conocía a un Louis diferente. Podía ser el hombre más encantador de la tierra..., «encantador de serpientes», como decía Alicia.

Salí del restaurante, y el coche de producción estaba ahí esperándome, como siempre, con aquel chófer sonriente al que solo podía imaginar retozando en la cama con su mujer y sus hijos, en una mañana de domingo.

Mientras subía al vehículo y besaba a Louis a través del cristal iba mirando de reojo las llamadas perdidas. Solo una, del pelma del guionista que se retrasaba una hora. Mejor, tendría tiempo para darme un baño en lugar de una ducha. Ninguna de Alicia.

Fue justo al llegar a casa cuando mi amiga dio señales de vida. Y me eché a llorar. De la emoción y del susto.

—¿Qué te pasa, Julia? —preguntó con un tono de preocupación—. ¡Qué mensajes tan raros me has mandado! Y, sobre todo, ¡cómo iba a contestarte si hubiera estado tiesa!

—A ver..., tus gritos, un claxon que me imaginé de un camión gigante... y tu silencio... Demasiadas casualidades juntas —dije sonándome la nariz y disculpándome por haberme hecho aquella película de terror.

—La verdad es que tu conversación me puso de los nervios. Pensé que me estampaba contra el camión que tenía delante y que el de atrás me engullía después del frenazo que pegué. He tenido que aparcar para recuperarme de la taquicardia. Y no sabes lo que me ha costado parar en algún sitio. La carreterita de los pantanos se las trae con tanta curva. Al final me he metido en una especie de merendero a tomar una Coca-Cola. Eso de las prostitutas menores de edad me llegó al alma.

—Lo siento —me disculpé de nuevo—. Estaba aterrada pensando que por mi culpa hubieras tenido un accidente. Y no las llames prostitutas. Pero, de todas formas, qué tiene eso que ver con que no me llamas.

—Me quedé sin batería, así de simple. Estaba en el cumpleaños de mi hermano Ernesto, en El Escorial. Pero, siguiendo con el tema, me tienes que contar lo de las putas. A ver si hacemos algo juntas. Me muero por ayudarte.

—Te digo que no debes verlas de esa manera. Yo te estoy hablando de trata de niñas y mujeres.

—O sea, trata de blancas.

—Tampoco es trata de blancas —volví a corregirla.

—¡Vaya por Dios!, ya te salió la vena purista.

—Mire no, no es purismo es verismo —dije.

—¿Ya te has enfadado y vas a hablarme de usted? —me reprochó cariñosa Alicia.

—¡Ay! Son esas poquitas cosas que quedan de mi pasado. No me fastidies. Déjame ir al grano, mi amor. No son putas. Son muchachas engañadas que llegan aquí o a cualquier lugar del mundo. Les venden la burra de que van a

trabajar como camareras o enfermeras. Que son tan guapas que se merecen participar en un concurso de belleza y ser modelos. Entérate bien: las engañan. Y, una vez que están aquí o, ya te digo, donde sea, se encuentran con que ni camareras, ni enfermeras, ni mises, ni dependientas, ni modelos. Putas. Contra su voluntad. Les quitan el pasaporte. Les quitan su identidad. Las maltratan y..., hala, a trabajar. Son auténticas esclavas.

—Pero ¿por qué no escapan?

—¿No te estoy diciendo que les quitan los pasaportes? Las amenazan con matar a sus madres, hermanos, hijos. Solo las más osadas consiguen huir. ¿Crees que una niña de catorce años se va a atrever a escapar y a contarlo todo? Por muy testigo protegido que sea, ella ni siquiera sabe que puede serlo, ni lo que eso significa.

—O sea, lo que te decía antes, que es trata de blancas.

—¿Cómo puedes ser tan antigua! Ese es un término de abuela. Ahora no es ni de blancas, ni de negras, ni de amarillas. Es de todas. Es un problema universal. A España vienen de Nigeria, de Brasil, de Rumania, de China... Ya me dirás cuántas blancas. Y lo mismo ocurre en otros sitios. Vienen a los países ricos las mujeres pobres. Huyen para salir de la miseria, buscando un trabajo mejor y sobre todo para ganar más dinero que el que pueden obtener en sus lugares de origen.

Después de varios años trabajando aquí, algunas de estas mujeres tienen bebés; otras se enamoran de sus proxenetas. Sí, sí, no digas «hum». Muchas, al ver que han perdido años de su vida y cualquier oportunidad, deciden por voluntad propia continuar ejerciendo. A menudo las drogan, las convierten en adictas y, por tanto, están doblemente esclavizadas.

—¡Madre de Dios! De todo esto, la gente no sabe ni la mitad.

—Ya me dirás tú. Si a tus treinta y tantos tacos te estás enterando ahora, una persona como tú, lista y con un buen trabajo, hazte una idea de lo poco que sabrán los chavales de veinticinco que hacen la gracia de irse de putas cuando se gradúan o los de treinta que celebran en un club que han encontrado su primer trabajo o los de cuarenta que están hasta el último pelo de sus relaciones. No sabes la cantidad de prostitución que hay en el país.

—Julia, me gustaría acompañarte un día a la ONG.

—Sí, pero antes, en plan observador, date un paseo por la calle Montera. Te harás una idea de lo que existe. Con la ONG hay que ir poco a poco. Hace una labor muy delicada con esas mujeres. Por ponerte un ejemplo: en la Colonia Marconi hay que tener mucho cuidado.

- ¿Qué es eso? La última vez que oí hablar de Marconi fue a mi bisabuela; llamaba así a una radio que tenía.
- Marconi —interrumpí— es como la gran superficie del sexo en Madrid, pero versión mercadillo. Abierto las veinticuatro horas, todos los días del año. Dicen que allí se reúnen trescientas mujeres cada día. Ves a tías literalmente desnudas y a cabrones sobándolas desde los coches. La mayoría son víctimas de la trata. A sus chulos no los ves pero están al quite de todo y si notan algo raro se acercan enseguida simulando ser clientes. Te hablo de oídas porque no he ido nunca.

La última vez que estuvieron mis compañeras me contaron que una chica de Croacia tenía la cara hecha un cuadro. Parece que se entretuvo con un cliente más tiempo de lo normal y a su chulo le dio por pensar que ella se había ido de la lengua. Por si sí o por si no, la golpeó hasta dejarla como un monstruo. Ahí ha habido casos de mujeres asesinadas. Una señal clara de que están vigiladas y de que a la menor sospecha lo pagan con ellas o sus familias.

- Podríamos ir con una cámara.
- ¿Estás loca? Ni hablar. Primero tenemos que ir nosotras y ganarnos su confianza. Lo de la cámara ya vendrá después. A ver si tú lo aguantas. Ese día, por supuesto, fuera tacones; zapatillas por si acaso hay que salir pitando. Los vaqueros más cutres que tengas y nada de bolso, anillos, pendientes, ni objetos de valor.
- Julia, eso es de cajón. No soy tan lerda. ¡Ay! Qué asquito me está dando. Luego hablamos.

Me imaginé a Alicia pulverizando literalmente de colonia infantil su despacho mientras me hablaba de ascos. No conocía a nadie más escrupulosa ni que más le molestaran los olores o las situaciones guarras. Tenía siempre a mano un frasco para cambiar el ambiente viciado. Y esta conversación, aunque solo fuera en su imaginación, debía de estar pudriéndole su hábitat.

Alicia me hacía mucha gracia. Todavía me resultaba extraño que en apenas un año nos hubiéramos convertido en amigas íntimas. A estas alturas ya no buscaba nuevas amistades, casi todas interesadas por lo que yo representaba al ser una de las caras favoritas de la televisión, o por mi relación con Louis. Con Alicia, sin embargo, había sido distinto. Enseguida. Y a lo tonto. Como suelen surgir los grandes amores, lo nuestro había nacido de un asunto profesional. Yo necesitaba darle un punto moderno a mi apartamento, sin que se notara que una decoradora había metido mano. Una interiorista llamada Alicia apareció un día en un cóctel. Su mirada intensa me persiguió durante toda la velada y no hubo forma de

quitármela de encima. Incluso llegué a pensar que Alicia buscaba algo más que una simple amistad.

Con el tiempo fui conociéndola mejor. Me acostumbré a sus locuras, a sus humores, pero sobre todo me acostumbré a que ella se volcara siempre que la necesitaba. Al poco de conocernos, me dijo: «Desde pequeña me ha gustado ayudar a los demás». Creo que en aquella conversación, con algunas copas de más, también me confesó que le hubiera gustado ser misionera.

—¿Estás soltera? —la provoqué yo para ver por dónde salía.

—Para nada. Casada y con muchos compromisos. No te he dicho que quisiera ser monja, sino misionera seglar, o trabajadora de una ONG. Una curranta de las que de verdad ayudan a la gente.

Recordaba bien aquella conversación mientras imaginaba a mi amiga repartiendo folletos informativos sobre enfermedades sexuales a las mujeres de algún club de alterne o de la calle Montero.

El guionista se había marchado tras haberle cambiado la mitad del guión del programa especial. Me había bañado y esperaba a Louis desnuda sobre la cama. El frío me despertó a las dos de la madrugada. Estaba sola. Lo que siguió fue una noche de llanto, de mirar el correo, después el teléfono y vuelta a empezar, una y otra vez, hasta que sonó el despertador e hice como que me despertaba.

Podía haberlo imaginado al escuchar su «en principio, sí». En realidad me lo había imaginado. Es más, habría apostado, sin perder, que no vendría. Siempre era así cuando hablaba de principios. Yo siempre temía que fuera el final. Y no podía siquiera decírselo porque sacaba los kilos de rabia que llevaba dentro: «Pero qué desconfiada eres. Ay, qué rarita me has salido», decía entre medias sonrisas que anunciaban su posterior enfado. «Que no aparezca una noche no significa enmienda a la totalidad. Que no venga no significa que no vaya a venir más. Quítate esas locuras de encima. No te hagas tanto daño».

Conocía de memoria aquella monserga. Antes de verle sabía que me diría eso o una versión más larga o más reducida en función del tiempo que tuviera. Hubiera sido capaz de recitárselo yo antes de que él me lo escupiera. Me aburría el tema tanto como me ataba a él, a quien tanto debía.

—Estás guapísima —me dijo nada más verme entrar en su despacho—. Me gustas más así, sin maquillar. Te quitas diez años de encima. Ven —dijo, dando palmaditas en sus rodillas—. Dile a la maquilladora que no te pinte tanto.

—Tengo prisa. Además, no entiendo cómo puedo estar guapa si no he dormido en toda la noche. Esperándote, por cierto. No paré de llorar hasta caer rendida.

Según lo iba diciendo me fui dando cuenta de que estaba metiendo la pata hasta el fondo. Aquellas frases sonaban a reproche, lo peor que podía utilizar con Louis. Era lo mismo que dar de comer a un monstruo. En cuanto se sintiera herido atacaría con virulencia. Lo sabía de sobra pero eran reacciones que se imponían a mi voluntad, aunque después causaran sufrimiento. Como tantas veces, había empezado a hablar, y las palabras, como con vida propia, se habían tirado por la lengua, en plan tobogán, sin solución de continuidad. Una vez más la había pifiado. Aunque en esta ocasión no le había dejado ir más allá de «no te hagas tanto daño». Me marché antes, rumbo a la sala de maquillaje.

En el pasillo me crucé con el director de publicidad de la cadena. Su cabeza me llegaba a la altura del hombro. Se empeñaba en darme siempre dos besos, a sabiendas de que al agacharme pondría en evidencia su corta estatura. Me preguntó casi a gritos qué me pasaba últimamente que estaba tan linda. No era el primero en hacer esa observación. Decía que tenía no sé qué que me hacía brillar. Algo estaba ocurriendo en mi interior que los demás notaban. Alicia decía que lo transmitía en mi mirada.

—¡Dios salve a la reina! ¡Abran paso a nuestra estrella favorita! —gritó a los cuatro vientos la jefa de maquillaje. Lola se había convertido en mi maquilladora oficial, no porque yo lo exigiera, sino porque lo exigía ella, que aseguraba amar mis pómulos y mis rasgos exóticos, los mismos que habían enamorado a Louis.

En ese momento recordé su recomendación. Le pedí a Lola que fuera un poco más suave, sobre todo en los ojos, ya los tenía demasiado marcados por los estragos de la noche como para otorgarles más protagonismo. Tras elegir una blusa verde esmeralda para la falda negra hiperceñida que me había preparado el estilista, Lola me convenció de que debía pintarme los ojos con diversas sombras de verdes. Hasta la máscara de pestañas era de ese color. «Como un pavo», protesté cuando me vi en el espejo. No era en absoluto lo que Louis me había aconsejado pero reconocí que era fresco, luminoso y muy llamativo.

—Y déjate de sobriedades —sentenció Lola blandiendo sus «armas de matar» entre sus dedos índice y pulgar.

Ya en directo, mi Twitter dejaba constancia de que la audiencia también apreciaba mi maquillaje y mi nuevo color de pelo, al que habían rebajado el negro para

subirle algunos brillos cobrizos. Una bobada pero esos detalles daban vidilla a @juliarago, aunque en mi fuero interno estas banalidades me afectaban cada día menos. Odiaba el papel de guapa oficial en el que intentaban encasillarme por expreso deseo de quien, como todos sabían, era mi amante o mi novio. Y eso que no era rubia, bromita made in Alicia.

Lo que desconocía la inmensa mayoría era que en mis frecuentes desvelos nocturnos yo me dedicaba a estudiar, leer y beberme internet. Esa era la razón por la que no necesitaba que me pasaran guiones para todo. Yo era mucho más autónoma que otras compañeras que actuaban cual bustos parlantes. Estaba informada, sabía de lo que hablaba y ensayaba las noches en las que dormía sola, que empezaban a ser casi todas, haciendo entrevistas imaginarias a personajes sobre los que ese día había leído historias en prensa.

No sé cómo ocurrió. Debí de venirme arriba con tanta admiración tuitera. El caso es que, en la entrevista al enésimo mal actor de turno que teníamos esa temporada en el plató, no me contuve. Quizás fue una forma de venganza al verme obligada, casi a diario, a promocionar a algún tercer espada que protagonizaba un estreno de la cadena. Según me iba escuchando sabía que de nuevo me había subido a ese tobogán y que iba a resbalar por la pendiente. Mis pensamientos hablaban solos, sin freno. El tipo aquel no había parado de piropearme y a mí no se me ocurrió otra cosa que responder:

—Desnuda gano mucho.

Las redes sociales se incendiaron. Por el pinganillo el director del programa quiso que rectificara, me imploró que lo hiciera cuanto antes; el director de la cadena había llamado hecho una pantera. No lo hice. Seguí dándole vueltas a la ocurrencia. Me imaginé que en ese preciso momento me convertía en titular de las webs de los confidenciales y de las revistas del corazón. Poco me importaba. Una nota de escándalo más a mi vida no le venía mal. Tampoco había sido para tanto. Me divertía pensar que a Louis le pondría cachondo que media España me imaginara desnuda. Era una travesura divertida. Pude constatarlo en su mirada vidriosa, cuando en el último corte de publicidad, minutos antes de que acabase el programa, vino a buscarme al plató. Sin cortarse un pelo se me acercó y, delante de los colaboradores que me acompañaban, agarró una de mis posaderas y me susurró al oído: «Esta noche te daré lo tuyo».

Despedí el programa. Mientras abandonaba el estudio haciendo la «v» de victoria, animada por los aplausos de cámaras, realizador, regidor y resto del equipo, leí el primer mensaje que había llegado a mi teléfono. Por supuesto, de Alicia: «Qué ganas de verte. Te voy a comer literalmente a besos».

Alicia no aprendía. Muchas veces le advertí, sin ningún éxito, que yo era un personaje bastante conocido (según ella, famosa) y que, como un día me leyeran el wasap, se iba a liar parda con sus bromitas. Desde luego, el de aquel día podría ser malinterpretado. «Cuidadín, cuidadín», le contesté. «En una de estas me pillan el móvil y nos declaran amigovias o marida y mujer».

No llegué a terminar de escribir. Se coló una llamada de mi terapeuta recordándome que me esperaba al día siguiente. Estaba bastante molesta porque le había fallado la semana anterior. Ya no estaba dispuesta a aguantar mis desplantes. Si quería, ella misma me recomendaría a otro psicólogo. Casi la cuelgo diciendo: «OK, ya está bien», sabiendo que tenía más razón que un santo y eso que ella ignoraba la causa de mi ausencia. Louis me había pedido que fuera con él a Barcelona a un acto donde le iban a entregar un premio. Me lo dijo justo al salir del estudio. Una de sus sorpresitas. Me trajo hasta una maleta preparada con la ropa que, a su entender, debía ponerme para la ocasión, que por cierto era tan poca que un poco menos y voy desnuda.

Después de la conversación con la psicóloga recuperé el chat. «Ali, ¿qué te ha parecido mi bromita? Hoy te he superado».

Alicia me respondió al momento: «A ver..., si te gusta que toda España te imagine desnuda, pues genial, pero en esa onda en la que te pasas el día defendiendo a las mujeres y venga a hablar de las tratadas y de las maltratadas, pues no sé si pega mucho lo que has dicho. Yo que tú, mañana empezaría el programa haciendo algún alegato de esos tuyos defensores de la mujer, para que no piense la audiencia que eres una esquizofrénica o que has sufrido un ataque de locura. ¿Se ha pronunciado Louis al respecto?».

«“Esta noche te daré lo tuyo”, me ha dicho mientras me daba un azote».

Pero no me dio lo mío aquella noche. Como era de esperar, Louis no cumplió su promesa. Ya me tenía acostumbrada y la situación amenazaba con aburrirme. No estaba ni bien ni mal. Sencillamente, no estaba. Como él. Yo me conocía y sabía que si empezaba a aburrirme la relación iría en picado. Lo malo es que cuando él vislumbraba esa reacción, me tocaba la tecla del sexo, que yo identificaba con amor, y la teníamos liada hasta la siguiente.

Cuando el tipo comenzaba a importarme poco, el sufrimiento que experimentaba también era menor. Así se lo contaba a Laura, quien, más que en una terapeuta, se estaba convirtiendo en una amiga. Ella se resistía, pensaba que nuestra relación no debía ir por esos derroteros. Torcía el gesto cuando me escuchaba hablar de Louis. Laura le tenía ganas «al tal Louis», como le llamaba.



Noté enseguida que ella no lo tragaba. Creo que cada vez que yo le hablaba de él y de sus reacciones —eso era toda la sesión, pues me había convertido en monoterapia—, ella tenía ganas de mandarlo lejos. No lo verbalizaba pero no hacía falta. Su consejo era siempre el mismo: tenía que hacer ejercicios para pensar en mí, decidir por mí y proyectarme en el futuro. Y mira que lo intentaba pero tenía muchos obstáculos en mi contra. No solo desde el punto de vista del amor o porque el hombre del que estaba enamorada fuera mi jefe en el trabajo. El tema era que en ese trabajo tenía a alguien que me decía cómo tenía que peinarme, cómo tenía que maquillarme, cómo tenía que vestirme e incluso qué tenía que decir, aunque hiciera esfuerzos por salirme del guión.

- Me gustaría que pensaras por qué te dejas influir tanto por el tal Louis — dijo Laura con la intención de provocarme, después de escuchar con paciencia mi discurso sobre las ventajas y desventajas de empezar a acostumbrarme y a aburrirme que yo había elaborado en el taxi. Porque, eso sí, yo, muy digna, no dejaba que el coche de producción me llevara al psicólogo. Nadie debía poner en duda mi buena salud mental ni mi seguridad, que se presumía, y de la que tan orgullosa me sentía.
- Le quiero. Le necesito. Me ha ayudado mucho en los siete años que llevo en España.

Con discreción, Laura me acercó la caja de clínex. Ya me veía flojear, como me había visto en los últimos cinco meses en los que llevaba tratándome. Y, de pronto, no pude hablar. Ella me miraba con mucha tranquilidad desde el otro lado de su mesa, esperando a que pasara mi congoja. Dándome a entender que no había prisa, que el tiempo contaba a mi favor, incluso frente al llanto. Desde la ventana de su despacho se vislumbraba El Retiro, cuya arboleda empezaba a amarillear. Llovía. Era eso, la lluvia era la culpable. Era la lluvia la que me hacía más vulnerable. Cuando cesaron los hipos, los mocos y las lágrimas, me pareció ver los ojos de color azul intenso de Laura un poco vidriosos. Quizás ella se había contagiado de mi emoción.

Di por terminada la consulta. Antes de comenzar le había advertido que disponía de poco tiempo. La verdad, estaba tan disgustada que me sentía incapaz de continuar. Laura, respetuosa, me pidió que volviera a los dos días, pero sin límite de tiempo y con ganas de hablar con tranquilidad. No quiso cobrarme la sesión, aunque me advirtió que no era una buena práctica. Me soltó un rollo impresionante sobre el significado psicológico del dinero. Según me pareció entenderle, desde un nivel profesional cometía un error no cobrándome, pero sentía el deber de hacerlo a nivel humano, lo cual le agradecí, si bien mi problema no era precisamente la falta de dinero.

Después de aquel intento de consulta, me hubiera ido directamente a dormir el llanto a casa. Alicia debió de notar mi estado de ánimo porque intentó darme un abrazo cuando me vio entrar en uno de sus restaurantes favoritos, donde habíamos quedado a comer. Ella sabía que odiaba que me tocaran mucho pero lo intentaba una y otra vez para mi desesperación y la suya, pues si de algo podía presumir era precisamente de cariñosa, lo que incluía besucona y tocona; en las antípodas de mi personalidad. Ese día fue más efusiva de lo habitual y yo la rechacé todavía con mayor vehemencia de lo acostumbrado. Sin embargo, no movió una pestaña: me conocía. La vi feliz, agradecida de que la hubiera citado en uno de sus lugares favoritos. Allí no comía mucho pero los «japos» la volvían loca. En especial aquel lugar con las paredes y los techos decorados de maravilla, con las algas rojas y verdes de Bouroullec, que eran una de las perdiciones que nos había unido a ambas. Confieso que al principio no tenía ni idea de quiénes eran aquellos hermanos diseñadores, hasta que Louis me enseñó un libro y un catálogo, con una alfombra que iba a encargarse y que costaba seis mil eurazos. Alicia, como excelente decoradora, los veneraba, así que el precio le pareció lo más normal del mundo. A mis ojos aquella cifra era un escándalo, por mucho dinero que tuviera mi novio.

- Julia, debo de conducir un coche de macho, porque no paran de dejarme publicidad de clubes en el limpiaparabrisas. Mira, mira, hoy tengo uno de masajes orientales veinticuatro horas —me dijo con tono de falsa preocupación mientras me entregaba un folleto con una chica medio en bolas que hablaba por otras cinco y que prometía masajes y bebida con tarifas entre treinta euros, los quince minutos; y setenta, una hora. No había que ser un lince para averiguar que eran masajes con final feliz.
- Si los hombres supieran que la mayoría de estas mujeres son esclavas, que una vez que han terminado su servicio tienen otro cliente y otro, y ni siquiera ven la pasta que han ganado porque hay un cerdo que se la lleva y que las tiene prácticamente amordazas, si no drogadas.
- Venga, no exageres —me reprochó—. Derrochas demasiada pasión en todo lo que haces y dices. No es una crítica pero a mucha gente le molesta que pongas tanto énfasis en un tema como este. Claro que casi todos los que protestan son hombres. Supongo que muchos tíos sienten que los has pillado. Seguro que son los que van de putas, que deben de ser muchos, porque no puede haber tantas chicas y tan pocos hombres que reconozcan usar sus servicios.
- Ya te expliqué el otro día que yo no hablo de putas. No soy nadie para juzgar a las prostitutas que ejercen por voluntad propia. Lo que me preocupa, de lo que hablo es de mujeres y niñas víctimas de trata para

explotación sexual. No hay que confundir los términos. Lo mismo ocurre cuando la gente identifica a las mujeres maltratadas con inmigrantes.

—Pues en este tema también debe de tener algo que ver la emigración — reflexionó Alicia.

—Nada que ver. Es cierto que hay más facilidad en cruzar fronteras pero no se trata de eso. Aquí el problema son las mafias. Estamos hablando de trata de personas, como hay tráfico de drogas y de armas. Es más, las mafias suelen ser las mismas y creo que, en cuanto a ingresos, es el segundo negocio más importante.

Alicia tenía muchas virtudes. Era cariñosa. Era generosa. Era muy lista. Pero tenía la fea costumbre de utilizar el móvil mientras conversaba. Mi supuesta adicción era un chiste si me comparaba con ella. Había tenido más de un disgusto por eso y alguna que otra amenaza de divorcio aifoniano, decía ella. Quienes la conocíamos bien no se lo teníamos en cuenta porque era un personaje indomable, la típica hiperactiva. Era capaz de ver por un ojo y mirar por el otro; oír por un oído y escuchar por el otro. Por eso no le di importancia a que anduviera toqueteando el móvil mientras yo le soltaba mi speech.

—La trata mueve treinta y dos mil millones de dólares anuales —me dijo, poniendo la misma cara de traviesa y de ratona sabelotodo que había descubierto en sus fotos de infancia—. Acabo de googlearlo. Y qué asco, en España cuatro de cada diez tíos van de putas. Y una de cada tres prostitutas son niñas.

—Ya te lo conté el otro día. Hay lugares donde tienen a crías de catorce años. Pero cuando lo cuentas, pocas personas se lo creen. Siguen con el tópico de las adolescentes tailandesas. Yo no sé si es que la gente no se entera o es que prefiere ignorarlo. Cuando hablo del tema tengo la impresión de que la mayoría mira para otro lado. Me gustaría hacer un buen reportaje sobre esto, o mejor, un especial. Pero en la cadena cada vez que lo pido se ponen de perfil.

—Podríamos hablarlo con mi hermano.

—¿Con Ernesto, el del cumpleaños?

—No, Ernesto es arquitecto. Con Pablo, que es director de fotografía. Igual él quiere hacer un reportaje para su cadena. Es más pequeña que la tuya, pero seguro que un tema así lo mimarían más.

—Podemos hablarlo con él, aunque primero me gustaría intentarlo otra vez en mi casa.



Yanai y yo éramos, según la opinión de todo nuestro pequeño mundo, dos buenas chicas. Nosotras no deseábamos vivir en Lima. Ella no había estado nunca, pero yo, limeña de nacimiento, que no de corazón, sabía que allá en la capital, o te metías en líos o te metían en líos. Si es que no acababas en una gang, como sabíamos de algunas muchachas y muchísimos muchachos, y terminabas en drogas y sin dientes; y no tengo que volver a explicar el rechazo que me producen las bocas desdentadas. Había conocido demasiados casos de malas vidas ya durante mi infancia. Y mi mamá me contaba de vez en cuando de este o de aquel que habían sido próximos a nuestra familia y habían hallado nuevo destino entre rejas o, peor aún, bajo tierra.

No tenía que esforzarme mucho para recordar las miradas enloquecidas de algunos muchachos de mi distrito, correteando sin rumbo, moviendo mucho las manos y los brazos. Y eso que yo era aún una niña que se enteraba de pocos chismes. Todo el mundo sabía que consumían. Unos, pegamento; los mayores fumaban hierba y los que andaban aún peor se fumaban la pasta base de coca. Era casi una bebe pero lo sabía. Como sabía que no era normal que mi vecina de enfrente vistiera siempre polos medio transparentes, no más, con las tetas casi al aire. Sabía que no era normal y conocía también la razón. Sabía por qué estaba siempre fajándose con su mamá que también usaba ropas raras y tomaba todo el tiempo.

Yanai y yo sentíamos la urgencia de abandonar nuestro pueblo, uno de los más pobres, donde muchas casas no tenían agua, ni luz, y apenas había escuelas. Todos estábamos de acuerdo, incluidas nuestras familias: lo mejor era salir de Ocongate. Partir significaba esperanza. Quedarse conllevaba repetir la misma historia de nuestras madres y de nuestras abuelas: parir a los quince o a los dieciséis años; vivir al lado de un hombre cuya única actividad fuera tomar cerveza, conseguir como mucho un puesto en el mercado de los domingos para vender frutas o vegetales y labrar unas tierritas o hacerse con una vaca y una llamita y luego otras y, con un poco de suerte, formar un rebaño como esos que iban viendo en el que había comenzado siendo nuestro viaje y que ahora era mi

viaje, tan intenso y teñido por el luto.

Sí, todos queríamos salir, huir de la cuadrícula del mapa en el que Dios nos había colocado. Como había salido mi tía Rous de La Victoria, nuestro barrio limeño. Como iba a salir mi hermano y como hubiera salido mi madre de Ocongate, de no ser porque ella pensaba que era vieja. Yo le decía que no, que con treinta y cinco una no podía decir que era vieja, pero ella aseguraba que ya con esa edad mejor no se movía, o como mucho, ahora que nuestro papá había muerto, se regresaba a Lima donde aún le quedaban parientes. Al parecer, el Señor había sido piadoso con mi mamá a la que un día descubrí rezando: «Diosesito, llévanos a él o a mí, pero llévanos a alguno porque esto es insoportable».

Yanai y yo habíamos urdido un plan. Y teníamos todo preparado para ponerlo en marcha. Controlábamos incluso los buses interprovinciales que en diez horas nos llevaban desde Cusco —a cien kilómetros de casa— a Puerto Maldonado. Aquel sería nuestro destino. Uno de los más importantes lugares turísticos del país, lleno de bares, restaurantes y hoteles donde continuamente contrataban a cholitas peruanas para trabajar sirviendo mesas y fregando en las cocinas.

Yanai se sentía un poco responsable de que su hermana nos hubiera contratado para el restaurante y luego nos hubiera echado, aunque en realidad ni la culpa ni la responsabilidad podían recaer sobre ella. «Los hombres siempre ganan», me habían dicho tras comprobar que el tío que había intentado violarla a escasos metros de su esposa seguía junto a ella como si no hubiera pasado nada mientras que a la víctima de su intento de violación se le obligaba a salir por la puerta.

Conocía bien por lo que ella había pasado, aunque Yanai no lo supiera. Ni ella ni nadie. No más mi madre. Mi madre y yo. Hay cosas de Las que ni siquiera se enteran los hermanos. Quizás llegaran a saberlo con los años.

Habíamos firmado un pacto de silencio. Y con mi pacto, con mi silencio, con mi amistad y entusiasmo, había arrastrado a Yanai a que pidiera trabajo a su hermana. Fue la mejor salida, la más natural al desnaturalizado acto de la violación que yo también sufrí.

En el colegio habían hecho todo lo posible por mejorar mis notas; no hubo necesidad de apañar las de Yanai, que ya era suficientemente lista. Tenía que salir de allí con la cabeza bien alta, según dijeron a mi madre los muy hipócritas. Y nada mejor que con mi amiga para que no hubiera sospechas. Debía hacerlo pronto porque aquel profesor estaba tan profundamente enamorado de mí, que no podían asegurar que no fuera a repetir lo que para él era una prueba de su amor. No surtieron efecto ni los llantos de mi madre ni mis buenos actos. Yo quería que

me dejaran acabar allí mis estudios. No hubo manera. En la disyuntiva entre él o yo estuvo claro el veredicto. Entre su honor y el mío también tuvieron claro cuál valía más. Aquel don Manuel, tan honorable, joven graduado, pero brillante, especialista en lenguaje, recién llegado de Lima con maneras elegantes y con sangre alemana por parte de abuelo, transmitida a un pelo demasiado rubio para nuestro país y unos ojos azules que hacían un efecto trágicamente bello entre el resto de sus rasgos andinos, había empezado a mirarme desde el primer día que puso sus finos zapatos en clase. Luna por acá, Luna por allá, cualquier excusa le valía para hacerme parar y observarme de arriba abajo. Así todo el curso. Y pensó el idiota que iba a permanecer callada.

Pero hablé con mi madre para contarle que no era cierto que me hubiera retrasado paseando con Yanai hasta la hora de la cena. Que no eran mis ojos de lágrimas fruto de una pelea con ella cuando regresábamos de aquel paseo. Que, saliendo de la escuela, don Manuel me había pedido hablar un poco más sobre mis resultados que no le parecían suficientemente buenos. Y que no había querido hacerlo en el aula, sino que me había llevado a la parte posterior de la escuela, junto al mercado, cuando ya nadie pasaba por allí, pues no eran horas, y contra la pared me había empujado. Y besado. Y levantado la falda. Y penetrado.

Con violencia.

A la fuerza. Con la misma violencia con la que me amenazó después, si se enteraba de que yo lo contaba.

Pero hablé. Y habló mi madre una vez que estuvimos seguras de que no había resultado embarazada, pues el periodo me vino a los tres días. Habló reclamando honor y justicia. El honor yo ya lo había perdido y ni el colegio ni el profesor podían devolvérmelo, ni estaban dispuestos a perderlo. No hubo justicia para mí. Ni para mi familia. La única justicia fue la huida.

Cuando fuimos expulsadas del restaurante (violadas: 2, violadores: 0), una calle de Cusco se presentaba como nuestra única tabla de salvación. Yanai había prometido a su hermana guardar silencio sobre el incidente con su cuñado. Yo me sentía incapaz de confesarle lo sucedido a mi madre después del disgusto que ya había tenido. Conocíamos muy bien la actividad de la oficina de avisos de la calle Belén, en la que los escritos en las paredes eran la esperanza de muchachas y muchachos de nuestra edad, pero también de la gente mayor. Incluso antes de trabajar en el restaurante, lo teníamos bien hablado. Llevábamos desde los trece años informándonos, yendo cada mes a la oficina. Imaginando que nuestro futuro dependía de aquellos papeles que colgaban de las paredes con miles de ofertas de trabajo, especialmente para las chicas, aunque estas fueran menores de edad.

Ni Yanai ni yo habíamos querido engañar a nuestras mamás. Otras amigas ya se habían escapado. Nos llegaban ecos de que estaban de lo más bien. Desde que mi hermano había protestado la primera vez que habíamos descubierto nuestras pesquisas, habíamos continuado dando la lata, como buenas jovencitas, repitiendo una y otra vez que aquel local estaba lleno de gente que ofrecía trabajos en Puerto Maldonado, pero también en Lima o en El Callao. Mi madre siempre se enfadaba al oírme. «¡Pueden engañarlas y matarlas!», gritaba.

—¿Cómo vamos a fiarnos de un anuncio de personas que no conocemos? —se preguntaba—. Si hemos visto hasta el nombre que tenían los autocares que podrían llevarnos —le explicaba yo, intentando tranquilizarla—. Expreso Águila se llamaba uno de ellos, usted qué cree, que nos van a raptar. Cómo iban a engañarnos, tienen demasiados miedos.

Pero bueno, pensábamos nosotras, ahora ya teníamos cerca de los quince y nuestras madres estaban convencidas de que éramos unas señoritas. La mía decía que pronto tendríamos que levantar el vuelo. Una vez que habíamos salido de casa para probar en el restaurante, aunque aquella aventura no hubiera funcionado, nada tenía de particular que buscásemos nuevas experiencias en otros lugares, a pesar de que no tuviéramos su bendición.

Esos eran mis recuerdos, mientras continuaba mirando al cielo desde la trimoto, llorando, agotada, con la sensación de estar vaciándome y de no poseer ya más lágrimas. El bobo se reía cada vez que yo gritaba que quería volver con mi mamá, mientras alguna vez mi tía se volteaba y acariciaba no más mis rodillas, una de esas caricias que uno siente de compromiso. Tantas como yo llegaría a entregar después.

Cuando estaba empezando a felicitarla porque ella se había dormido y yo podía llorar a mis anchas, sin que me conminara continuamente al silencio, sentí la mano del bobo buscando mis piernas. De nuevo vi en su cara aquella risa floja y estúpida al percatarse de que las subía con rapidez al asiento, haciendo malabarismos para impedirle cualquier posibilidad de toquetearme. Pensé en mi madre y lloré aún más fuerte, con la intención de despertar a mi tía. En vano. Estuvo dormida al menos una hora sin darse por enterada.

Era el dolor de perder a mi Yanai y de haberla dejado allí al alcance de cualquier desaprensivo. Y era la rabia de haber creído en los planes de tía Rous. En realidad, nosotras teníamos otros si bien no habíamos podido llevarlos a cabo.

Hacía cuentas, sumaba un mes tras otro los supuestos ochocientos soles que nos habrían pagado en la casa del centro de Cusco que habíamos visitado. La señora



necesitaba una chica para cuidar a los niños y otra para la limpieza. Tan contentas que estábamos Yanai y yo, seguras de que podríamos alternarnos las tareas para no cansarnos las dos de hacer lo mismo. Volvía a contar una y mil veces ochocientos, más ochocientos, más ochocientos. Porque siempre he tenido dificultades para el cálculo y multiplicar por más de dos cifras se me daba muy mal. Mi llanto era mi peor enemigo, los números se me escapaban de la cabeza y de los dedos. No llegaba a concretar la plata que podríamos haber ganado, pero estaba segura de que hubiera sido mucha.

Recordando la estupidez de aquella señora rica que nos había negado el puesto cuando supo que éramos tan amigas, y que nos turnaríamos las labores de niños y casa, se me cortó el llanto de la rabia.

—¡Menuda cabrona! —grité, escandalizando a mi tía que entonces sí despertó y me regañó por hablar con esos términos, convencida de que era ella la destinataria del insulto.

—A ustedes les va a ir mucho mejor trabajando en Puerto Maldonado —me dijo, cuando le aclaré a qué venía mi grito—. Allá en Cusco iban a sacar ochocientos soles. En Puerto ya les dijeron que eran mil quinientos.

—No diga ustedes, que voy yo sola. Mi Yanai no estaría ahora muerta si hubiéramos cogido la otra oferta que vimos en el puesto, también para Puerto. Mil quinientos soles, una como cajera y otra como mesera. Además, íbamos en colectivo y no en esta trimoto de mierda.

—Deje de lamentarse, Luna. En este trabajo le garantizo que ganará más plata. También será mesera. Pero aquí sabemos adónde va. Deje ya de lloriquear que si Yanai, que si Yanai. Va a estar cerca de una parte importante de su familia, que soy yo. ¡Qué más quiere! Ganará un mínimo de mil quinientos soles y, si consigue que los hombres beban mucho, seguro que hará algo más de platita. Esto último lo dijo con un gritito musical, mientras le daba al bobo un empujón amistoso y le guiñaba un ojo.

—¡Plata! —gritó—. ¿Ha oído bien, muchachita? Plata, mucha platita —dijo el bobo entre risas, imitando el tono de mi tía.

Para quedarme dormida, usaba todavía el método que me había enseñado mi madre, que consistía en repetir las tablas de multiplicar. Lo aprendí a los ocho años, cuando nos mudamos a Ocongate. En ese momento en el colegio nos enseñaban las multiplicaciones, con sus liosas tablas, que yo no conseguía memorizar. Decía mi madre que siempre fui más noctámbula que diurna. Ella me contaba que nunca había manera de echarme a dormir a las horas normales en las que otros niños duermen. Yo siempre andaba por ahí, dando guerra, algo que divertía mucho a mi padre los días que se tenía bien paradito porque no había

tomado, pero le enrabetaba aquellos, que eran los más, en los que se extralimitaba con la cerveza o el pisco. Años después entendí que mi presencia le molestaba como testigo y sobre todo porque mi madre se negaba a intimidades si nosotros estábamos presentes y, menos aún, si él estaba ebrio.

Una vez le pregunté a mi mamá y ella me explicó que yo andaba acertada en mis sospechas. Mi padre deseaba dar rienda suelta a sus instintos como un animal y estando yo no podía hacerlo, por lo que acababa pegándola a ella y también a mí. En aquellos días, más bien aquellas noches, en las que él escupía a gritos sus intenciones, ella me mandaba al cuarto que compartíamos a «cantar», me decía, el dos por uno.

—Pero dígalo bien alto, como si quisiera que la oyera el vecindario entero.

No era tanto para que yo lo aprendiese, sino para que no escuchara sus batallas. Había noches en las que repasaba todas las tablas según las íbamos aprendiendo. Y había otras en las que empezaba muy alto e iba rebajando el tono, hasta que caía dormida. Y luego estaban aquellas en las que yo no podía dormir y acababa él en el cuarto, arrastrándola a ella, jalándola del pelo y pegándome a mí.

Ahí estaba yo, en la trimoto de un bobo con sonrisa de bobo y con mi tía, canturreando internamente aquella conocida medicina para dormirme, y creo incluso que soñé con la tabla del doce, que nunca había estudiado y que, en vigilia, hubiera sido incapaz de repetir. Cuando desperté, todavía seguía recitando las tablas. Debí de dormir bastante tiempo. Por alguna razón que no entendí habíamos parado en lo que parecía la entrada de un pueblo, que luego supe que se llamaba Quincemil.

Estaba sola. Por un momento pensé en huir. Por dos, lo pensé mejor. Adónde iba a ir. Mejor me quedaba con mi tía y el idiota.

Me bajé del vehículo y me paré a contemplar bien aquel paisaje lleno de verdes. El más bello que había conocido. Sonaba a sol. Y sonaba a animal y a hojas moviéndose en medio del silencio. Sonaba a risas. Nada más. Me parecieron lejanas.

Corté unas hojas que echaban una leche especial que olía a un olor desconocido y que luego reconocí oliéndolo tantas y tantas noches, un olor a medio camino entre lo dulce y el desagrado, que no quise probar y que luego tantas veces probé proveniente de otros seres, y no precisamente vegetales.

Sonaba a verano. Olía a verano. La luz de la tarde era de verano. Me hacía daño a los ojos, sensibles por el llanto derramado. No supe distinguir si las lágrimas que

se escapaban ahora eran fruto del dolor por la pérdida de mi amiga o por el efecto de los rayos del sol sobre el cristalino irritado. Ya no sé si fue el miedo a aquel sol profundo o a que se fueran acercando las risas que hasta entonces había escuchado allá a lo lejos, el caso es que di por truncado mi paseo.

Movida por un impulso entré en la trimoto. Empecé a rebuscar en las cajuelas que se escondían tras el volante con la esperanza de encontrar un plátano, un sándwich o algo dulce, cualquier cosa que llevarme a la boca.

No encontré plátanos.

Tampoco dulces.

Nada... de comer...

A cambio hallé un tesoro que desde el primer momento imaginé que pertenecía al bobo, aunque podría haber sido de mi tía. Fue tal el susto que salí de prisa de la trimoto. Dejé la pistola en el mismo lugar en el que la había encontrado, bastante mal escondida, por cierto. A punto estaba de huir cuando escuché las risas más cercanas. Los vi besuqueándose, tocándose. Al parecer, el rato que habían estado juntos se les había quedado corto. El bobo escondía su mano izquierda entre la falda y las posaderas de mi tía. Ella le tenía agarrada la cara contra su canalillo para que continuara la faena que tanto jolgorio debía de haberle provocado minutos antes.

No supe muy bien qué hacer, al final decidí meterme en la trimoto y hacerles pensar que acababa de despertar. Todavía quedaba el resto del camino para averiguar si se habían percatado de que los había cazado en sus jueguitos, quería saber si eran amigos o amantes antes del accidente o si, por el contrario, aquel viaje del que todavía nos aguardaban diez o doce horas había desencadenado esa milagrosa pasión.

—¡Vaya, Luna, si está despierta! ¿Hace mucho tiempo? —preguntó mi tía en un tono que intuí sospechoso.

—Apenas unos minutos, tía Rous. Creo que ha sido culpa de tanta luz.

Retomamos el viaje que empezaba a adivinarse cada vez más verde, con un paisaje salpicado por campos y campos de maíz y patatales. Tuvimos la inmensa suerte de que las obras de la carretera interoceánica nos obligaron a parar frente a una parcela en la que trabajaba una familia; dos padres bien jóvenes, con camiseta amarilla de futbolista él, con falda de cuadros ella, y un niño de unos ocho años.

—Déjenme salir con ellos —supliqué. Y ante la mirada comprensiva de la tía, el bobo accedió, no sin antes recordarme que, ni bien tuviera permiso para seguir, tendría que regresar deprisa porque si no nos devorarían los conductores de los coches que llevábamos detrás.

La mujer estaba embarazada pero no por eso usaba peor la azada que el flaco de su esposo. Quedé enamorada del niño, que al principio pensé niña, de nombre Wilson, que ayudaba a sus padres como solo por estas tierras estamos acostumbrados a ayudar los niños, que trabajamos desde temprana edad en cualquier tarea que pueda ser remunerada. No eran patatas, me explicaron, sino camote, la batata dulce que tanto me gustaba y que la hermana de Yanai asaba tan bien. Me regalaron dos, porque dado el tamaño no podía llevar más en las manos.

—¡Corra! —gritó histérico el bobo.

Ese no sabía lo que era correr para mí. Después de balancear al niño unas cuantas veces en el aire y despedirme de él llenándole de besos, salí corriendo a tal velocidad que conseguí adelantar a la trimoto. Mi tía me miraba orgullosa, conocía mis dotes atléticas y lo pronto que olvidaba mis modales de señorita cuando me ponía a jugar y a hacer carreras como un niño de campo.

No llegué a subirme al carro, que arrancó y volvió a parar el bobo. Al parecer, todos estábamos hambrientos y ni siquiera la premura fue un impedimento para parar en un extraño lugar. A un lado se levantaba un inmenso colegio, con niñas y niños de uniforme de cuadros y jerséis azul marino. En el lado opuesto, los dependientes de las cantinas, los bares y el resto de puestos esperaban con impaciencia a los niños que cruzaban alborozados para comprar sándwiches, ensaladas de maíz, que por allí llamaban choclo. A muchos se les veía con refrescos de maíz morado, la famosa chicha que, como en mi pueblo, servían en bolsas de plástico con pajillas rosas dobladizas.

Me llamó la atención un establecimiento que tenía mesas y sillas de plástico. Sobre un hule de flores lucía un gran cartel que anunciaba: «Gran marruchada pro salud».

—¿Qué es eso, tía?

—Parrillada de carne asada, mi niña.

—¿Lo pedimos?

—No. No podemos esperar a que asen la carne. Vaya a uno de esos chiringos y pida no más una omelette con salchicha y queso. Que si tienen también

comeremos otra nosotros. Y coja una chicha, que ahora pagamos.

Dicho esto, mi tía se metió en una de las cantinas, restaurante y tienda a la vez, para comprar un champú y un bote de rocoto. Ella era incapaz de disfrutar una tortilla o cualquier bocado sin la picante alegría del ají.

Como fugitivos, no más, nos terminamos las bebidas en el carro. Mentalmente empecé a sumar mil quinientos soles, más otros mil quinientos, más otros mil quinientos, el dinero que me habían prometido por mi nuevo trabajo de mesera, hasta convencerme de que, en efecto, merecía la pena.

Debí de quedarme dormida gracias a las cantidades complicadas que manejaba, entre sumas y comparaciones con aquel otro trabajo de limpieza. Me despertó un beso, uno de los pocos que había recibido y que recibiría en años. Al parar en la gasolinera, mi tía me había dado aquel beso furtivo, conmovida al ver cómo me resbalaba una lágrima por la mejilla.

—Nunca había visto un paisaje tan exótico, tía.

—Normal. En Lima vivía en un barrio horrible. Y en Ocongate más de lo mismo. De exotismo va a hartarse allá donde vamos. Si esto le gusta, Puerto Maldonado va a enamorarle. Además, aquello está lleno de diversiones.

Entre tanto verde, me llamó la atención ver desde la carretera la iglesia azul y blanca de Quincemil, como un templo dibujado por un niño. Y recordé las imágenes de vírgenes de mi infancia, como si fueran la protección de calles maliciosas, como lo era mi distrito, el de La Victoria..., todo menos victorioso, donde vivíamos junto al famoso callejón de El Buque, divisando el bar que regentaba mi mamá, en el que se podía tomar y comer arroz con pollo, no más en la calle, con una mesa grande de madera, en torno a la que se sentaban entre seis y ocho parroquianos que pasaban las horas muertas, sobre unos asientos hechos con cajas o en unas sillas azules de plástico, y no se iban hasta la madrugada un los días de verano, en esos en que el calor se le mete a uno entre la piel y los huesos y es como si tuviera dentro un bicho que no le deja vivir.

El bar, por llamarlo de alguna manera, estaba provisto de un tejadillo de paja que más que de la lluvia, pues en Lima apenas llovía, protegía sobre todo del sol y del viento e invitaba a quedarse conversando, mucho más agradable que en cualquier casa en la que con dificultad se encontrarían mesa y sillas para tanta gente.

Accedíamos a nuestro callejón a través de una puerta sobre cuyas paredes

desconchadas algún virtuoso dibujaba a menudo toda clase de figuras: un guerrero quechua, la caricatura de un futbolista y, a veces, le daba por pintar vírgenes. Tras aquellos muros vivíamos tres familias. Como si unos a otros nos hubiéramos copiado la casa, los más humildes poseíamos un colchón y una placa de cocina; dos colchones y una placa de cocina, los más afortunados. Estos incluso podían tener una o dos sillas. El baño era el mismo para unos y otros.

En nuestro caso, cada noche ayudábamos a mi madre a meter la mesa y las cajas que servían de asientos no fuera que nos las robasen. Así que por la noche nos considerábamos de los afortunados.

En Ocongate nuestra suerte había sido mejor y peor. Mejor, porque había desaparecido el padre borracho y matón. Peor, porque no había bar y, por tanto, no había cajas, ni había mesas, ni había sillas, tan solo un colchón para mi madre, para mi hermano y para mí, y una placa de cocina. En mis recuerdos de niña veo a las mujeres pintando sus casas de un lindo azul, de ese azul que entonces no sabía a qué me recordaba y que años después supe que era el azul del mar. Ellas podían pintar sus paredes. Y yo las recuerdo con admiración porque en mi casa no había paredes, sino tablones de madera, plásticos y latas. Ellas llevaban deportivas bonitas que aún no sabía a qué me recordaban y más tarde supe que eran de marca, y las tuve incluso parecidas, más tarde, porque por aquel entonces mi única suela eran las plantas de mis pies y la única marca, las heridas que cada día mi mamá curaba.

Llevaba un buen rato despierta. Era incapaz de alejar de mis pensamientos la pistola de Óscar. Por fin sabía su nombre. Minutos después de mi descubrimiento había escuchado a mi tía: «Quieto ya, Óscar», mientras el bobo seguía metiéndole mano entre las piernas, aunque protestaba riendo, la muy sucia.

Mi imaginación volaba a toda velocidad. Pensé que el tal Óscar llevaba un arma por temor a los atracos, algo absurdo por otra parte, dado que aquel carrito no lo conducía precisamente gente con plata. Él mismo podría ser un atracador. O un ladrón. O las dos cosas. O un matón. No sabía cómo avisar a mi tía. No sabía si debía hacerlo. ¿Y si era ella la dueña del arma? ¿Y si trabajaban juntos?

Dudaba de todo, nada paliaba mi inquietud, ni siquiera el método infalible de las multiplicaciones fue un calmante eficaz contra mi creciente ansiedad. Comencé a vigilar los movimientos del bobo, también los de mi tía que muy cariñosa intentaba acariciarme las piernas, que procuraba yo que no las encontrara.

—Tendremos que comprar ropa linda para esta muchachita —dijo, con la intención de hacerme hablar.

—Encantada de que me compren ropa. Pero no creo que sea muy necesario. No más tendré que llevar algún uniforme de mesera.

La tía Rous le dio a Óscar una buena cachetada en el brazo y estalló en carcajadas como una loca. Poco más y se le saltan las lágrimas. Se volvió hacia mí con todo su cuerpo y me soltó:

—Allí va a tener que estar muy linda, muchacha. Tendrá que ponerse ropa que realce lo bien que se ve ese cuerpecito suyo.

—«¡Uniforme, uniforme!» —repetía con una insistencia pesada que incluso a mí terminó por hacerme gracia. Como al bobo, que aprovechaba cualquier ocasión para subirle la falda a la tía.

—No se enoje, Luna, pero eso del uniforme sonó ridículo, ¿sí? Y más en Puerto Maldonado, con el calor que hace.

—He llevado uniforme en el colegio toda mi vida. Con calor y con frío, y no me ha pasado nada. Ya está bien, no van a reírse más de mí —protesté, dando una patada de rabia contra el asiento delantero—. Me verán chiquita pero no soy ninguna tonta. Sé mucho más de lo que ustedes creen. Ni tan chiquita seré si voy a trabajar sirviendo cerveza.

Mi irritación convivía con la excitación que me producía saber que haríamos stop en Mazuko, donde mi tía tenía que hacer una gestión. No dejaba de ver pequeñas cantinas, pequeños baruchos, chicharronerías —ahí donde me imaginaba yo comiendo una sopita de gallina—, algunos hombres por la calle, mujeres con pantalones bien ajustados color fresa y polos rojos o con pantalones bien ajustados verdes y polos azul cielo, así se combinaban los colores.

—¡Paremos acá! Hay negocios con pantalones muy bellos. Son esos los que quiero —grité emocionada al ver que las tiendas próximas a la carretera los exhibían muy lindos, con estampados de flores y rayas. Unos maniqués con un gran culo en pompa vestían tejanos bien ajustados, como si las mujeres dotadas de formas potentes fueran las únicas afortunadas. Debía de ser eso a lo que se refería la tía cuando hablaba de mi cuerpo. Yo tenía un buen trasero, desde luego.

—Ya los compraremos en Puerto Maldonado. No perdamos tiempo —dijo la tía temiendo que el bobo estuviera dispuesto a obedecerme.

Su apuro no sirvió de nada, puesto que nos obligaron a parar una vez más. Por un momento pensé que habíamos llegado. Qué ilusa. Estábamos en una zona con casas construidas en mitad de la carretera, más bien casitas nuevas y limpias con el techado de paja.

—Cómo van a ser esas nuestras nuevas casas —dijo tía Rous, a quien mi ocurrencia le hizo sonreír.

—Son cabinas de peaje, Luna —explicó, por primera vez con normalidad, el bobo—. El Gobierno las ha puesto para que entre todos mantengamos la carretera que es muy cara. Esta vía conecta Perú con Bolivia y Brasil.

—¿Y si no pagamos?

—No nos dejan pasar. Y usted querrá pasar para trabajar, ¿verdad?

Además de aquellas bellas casas, de nuevo había niños con uniforme que parecían salir de los colegios situados a ambos lados de la carretera, cosa que no comprendía. ¿No temían que un carro se los llevara por delante? Su visión y la emoción del sonido infantil mezclado con la luminosidad que emitía aquel selvático cielo del que ya no caía ni una gota volvió a traer a mi memoria los primeros encuentros con Yanai, mi chibola bella con quien la intimidad y la amistad fue inquebrantable ya desde el principio.

Noté mi cabello mecido por aquel viento ligero lleno de calor y desconocidos aromas. Sentí la caricia de aquella temperatura y empecé a tomarle el gusto a mi nuevo hogar. También mi tía se retiró el cabello hacia atrás. Hasta ese momento no había reparado en lo lindas que eran sus manos. En medio de aquella vegetación que comenzaba a oler a selva, frente a la exuberancia brutal de tanto verde, bastó una mano para recordar la tragedia que habíamos dejado tras nosotros. Aquella mano hermosa me hizo viajar hasta mi madre. La recordé escondiendo su rostro con las manos pequeñas y regordetas, estropeadas de tanto limpiar pisos ajenos, porque el nuestro era de tierra. Bastó aquel segundo y aquella mano para comprender cuánto amaba a la loca que me acompañaba en aquel auto de juguete, manejado por un bobo con pistola. Bastó aquel segundo y aquella mano para comprender cuánto odiaba a aquella mujer que me había sacado de mi casa para llevarme a un mundo desconocido. Así de contradictorios eran mis sentimientos por mi tía Rous, aquel ser tan diferente de mi madre que había decidido salvarme a mí en lugar de salvarla a ella de tanta miseria y que me había elegido a mí que según decían era su vivo retrato y no el de mi madre, tal vez por ello..., emocionada y todo, recordaba las últimas palabras que había dicho a mi mamá al salir hacia Cusco, segura de que yo era la única solución para mi familia: «Mami, yo me voy, y lo primero que voy a darle es una casita».

Volvieron a mi memoria las manos de Yanai, pero ensangrentadas. Volví a ver el accidente, aquel chanco, y recordé que Yanai gritaba más que yo, en un grito que arruinó el silencio. Y volvió mi llanto, sin contener la rabia y la tristeza, como si fuera ese mi modo de unirme a mi amiga muerta. Y se apoderó de mí una



manera histérica de llorar que nos obligó a parar, pues yo ya no controlaba mi cuerpo que se movía de un lado para otro, levantando las nalgas de aquel lugar incómodo, dando patadas al asiento del bobo y de mi tía.

Cuando cierro los ojos veo las manos lindas de tía Rous ofreciéndome una botella de agua para intentar calmarme, pero no sé si fue antes o después de mi ataque de histeria. No recuerdo más.

Solo recuerdo que mi siguiente visión tuvo que ver con la muerte. Con mi propia muerte. Con la muerte de la inocencia. Con la muerte de la niñez. Con desear la muerte.

Llevaba una semana sin ver a Louis. Vaya, siete días sin vernos a solas, porque verle lo veía todas las mañanas en algún rincón de la televisión. Pero de intimidad, nada de nada. Louis se molestaba cada día en buscar una buena excusa. AL mediodía le surgían compromisos inesperados y por la noche era una cena de trabajo esencial para el fortalecimiento de la cadena. Yo hacía como que me lo creía, sabiendo perfectamente que Louis desaparecía por completo cuando le tocaba la semana marital, cuando llegaba su santa esposa, Virginia, una ingeniera listísima, tanto que prácticamente vivía sola, que no había tenido hijos con él, que trabajaba en Kuwait al mando de una plataforma petrolífera y que se reservaba unos días mensuales para pasarlos en Madrid, donde trabajaba mucho y raptaba a Louis todo lo que podía, que no era mucho. Cuando se presentaba «la petrolera», como él la llamaba, aterrizaban en el mundo real; su verdadero mundo. Yo solo existía en el mundo de las cámaras, no por ello menos deseado y, me atrevería a decir, necesitado.

Esa mañana me había mandado un wasap con la imagen de una rosa. También la había publicado en su cuenta de Instagram, con un texto ambiguo: «Haz como yo, da los buenos días con una flor». Uno: odiaba ese tipo de manifestaciones relacionadas con el amor a bombo y platillo en las redes sociales. Dos: si, como podía imaginar, Virginia le seguía en Instagram como le seguía yo —como le seguiría cualquier mujer mínimamente relacionada con él—, lo habría leído. Tres: por tanto, supuse que a Virginia le había enviado el mismo wasap. Cuatro (y este punto podría ser crucial): quizás a ella la había despertado con una rosa fresca.

Rematadamente necio.

A lo largo del día, esos cuatro puntos fueron mi calvario. Desde luego, lo que menos me esperaba era encontrármelo en casa tirado en el sofá, medio desnudo, con 12 rosas rojas que había colocado amorosamente en un jarrón y que me entregó susurrando: «El ramo ya está completo».

—No te tiro las rosas a la cara porque me gustan demasiado. Anda que no

tienes morro ni nada. Menuda aparición estelar después de una semanita desaparecido —le dije con una mueca, compendio de indignación, sorpresa, amor y desprecio, si es que cabía tanto sentimiento resumido en un único gesto.

—Ya veo que si yo no paso por aquí no recoges mucho —me contestó, haciendo un barrido visual por el salón y la cocina—. Si hago una foto de tu casa y la subo a Facebook te hundo, darling.

Era esa su manera cínica de devolverme el reproche.

—¿Has venido a mirar la casa o a mirarme a mí? —intenté arreglarlo, mientras me iba despojando de ropa camino de la ducha.

«Ni un reproche más, ni un reproche más, ni un reproche más», me repetía en silencio, como un mantra, bajo el agua. Al parecer, la última manera de comunicarnos era esa, el reproche ping-pong. Valiente contradicción. Deseaba verle y cuando le tenía enfrente todo lo que se me ocurría era regañarle por no habernos visto en siete días, sabiendo que si había algo que Louis odiara eran los reproches. Yo había adquirido mucha experiencia con mis recriminaciones y con sus broncas, fruto de mis reproches. Me daban tanto miedo sus reacciones como las mías. Odiaba su frialdad, su dureza de mirada y su despiadado control en las discusiones, tanto como el resorte que activaban en mí: una enfermiza incapacidad para dominar mis nervios, cada día más deteriorados, como si una pieza cerebral se desequilibrara cada vez con mayor frecuencia. Odiaba a Louis tanto como necesitaba su mano dura. Me ponía las pilas.

Me demoré bajo la ducha más o menos el mismo número de minutos que él gastó discutiendo por teléfono. De hecho cerré el grifo justo en el momento en que escuché su silencio, después de haberle oído gritar como un poseso. Pero ya no me daban miedo sus gritos. Al principio, cuando escuchaba sus bramidos, me echaba a llorar. No podía soportarlo, aunque no fueran enfados contra mí, que cuando lo eran temía incluso por mi físico. Me había acostumbrado a sus voces, pero seguían produciéndome inquietud, sobre todo en este caso, que imaginaba con quién discutía. Fantaseaba que se embroncaba con su mujer porque ella exigía que cenaran juntos cuando él había decidido quedarse conmigo. Soñaba con un hombre mío, solo mío, que quisiera ordenar mi alborotado salón. Estaba deseando salir del baño empapada y encontrarme a un enamorado con toalla gigante dispuesto a quitarme la humedad como a una niña. Eso y un gin-tonic con sabor a pepino y cardamomo preparado por mi «no francés».

La ducha era proveedora de sueños.

Y de falsas esperanzas.

Nadie cambia en un abrir y cerrar de grifo.

La realidad era bien distinta: no había enamorado blandiendo una toalla. Ni se había movido una sola de mis desordenadas prendas. Tampoco supe nunca si la interlocutora de la discusión era su mujer y mucho menos si había sido yo el blanco de la polémica. No había gin-tonic con sabor a pepino y cardamomo preparado; a golpe de una única mirada pude detectar una cerveza solitaria frente a Louis, que se había hecho algo más de sitio en el sofá, amontonando un poco mi desordenado vestuario, y que levantaba la cabeza despectivamente al verme salir desnuda del baño, al tiempo que me prevenía de los peligros del frío en mi delicada garganta.

—¿Con quién discutías? —le pregunté—. Los vecinos deben de estar encantados.

—Qué más te dará a ti.

—No son tus vecinos, pero sí los míos. Me los cruzo mañana y noche.

—No hablaba de los vecinos. Digo, que a ti no te importa con quién discuto. No soporto que me espíes.

—¿Espiarle? ¿Desde la ducha? Tú estás muy p'allá. Yo me duchaba mientras tú gritabas como un poseso, como gritas siempre —esto último lo dije casi en un susurro—, pero no he escuchado nada de la conversación, o mejor dicho, nada de la bronca. ¿Cómo iba a escucharte bajo el agua? Además, tampoco me importa.

—Justo lo que te decía, que no te importa. Y si no te importa, no preguntes. Qué ganas tienes de hacerte daño, Julia.

—Ya estamos otra vez con el daño. «No te hagas daño, Julia... Julia, no te hagas daño». Por favor, cambia el disco.

—Cámbialo tú, reina del reproche. ¿Pero tú, de verdad, encuentras normal que venga a verte y que me montes una bronca? No te quieras tan mal. Deja que las cosas pasen, mujer. No preguntes tanto, no intentes controlarlo todo. Me gustaba más mi Julia del principio, mi Julia alegre, mi Julia libre, mi Julia salvaje y natural.

«Mi Julia débil», me dije a mí misma. Aquel tonito de padre, aquel tonito de tú y yo somos pero no somos, aquel tonito displicente combinado con su intermitente mirada al teléfono sí me hacía daño.

—Gracias por ofrecerme una cerveza —dije con fastidio.

—Pero ¡qué coño dices, Julia! ¡Si estás en tu puta casa! Qué mierda tengo yo que ofrecerte. Coge tú la cerveza y déjame en paz, ¡joder! —me gritó desatando uno de sus conocidos ataques de ira al tiempo que propinaba un puñetazo a la mesa, haciendo saltar por los aires la lata de cerveza y las aceitunas que se había servido.

—¿Adónde hostias crees que vas conmigo utilizando estas estrategias, niñata de mierda? No sé para qué he venido.

No abrí la boca. Si lo hubiera hecho, habría sido a gritos. Y en ese campeonato yo siempre salía perdiendo; ya estaba perdida. Con esta escena intuía otra noche amortizada. Habría querido volver a empezar. Habría deseado reprogramarme. Quería una segunda oportunidad. Quería volver a la ducha y salir en modo sexy para atraer hacia mí y hacia mi mundo a aquel tipo infeliz. Resultarle mil veces más seductora que su mujer o que otras mujeres. Quería ofrecerle el gin-tonic más exquisito y llevármelo a la cama. Pero ya no había ducha ni vuelta atrás posible. Y había agua, pero solo en mi cara, y era salada.

—Julia, si lloras, me voy —me advirtió. Louis no soportaba mis lágrimas—. Ve a ponerte el albornoz, gilipollas, que mañana te quiero estupenda y con voz. Estás estropeando la relación y estropeándote tú.

—Deja de insultarme. ¿Por qué eres tan duro conmigo? Solo te pregunté con quién hablabas. No creo que sea para ponerse como una pantera.

—Llevamos una semana sin vernos y me montas un gori porque estoy hablando por teléfono. Y lo siguiente son reproches y unas lagrimitas. El teatro de siempre. Deja de llorar, ¡joder! No puedo hablar si lloras. Me paralizas.

—Alicia, te juro que no tardé en volver a la habitación —expliqué a mi amiga en un SOS telefónico. Intenté recomponerme y pensar cómo podría salvar la noche. «No más lloros, Julia. No más mocos. Mira qué nariz tan roja, así quién te va a querer», me decía a mí misma. Quería convencerme de que podría solucionarlo. Pero cuando regresé al salón con el albornoz medio abrochado, dispuesta a seducirlo, le pillé saliendo por la puerta. No conseguí convencerle, ni abriéndome del todo el albornoz junto al ascensor. Me agarró con violencia y me empujó hacia la puerta de casa. Sin soltarme, acercó su cara a la mía: «Ahora no querrás que grite, ¿verdad? Qué dirían los vecinos». Su tono fue tan sarcástico que solo recordarlo se me para el vello.

—Los días en los que estás más sensible usas expresiones que deben de ser sudamericanas. ¿Que se te «para el vello» significa que se te pone la carne de gallina? —me interrumpió Alicia. No sé si en verdad no entendía la

expresión o si quería alejarme del disgusto.

- Alicia, créeme, no estoy para bromitas, no imaginas lo duro que puede ser. A veces tengo miedo de verdad. Solo de pensarlo, me muero. Y ahora me ocurre lo de siempre, que no sé cómo arreglarlo. Una vez más, lo he fastidiado todo. Así, ¿cómo voy a conseguir que esté conmigo, que se case conmigo, que quiera hijos conmigo, que desee envejecer conmigo?
- Lo que no puedo entender es por qué sigues con él. Ni puedo adivinar cuánto tiempo más seguirás. Lo que me da pavor es que proyectes tanto futuro con él. No te entiendo, Julia. En lo único que coincido con él es en que tienes un punto masoca. Solo así me explico que te dejes tratar tan mal por un tío.
- ¿Qué voy a ser masoquista! Te he dicho mil veces que lo quiero. Además, le estoy muy agradecida por todo lo que ha hecho por mí desde hace muchos años.

Era imposible que Alicia se pusiera en mi piel, que entendiera una relación de este tipo. Ella hacía literalmente lo que le daba la gana con un hombre con el que llevaba veinte años, con el que juraba ser feliz y del que aseguraba seguir enganchada. Alicia hacía con él lo que le daba la gana, y él también hacía lo que le daba la gana con ella. Se proporcionaban mutuamente todo el aire que cada cual necesitaba. Tanto era así que cuando la llamé a las diez de la noche no hubo ningún problema para que viniera a casa a socorrerme.

- Con tu currículum y tus morritos, cualquier cadena se pondrá a tus pies. ¿Qué necesidad tienes de seguir atada a este tipo, a esa televisión? ¿Por amor? Perdona, pero no te creo tan romántica, Julia. Seguro que hay algo más, aunque sean razones escondidas en tu inconsciente. No llores, por favor —me pidió, al comprobar que yo bajaba la cabeza con la intención de que no viera mis lágrimas—. Habla con Laura sobre este tema. Anda, no llores más, que mañana vas a estar hecha un guiñapo —se rio de su propia broma mientras intentaba abrazarme, retirándose tan rápidamente que ni siquiera me dio tiempo a rechazarla.
- La diferencia, Ali, es que si yo te llamo tú vienes enseguida aunque sea en pijama. Me escuchas, me mimas y me haces reír. Mientras que este tío lo que hace es dar un puñetazo en la mesa, el puñetazo que le hubiera gustado darme a mí. Menos mal que no se atreve.
- Vamos a ver qué rollo me cuenta mañana. Soltaré una milonga cualquiera, porque es un mentiroso compulsivo.

«Alicia ha dormido conmigo esta noche. Hablamos hasta las tantas. Me dio una

pastilla para dormir y aquí me tienes, preparada para afrontar el día con buena cara. Me gustaría pedirte perdón por el numerito de anoche. Si vienes luego a casa intentaré resarcirte. Entre Ali y yo hemos recogido el salón. No lo vas a reconocer». Iba ensayando mentalmente estas frases que me había propuesto decirte en su despacho. Me había puesto la falda de tubo negra y la blusa roja que tanto le gustaban, con la intención de seducirle.

A punto estuve de caerme de bruces en el pasillo; el suelo de la tele siempre me hacía resbalar. Cuando recuperé el equilibrio, me di cuenta de que Louis me observaba divertido.

—Julia, ten cuidado, que te escurres —me dijo jocosamente y en voz bien alta mientras se acercaba mucho, como si fuera a besarme, y continuaba susurrando—, otro numerito como el de anoche y no vuelves a verme el pelo —con el mismo tono amenazante, lúgubre, casi mudo e irónico de la víspera, al tiempo que sonriente me daba dos besos—. Cuando acabes —dijo, elevando el tono—, te espero en mi despacho. Por cierto, te veo guapísima esta mañana.

Consiguió lo que se proponía. Había logrado que se enteraran de su buen rollito conmigo todos quienes se habían cruzado con nosotros por aquel pasillo, que más se parecía al de un hospital o colegio de monjas que al de una cadena de televisión, excepto cuando pasabas por delante de un estudio donde se grababa un concurso; al menos entonces se escuchaban los aplausos. ¿Por qué jugaba siempre al despiste? ¿Por qué no dejaba clara nuestra relación en la cadena? ¿Por qué se empeñaba en esconder que éramos, a nuestra manera, una pareja? Valiente estupidez. Nuestra relación era un secreto a voces. El día anterior, se había presentado en maquillaje y, mientras me ponía una mano sobre el hombro para hablarme, sorprendí a una de las peluqueras guiñándole un ojo a mi maquilladora. En tal secreta complicidad, las dos parecían preguntarse qué se le había perdido al director general en la sala de estilismo.

Tres horas después de aquel encuentro pasillero, sin haber hecho acto de presencia en su despacho, estaba yo en la consulta de Laura, quien me había dado cita con carácter de urgencia después del incidente de la noche anterior y ante la insistencia de Alicia para que la viera, adelantando mi sesión del día siguiente. Menuda crack, Laura, que no tenía problema en citarme aunque fuera la hora de comer. Me impactaba su profesionalidad y cómo recordaba mis problemas, mis datos, hasta mis lágrimas, casi sin mirar un papel. Pocas personas encontraría en mi vida que estuvieran tan «por mí» como lo estaba ella.

—Así que te has dejado arrinconar ahí en un pasillo por el tal Louis. ¿A ti qué

te parece, Julia?

Titubeé mucho antes de contestarle lo que había pensado mientras Louis me tenía presa en el pasillo. Lo dudé. Iba conociendo a Laura y estaba segura de que desaprobaría mi contestación o, mejor dicho, me haría desaprobarla a mí.

—Me gusta sentir que marca el territorio, que deja claro que le pertenezco. Me hace sentir importante. Me hace sentir suya.

—¿Aunque te acose?

—No veo que sea exactamente acoso. Lo he entendido como que quería que todos supieran que conmigo tiene un trato especial. Y eso me gusta. Aunque es cierto que en voz baja me ha dicho una cosa y en voz alta otra. Pero su mirada no engaña. Y en su mirada se estaba relamiendo solo de verme. Por eso me gusta no haber ido a su despacho. Le he dejado esperando. Eso me da mucho gusto y, en la práctica, un buen resultado.

—¿No será que no has ido porque tenías una cita conmigo?

—No, en serio. Bueno, sí, claro..., habíamos quedado, pero tampoco hubiera ido. Lo de ayer se merece un castiguito.

—Él cree que tú le montaste un número.

—Es que le monté un número. De hecho, yo iba directa a pedirle disculpas por la bronca, pero él no me trató bien. Y él..., ¿sabes lo que hace? Él, cuando me ve mal, no me recibe de urgencia como tú o me abraza como un amigo; él me rechaza, lo que aún me duele más. Y lo hace por maldad.

—¿Cómo estás con alguien que piensas que te trata con maldad? A ver si va a tener razón el tal Louis y va a resultar que eres masoquista.

Laura vio que se me saltaban las lágrimas y que empezaba a balbucear. Me acercó los clínex.

—No te preocupes, tómate tu tiempo, pero hoy no te me escapas sin decirme cuáles son tus planes para los próximos días, con este hombre o sin él: qué le vas a contar, cómo vas a verle... Tienes que hacer un plan, escribirlo, seguirlo. Tú verás si quieres comportarte como si no hubiera pasado nada.

—No, esa táctica ya no. No me ha dado buen resultado; le hace sentirse más fuerte. Ahorita solo tengo un plan: por primera vez en mi vida voy a demostrarle que no lo necesito. No voy a llamarle ni a rogarle que venga a verme. Y le pediré que me devuelva las llaves de mi apartamento porque yo no tengo las del suyo.

—Piénsalo bien. Tal vez lo tome como una agresión, me refiero a lo de las llaves. No busques la equidad absoluta. Vuestras vidas no son similares, así



- que no tenéis que hacer las mismas cosas. Tú verás lo de las llaves. Y tú verás también cuál es tu grado de responsabilidad en cómo has dejado pasar a este hombre hasta el fondo de tu vida y si eso te conviene, si para eso hay marcha atrás. Pero tienes que verlo tú, no los demás. Y tienes que tomar tú sola la decisión.
- Vas a pensar que vengo aquí a llorar. Y no creas, lloro en muchos más sitios
- le dije riéndome de mí misma.
- Llora lo que quieras. Pero no sé si se lo merece tanto.
- No sé por qué lloro. Si tú me pudieras alcanzar.
- ¿Eres consciente de que de vez en cuando me hablas con términos que deben de venir de tu tierra y de tu infancia?
- Hace unos días me dijo lo mismo una amiga.
- ¿Qué amiga? ¿Alicia? Te conoce bien —zanjó, comprobando que yo asentía y sin dejarme hablarle de ella y de nuestra amistad. No quería que me desviara del argumento que de verdad le interesaba. Con un gesto me indicó que siguiera.
- Tal vez porque he recordado a mi papá, seguramente ese es el motivo del llanto. ¿Sabes lo que es convivir con alguien que tomaba y tomaba? ¿Sabes lo que es convivir con la violencia?
- ¿Crees que ahora convives con la violencia?
- Pero, qué dices. Lo de Louis no es violencia. Escúchame bien; escúchame, que yo sé bien de lo que hablo. Yo he convivido con la violencia. No creo que sepas lo que significa que te golpeen casi a diario. Y no han sido los únicos golpes de mi vida. Echando la vista atrás, te aseguro que este es un buen momento. No imaginas las cosas feas que he soportado; cosas que no solo te lastiman por fuera, sino que te dejan marcada por dentro. Siempre que recuerdo aquellos años siento como si una lluvia de piedras cayera desde el cielo sobre mí y casi no puedo respirar. Llora y me ahogo. Me ha costado mucha fatiga llegar hasta aquí. No es fácil abrir tu corazón y hablarle a alguien sobre tanta miseria, pero peor aún es haber vivido en medio de ella. Y no me refiero solo a la económica, que es muy lamentable, me refiero a la moral que aún me parece imposible de superar. Hay muchas cosas de las que todavía no puedo ni hablar. Me falta recuperarme de muchas situaciones todavía. Lo siento, Laura, no soy capaz de continuar.
- Vamos a hacer una cosa. Voy a dejarte sola un ratito. Saldré del despacho y haré unas llamadas, me pido un sándwich y te tomas tu tiempo para calmarte. Hoy deberíamos avanzar un poco más. Quiero que me hables de tu infancia todo lo que puedas, aunque te duela. ¿Te parece bien?

Aun sabiendo que Laura era una profesional, dudé en seguir desvelando intimidades, temiendo que ella pudiera contar a alguien todas las barbaridades que estaba escuchando. Me aterraba que cualquiera pudiera enterarse de lo que había sido mi infancia y de lo mal que lo pasaba ahora, a mitad de la treintena. Quién iba a entender, por ejemplo, que esa triunfadora hubiera estado a punto de perder la vista de un ojo después de una paliza de su padre, cuando apenas tenía siete años.

—He intentado borrarlo de mi memoria —comencé a contarle nada más verla entrar por la puerta del despacho—. Pero al parecer el horror intenso se resiste a desaparecer. Aquella noche me metí debajo de la cama, como hacía cada vez que llegaba ebrio y entraba en casa quitándose la cinta del pantalón. La primera en recibir fue mi madre, como siempre, mi pobre madre. Ella intentó pararle en su camino a la habitación pero poco podía hacer con un brazo escayolado como resultado de lo que, según ella, había sido una caída en el baño —después supe que también era el responsable—. Aullaba: «¡Putas!», no sé si dirigiéndose a mi madre o a mí, aunque tiendo a pensar que los insultos gruesos siempre se los dedicaba a ella. Ebrio y todo sabía dónde encontrarme. «¡Párate!», gritaba mirando bajo la cama y obligándome a ponerme en pie mientras me arrastraba jalándome del pelo. Posiblemente porque había tomado demasiado, el caso es que aquella noche controló mal su fuerza y el movimiento del cinturón y se le disparó la hebilla hasta mi ojo derecho. Tuve suerte, en el fondo siempre he tenido suerte. Mi hermano mayor, que andaba con amigos cerca de la casa, entró y gritó tanto viéndome quieta, como muerta, tirada en el piso, que unos vecinos lo escucharon y me trasladaron al hospital. Al despertar, mi madre dijo que había estado a punto de perder el ojo. Y, refiriéndose a mi padre, me juró que nunca más volvería a ponerme la mano encima.

Por segunda vez en pocos días noté que a mi terapeuta se le humedecían los ojos. Se sobrepuso riendo al comentar lo peculiar de mi mirada.

—Siempre me pareció que tenías un modo de mirar un tanto perdido, que debe de ser lo que enamora a la cámara.

—Por el ojo derecho apenas veo, será por eso.

—Cuéntame una cosa: ¿abusó tu padre de ti?

—¿Quieres saber la verdad? No lo recuerdo. Pero eso es lo de menos cuando casi cada noche temes por tu vida. Me duele el pecho mientras te lo cuento. Me cuesta trabajo incluso respirar. Mucho.

Aparte de Alicia, Laura era de las personas que me cuidaba y estaba claro que

deseaba que yo lo notara. No sé cómo era eso de amiga y psicóloga, ni si era sano como relación. El caso es que me acercó los pañuelos y, tras quejarme yo de que me faltaba el aire, abrió el balcón de su despacho exhibiendo unas plantas nada especiales, pero bien conservadas. Vi en ese gesto una incitación a abrirme yo también.

—Como voy a explicar esto a mis amigas y a toda esa gente que me reprocha inseguridad, ¿tú me entiendes? Me gustaría verles en mi lugar. Julia la lista, Julia la guapa, Julia la triunfadora, Julia la de la bella mirada. ¡Qué farsa! Julia, la machacada. Julia, la miedica. Pero, cómo no voy a tener miedo. ¿Sabes qué?, empiezo a sentir menos temores por la noche, empiezo a dormir algo mejor, a tener menos pesadillas. Aunque los que me rodeáis y me queréis recriminéis mi inseguridad, yo sé que estoy mejor.

—¿Aquella noche tu hermano te salvó?

—Digamos que contribuyó a salvarme esa noche en la que podía haber muerto. Pero no vayas a confundirte con mi hermano, no es ningún santo. Mira, una de las cosas que más me apena es no poder verle, ni siquiera sé dónde para. Mi madre vivía permanentemente sometida a él, como atada a él. No es que yo tuviera celos, peí o es que ello pasaba horas hablándole, convenciéndole de cosas simples, que él hacía inmensas. Él era mucho más listo que yo, eso está clarísimo. Tal vez sea envidia pero creo que mi hermano siempre se aprovechó de las circunstancias y de mi madre. Y, desde luego, tengo muy claro que él nunca me ayudó. Es más, de alguna manera siempre he tenido la sospecha de que quiso hundirme.

—¡No sabes nada de él! —dijo como pensando en voz alta. Y luego, a modo de despedida, quiso suavizar el ambiente—. Suénate, mocosa, y antes de irte arréglate un poco el maquillaje que parece que te he maltratado.

—Nada, no sé nada —repetí, pero enseguida me levanté animosa—. Sí, paso por el aseo y me voy.

No tenía idea de si todos los psicólogos y terapeutas eran como Laura, aparentemente deberían ser más fríos. Tampoco sabía si ella se comportaba de la misma manera con todos sus pacientes. Pero su abrazo al despedirme había sido conmovedor. Cómo podía alguien agarrarte así, cómo podía transmitir tanto afecto a través de sus abrazos y su pecho. Tal vez tuviera que ver con lo grande que era ella, pero hoy sí que me había dejado abrazar, porque había sentido el significado de la palabra protección. Qué graciosa, cuando me tuvo entre sus brazos me soltó: «¡Ay!, qué pequeñita eres, con lo grande que pareces en la tele. Te me escapabas como un pececillo».

Notar tanto afecto y sentirlo verdadero me había tranquilizado más que una

pastilla. No sabía si era el abrazo o que ya no me quedaban más lágrimas en el depósito, lo cierto es que al bajar el último tramo de escaleras alfombradas de su edificio había dejado de llorar. Quise aprovechar el tibio sol de otoño que prolongaba cierta luz de verano para dar un paseo y tomar algo en una terraza. Mientras caminaba, llamé a Louis. Tres veces seguidas. No contestó. A mí no me engañaba. Estaba segura de que estaba ahí, al otro lado de la línea. Sabía que leería la palabra «Jota» vibrando en la pantalla y le daría vuelta al teléfono para no ver más mi nombre en clave. Ya imaginaba lo que me esperaba. Ahora tendría que pagarlo doblemente: por el numerito de la noche anterior y por no haber comparecido en su despacho al acabar el programa.

A dos cuadras de la consulta habla una terraza sin pretensiones que me encantaba. Un rato al sol y una ensalada terminarían de curarme. Y si además tenía la suerte de que Louis me llamara, entonces sentiría algo parecido a la felicidad. Aunque también había que «Ele» —su nombre en clave— no iba a llamar.

—No, por favor, retire las papas, no me deje tentaciones.

—Perdone, la señora; pensaba que eran de su gusto.

—Hoy no, muchas gracias. Hoy solo una coca light y una ensalada de esas de tomate y mozzarella.

No quería que me influyera pero la noche anterior, mientras discutíamos, Louis me había recomendado cuidarme. «Lo que te faltaba», me había dicho con una de sus miraditas de desprecio. En realidad algo de razón tenía. No era para tanto pero me convenía controlarme, que ya se sabe que la cámara suma kilos. Yo ya me había visto en el espejo, y no se trataba de un problema de peso, sino más bien de esos rollos que se nos ponen a las hembras alrededor del ombligo. Tal vez se debiera a los efectos benéficos de la consulta con Laura, pero pensando en aquella crítica de Louis ni siquiera lo vi como un insulto. Lo sentí como un gesto de amor y no tanto de padrovisio —así le llamaba, riéndome de él cuando se empeñaba en ejercer de padre—. Era una manera de demostrarme que se fijaba en mí, lo cual después de cinco años de relación había que reconocer que no estaba nada mal.

A punto me encontraba de empezar a tomarme mi ensalada cuando vi vibrar en la pantalla del teléfono la «Ele» secreta. Dicen que los moribundos ven pasar en un segundo toda su vida ante sus ojos. Debía yo de estar medio muerta entonces, pues en un segundo revisité las fotos de las últimas horas vividas con y sin él. En un segundo creí que me pediría perdón o que me recriminaría no haber ido a visitarle como él me había casi exigido. En un segundo pensé que desearía comer

conmigo. O cenar conmigo. O bailar conmigo... Salvo pedirme matrimonio, cualquier cosa podía motivar esa llamada.

—¡Julita! —me dijo, y ya sabía yo que no había buenas intenciones detrás del diminutivo—. A ver, que tengo prisa, escúchame bien, Julita, que tienes que hacerme un favor. Te va a llamar una amiga mía que necesita que la entrevistes. Se llama Irene, una mujer estupenda, ya te contaré más despacio, solo te pido que la atiendas bien, que la entrevistéis, tampoco hace falta que sea en plató, ya sabes, un compromiso... Y además el tema te gustará, que es de los tuyos, trabaja con prostitutas. Y si no te gusta a ti, me lo dices, que ya se lo encargo a la gente de la tarde (pero atente a las consecuencias, le faltó advertirme, aunque ya sabía yo que si no lo hacía habría sangre). Ya te digo que es urgente, no lo dejes. Ella te llamará, ¿puedes, verdad? Se lo digo. Gracias.

Nunca entenderé a Louis. Esa fue la conversación literal. Frustrante. Ni un cariño, ni un mimo. Ni un intento de reconciliación. Nada. Salvo la sensación de te uso y ciao. Cuando colgué, me entretuve unos segundos tratando de decidir si volvía a llamarle para insultarle, para gritarle cretino, porque evidentemente yo no conocía a la tal Irene, porque acababan de contratarla, pero conocía divinamente la organización que ella dirigía, dedicada a trabajar con mujeres víctimas de trata con fines de explotación sexual a las que daban protección una vez que habían tenido la suerte de escapar. Él lo sabía. Por lo que me pareció de mal gusto su llamada, su manera de referirse a las prostitutas y que justo me exigiera que hiciera la entrevista aquel día, estando tan mal las cosas entre nosotros, cuando yo le había pedido miles de veces que me ayudara a denunciar desde la televisión que en España hubiera niñas ejerciendo la prostitución, niñas esclavas, niñas víctimas de trata. Solo le había pedido que me diera un programa especial de esos que me pautaban a media noche, que aunque no tuvieran tanta audiencia a mí me seguía mucha gente, como solía decir él cuando yo protestaba por el horario. Aun así, y aunque él no lo supiera, me hacía un gran favor, pero su falta de tacto era irritante.

Por supuesto, Irene me llamó. No había empezado a comer cuando vi un mensaje de un número desconocido que resultó ser el suyo. Quedamos en que la incluiría en la escaleta del primer programa de la semana siguiente. Y tan felices.

Lo bueno era que me tenía ganada para la causa, entre otras cosas porque lo que ella no sabía es que yo era voluntaria en su organización, detalle que no le confesé hasta días después de haber realizado la entrevista. Lo malo era que, según hablaba con ella, era consciente de que no estaba siendo amable y condescendiente por hacerle un favor, sino porque sentía que cualquier contacto

con alguien del círculo de Louis me acercaba a él.

Seguía medio atontada cuando me metieron a empujones en aquel cuartucho, que intuí aún peor que mi casa. Imaginé que se trataba de una detención por error y que en cuestión de horas todo quedaría solucionado.

Pensé que estaba muerta. Fantaseé con la idea de que, tras el accidente, había traspasado yo también ese umbral que conduce a la nada o al infinito y estaba dirigiéndome al encuentro de Yanai. Hasta que comprobé que estaba viva, solo a los vivos puede dolerles el cuerpo como a mí me dolía. Me conformé pensando — yo siempre me conformaba, decía mi madre a modo de elogio— que sería cosa de poco, que no iba a quedarme ahí, que a mí me estaba esperando una habitación decente y un buen trabajo. Tenía razón mi mamá; en mi inocencia siempre pensaba que las cosas solo podían ir a mejor. Pronto comprendí que había las mismas posibilidades de que fueran a peor.

Supongo que desperté por completo en el momento en que retomé el llanto. O fue porque desperté que volví a llorar. O porque, aun siendo de noche, vislumbré la sordidez de aquel lugar sucio y húmedo como hasta entonces había conocido pocos, con las paredes repletas de manchas que iban del rojo al marrón, como imágenes en una cueva prehistórica aunque con más drama que historia, un suelo de tierra mojada y algo que intuí como ventanucos, sin cristales y con cables retorcidos, como haciendo nudos, peor que los barrotes de una cárcel. No he olvidado jamás su hedor, orgánico, de cloaca, mezclado con el olor metálico del barro húmedo. Aquellas primeras impresiones han permanecido selladas en mi cerebro como una huella a la que de vez en cuando regreso para constatar los niveles de suciedad, sordidez e infelicidad en los que es capaz de existir un ser humano antes de rendirse.

Constataba el odio, ese sentimiento que tan poco me había visitado hasta entonces. Y no era bienvenido. Es terrible sentir que te odian o que te han odiado. Peor aún, saber que odias, que estás odiando y que odiarás. Odio por la situación, por aquel lugar. Odio a mi tía, que me había conducido hasta el horror. Odio al bobo de la trimoto. Odio universal, pues se empeñaba también el universo en

odiarme a través de las muchas guantadas que encajé por todo el cuerpo. Tantas que, en la oscuridad, en aquella ficción de vida en la que se fundían y confundían el despertar con la muerte, la saliva con la sangre, los escupitajos con las lágrimas, dudé si era mi padre muerto el que había vuelto a torturarme. No quería mirar por si era él. Y nuevamente deseé la muerte.

No quería mirar y en mi ceguera soñé que eran las manos de mi tía las que estaban propinándome tal paliza, como si la cercanía familiar hiciera más leve el castigo. Pero eran manos demasiado fuertes para ser femeninas. Solo cuando me atreví a abrir los ojos me encontré a un tipo ligeramente más bajo que yo pero el doble de ancho, de ojos claros y cráneo afeitado. Y con unas manos rudas con las que empezaba a tironearme el brazo hacia atrás al tiempo que preguntaba repetidamente, con la mirada y la voz de un loco, dónde estaba Rous, dónde estaba Rous, dónde estaba Rous, y dónde habíamos dejado a mi amiga. Y detrás de él llegaron otros, más altos, más bajos, con pelo, calvos, oscuros, blancos, rubios, morenos, igualmente brutales, con las mismas preguntas que no era yo capaz de responder más que balbuciendo que la última vez que había visto a mi tía viajábamos juntas en una trimoto que nos había rescatado de un accidente en el que Yanai había muerto.

Al parecer quedé inconsciente por tanto golpe, lo que solo vine a entender unos días después cuando por fin alguien se dignó a sacarme de aquella cueva en la que solo la pequeña ventana parecía unirme al exterior. Pero no oía nada, nunca oí nada, los únicos gritos que escuchaba eran interiores. Muchos años después supe que algunas personas olvidan estos momentos traumáticos para siempre. Lamentablemente yo los he recordado cada noche.

Si te azotan, si te dan de comer una pasta que devuelves una y otra vez, y que una y otra vez te vuelven a tirar directamente sobre el suelo como a una fiera. Si te escupen, si te quitan la ropa y te dejan en trusa no más. Si te insultan y lo menos insultante que te dicen es puta. Y si te acercan a los cables retorcidos de las ventanas, como amenazándote de colgarte de ellos... Si, en fin, te tratan peor que en la mala infancia que mi padre nos había dado, te dejan marcado para siempre y ya no puedes olvidar. De esa manera me marcaron a mí. A fuego.

Dormía a ratos. Así quería que pasara el tiempo, durmiendo, esperando que me encontrara la muerte, si acaso llegaba. No discernía entre las pesadillas de noche y las de día, entre el sueño y la vigilia. Aún más, podría asegurar que mis anhelos de dormir se debían a que ni siquiera los sueños más horribles podían asimilarse a los que vivía despierta. Y luego llegó el momento en que fui incapaz de distinguir las noches de los días, que debían de ser ya unos quince. Y llegó, no sé si más tarde o al mismo tiempo, ese otro momento en el que el motivo de tanto dolor ya



me era indiferente, abandonándome así a la muerte en vida. Al principio era capaz de sentir pena por estar tan sucia y elegí una esquina en la que dar rienda suelta a mis necesidades apagando mis vergüenzas. Pero pasado el tiempo decidí no moverme, como si de esa manera pudiera precipitar el desenlace. Había dejado de esforzarme por entender las razones que conducían a aquella gente a tratarme de un modo tan salvaje. Quizás me creyeran causante de la muerte de mi amiga. Sentí tal vez la culpa de haber provocado el accidente. Incluso había llegado a pensar que la pistola era parte del misterio y que era su descubrimiento el que me había hecho caer en aquella cueva de mierda, en la que el calor se aliaba con sus paredes para provocar un hedor de cloaca.

Quise abrazar a mi tía Rous la mañana en que la vi entrar, intuyendo que llegaba para rescatarme.

Quise matar a mi tía Rous la mañana en que la vi entrar, relacionando su desaparición y su existencia con mi estancia en aquel rincón inmundo.

Y supe inmediatamente que ella no lo había pasado mejor que yo.

No tenía ya las manos tan lindas, mi tía. Quedaba algún rastro de su rojo de uñas, pero tampoco tenía las unas completas. Entró arreglándose el cabello, echándose primero hacia delante y luego hacia atrás, con mucha gracia, con ese gesto tan suyo y tan coqueto que yo conocía tan bien y que le había visto repetir en alguna de las paradas del viaje, sobre todo cuando volvía de pasar un buen rato con el bobo. Pero ni siquiera el pelo más compuesto atenuaba el aire de locura que se había instalado en ella, y que negaba aquella fama de mujer hermosa que le había valido ser llamada para algún concurso de belleza, dentro y fuera del país, y por lo que se había trasladado durante más de una década a Venezuela.

—Menudo aspecto tiene, Luna, querida mía. No le había visto nunca tan flaca. Ande, venga, póngase esto —me dijo, al tiempo que me entregaba una especie de bata de flores—. Vamos a intentar tomar un buen baño caliente.

—Usted no se ha visto, tía, si hablamos de aspecto —contesté apoyándome en su brazo como una anciana, porque ni fuerzas para andar tenía.

Pero tuvimos aún el ánimo y el humor de reírnos la una de la otra mientras nos trasladamos o, mejor dicho, yo me dejaba trasladar, hasta otro habitáculo de lo que parecía una gran casa en ruinas. Podía ver, ahora sí, muchas más ventanas sin cristales y habitaciones repletas de papeles por el suelo, ladrillos acumulados y residuos varios. Era de día y entraba un sol y un calor que no hacía sino desorientarme más de lo que ya estaba. No sé si habría o no focos en aquella

casa, lo que sí vi fueron cantidades de velas apagadas y muchos restos de cera. Las había por cientos como si hubieran hecho allí una fiesta o un ceremonial mágico. Así anduvimos hasta llegar a lo que llamaban baño, donde había un simple servicio y un barreño gigante lleno de agua. Habían dejado en el suelo un pedazo de jabón que debía de ser de fregar loza porque era enorme. Pero incluso eso, me pareció un lujo inesperado.

Ese fue en mi vida el gran baño reparador, aunque mi tía tuviera que sacarme con urgencia, porque de tanta debilidad como sentía empecé a ver esa especie de niebla previa al desmayo y a sudar por todo el cuerpo.

Desconocía la cantidad de veces que iba a buscar la reparación de un baño en los tiempos por venir.

- Luna, me siento responsable de haberle metido en este lío y no sabe cuánto lo siento. Todo ha sido un malentendido. Nunca me hubiera perdonado que le hicieran daño —se disculpó mientras se sumergía en el agua.
- No creo que usted deba sentirse responsable. Pero qué clase de salvajes son esta gente. Me han tenido sin comer, y sin beber apenas, en una cueva como un animal. ¡Y todo por un malentendido!

Aparentemente, el recado de mi tía en Mazuko tenía que ver con nuestro trabajo en Puerto Maldonado. Debía pasar por la oficina de empleo de allí, con la que normalmente trabajaba, intentando encontrar una muchacha que sustituyera a Yanai porque se había comprometido a llevar dos jóvenes y debido al accidente solo llevaba una.

- Cuando allí empecé a contar lo sucedido me sacaron por una puerta y me llevaron a una casa donde no fueron precisamente amables.
- Y el chofer, ¿por qué no la esperó? ¿Por qué no la buscó?
- Debió de asustarse. Desapareció. La dejó aquí no más, pensando que la protegerían. A usted le preguntaban por mí. A mí por usted. Y ninguna de las dos sabíamos dónde estaba la otra. Así hasta que, creo que fue ayer, vino a «acariciarme» un tipo de ojos azules y cráneo rapado, muy corpulento, que nada más empezar a torturarme se dio cuenta de que a la muchacha que andaban buscando, que era usted, él ya la había visto. Si no llegamos a tener esa suerte probablemente una de las dos ya no estaría hablando. Nunca me lo habría perdonado si hubiera sido usted.

Como si las velas de aquella casa hubieran hecho su trabajo, apareció en el cuarto de baño mi bolsa Adidas, también mágica, con olor a mi hermano, de la que saqué

una ropa interior vieja, unos jeans y una camiseta rosa, que vestí mientras ella hablaba desde el agua. La ropa me quedaba grande y en medio de su trágico discurso mi tía hizo bromas sobre mi imagen y aquel aspecto como de haber heredado de un gordo. No quise insistirle en que ella también estaba en los huesos, sobre todo después de ver que, como yo, tenía señalado todo el cuerpo, que había recibido mil porrazos y quemaduras. Algo de maldad debía de haber heredado yo de aquella hembra, no solo la altura, pues ver sus moratones e hinchazón me produjo cierto regocijo. No estaba sola. Tampoco en las palizas.

Después de bañarse, y con unos lentes de sol bien grandes, apareció de nuevo la tía Rous como lo que era, la moderna tía Rous, la mundana, «la venezolana», como le decían en el barrio. Con unos jeans y un jersey parecía una modelo, más ahora, tan delgada. No esperaban ya el bobo ni su trimoto a la salida de aquel edificio enorme y alargado, presidido por un cartel gigante, como de haber sido un almacén, tapando las ventanas sin cristales. Aun aparentemente abandonado, creí escuchar gritos que no sé si eran el eco de los míos, aún retumbando en mi cabeza o de nuevas personas torturadas. Pero fue en vano intentar saber si el griterío era realidad o fantasía. Pues, una vez concluida su explicación, mi tía no quería ni contestar a mis dudas ni volver a hablar del tema, por más que lo intenté varias veces.

—Ahora vendrán a buscarnos para salir de este lugar horrible. Nunca me gustó Mazuko. Demasiado calor, demasiados mosquitos y demasiada humedad —me dijo secándose la cara con la mano. Allá donde vamos estará más fresca.

Había mucho barro frente a la casa. Y un ruido ensordecedor de motos que nos salpicaban una y otra vez al pasar, hasta tuvimos que retroceder. En ese momento alguien me aferró por detrás y me tapó la boca. Un gigante me cubría el rostro con una sola mano inmensa y me arrastraba hacia una trimoto.

—No es necesario. No la obligues. Viene conmigo. Es mi sobrina —dijo mi tía a aquel tipo al que claramente conocía y que me soltó para dejar que ella me jalara del brazo, más suavemente, empujándome hacia el interior—. No te atrevas a ponerle una mano encima que ya ha tenido bastante la pobrecita —siguió, sentándose a mi lado y señalándole los moratones bien visibles en mi cara.

Los golpes habían tenido efecto doble sobre mi tía. Benéfico, porque estaba ostensiblemente más cariñosa; maligno, porque la había hecho enmudecer y se negaba a explicarme pormenores de la que, en breve, iba a ser mi nueva ocupación. Argüía como excusa que cada lugar imponía sus normas y que ella

desconocía las del bar en el que estaba contratada, del que ni siquiera conocía el nombre. Insistía en convencerme de que la cerveza se convertiría en la salvación de mis días, lo que parecía cierto a juzgar por el tránsito de camiones gigantes llenos de cajas de cerveza Cusqueña por la calle en la que estábamos. Se había ensañado allí también la lluvia y el conductor de las manos enormes explicaba que podíamos felicitarnos de nuestra suerte, puesto que el día anterior la interoceánica había estado cortada debido a los derrumbamientos de piedra. Vi calles inundadas, mucho mucho barro y algunas casas de dos pisos, pero la inmensa mayoría estaban hechas con tablones horizontales de madera pintados de verde, como los plásticos de la mayoría de casi todas las trimotos. Delante de un edificio grande que decía Hospital Santa Rosa había mucha gente, tanta que no se podía pasar siquiera. Imaginé que nos ingresaban allí, en una habitación con una cama bien hecha y sábanas limpias, donde un médico nos viera los golpes a mi tía y a mí. Pero finalmente pasamos de largo hasta alcanzar un mercado rico en todas las variedades de frutas y colores.

—Quieta ahí. Vuelvo en un ratito —dijo mi tía señalándome el asiento en el que viajaba con un gesto amenazante. Y me dejó sola, sintiendo que retrocedía yo a los siete años, sola con aquel tipo grande y apestoso mientras ella bajaba a comprar comida para el viaje.

Mazuko me pareció un pueblo sin gracia, pero por ser un lugar de paso hacia zonas más ricas como Puerto Maldonado tenía el tráfico de una capital. Me dediqué a observar y me fascinó ver miles de motos en un incesante ir y venir, taxis-moto que subían y bajaban a hombres y mujeres de todo tipo y de todas las edades, manejadas por motoristas que usaban casco y llevaban pasajeros sin casco, como si la vida del chofer fuera más valiosa que la del resto de mortales. Las motos eran ahí el principal elemento del paisaje y del transporte según pude notar contemplando cómo varias familias, o lo que yo creía familias, de tres y cuatro miembros viajaban juntos en ellas, el padre con casco, la madre detrás y los niños a modo de sándwich, por supuesto sin casco. Y sentí envidia. Y sentí terror. Por ellos.

—¿No les dará miedo tener un accidente? —me pregunté a mí misma en voz alta, sin esperar respuesta.

—Hay muchos —contestó el conductor que para mi sorpresa, y en ese justo instante, puso la trimoto en marcha.

Cambié preguntas por gritos, lo que debió de parecerle muy molesto pues frenó en seco, abrió una bolsa y sacó una pistola, juraría, igual que la del bobo, como si fuera esa la herramienta favorita de esta gente a la que aún no conocía.

No articuló una sola palabra.

Solo me acercó el arma a la cara. Tuve que hacer esfuerzos por no ensuciarme.

Callé como callaba cuando mi padre regresaba de tomar y de coger, en su buena época de beberse la vida a tragos y de pasársela con mujeres, cuando me ponía el puño con un cinto enrollado frente a la nariz, después de pegar con él a mi madre y de abrirle unas veces una ceja y otras la boca. Me imaginé de nuevo en aquella cárcel de hierros retorcidos. Me vi de nuevo pisoteada y apaleada. Y lloré, pero lloré por dentro, no fuera a ir el tipo en serio con su amenaza pistolera si escuchaba mis gemidos. Lloré con ese llanto casi imperceptible para los demás, como de niño chico. Lloré como había aprendido para que mi padre no me descubriera.

Mientras, seguía conduciendo con violencia, manchando de barro a los paseantes por calles anegadas y con el agua rojiza de aquella tierra de riqueza anhelada por tanto pobre, abriéndose paso entre otras muchas motos, ciclos y trimotos. Hipaba en silencio, con los ojos cerrados. Paró la moto. Abrí los ojos. Se había situado en alguna puerta del mercado diferente a la que había usado mi tía para entrar. Y ahí estaba ella, con sus anteojos y su sonrisa, con un mango en la mano izquierda y una papaya gigante en la derecha.

—No llore más, niña, que vamos a darnos un banquete de vitaminas —dijo metiéndose en el carro y mirando con picardía a aquel cerdo con pistola.

Yo hubiera preferido una ración de pollipapa, como las que comíamos en el bar de Wendy, cerca de nuestro fallido trabajo cusqueño. Allí el pollo estaba tierno por dentro y churruscado por fuera y te ponían tantas papas que ni entre dos terminabas la ración. Le pedí a mi tía que buscásemos alguna juguería donde tomar un zumito de maracuyá, que era mi fruta preferida, pero ella tenía auténtica prisa por salir de allí.

El olor de aquel día me ha acompañado siempre. Lo llevo impregnado en mi cerebro, olor a ciudad que suda y a los gases de combustión de la mala gasolina de las trimotos, olor a humedad y a palmera, a pesar de que mi tía decía que las palmeras no olían a nada. Al parecer había que correr para llegar a tiempo, aunque no sé qué prisas eran esas, con todos los días que las palizas de esos bestias nos habían demorado, que hasta dudé de sí aún me mantendrían el trabajo.

—Luna —me habló mi tía adoptando expresión seria, como dispuesta a hacerme una confidencia de esas que se cuentan en la sobremesa—, mire,

como va a ser mesera puede ser que en algún momento los dueños del local le pidan que haga de damita de compañía.

—¿Acompañando a quién? ¿A viejos?

—No. Se trata de lo que ya le expliqué antes, que tiene que juntarse a tomar con los clientes.

—¿Aunque yo sea menor de edad?

—Ya se lo dije, cuanto más cerveza beban ellos más platita va a ganar usted. Ya me dirá si le interesa y si le importa la edad. Le quiero contar un truco para no emborracharse: beba cerveza negra que es menos fuerte.

—¿Y qué pasa si me niego?

—Yo le aconsejaría que no lo hiciera. Si se lo piden, que no tiene por qué ser así ni tiene por qué ser todos los días, le ruego que no se niegue. Porque eso significaría incumplir con su contrato de trabajo. Usted no más se une al que la elija y ya está. A pasar la noche, que es gente sola y necesitada de cariño.

—Yo sí que estoy sola sin mi Yanai —recuerdo que repliqué, intentado tumbarme en aquel carro sin espacio. El llanto me incitaba a dormir y mi tía tironeaba de mí para que viese la que decía ella que era la puesta de sol más maravillosa que podía contemplarse en el mundo, que arriba cerquita del cielo era morada para hacerse amarilla en el centro e increíblemente roja al caer sobre el agua del río, «roja como las temperaturas de la selva», apostilló.

En efecto, la noche empezaba a caer, pero aún así se divisaba la masa verde de la selva cada vez más tupida. Qué deseosa estaba de ver el día y de oler las flores y reconocirme en mi nueva vida.

—Tía, mañana cuando amanezca me voy a subir a todos los árboles. Espero que haya pacay —ansiaba, haciéndome aún más pequeña, como cuando en mi pueblo, con Yanai y otros amigos, nos dedicábamos a coger esas vainas gigantes que por dentro tienen una fruta tan suave como el algodón de azúcar.

—Ya veremos, Luna, ya veremos cómo se presenta el día.

No sabría explicar la emoción contenida que me consumía y me excitaba. Tampoco la inquietud. Pero una y otra se habían instalado en todas las células de mi cuerpo. Eran sensaciones que conocía. Me recordaban a la primera vez que me había enamorado, allá en Lima, de Robert, mi compañero de pupitre, que me parecía el más guapo de toda la escuela, mayores incluidos. Chiquito, con los ojos muy negros y pequeños, como dos comas alzándose hacia lo alto de su cabeza

flanqueada por una cabellera tan negra que nuestra profesora doña Juana le decía que parecía una peluca y que le daba ese aire de travieso que me hacía sentir la chica más afortunada del colegio, a pesar de que yo estuviera de natural triste frente a su eterna sonrisa. Llegaba a clase esperando que me alegrara la jornada, segura de que no me defraudaría. Cada día una cartita en la que no más ponía «mi amor» o una flor que había arrancado por el camino o un papelito recuerdo de una golosina, o la golosina, o el beso del último día antes de mi partida de Lima, de la que solo él estaba enterado.

Puede que recordara aquellos momentos bellos porque intuía que ya no habría muchos más momentos bellos en mi vida. Pero también porque el corazón se batía, como entonces, como un ejército de caballos, acercándome al que iba a ser mi nuevo hogar, como latía el de pequeña niña enamorada cuando me levantaba para ir a la escuela, esperando mi sorpresa prometida.

Se veía poco en la oscuridad, pero lo suficiente como para contemplar hileras de casas de colores, pintadas de azul, o de rojo, o de rojo y amarillo, la mayoría con los techos de chapa o de paja. Casas, tiendas, locales de llaves al minuto o de cervezas al segundo, con gente en sus puertas aprovechando la bondad de un tiempo que volvía a ser el de siempre, con el calor y la humedad que atraían a los mosquitos. Mi tía le contaba al conductor que en los dos años que no había estado por aquí se veía más población, más casas y más dinero, como si la zona no parara de crecer y crecer. Explicaba ella que esto se debía a las minas de oro y la tala de árboles aunque eso, decía, estaba convirtiendo en desiertos algunas partes de la selva.

—Ya estamos llegando —dijo, señalando unos pabellones inmensos cubiertos por plásticos azules, el color que después descubriría que daba vida a la zona.

Azules las puertas y los techos de plástico, azules los plásticos que daban suelo a los mineros y azules las sillas en las que jugaban cartas, comían o bebían cerveza, solos o acompañados de otras damitas que, como yo, hasta entonces habían bebido poca cerveza. Nunca habría identificado yo aquellos locales con los bares que me tenía prometidos.

—El Horizonte no queda lejos.

—¿El Horizonte?

—Sí. Así se llama el bar en el que va a trabajar —zanjó, muy seca, especialista en soltar la información de a pocos—. Está muy cerca, en esta zona que llaman La Pampa donde hay multitud de bares en los que se refugian los

mineros.

—Pero entonces eso no es Puerto Maldonado.

—La Pampa pertenece a Puerto, que es la capital de toda esta zona que llaman Madre de Dios, seguramente porque la cruza ese río. O al río le llaman así porque cruza esa zona, ¿qué más da? —me pellizcó descubriendo mi mirada de incredulidad.

No eran sus palabras lo único que me resultaba llamativo, sino también lo que empezaba a ver cuando la iluminación lo permitía. Me llamó especialmente la atención una casa de madera con un cartel pintado que, según mi tía me contó, se refería a la prevención del sida, que ya nos habían explicado muy bien en el colegio de Ocongate en qué consistía. «La prevención es posible. Usa condón». Y lo aclaraba un dibujito que a mí me divirtió pero a mi tía le pareció horrendo: un condón con cara, ojos y brazos, al que habían puesto guantes de boxear azules y un cinturón de campeón, hacía frente a una especie de virus verde y feo con un nombre, VIH, y guantes de boxeador rojos por los que escurría la sangre.

—Luna, como se puede imaginar, en estos lugares en los que hay tantos hombres ellos necesitan mujeres para desfogarse y pasar su tiempo. Y es lógico que pidan protección para no contagiarse ni contagiar del sida, aunque hay otras enfermedades casi tan duras como esa de las que más vale protegerse. Tome nota.

—No pienso acostarme yo con ese tipo de hombres. No pase miedo, tía, que a mí me gustan limpios y los que he visto por aquí hasta ahora no parecen de esos.

Lo decía impresionada por otro de los locales junto al que pasamos, una especie de carpa de plásticos negros que me recordaban a las bolsas de basura que había visto utilizar en el restaurante de Odalis. Frente a la puerta, que dejaba ver un local de sillas de plástico rojas, un hombre se caía literalmente, ebrio, a punto de tirar un gran cartel que anunciaba refrescos, cerveza, leche y, también en la misma pizarra, pilas, shampoo y, bien recuadrado, «ducha y baño». Sobre un mástil de madera, el nombre del local: Hospedaje El Encuentro. Servicio 24 horas, con televisión y cable. Al lado había unas cabañas algo más cuidadas, de madera y con el tejado de lata, en algunas de las cuales pude leer la palabra «reservado».

—Y, por fin, el suyo —exclamó contentísima mi tía, señalándome una construcción de madera, o más bien de tiras de madera y verja, que parecía salida de las películas del oeste que había visto de niña, con dos grandes posters de chicas unidos por el nombre: El Horizonte. Empezaba en una rubia de melena californiana, con un mini biquini blanco que dejaba



transparentar los pezones de dos enormes pechos turgentes, contra un fondo de palmera y dos grandes copas de licor. Terminaba en una morenita casi de espaldas, en ropa interior negra, de tanga, que mostraba unas prietas y enormes posaderas ante unas luces de discoteca y una copa de cerveza a la altura de sus piernas.

Entramos, desliándonos a través de una especie de cortina blanca, naranja y amarilla, a un suelo de tablones de madera azules. En las paredes podía contemplarse una pequeña exposición de carteles similares a los que presidían el ingreso al bar, en el que un grupo de hombres bebían junto a chicas de mi edad, algunas incluso más jóvenes. Nos recibió un tipo de mirada parecida a la del bobo de la trimoto. Tenía el pelo muy negro, las manos grandes, a juego con un torso casi de deportista, muy ancho en los hombros y estrecho en la cintura, y no demasiado bajo para aquellos rasgos andinos tan marcados. Había un par de niños de entre tres y cinco años que gritaban y corrían como en cualquier casa de familia un domingo.

—Son mis hijos —dijo sonriendo, como si la frase y la sonrisa pudieran excusar su presencia y explicar al mismo tiempo que el suyo, y ahora mío, era un local legal. ¡Qué otra cosa podía ser si allí vivían niños pequeños!

Se hacía llamar El Lolo y no nos dio la oportunidad de quedarnos en el bar, ni a mí que hice amago de distraerme jugando con sus hijos en un acto inconsciente de retrasar mi iniciación en la vida adulta. El tipo nos miró; primero a mi tía y después a mí, una y otra vez, con una sonrisa displicente. «Se parecen», dijo. Nos jaló a cada una de un brazo arrastrándonos hacia una especie de cocina en la que me pareció que preparaban croquetas. Mandó salir a todo el mundo y, en contra de lo que yo podía esperar, nos sentó alrededor de una mesa y nos sacó un cuenco de sopa de gallina, la sopa de gallina que con más gusto he comido en toda mi vida.

No me hizo empezar a trabajar aquella misma noche como había pronosticado mi tía durante todo el viaje. Ni siquiera me ofreció cerveza. Después de aquella sopa, y de aquel recibimiento, me llevó a lo que él llamaba habitación y que para mí no era sino un catre. No había madera en el suelo. Como en mi casa, rozábamos la tierra. Permitted que mi tía me diera un beso. Me pareció que al salir de aquel habitáculo él le entregaba algo.

Una voz interior me decía que era la última vez que tía Rous me besaba. Pero estaba muy cansada. Mientras me dormía, venía a mi mente todo el tiempo la misma frase, como escenas de una película, de izquierda a derecha, sin parar, en bucle. La había leído en el bar, en un cartelón que se movía al ritmo de los saltos y

las carreras de aquellos niños. Decía: «Bienaventurados los borrachos porque ellos verán doble a Dios».

Hacía mucho tiempo que había descubierto que Louis era un putero. Pero no sabía qué asociación había entre ese hecho y su relación con Irene. La nuestra, desde luego, no atravesaba por su mejor momento.

Ansioso como era, la misma tarde en que me pidió que entrevistara a su amiga me llamó cinco o seis veces. Supuse que quería comentar el tema. Pero no contesté. Y lo anoté como un triunfo, como una demostración de fuerza, seguramente consecuencia de mis sesiones con Laura.

Cuando salí del ascensor, el sonido del televisor a prueba de sordos que se escuchaba en el interior de mi casa me avisó de que mi amante me honraba con su presencia. No estaba desnudo. Ni medio.

Ni se había servido cerveza.

Ni se había quitado siquiera la corbata.

—Te he llamado varias veces. Quería saber qué habías decidido hacer con Irene —me dijo, dejando claras las intenciones de su visita.

—Olvidé el teléfono en el coche. Me he dado cuenta cuando estaba ya en la peluquería.

—Julila, Julita —dijo sarcástico. No sabría decir si porque dudaba de la veracidad de mi respuesta o porque pretendía intimidarme con su amiga—. ¿Le harás la entrevista?

—¡Cómo voy a perder una oportunidad así! ¡Con la de tiempo que llevo pidiendo hacer un reportaje especial sobre mujeres víctimas de trata! Le he prometido incluirla en la primera escaleta en la que haya hueco.

—Pues procura que sea pronto —me advirtió. Se levantó y se dirigió a la puerta—. Nos vemos mañana. Tengo mucha prisa.

Malas noticias, pensé. Le había visto morderse el labio superior de su boca, esa

que en nuestros primeros besos me había vuelto loca. Sabía por experiencia que ese gesto era radiografía de una situación de inquietud unida a malvados pensamientos. El rencor era uno de los defectos de Louis. No me había dado ni un beso. Épocas de espantadas las llamaba yo, que no tenían que ver con las visitas de su mujer, de esas contaba ya con varias catalogadas.

Las noches en vela de uno de los fines de semana más solitarios que recordaba en los últimos tiempos resultaron harto fructíferas. Sirvieron, entre otras cosas, para preparar la entrevista a Irene. Pero básicamente para tomar una decisión: aquello no podía quedarse en los, como mucho, diez minutos de conversación de un programa mañanero en el que además me vería obligada a compartir charla con esos colaboradores que se creen que saben de todo, aunque no sepan de casi nada, y a los que, seguro, se les escaparía alguna bromita comprometedor y machista. De ninguna manera. Tenía que arreglármelas para sacarle a Louis un programa especial. Mi suerte se confabuló con los acontecimientos que sucedieron días más tarde.

La entrevista estaba programada para el miércoles siguiente. Pero el martes todos los periódicos abrieron sus portadas con la redada en un club de Marbella que se había saldado con la detención de diez adultos, incluidos dueño, director, gerente y trabajadores, acusados de trata y explotación sexual de veinte mujeres entre las que había rumanas, nigerianas, brasileñas y rusas y, lo que es peor, cinco de ellas eran menores de edad. Como no podía ser de otra manera, el equipo de redacción del programa de Las mañanas trabajaba en localizar a alguna heroína que hubiera sido capaz de escapar de una de esas redes. Sin embargo, para mí era una oportunidad de conseguir mi objetivo. Y aproveché la ocasión para entrar intempestivamente, sin pedir permiso, en el despacho de Louis, como, por otro lado, había sido siempre mi costumbre.

—¿Qué haces aquí? ¿A quién has pedido permiso para entrar?

—Ahora a ti. ¿Puedo entrar? —pregunté con la cara de chica revoltosa que tanto le excitaba—. He venido a convencerte.

—¿De qué? Muchos méritos tienes que hacer tú para convencerme de algo. Contento me tienes.

—¿Te has enterado de lo de la redada de anoche en Marbella? Cinco de las rescatadas eran menores de edad. ¿Te has fijado en las supuestas habitaciones donde dormían? —le dije conmocionada. Las imágenes que había visto no parecían de España, sino propias de países mucho menos avanzados. Un catre con sábanas rotas y un lavabo era todo lo que tenían aquellas chicas como espacio propio, y que utilizaban además con el cliente cuando este no las sacaba a un hotel—. ¿Has visto cuánta sordidez?

- Vale. Sí, lo he visto. Un horror. Ahora dime, ¿qué quieres?
- Que en vez de la entrevista con Irene para el miércoles, hagamos un programa especial en la madrugada del viernes.
- ¡Ay, Julia! ¡Qué lianta eres! Anda, rompe hoy la audiencia. Haz un programa antológico. Ya hablaremos después. Por cierto, a ver si hay un poco de lío entre los contertulios que están como en un colegio de monjas. ¡Que se peleen, coño! Consigue a alguna tía que haya sabido salir de esa mierda. Seduce a la audiencia y luego ya veremos. ¡Luego, te he dicho! —casi gritó, señalándome la puerta cuando se percató de que yo tenía intención de protestar. Louis decía que yo siempre estaba intentando saltarme los límites.

Logramos hacer un programa muy bueno, con un espacio dedicado a la noticia y con una rumana en plató, Marina, que había llegado a España hacía diez años, engañada por su novio, quien en connivencia con la familia de ella la había vendido a una red. El tipo parecía quererla. Ella estaba colgadísima de él. Y cuando se instalaron en Madrid, él siguió con ella unos meses obligándola a prostituirse, hasta que se marchó y la abandonó a su suerte con unos brutos que la forzaban a mantener relaciones sin protección. Después de cuatro años acabó en un hospital infecida de VIH. Consiguió huir y refugiarse en un centro de acogida durante tres años. Ahora trabajaba como dependienta de unos grandes almacenes, donde nadie conocía su historia hasta que decidió contarla en el programa.

«No puedes negarte a nada porque ya no existes. Ya no eres un ser humano. Tú misma has dejado de verte así. Eres un trozo de carne. Eres materia prima que, curiosamente, no les importa estropear», contó sin que se alterara un solo músculo de su rostro, como si su existencia, carente de ilusiones, la hubiera convertido en una estatua con movimiento.

Prácticamente no dejé intervenir a los miembros de la mesa, que no daban crédito a lo que oían y que estuvieron muy muy, respetuosos. No entendían cómo esta mujer había conseguido un trabajo normal y corriente. Se interesaron por los motivos que le impidieron volver a su país, a lo que ella contestó con el gesto de quien sabe que lo que dice es obvio: «Cómo iba a hacerlo si mi propia familia fue cómplice en mi venta. Ellos solo querían mi dinero». También le preguntaron por qué no había escapado antes. Respondió que era imposible porque «había contraído tanta deuda que me obligaban a hacer treinta servicios al día para ir pagándoles los cuarenta mil euros que me reclamaban, entre viaje, ropa, alimentación, alojamiento...».

La emoción subió de tono cuando se dirigió directamente a sus compañeros de trabajo. Como una auténtica profesional miró a cámara como si mirase a los ojos de cada uno de sus colegas, les explicó quién era esa rubia que muchos pretendían ligarse y por qué siempre los rechazaba, pues «entre su pasado y su virus» no pensaba que fuera a mantener más relaciones amorosas en lo que le restara de vida. «No me juzguéis —les dijo—, os cuento esto para ayudaros, porque si me entendéis a mí seréis capaces de comprender otros problemas menores que tendréis cerca y que seguramente os amargan, mientras pensáis que se os hunde el mundo. Yo sí que tengo un problema y ahora que lo sabéis es posible que os choque el mote que me habéis puesto de “risueña”. Pero pensadlo bien, en realidad tengo motivos para reír. He tenido mucha suerte».

—Manténla, mantenla —me suplicaba el director por el pinganillo—, la audiencia no para de subir. Estamos dando un revolcón a todos. Déjala hablar, no la cortes. Hazle una última pregunta.

—Marina, mírame a los ojos y contéstame —le dije—. Si no te hubieran dado esta oportunidad de conseguir un trabajo normal, como el que tienes, ¿qué habrías hecho?

—Matarme o seguir prostituyéndome, que es como una muerte lenta. No sabía hacer nada más. Vine con diecisiete años. Y sin estudios qué iba a hacer. Aún no he desarrollado el virus, pero siendo seropositiva no hubiera podido engañar a los clientes. Con preservativo y todo, seguro que no habría podido hacer un gran negocio. Así que solo me hubiera quedado un recurso: el suicidio.

El habla nos había abandonado. En su lugar, las lágrimas tomaban posiciones al ataque. El director me exigió: «Corta. Nos vamos a publicidad». Y, sin pensarlo dos veces, rompí a aplaudir y me siguieron todos mis compañeros de plató y el público invitado al programa; por una vez en su vida, el regidor del programa no necesitó provocar el aplauso. La pausa fue bastante larga y nos dio tiempo a besar y abrazar a Marina, reconociéndole el bien que nos había hecho con su testimonio.

Aquel día agradecí que detrás de la entrevista tuviéramos destinados varios sucesos y basurilla varia, porque nos distrajimos, nos reímos y nos gritamos, eufóricos como estábamos, conmocionados después de haber conocido a Marina.

Las redes sociales estaban disparadas. Durante la última pausa, antes de finalizar el programa, leí un mensaje de Alicia —ya le había prevenido sobre el tema— en el que me escribía: «Cuánto dolor. Cuánta miseria», y firmaba con varios

emoticonos con lágrima. Cuando salía del estudio me llegó el wasap tan esperado de Louis: «Touché. Tú ganas. Adelante con el programa especial. Salgo de viaje. Un beso».

—¿Cuándo vuelves? —le pregunté enseguida.

—«Salgo de viaje. Un beso» —recalcó, sin dejar lugar a dudas.

Estábamos en un nuevo capítulo de «las espantadas de Louis».

Sin éxito, había googleado el nombre de Irene M. Su nombramiento como directora de ACTMYN (Asociación Contra la Trata de Mujeres y Niñas) era demasiado reciente para figurar en internet. Conseguí, eso sí, que la organización me enviara una fotografía para saber a qué tipo de mujer me enfrentaba. ¡Menuda sorpresa! Esperaba a una madura muy madura de rasgos duros y pelo corto y gris, y en su lugar me encontré una señora guapa y estupenda, de cuarenta y tantos, de gesto alegre y con melena medio rubia. «¡Y eso que se trata de una foto de carnet!», wasapeé a Alicia. «¿Celosa?», me respondió. «Tal vez».

En mi primera llamada para concertar la entrevista descubrí que tenía una voz tan dulce como su rostro. Confirmé con ella la hora a la que le recogería el coche de producción, luego hubo un cambio de horario por su parte. Preguntó qué ropa debía llevar y cuál llevaría yo, «para no competir», me había aclarado. Al cabo de unos días la telefoneé de nuevo para comunicarle que no habría entrevista.

—¿Cómo? No te creo. ¿Me estás tomando el pelo? No me lo puedo creer —se lanzó en tromba, medio seca, algo molesta, pero con un control total de la situación y de la rabia—. Si quieres hablo yo con Louis para intentar solucionarlo, porque no me parece muy serio que...

—No te enfades, mujer, que es una buena noticia —la corté enseguida—. No haremos entrevista porque emitiremos un programa especial con motivo del Día Internacional contra la Violencia de Género, el 25 de noviembre. Al fin y al cabo la trata de mujeres es un delito que tiene relación también con la violencia machista. En ese programa tú serás la protagonista, la primera entrevistada. ¿Ves como era una buena noticia? —le solté, sin dejarle la más mínima oportunidad de intervenir.

—Estamos manejando material muy sensible. No me hace mucha gracia esta clase de bromas. Bueno —dudó, antes de continuar—, a fin de cuentas, tienes razón. Es una magnífica noticia. No sé si es tuya la idea, pero sea como sea te doy las gracias. Dáselas también a Louis, por favor, prefiero no llamarle, no quiero molestarle. Él ya tiene bastante. Supongo que te habrá dicho que nos conocemos desde pequeños, ¡fuimos compañeros de

colegio! —cambiando deliberadamente del tono ejecutivo al modo haciendo amigas.

No. No me lo había contado. Pero a ella no iba a confesárselo porque no sabía cuál era la relación que mantenían. Y no, tampoco pensaba decirle nada a Louis. Es más, no iba a hablar con él hasta su vuelta del viaje. Yo tampoco quería molestarle. Sin rencor. Nada personal —me justificaba—. Simplemente, no podía permitirme el lujo de perder un minuto, ni con él ni con nadie. Teníamos que preparar el especial en tres días. Me habían asignado la responsabilidad de dar ideas y, por supuesto, entrevistar a Irene en directo. El resto del programa se construiría utilizando información de los corresponsales en los países de origen de las mujeres que habían sido rescatadas en el club malagueño y con el equipo de investigación encargado de descubrir quiénes estaban detrás de estas esclavas, con datos que aparecerían cruzando la pantalla, como:

20,9 millones de personas son víctimas de trata.

4,5 millones de víctimas de trata con fines de explotación sexual son mujeres y niñas.

Entre un 10 y un 30% de las víctimas de trata son menores de edad.

La trata mueve 35.000 millones de dólares al año en el mundo.

En Latinoamérica, aproximadamente 2 millones de niños y adolescentes son víctimas de explotación sexual y laboral.

Necesitábamos despertar las conciencias. Queríamos transmitirle a la audiencia española que no estábamos tan lejos de lo que normalmente se adjudicaba al tercer mundo, especialmente después de que todo el país hubiera visto las condiciones en las que vivían las jovencitas rescatadas en Málaga. Concretamente, yo deseaba decir a los hombres que al consumir prostitución se convertían en cómplices de un delito. Lo confirmaban las informaciones de la policía: aproximadamente un 80% de las prostitutas en España no ejercían libremente, sino que eran obligadas por sus dueños y las mafias. Me sentí útil y poderosa, influyendo en el equipo con una idea muy determinante que repetía en nuestras reuniones: «Tenemos que darles un tratamiento de mujeres, no de prostitutas. Debemos centrarnos en la persona, no en su problema circunstancial. Tendríamos que imaginar qué haríamos nosotros en su lugar».

Intenté reunirme con Irene días antes de la entrevista. Pero no hubo manera de cuadrar agendas. Nos encontramos una junto a la otra en la sala de maquillaje. Me sorprendió lo alta y esbelta que era, aunque en persona y sin maquillar valía menos que en la foto. Por el contrario, ella me dijo que en persona era «más



guapa que en la tele».

- ¡Menudos ojos! Qué rasgos tan exóticos. Dios mío, si yo fuera como tú ni me maquillaría.
- Aquí ni un niño sale sin maquillar. Te veo en plató. Tienen que ajustarme el sonido —corté, no fuera a seguir con sus alabanzas.

Ya en directo comencé la entrevista:

- Como mujer y como presidenta de ACTMYN, ¿qué mensaje te gustaría hacer llegar a las mujeres víctimas de trata?
- Intentamos que conozcan que hay salidas reales. Cuando están sufriendo violencia sexual —la trata es violencia sexual—, no creen en nada. El mejor ejemplo que pueden tener es el de quienes les dicen «yo estuve ahí y pude salir de esa situación».
- Deduzco que en ACTMYN colaboran mujeres que han sido víctimas de la trata.
- Por supuesto. Queremos trabajar no solo por las mujeres, sino con las mujeres. Por eso, lo mejor es hacerlo con quienes ya han pasado por una situación similar. Antes nos movíamos con una unidad móvil de psicólogas y sociólogas profesionales. Me llamaba la atención que cuando hablabas con una de las víctimas, al día siguiente ya no estaba donde te la habías encontrado. Los proxenetas se daban cuenta del trabajo que estábamos haciendo y movían a las chicas. Entonces pensamos que lo mejor y lo más eficaz era contratar laboralmente a mediadoras que previamente habían estado en la misma situación. Porque si vas a un club y te encuentras a una mujer llorando, normalmente una profesional no sabe abordarlo porque usa una metodología muy pautada. Sin embargo, las mediadoras sociales les ofrecen otra clase de compañía, saben lo que están pasando porque ellas han estado así, resulta más fácil que las convenzan para denunciar y salir de su esclavitud.
- Vais a los clubes y estáis en la calle. ¿No teméis a los proxenetas?
- Ellos nos tomen más a nosotros, están haciendo un trabajo ilegal. Nos hacemos muy visibles para las mujeres y, por el contrario, intentamos pasar desapercibidos para quienes las están explotando. A ellas les asesoramos sobre temas sanitarios y prevención de enfermedades de transmisión sexual. Es entonces cuando se establece una relación de confianza y nos cuentan sus problemas. En los clubes nos conocen porque nos presentamos al encargado contándole que hacemos una labor de prevención sanitaria. Siempre procuramos hablar a solas con las mujeres de

manera individual, y es cuando detectamos si son o no víctimas de trata.

Era consciente de que habíamos empezado la entrevista sin ningún tipo de preámbulo, pero en televisión no hay tiempo para circunloquios. Disparas o no disparas, he ahí el dilema. Enseguida noté que Irene no estaba todavía acostumbrada a las intervenciones televisivas; me gustó ponerla en un aprieto. Al fin y al cabo de eso iba también la tele, más le valía acostumbrarse. Estaba tensa, se le había borrado la espectacular sonrisa que me había mostrado en maquillaje. Ahora exhibía acentuados los maxilares inferiores, por otro lado, de natural, bien marcados. Me miraba con seriedad, también yo a ella, aunque conocía bien mis armas y sabía que la audiencia y mis jefes adoraban mi sonrisa y mi dulzura, tan punzante como los arponazos de los que era capaz con cualquiera de mis entrevistados. Pero Irene era buena gente y quería quedar bien, muy bien, eso estaba claro. Así que según ahondábamos en el problema, notaba cómo por momentos iba sintiéndose cada vez más cómoda y confiada, hasta que de pronto me dijo:

—Me pregunto qué les pasa por la cabeza a esos tíos —soltó casi intempestivamente, como si en lugar de en un plató, estuviera tomando un café con una amiga—. Aparecen bien trajeados, a primera hora de la mañana, por las calles o por los clubes. En lugar de ir al trabajo van buscando una chica con la que acostarse, y a poder ser una menor. Y encima, cuando se les insinúa algo, te contestan que están ahí para lo que están y que les dejes de sermones. ¡No será por falta de información! Hoy más que nunca, cualquier persona sabe que muchas mujeres no se prostituyen por gusto sino que están obligadas. Han sido víctimas de un engaño y necesitan trabajar para saldar las deudas que tienen con sus tratantes.

En este sentido, se ha avanzado mucho en visibilidad y en posicionamiento. Desde que en España se aprobó el plan contra la trata, cualquier Gobierno del color que sea se mantiene firme en esa lucha. Pero nosotros y la red española contra la trata venimos pidiendo una ley que responda a esos vacíos legales que existen aún. El problema es que cualquier ley que se aprueba tiene que estar dotada de un presupuesto económico y la coyuntura actual no es la más adecuada para eso.

—Pero ese plan tiene una dotación económica.

—Sí, pero es insuficiente. Un millón de euros no da para mucho.

Louis estaba viendo el programa. Lo supe no porque me llamara o me escribiera, sino porque en la primera pausa de publicidad Irene me enseñó un mensaje de su

amigo: «¡No te quejarás de la periodista que te he buscado! Es la mejor. ¡Suéltate!». No sabía si darme por satisfecha o si ofenderme ante su silencio conmigo. Opté por olvidarme de quién era el remitente de aquellos piropos, no fuera a bloquearme. El caso es que a Irene sí pareció influirle en su discurso. Hasta el momento había tenido una postura institucional, tanto que el director me chilló por el pinganillo que parecía un ministro. A la vuelta de aquellos siete minutos de publicidad parecía otra persona. Dijo ausentarse del plató para retocarse el maquillaje, pero estuvo hablando casi todo el tiempo con su organización. Volvió sin brillos en los pómulos y con el morbo del color en su boca, dispuesta a seducir a la audiencia.

—Mira —me dijo, cada vez más confidente, como si se hubiera olvidado de las cámaras que perseguían cada uno de sus gestos—, muchos de esos hombres entran en los clubes pidiendo chicas que consuman drogas, para consumir con ellas. Y ahí estamos nosotros, empeñados en que se cuiden, en que usen preservativos, en que no beban y no se droguen. Pero la auténtica verdad —Irene se comía las cámaras con sus ojos color miel— es que cuando una mujer ha realizado treinta servicios y se ha tomado otras treinta copas en una noche resulta muy difícil que tomen las prevenciones adecuadas. Es más, para acostarse con esos treinta clientes lo normal es que consuman drogas.

—¿Cómo son esos clientes?

—Bueno, lo primero que tengo que decirte es que nosotros no les llamamos clientes, sino demandantes de prostitución. No es lo mismo. Son cómplices del delito de trata. En cuanto al tipo de hombres, hay de todo. Hay ejecutivos y hay obreros. Eso sí, tengo que decirte que los que más dinero tienen son los que encima regatean en los precios. Y otra cosa, estos ofrecen pagar más por mujeres que consumen droga. Hablabas de prevención sanitaria. Sé que vuestra organización reparte preservativos, tanto masculinos como femeninos. Si las mujeres no están drogadas, ¿los utilizan?

—No siempre. Y esa es una de nuestras funciones. Les insistimos en que se cuiden, que usen profilácticos, pero luego nos encontramos con que en los pisos particulares y en algunos clubes nada más entrar hay carteles donde pone: «Aquí todo natural». O sea, a pelo.

—¿Crees que legalizando la prostitución acabaríamos con la trata?

Irene me miró con cierta desconfianza. Abandonó la pose dulce y paciente que había tenido hasta entonces. Es más, su mirada fue tan dura que, por un momento, creí que iba a abandonar el plató. No pensé que mi pregunta fuera

molesta, pero al parecer lo era. Me miró como si yo formara parte del negocio, fulminándome. Dura, seca y directa se dirigió a la cámara asignada, con la solemnidad del Rey en su mensaje navideño:

—Para nada. Nosotros hemos querido siempre ser muy plurales y así nos ha ido. En España hemos avanzado pero nos hemos quedado cortos a la hora de abordar la otra figura que es la del demandante. Si no existiera demanda sexual, la oferta no tendría sentido. Tenemos la experiencia de países como Holanda, donde la prostitución se ha legalizado. Pensaron que de esta manera podrían luchar de manera eficaz contra la trata, pero se han encontrado con que esta no ha desaparecido sino que ha aumentado. Suecia es un ejemplo de que las cosas se pueden hacer bien. Ha previsto medidas sociales para estas mujeres, además de tener un sistema abolicionista y de ir contra los clientes.

Mi director estaba orgulloso con los temas que estábamos tocando. Me lo comunicó vía pinganillo, mientras nos indicaban que debíamos parar y dar paso a una serie de testimonios de mujeres que habían logrado escapar de su cautiverio. Habían trabajado en clubes de alterne y, enfermas de sida, no podían volver a sus países porque sus propias familias las habían vendido. Algo sensacionalista y sin profundidad, para nuestra desgracia. Como nuestra televisión.

La audiencia iba subiendo en la medida en que el morbo elevaba la temperatura con imágenes de la Casa de Campo, donde las mujeres se exhibían en tanga al tiempo que se calentaban las manos en una hoguera. También había imágenes de Villaverde, con coches de lujo que transitaban por calles paupérrimas desde los que se comunicaban con chicas de todos los colores y tallas, perfectas maniqués de ropa interior.

De sopetón, y sin previo aviso, me colaron una entrevista en plató con un personaje inesperado. Yo ya estaba acostumbrada a estas sorpresas del directo. Pero Irene no daba crédito al baile de sillas y a la improvisación, y no entendió la risa que me produjo su cara de espanto. En un instante en el que se emitía un reportaje de calle, en uno de esos en los que el plató resulta invisible a los ojos de los espectadores, cambiamos las sillas, los vasos de agua e hicimos hueco a una despampanante rubia rusa de un metro ochenta que nadie sabía muy bien qué hacía allí, pero nos dejó un mensaje muy claro, un mensaje de dinero: «Si vamos fuera del club, el polvo le sale muy caro al cliente. En una noche se pueden gastar dos mil euros. A la cena, en un restaurante caro, le sumas trescientos la hora en una suite del local. La botella de champán cuesta doscientos euros, de los que cien son para mí, y otros cien para la casa. Si, además, el cliente quiere cocaína, el contador sigue subiendo», concluyó la rusa, a quien le faltó sacar la calculadora.

Irene no salía de su asombro. Me miraba con extrañeza, más bien con la cara de indignación que ya le había visto repetidas veces a lo largo del programa. Al parecer la rusa no era rusa, sino de Ucrania. Irene la conocía muy bien. Adriana había pasado por el piso en el que ACTMYN custodiaba a las mujeres que escapaban de la trata y se decidían a denunciar y a recuperarse en un intento de cambio de vida. Pero, después de unos meses, había vuelto a ser presionada por las mafias o había decidido que no le merecía la pena intentar una nueva vida y se había marchado para continuar ejerciendo la prostitución. Precisamente, Adriana no era el mejor ejemplo. Digamos que se nos había colado, aunque no estaba mal la nota de color que había puesto, y no solo por sus ojos azules de esclava impresionantemente guapa. Desapareció del plató con las mismas prisas con las que había aparecido.

Ni siquiera me dio pie a darle ningún tipo de explicación. Irene estaba enojada. No eran frecuentes los fracasos en su organización. Se mostró agresiva cuando uno de nuestros colaboradores le dijo:

—Esto debe de ser parecido a lo de los drogadictos, que difícilmente se recuperan. O a los alcohólicos, que lo siguen siendo toda su vida, aunque no tomen una sola copa.

—¡Lo que me faltaba por oír! Es usted un indocumentado —dijo Irene casi gritando, desvelando un matiz de su cara y de los gestos que estaban muy lejos de la chica bien de Barcelona a la que había hecho justicia hasta ahora—. Por favor, si no sabe de lo que habla, deje hablar a los profesionales.

—Irene, tranquila —medié con cinismo, al tiempo que escuchaba al director desde control: «Ya era hora de que se desmelenara la tía. ¡Qué siesa! Julia, mantén la tensión»—. ¿Por qué te enfadas, mujer? Esa opinión la tiene mucha gente con la que he hablado del tema y ya sabes tú que de esto entiendo algo.

—Esta mujer sigue siendo una víctima del tráfico. Continuará siéndolo mientras ejerza la prostitución. Que para que usted se entere —dijo, moviendo su mano en dirección al colaborador que tenía enfrente— no la ejerce libremente. Esta clase de ejemplos son muy negativos para que la sociedad cambie, Julia; y usted, señor...

—Norberto —contestó el tertuliano.

—Irene, ¿tú conocías a Adriana? —pregunté, algo dramática.

—Creí que había venido a un programa serio —terció, dejando clara la respuesta positiva a mi pregunta.

—Cambiemos, si te parece, de cuestión. En este negocio hay mucha gente que gana. Al menos eso es algo que nos ha dejado claro nuestra anterior

invitada.

- Eso está clarísimo. En el negocio de la trata hay quienes ganan, mientras que otros tienen mucho que perder. Si no, no existiría. Los clubes son los que más se benefician. Pero todos, todos, se lucran: quienes las traen, quienes las venden, los dueños de los locales, de los pisos o de los hostales en los que trabajan. En una calle de cualquier ciudad en la que hay mujeres ejerciendo la prostitución, aunque estén obligadas, como en este caso, porque quiero insistir que esta mujer está obligada, también los bares de esa calle, o las tiendas, o los restaurantes, viven de ellas, de los clientes y de sus proxenetas. Es un negocio redondo.
- Me gustaría hacerle una pregunta a este señor. ¿Norberto, verdad? ¿Usted consume prostitución?
- Creía que había venido a un programa serio —contestó él, haciéndonos reír a todos y contribuyendo a distender la tensión que tanto había alborotado al parecer a la audiencia.

Entre las risas y el jaleílllo correspondiente que se organizó en la mesa, sentí una punzada en el estómago porque, por fin, Louis se manifestaba, aunque de una manera muy distinta a la que yo deseaba. «Me pide el gran jefe —me dijo el director por el pinganillo— que le preguntes a Irene por los anuncios de contactos. Dice que esta cuestión se te va a escapar cruda».

- Irene —interrumpí de forma brusca la fiesta que se había organizado entre los tertulianos—, te olvidas de uno de los más importantes beneficiarios en el negocio. ¿Qué me dices de la prensa?
- Precisamente ahora iba a tocar el tema. Una vergüenza. ¿Cómo es posible que los periódicos sigan lucrándose con anuncios de contactos, cuando sabemos que la mayoría de las mujeres que aparecen son víctimas de trata? A nadie se le ocurriría anunciar la venta de algo ilegal.
- Es que ilegal no es —intervino Norberto—. En España la prostitución no está regularizada, en todo caso será alegal.
- Sigue usted sin enterarse. Llevamos todo un programa hablando de tráfico de mujeres y niñas con fines de explotación sexual y usted aún no se ha enterado. Para usted continúan siendo prostitutas. ¡Por favor!
- Cuando hablas de ilegalidad, ¿a qué te refieres? —corté, reconduciendo la conversación.
- ¡A la cocaína! ¡A las armas! Julia, parece mentira que me lo preguntes. La trata de mujeres y el tráfico de drogas y armas tienen muchas coincidencias. Las mafias funcionan igual para todo. ¡A nadie se le ocurriría anunciar venta de cocaína en el periódico!

—Imagínate: «Fresca, recién llegada de Colombia, efectos inmediatos. Calle Tetuán, tres, quinta planta». Si anuncias así la venta de cocaína te meten en la cárcel —bromeé, y según lo estaba diciendo, me di cuenta de que a Irene no le había hecho ni pizca de gracia—. Eso por no hablar de las fotos que aparecen en las páginas de los diarios. En algunos las chicas salen desnudas y son claramente reconocibles.

—Eso ya te digo yo que no —intervino Norberto divertido—. Cuando vas allí, la realidad no tiene nada que ver con lo que has visto en el periódico.

El resto de los colaboradores rio a carcajadas, para mi desesperación y la de Irene.

—Hasta ahí podíamos llegar, Norberto. Ojo, que puede estar viéndote tu mujer —dije dando el tema por zanjado.

Cerramos el programa, más o menos amistosamente, tomando una copa de champán como hacíamos siempre que realizábamos un especial, por aquello de que nos había pillado, como en una canción de Sabina, la madrugada. Brindamos por las mujeres en una sala gris, paredes grises, suelo gris, sofás de plasticuero gris, fría como un témpano, tan fría que yo la llamaba la sala de los servicios funerarios, para regocijo de mis colaboradores e invitados. Brindamos por la labor de Irene y su asociación. Aunque pudiera parecer mentira, Norberto prometió acercarse por la sede para dar una charla a las chicas. Yo no paraba de mirar hacia la puerta esperando el milagro, la entrada triunfal de Louis que, imaginaba, no estaba de viaje y vendría a darme un beso y la merecida enhorabuena. Él no se presentó, fue nuestro director el que apareció trasmitiéndonos la felicitación del jefe, encantado con el resultado del programa y, cómo no, de la audiencia.

Ya en casa recibí un wasap, no de Louis, sino de nuestra querida Irene que me reenviaba un mensaje que había recibido de él. «¡Estuviste soberbia! Enhorabuena, espero que el programa os sirva de ayuda».

Y yo, ¿qué? Conocía la psicopatología de nuestro querido Louis. No sé si fue el cansancio, las copas de champán o la sana distancia, pero esa noche dormí como dicen que duermen los bebés.

Tardé unos segundos en reconocer dónde había amanecido y entender por qué estaba en aquella habitación tan lúgubre, un desconcierto que aún no sabía yo que iba a ser un compañero eterno, un amante deseado a veces, indeseado otras, a lo largo de la vida. Ni el cuchitril, ni la cama, ni la luz me resultaban conocidos. La noche anterior debí de caer tan rendida que no aprecié aquella media covacha sin puerta siquiera. Un espacio repleto de huellas, escritos, frases, cuyas letras me marearon. No más una cama mínima con sábanas de flores y, junto a ella, un rollo de papel higiénico, una toalla y un pequeño balde de agua que horas atrás debió de estar fría, pero que ahora, aún entibiada por el calor, sirvió para refrescarme la cara. Tampoco era capaz de entender que aquel plástico azul que recorría la pared de arriba abajo fuera la puerta que había traspasado la noche anterior. Ningún elemento de aquel escenario me resultaba familiar a excepción de la tierra que sentí bajo los pies, como la tierra de mi casa materna, distinto color pero idéntica soledad, solo acompañada por los recuerdos que asaltaron mi corazón y mente. Nada me era reconocido ni amable.

Todo era nuevo en mí y en mi mirada. Hasta que salí afuera, a lo que podría llamarse el salón de la casa. Entonces sí reconocí el griterío de los dos hijos del dueño del local, que al parecer no habían ido a la escuela, y cuya madre podía estar sentada entre aquel grupo de mujeres en torno a varias mesas, con polos escotados de colores y shorts muy cortos o jeans muy prietos, con aspecto de haber comido mucho más de lo que lo había hecho yo en los últimos tiempos. Cuando me vieron, los niños se abalanzaron sobre mí como si me conocieran de siempre. «¡Luna, Luna!», que al parecer les divertía mucho mi nombre que no era frecuente escuchar por la zona, mi nombre del que me sentía yo orgullosa.

Mi tía me había asegurado que allá donde iba a vivir no haría tanto calor como habíamos pasado en el último tramo del viaje. Pero ya me había demostrado mi tía su experiencia en mentiras y medias verdades. Pregunté por ella a El Lolo, el dueño del local, con la vana esperanza de que su beso de despedida de la víspera no fuera en realidad, como presentí, un beso semi eterno. No añadió ni una palabra sobre ella ni su partida. No dijo nada. Solo que no estaba. Ni se la



esperaba. Porque se había ido. Asimismo lo expresó nada más verme en mi despertar a mediodía. Nadie entendía cómo había sido capaz de dormir tantas horas y al parecer sin cambiar prácticamente de postura «a tenor de cómo había amanecido el catre», me dijo El Lolo, espía, que debió de aprovechar aquel momento en que sus hijos me abrazaban para colarse en mi habitación y ver cómo la había dejado.

—A ver cómo de linda nos ha amanecido la señorita Luna —me dijo el jefe con su melódico acento. El Lolo, sonriente como la noche anterior, llevaba un plató de sopa en una mano y algo de fruta en la otra—. Come bien que se ve que tienes que reponer fuerzas, bella damita. Y bebe, bebe chicha, que ya se sabe que el maíz rojo tiene mucho alimento —continuó, señalándome el vaso que reposaba en la mesa del rincón y cuyo líquido me pareció más morado aún que de costumbre.

Visto con algo más de luz el salón parecía de película. Con guirnaldas de colores atravesando el techo, como si alguien se hubiera olvidado de retirar los adornos de la Navidad pasada, las paredes eran medio moraditas, del color de la chicha, medio rojitas, como una sandía, tenían pintados y esparcidos a su largo y ancho corazones blancos, de trazo infantil, que hasta pensé si los habrían dibujado los niños del dueño, corazones de muro, a veces solitarios y otras veces de dos en dos, como si hubieran encontrado ya con quien compartir el resto de su vida o tal vez un ratito de amor. La decoración se completaba con diversos posters en los que se veían chicas desnudas; en otros, sus cuerpos aparecían con flores cubriendo sus santas partes. En algunos carteles lucían bikini; en otros, simplemente tanga.

Recordaba haberlos visto en la noche para anunciar El Horizonte. En aquel momento las mesas, muy diferentes unas de otras, estaban colocadas de cualquier manera por toda la sala. Al fondo, cuatro o cinco eran testigos de la comida y la bebida de la vípera. Con los sillones de plástico pasaba algo similar que con las mesas, cada uno era de su padre y de su madre. Azules, rojos, amarillos, qué más daba el color si servían para reposar los culos. Me costó mucho trabajo contar el número de botellas vacías de cerveza que allí subsistían. Empezaba y volvía a empezar a contar hasta aproximarse a los trescientos cascós. Y entendí mejor la descripción que mi tía había hecho del negocio. Pero esa mañana me esperaba mi refresco salvador y energético. Y volví a sentir un pellizco en el estómago que no era de apetito, sino de la nostalgia de Yanai, que no estaba junto a mí.

Aliviada por el sueño reparador, tras una sabrosa sopa, fruta y el refresco, me sentí preparada para comenzar con el trabajo. Pero ni El Lolo ni su mujer estaban

allí para darme faena, ni había entrado aún un solo parroquiano a beber cerveza. Decidí salir de aquel local impregnado del olor del tabaco y el alcohol de muchos más días que el anterior. Una de las chicas, allí sentada, se dirigió hacia mí, creí que con la amable intención de acompañarme, hasta que la presión de su mano en mi brazo me detuvo en seco, al tiempo que la mayor del grupo le dio el ok a salir juntas, «no más a la puerta», dijo.

—Hay gente muy peligrosa —explicó mi acompañante, a modo de disculpa, antes de presentarse—. Me llamo Margarita. Aquí, todos los días pasa algo. Por eso los señores, que son muy buenas personas, no nos permiten salir.

—Mi infancia me la pasé en un lugar peligroso. Ya nada me asusta.

—Eso cuéntaselo a El Lolo. Dudo que te deje. No deja a nadie.

—¿Por qué no? Anda, cruza, que ahí están sus hijos.

Los dos niños jugaban en la calle frente al local. Margarita accedió y cruzamos rápido. Cuando nos acercamos pensando que se trataba de Lolito y Marlen, nos dimos cuenta de nuestra equivocación. Mi madre tenía razón cuando decía que todos los niños eran igualitos. Sus cabellos azabaches contra el sol y sus ropas de colores me habían confundido. Porque no eran ellos. Eran otros. Como ellos. Que tampoco ese día habían ido a la escuela. Para qué iban a ir si podían jugar ahí, no más, y aprender aprendían, vaya si eso se sabía, que aprendían de la vida y a trabajar, que aquellos niños de unos cinco o seis años limpiaban a la puerta del local, imagino, de sus padres, un local que tenía pintados en su fachada los motivos de un tabaco de fama internacional y unas palmeras que prometían «un lugar de placer», aunque aquellos niños a aquella edad seguramente no sabrían leer y menos aún el significado de aquellas frases y promesas.

—Volvamos —me pidió Margarita, entre apurada y asustada—. Cruza, rápido, no sea que vengan y nos encuentren en la calle. Ya te conté que no les gusta. Nuestro sitio está en la puerta. Nos lo dicen todo el rato.

La mera posibilidad de estar fuera del bar, aun sin apenas pisar la calle, parecía ser una liberación tanto para ella como para otras chicas apostadas en las puertas de otros locales de esa calle sucia y caótica en la que comenzaba a haber más movimiento y bullicio, como si el mediodía marcara la línea de una mayor actividad.

Margarita me explicó que el barro era constante, que llovía con frecuencia, que las calles se iban enfangando y que estaban llenas de mercurio que los mineros traían en sus botas y arrastraban de las minas de las que extraían oro.

—Mira —dijo, mostrándome una especie de lenteja en miniatura, que ella llamó pepita y que juró que era de oro—. Ayer me la regaló un cliente. Cuando reúna cien como esta podré escaparme de aquí.

Me di cuenta de que se arrepentía de habérmela enseñado, por si acaso fuera yo a robársela o, lo que era peor, a contar que había descubierto su tesoro. A punto estuve de confesarle lo de la tía Rous, lo del bobo y su pistola. Sin embargo, preferí tranquilizarla:

—Será nuestro secreto. No diré nada —y sin saberlo sellaba una amistad profunda con aquella mujer algo mayor que yo, que sería mi iniciadora en una nueva vida.

Según me dijo ella, todos Los poblados de Madre de Dios tenían en común esa construcción que tanto me había llamado la atención la noche anterior, y que de día aún descubría más extraña, con casas y locales de madera, plástico y crisnaja, tal y como llamaban allí a la paja.

No paraban de llegar motos que trasladaban a gente, generalmente mujeres, a los bares porque según me explicó no todas vivían como nosotras en el mismo lugar en el que trabajaban, sino en casas o en hostales, en ciudades cercanas. Llegaban unas y salían otras, pero como nosotras, solo a la puerta de los bares. Debían de vivir todas bajo la misma consigna del miedo a la mala gente. Como nosotras, más bien como yo misma, había muchas adolescentes vestidas como para ir al instituto, con chándales de colores, recostadas contra la pared de los bares. Algunas preferían sentarse en sillas de plástico, por supuesto azules, a la sombra de algún tejadillo.

De pronto vi llegar un carro y luego otro y otro, llenos de botellas de cervezas. Un grupo de chicas con polos, con shorts, con jeans, con camisetas ceñidas y alguna bastante ligera de ropa salían de los salones en procesión para acarrear las cajas de cerveza que los conductores acercaban a la acera.

—Los camiones que las transportan son demasiado grandes y no pueden entrar en el poblado —me explicó Margarita—. Por eso estos carros nos las traen diariamente. Aquí no se consume otra cosa.

—Ya lo he visto esta mañana —contesté riendo, metiéndome un poco en el local para evitar mancharme con el barro que disparaban las ruedas del carro que llegaba a surtir también a El Horizonte.

—¡Venga, que nos toca! —me gritó Margarita. Al momento salieron otras siete muchachitas. Vi cómo El Lolo sonreía desde una esquina, orgulloso de su ejército.

—Minero que no toma, minero que no extrae, eso es lo que creen ellos —me dijo Margarita, medio recitando, medio cantando—. Y minero que no toma no tiene sexo. Así que no les queda más remedio que tomar. Para eso estamos nosotras. Para que tomen. Y, luego, algunas, para algo más que cerveza —rio—, pero no te preocupes que todo llega a su tiempo —se disculpó, viendo mi gesto que debía de ser de miedo, pues miedo me dieron sus palabras.

—Yo no he venido aquí a eso. Yo he venido a trabajar como mesera.

—Ya te digo que todo a su tiempo —dijo, queriendo tranquilizarme.

Aquel lugar, el local, las mujeres, todo era sorpresa para mí. Me hubiera gustado compartir con Yanai esos descubrimientos que empezaban a mover mis antenas del terror, como solíamos decir cuando alguna noche salíamos las dos juntas a pasear por los alrededores del restaurante de Cusco, noches en las que solo se escuchaba nuestras risas y sacábamos las antenas del terror para ser capaces de escuchar otras, ecos de peligro.

—Pronto habrá aquí otro bebito jugando con los hijos de El Lolo —dijo otra de mis compañeras queriendo conversar conmigo. Me señaló con su diminuta mano de campesina, de cholita, hacia la esquina donde una chica amamantaba a su bebé.

—No habléis tanto, que me lo distraéis —nos regañó Rosita, la madre, como mucho de mi edad, observándome con la dulzura con la que brillan las recién paridas y, al mismo tiempo, con la desconfianza de hablar con una desconocida. Tenía el pelo brillante y recogido, una camiseta rosa con dibujos de cómic y en su regazo un niño que al oír nuestra risa se había volteado buscando el origen de tanto ruido. No sé cómo podía moverse, envuelto como una momia, con una manta verde que le protegía desde los pies hasta su pequeña cabecita, aun haciendo calor.

No hubo ya más bromas, ni más conversación, que aquella gente era más bien callada. Allí se trabajaba y se hablaba poco. Y, como supe enseguida, el silencio se hacía total cuando aparecían El Lolo o María, su bella mujer. Ella era la cocinera, muy seria y antipática, que cuando no estaba con los cacharros vigilaba el local. Y de qué manera, una mirada suya bastaba para dejarnos mudas.

—¿Y a esta no le vais a cambiar el nombre? —gritó mirándome otra de mis compañeras. La había visto antes, cuando el transportista le pellizcaba una nalga. Ligerita de ropa que iba ella—. Esta, que parece una monja, pero que engaña, ¡que ya La he visto yo que está buena! —siguió, mirándome de arriba abajo, hasta que María se La Llevó a La cocina.

Dudaba qué hacer. Si acercarme a hacer arrumacos al bebé, que estaba echando risitas y gases a su mamá; ir a jugar con los niños de El Lolo o preguntar a Margarita por su verdadero nombre. Pensé también en ir a hablar con El Lolo, que en ese momento leía un periódico sentado en una de Las mesas del rincón. Al final decidí hablar con Margarita, quien me despachó en un segundo, diciéndome que todas Las dudas que tuviera Las hablara con el jefe.

—Aquí cambiamos siempre el nombre —me explicó Luego El Lolo—. Pero porque La mayoría son quechuas que no hay quien Los entienda. Tú tienes uno bien Lindo que Le va bien a tu cara, a tus labios carnosos, a tu pelo negro y a esos ojos que tienes almendrados, con esa mirada bien rara. Me gusta Luna y, sobre todo, les gusta a mis hijos. Tú Le has gustado a mis hijos. Y nos vas a gustar siempre.

—No quisiera yo molestar —le dije recordando La desagradable mirada que me había echado Carla, aquella que me había llamado monja—. Que yo aquí he venido solo a trabajar. Y me da igual el nombre —mentí, aliviada no solo porque me Lo respetaran, sino pensando además en Lo que hubiera sido de Yanai si no llega a morir. Su nombre sí es verdad que se hubiera quedado como reliquia.

—Empezarás mañana —continuó EL Lolo—. Tengo entendido que has tenido un viaje muy duro. Te conviene descansar. Que aquí, una vez que se empieza a caminar, uno no sabe cuándo va a llegar a destino. Hoy dedícate a conocer a tus compañeras y a ver cómo se mueven. Mañana ya te daré todas las normas para que ganes plata y no pierdas ni La clientela ni el trabajo, aunque se te ve bien sería.

Así gasté el resto del día —pronto se convirtió en noche—, mirando y observando Los movimientos de quienes eran ya mis compañeras de trabajo. Jugué con Los pequeños Lolo y Marlen, y conseguí tener en mis brazos al bebé Raúl. Me acerqué de nuevo a hablar con Carla, quien a modo de disculpa me aclaró que no había que tomarse a mal el cambio de nombre, que «Madre de Dios le daba a todo el mundo una segunda oportunidad de vida».

Miré y escuché para no hablar más de la cuenta, ni hacer hablar más de la cuenta. Comí algo pero no bebí. Esperaba que mi relación con la bebida se fuera normalizando.

Pasé gran parte del día en la puerta contemplando las idas y venidas de gentes y motores, y a ratos en medio de una tormenta, pequeña tormenta, truenos, rayos y arcoíris incluidos, y lluvia, claro, que al parecer esa ciudad necesitaba renovar el barro diariamente. Mientras dejaba transcurrir mi primera jornada de trabajo sin

trabajar, viví lo que Yanai hubiera premiado como la escena ganadora del día y que inmediatamente puso en funcionamiento mis antenas del terror. Se acercaron dos chicos muy jóvenes, que de seguro venían de las minas aunque sin la rudeza que conocí más tarde en los mineros. Me solicitaron servicios sexuales que por supuesto les negué. Intentaron convencerme con la excusa de que tenían condones para regalarme a mí y al resto de mis compañeras. Al tiempo que hablábamos, mostraban los preservativos en la mano como hubiéramos jugado Yanai y yo con un paquete de chicles. Incómoda por su insistencia, decidí entrar en el local junto a un supuesto cliente que debía de ser bastante conocido en la casa, porque le hicieron pasar con mucha alegría. Fue el único hombre que, ya anocheciendo, había entrado a consumir. Carla se ofreció a atenderle, antes salió disparada hacia la puerta y le pidió un condón a uno de aquellos jóvenes que entregó después al visitante. Y vi cómo se dirigían a su cuarto Carla y su cliente, este con doble protección, la del preservativo y la del casco de la moto que no se había quitado y que supuse que no se quitaría, lo que me hizo reír sola para mis adentros.

Y lloré por primera vez en mi nueva vida.

Hacía tiempo que había descubierto que los días cargados de emociones terminan en dos tipos de noches: la del insomnio y la del sueño profundo. Mi segunda noche en el poblado me concedió un sueño profundo, como si, inconscientemente, lo estuviera acumulando para el futuro.

El despertar no resultó tan dulce como en el primer día. Las cajas de cerveza llegaron temprano y hubo que salir corriendo a descargarlas. Después desayuné en la cocina porque María y El Lolo se habían decidido por fin a darme trabajo y sus consignas.

—Ya te dije ayer —comenzó él— que hoy empezarías a trabajar. Más o menos ya sabes lo que tienes que hacer. Tu labor consiste en que beban los clientes, porque cuanto más tomen más ganarás tú. Aquí la botella cuesta diez soles. Tú te llevas dos por cada cerveza que consuma el minero. Y si además, ellos te invitan, tú aceptas y ganas más plata.

Pensé que no hacía falta que me dieran tantas explicaciones, que ya lo había yo entendido a la primera, pero no hablé una palabra porque me pareció que El Lolo no estaba para aguantar tonterías.

—Otra cosa —continuó esta vez María—, mientras yo cocino quiero que me ayudes con los niños. He visto que te gustan y ellos te han cogido cariño.

No comprendía por qué aquellos hombres pendencieros, orgullosos de extraer oro y de sacar a sus familias de la miseria, se gastaban en tomar la mitad de lo que ganaban trabajando en la mina. Conseguir que bebieran era muy fácil. En realidad, lo hacían solos. Influyó además, como me contó María, que nuestro bar tenía fama de dar buena comida, buena música y buenas chicas; no era extraño pues que El Horizonte tuviera muchos parroquianos fijos.

Yo estaba acostumbrada a vivir con un padre que bebía casi todas las noches. Así que no me resultó difícil seguirle la corriente a los mineros borrachos. El segundo día uno se encaró conmigo porque, mientras me hablaba con mucha vehemencia, en un momento dado movió tanto las manos que yo me aparté, seguramente como un acto reflejo aprendido en la infancia, donde una mano levantada era sinónimo de golpes de los que huir.

El tipo solo estaba hablando. Y se quejó a los jefes. Voceó que yo estaba loca y que no me confundiera con él, que no pegaba a nadie, «y menos a una belleza como tú, Luna», me murmuró al oído, cerrando los ojos, mientras con su índice recorría lentamente mis labios, mostrándome con una risa tan falsa como su felicidad una dentadura en la que faltaban dientes pero brillaba el oro.

Y tuve que salir corriendo a vomitar.

A él debió de llevárselo alguno de sus compañeros hacia afuera, o algunas de mis compañeras hacia dentro del local, porque cuando regresé había desaparecido.

El Lolo me fulminó con la mirada. Me ordenó que fuera a la cocina, como hacía siempre que se enfadaba con alguna de sus niñas. María me castigó a cocinar con ella, lo que me pareció mejor que andar bebiendo con aquellos cerdos. Estaba preparando la sopa de gallina, la misma que había probado el primer día y que luego comería muchas veces. María la hacía muy bien y a mí me gustaba mucho. Ella decía que era reconstituyente y desintoxicaba la sangre de los efectos del alcohol. Me enseñó a cocinarla. No sabía yo que a esa receta le sería tan fiel toda mi vida, que la escribí nada más volver a mi cuarto aquella noche, en un cuaderno que El Lolo me había dado para que apuntara las consumiciones de cerveza de cada día.

—Para cuatro personas tienes que echar un kilo de gallina en trozos en un perol con agua fría. Déjala hervir durante cuarenta y cinco minutos aproximadamente, a fuego medio y con la olla tapada, retirando la espuma que se vaya formando. Después le pones unas ramas de apio, un trozo pequeño de kion, un cubito de caldo de gallina y cuatro papas enteras sin piel.

—¿Qué es el kion? —la interrumpí.

—Una raíz muy usada en nuestros guisos —me explicó ella. Luego descubriría yo que era lo más parecido al jengibre.

—Dejas cocinar todo, entre cinco y diez minutos y siempre con la olla tapada. Después le añades ciento veinticinco gramos de fideos largos y dejas la olla destapada durante otros diez minutos. Sirves la sopa con los trozos de gallina, un huevo cocido picado y una papa por persona. Si quieres, le picas un poco de cebollita china.

María llegó a confiarme la cocina mientras ella atendía a sus hijos. Después me dejó ir a dormir y pensé, equivocada, como me he equivocado tantas veces juzgando a la gente, que había caído en el gran lugar del mundo, en aquel en el que incluso iba a aprender a cocinar. Así fue durante una semana entera. Compartí horas con María en la cocina, donde incluso me hizo algunas confidencias sobre la ferocidad sexual de su marido, que decía ella le daba grandes fiestas. Hasta que llegó la mañana de la ropa nueva. Hasta que llegó el jefe con un paquete y contento como un niño chico, porque tenía una sorpresa para mí. Solo escuchar la palabra «ropa» me hizo sentir la reina. Lo que me enseñó me gustó mucho, aunque me produjo una sensación incómoda y difícil de explicar. Él fue sacando las prendas con parsimonia, con la misma lentitud con la que después descubrí que hubiera deseado verme desnudándome.

—Aquí tienes una falda, una minifalda negra —dijo, y antes de dármele me la acercó a la cintura para comprobar que el largo, más bien el corto, era de su agrado—. Unos panties y estas lindas botas.

—Pero aquí hace mucho calor para usar eso —protesté. Las botas blancas me llegaban hasta la rodilla, eran preciosas pero solo de pensar que tenía que llevarlas me entraron sudores.

—Si yo te digo que te pongas botas, te pondrás botas. Y toma esta blusa —vi que era de una talla más pequeña que la mía, me dejaba el ombligo al aire—. Esta noche te vistes con esto. Y además de beber con los clientes, ya sabes, te dejas manosear. Hoy en tu cuaderno apunta fichar. Así lo llamamos nosotros.

Antes de que empezara la aparición de los borrachos, que casi todos los mineros llegaban ya ebrios al local, El Lolo se pasó por mi cuarto para estar seguro de que me había vestido con la ropa que yo pensé que me había regalado y que después me cobró con intereses.

—Estás muy linda —me dijo descaradamente cariñoso, observándome de arriba abajo—. Apóyate en la pared y levántate la falda —me ordenó, como



si quedara mucha pierna que enseñar—. Más, que vea yo las bragas que llevas —y se me anegaron los ojos de presente y de pasado—. Y ahora levántate la blusa para verte el busto —cerré los ojos por miedo y vergüenza. En ese momento noté el fogonazo del flash de una cámara con la que el muy cerdo dejaba constancia de su victoria.

Fue entonces cuando me jaló del brazo y me sacó al salón. Fue entonces cuando recibí las miradas envidiosas de mis nuevas amigas. Fue entonces cuando se me acercó Carla para decirme que ella tenía ropa muy parecida de su primera vez y que me preparase porque ahora empezaba lo bueno. Fue entonces cuando el hombre de la dentadura asquerosa volvió a rodearme los labios no solo con su dedo índice, sino con la manaza que olía ya a cerveza. Y fue entonces cuando rio y volvió a reír sin que yo pudiera vomitar, lo cual no significaba que hubiera perdido el asco, y subió de tono al tiempo que subía las manos por mis piernas y tres cervezas después las dejaba resbalar hacia mi pecho en el que se regodeó, cantando alabanzas.

—Aún no —le cortó El Lolo en seco. Tomó a Margarita de la mano y se la entregó al minero. A pesar de su experiencia, también ella exhibía el susto en los ojos.

—Está bien, está bien, pata, amigo —dijo el borracho en tono conciliador.

—Pe, vete con ella —le pidió El Lolo. Luego supe que aquel «pe» quería decir por favor. Hablaban entre ellos como si fueran niños de colegio—. Esta es de la selva, una charapa fogosa que recordarás el resto de tu vida. Pruebe, pata. Me lo agradecerá eternamente.

Y así pasaron varias noches, diría yo que cuatro o cinco, hasta que me tocó vivir la negra madrugada. Sudaba mucho. Lo recuerdo ahora y vuelvo a sudar. Hacía calor, o al menos yo lo sentía. Me trajeron un espejo al cuarto que pusieron frente a la cama. Por eso, porque había espejo, puedo recordar mejor cada uno de mis gestos, cada una de mis lágrimas. Era un reflejo inevitable el de buscarme en los espejos cuando tenía uno enfrente. Era y es una costumbre que, a pesar del horror de aquella noche, he mantenido siempre.

Sudaba, temblaba entera, hasta la cara y los dientes se me movían del tembleque.

—Estate quieta —me dijo el jefe. Andaba sudoroso él también, con una camiseta azul de tirantes, como si acabara de levantarse de la cama—. Para, te he dicho, con la tembladera de dientes, que me da miedo. Para o tendré que darte yo un bocado en el culo si no callas.

Fui pasando del miedo al horror. Todavía no podía imaginar lo que me sucedería.

Lloraba, sí, frente al espejo. Mi cara empezó a teñirse de negro por la pintura de ojos de la noche anterior, que después de tanta cerveza como había bebido, ni me acordé de lavarme la cara. Los ojos me ardían. No había escapatoria. Me fui quitando las botas, la falda y la blusa corta que había vuelto a usar aquella noche. La chica que me miraba desde el otro lado del espejo no era yo.

—Vaya, tienes suaves y más que lindos los muslos —dijo, y se relamía de gusto sobándome—. Hum... Qué rica. Te están sentando bien las sopas que prepara María, aunque yo creo que tú comes golosinas a escondidas. No recuerdo que estuvieras tan rebuena cuando llegaste hace quince días. ¿A que no te acordabas? Si es que así sois las putitas, os falla la memoria. Vas a tener que adelgazar un poco. ¡Jua! Ya te adelgazaré el trabajo. Lo que yo te diga.

De pronto, abandonó su falsa dulzura y como una bestia me viró hacia él. Me sentó en sus rodillas con tal fuerza que me hizo daño en la entrepierna.

—Enséñame esas tetas. Quiero verte las tetas —dijo casi gritando, queriendo librarme del sostén con más fuerza que ingenio—. Me gustan. Ricas —repetía el muy cerdo. Comenzó a mordirme—. A ver cómo chirrías ahora los dientes, puta. Sé que te gusta. No llores, que te gusta, ¿verdad? Sí, te gusta, te gusta.

«Te gusta, te gusta», la frase se repetía como en un eco. Todavía oigo su voz animal y mi llanto desgarrado. Y aún retumba en mi cabeza aquel estruendo mezclado con mi llanto, cada vez más fuerte y con sus gritos horribles más de alimaña que de ser humano. «Te gusta», y él gritaba y mordía con más fuerza mis pezones. Yo intentaba escapar de sus brazos, alejar mis tetas de sus dientes, pero más me acercaba a él, como a oleadas, a golpes y más fuerte me mordía.

Pensé que iba a desmayarme de dolor, cuando me separó de un empujón, hasta tirarme contra el jergón cubierto por las mismas sábanas de flores que me había encontrado a mi llegada. Intuí que estaba bajándose el pantalón y, en efecto, intuí bien, porque unos segundos después, con la misma bestialidad de los mordiscos en el pecho, me abrió las piernas y me penetró con un miembro más bien pequeño y no completamente empalmado.

—Pero ¡qué guarra! Si la chica no es virgen. Esto va a gustarte más de lo que yo pensaba...

A pesar de mi ceguera vi su gran anillo de plata de tres filas en su dedo anular, sus pulseras de bolas rojas y azules en la mano derecha, que hasta entonces no había

visto, o no me había fijado. Estaba tan débil que apenas podía gritar. La bestia me embistió primero de frente y después de espaldas, produciéndome un dolor indescriptible que ya no sé si era del cuerpo o del alma. Intentaba zafarme y él me agarraba de donde podía, jalándome de los pelos, se hundía en mí a empujones, como un loco. Sus manos manoseaban mi cara llena de lágrimas, me hundía los dedos en las mejillas, de ahí las dirigía a hurgar en la vagina. Mientras, yo sollozaba como un niño y le quitaba las manos, o lo intentaba.

—¡Déjame, te lo suplico! ¡Para, por favor! ¡Para! —le imploraba yo, mientras él golpeaba mi cabeza contra el jergón, que sonaba como si fuera madera. Me tapaba la boca con las manos para que no se me oyera gritar.

Y de pronto un nuevo empujón. Mi cabeza rebotó contra la pared al tiempo que él se corría feroz y con unos gritos de animal. El golpe dolió. De tan violento que desaparecieron los recuerdos.

Cuando desperté, sangraba por la cabeza, por los pezones y por todos los arañazos que me había hecho el cerdo de El Lolo.

El calor era el de una sauna gigante. Los ruidos de aquel amanecer, de película.

Si algo echaba de menos era que me quisieran. Que me quisieran, no. Echaba de menos que me amaran. Echaba de menos que alguien perdiera alguna vez la cabeza por mí, que alguien lo diera todo por mi amor. No por mi sexo. No por mi cuerpo, que era al mismo tiempo mi tesoro y mi estigma. Era halagador el continuo deseo de Louis por la materia de la que estaban hechos mis huesos, mis músculos; por mi trasero, que tan loco decía que le volvía. «Culo latino», insistía para sacarme de quicio. No era menor su pasión por mis piernas que adoraba mirar de arriba abajo. Claro que me encantaba que lo hiciera y que me pidiera que usara medias, y no panties, porque ya sabía que así tenía la tentación más cerca y más a su alcance. Pero yo buscaba algo más.

Si algo envidiaba era el amor.

Si de algo no me fiaba era del amor.

Y así me iba. Con amores infectados de toxinas.

Me hubiera humillado rogando a Louis que me amara si hubiera tenido la certeza de que rebajándome se obraría el milagro. Al mismo tiempo, me perturbaba que alguien fuera capaz de amarme por el temor a que me hiriera después. Estas conversaciones las mantenía conmigo misma desde hacía un tiempo. Poco. Pensaba que la consciencia de que no me amaban era relativamente temprana. Hasta entonces, la manera de entender el amor se basaba en el modo en el que siempre me habían querido. Y, eso sí, una vez descubierta mi frustración, no sé si debido a las periódicas visitas a Laura o al conocimiento de parejas en las que sentía que el uno moriría sin el otro, la realidad es que andaba yo reclamando el buen amor a todos mis vientos.

—No te engañes creyendo que todo es maravilloso —se reía Alicia cada vez que le asaltaba con uno de estos argumentos—. Yo llevo ya quince años con mi novio. Y no todos los días son de fiesta.

—¿Pero, no estáis casados?

- Claro que sí, mujer, no seas tan literal. Le llamo novio precisamente para que tenga más morbo, como si eso me obligara a cuidar más si cabe la relación.
- Jaime te adora. Sus ojos no engañan. Lo delata también su manera de agarrarte. Y no sabe moverse sin ti.
- Es cierto que me adora. Pero también lo es que nos damos mucho aire. Esa es la clave de que nos mantengamos juntos después de diez años. Si te das aire, si respetas los espacios propios sin despreciar los comunes, entonces la relación tiene más posibilidades de funcionar. Pero, vamos, que no te creas que hay amor, lo que se dice amor, después de tanto tiempo. Hay cariño.
- No me quites la ilusión. Yo veo amor. Y tú me contaste que Jaime dejó todo, absolutamente todo, por ti.
- Sí. Se separó de su mujer y dejó a sus hijos en Estados Unidos. Los ve como mucho una vez al año, con mucho sacrificio, la verdad. Él dio el salto mortal. Pero lo ha hecho una vez en la vida, no va a estar haciendo gimnasia todo el tiempo.
- Pero ¿ves a lo que me refiero? Tú lo has vivido al menos una vez, has experimentado lo que significa tener a alguien a tus pies, que alguien enloquezca por ti. Debe de ser muy agradable. ¡Yo quiero, yo quiero! — empecé a gritar y a saltar como una niña a lo largo y ancho del salón de su casa, en una de sus noches «de aire», en las que Jaime salía hasta las mil y monas sin que Alicia se inmutara.

Louis continuaba de viaje y sin manifestarse. Solo a su manera daba señales de vida. Mensajes, nunca dirigidos a mí, pero que me llegaban por medio de otros. Lo mismo que había hecho la noche del programa especial. Así de sádico podía llegar a ser conmigo.

- Si es sádico, lo será con todo el mundo. No te engañes —me dijo Laura en la consulta—. Pero olvídate del mundo, concéntrate única y exclusivamente en lo que te afecta a ti e intenta que te afecte lo mínimo imprescindible.
- No puedo. Hace ya años lo discutía con una amiga que se empeñaba en convencerme de que si algo me molestaba de alguien, simplemente lo evitara, que no me empecinara en cambiar las cosas imposibles de cambiar. Me ponía siempre el mismo ejemplo: «Si pasas todos los días por un lugar en el que hay una silla, rodéala y no te empeñes en retirarla cada vez, porque puedes acabar haciéndote daño».
- Cualquier táctica es válida, la clave está en acertar con la que realmente se adapta y enriquece a cada uno.

- Ya, pero emperrarse en no ver la silla es un error. Si yo constato que Louis no me llama desde hace diez días, ¿qué hago? ¿Lo ignoro? Eso es imposible. Entonces haría lo mismo que él, que se mete en la cama y el día que a mí me da por llorar, por lo que sea, el tío ni me mira; se da media vuelta y ronca. Y yo en esos momentos le metería la lámpara por la cabeza.
- No, todo menos eso. Puedes probar a hacer como que no le ves tú tampoco, como que no le das importancia a que duerma, o puedes optar por hablarle desde el corazón, no con reproches, sino explicándole lo mal que te sientes cuando se comporta de esa manera. Pero sin juzgarle, porque me da la impresión de que el tal Louis es incapaz de administrar los juicios en general y menos aún los tuyos.
- No sabes lo duro que es sentirse sola cuando a los ojos del universo estás acompañada, o algo acompañada...
- Bueno, tampoco puede decirse que tú estés muy acompañada. Nadie se siente así si su compañero es un narciso.

Yo no entendía muy bien a qué se refería Laura cuando me hablaba de narcisos. Para mí no eran más que una flor que solo conocía por ser la favorita de mi gran amiga Alicia, que la usaba en todas sus acciones de interiorismo. Suponía que se trataba de algo psicológico pero no me atrevía a preguntarlo para no parecer una ignorante. Además tenía prisa, pues había quedado con la señora interiorista, y tal vez su hermano, para hablar «de mis víctimas». Ahora ellos empezaban a hacer suyas mis cuitas por las mujeres y las niñas víctimas de trata y estaban decididos a ayudar a «mis chicas», decían.

- Alicia, ¿qué es un narciso? —le espeté a bocajarro nada más sentarme en una minimesa de una microtaberna que había elegido su hermano, con un ruido infernal y, al parecer, una «comida de fusión japo-francesa monumental», según me había avisado mi amiga en su mensaje de confirmación de la reserva.
- ¡Tú estás fatal! —me contestó tocándose la cabeza y con un guiño cariñoso.
- Fatal, pero muy guapa —terció quien imaginé que era su hermano.
- Fatal, te lo digo yo —siguió Alicia—. Bueno, este es Pablo, mi hermano, el cámara del que tanto te he hablado y al que tanto quiero.
- ¿¡Cámara?! Director de fotografía, querida —protestó, y se volvió hacia mí—. ¡Invita a hermanas para esto!
- Yo soy Julia —me autopresenté, dándole un beso.
- A un narciso se le dan dos besos —me dijo riendo, manteniendo la cara inmóvil a la espera del segundo.

- Esta es la Julia nerviosa —destapó Alicia— porque la Julia nerviosa, para que lo sepas, actúa incorporando pequeños gestos ancestrales. En Latinoamérica dan un solo beso.
- Muy graciosa. Ya le di el segundo, ahórrate el rollo.
- Y no te extrañe que te empiece a hablar de usted. Así es y así la queremos —me cortó Alicia, a quien noté francamente divertida y desinhibida junto a su hermano.
- Narciso —retomó él la conversación donde la había encontrado— no soy yo. Por supuesto, es una flor, pero también es la persona que se adora y que tiene un punto patológico que le hace quererse tanto que es incapaz de saber amar a los demás.
- ¡O sea, Louis! —casi gritó Alicia—, ya tienes una explicación a su forma de ser.
- Chico..., si pareces psicólogo —le dije riendo al tiempo que se me nublaban los ojos, a punto de anegarse, recordando lo que me había dicho Laura sobre mi amor.

Disimulé como pude, no iba a permitirme llorar delante de un desconocido ni quería explicar el porqué de mi pregunta. Me decidí por escribir un wasap a su hermana, aunque la tuviera enfrente, porque sabía que lo leería al instante y que no insistiría en el tema: «Ya te contaré por qué lo he preguntado. Solo puedo decirte que tiene que ver con mi última sesión con Laura».

Hacía días que no lo pasaba tan bien. Los seres humanos nos acostumbramos a todo, y yo ya estaba acostumbrada a vivir como en una montaña rusa. Alicia no paró de hablar. Ella y su hermano salpicaban la conversación de bromas familiares que me hacían sentir perdida, pero irradiaban tanto amor sus gestos, sus miradas, sus palabras, que se impregnaba de color aquella taberna, tan alejada del glamour en el que Louis me había iniciado. Eso sí, la familia Arroyo no engañaba porque efectivamente allí se comía de fábula. En un momento en el que Pablo salió a fumar, Alicia me habló de su hermano.

- No pensarías que iba a ser perfecto —se excusó con un guiño de ojo que era su muleta gestual. Alicia aprovechó para contarme que estaba divorciado, que había tenido un matrimonio de un año y medio con una loca que ahora vivía en la India porque le había dado por la espiritualidad, imposible de encontrar en Occidente, una niña bien mantenida por las rentas—. Por lo menos a mi hermano no le ha sacado ni un euro —remató mi amiga.
- Julia —me dijo muy serio cuando volvió a la mesa—, hacía mucho tiempo

- que no veía no ya unos ojos sino una mirada y una sonrisa tan bonitas. No me extraña que te tengan tan mimada en la cadena. Y te lo digo delante de mi hermana para que no pienses que es ligoteo.
- A ver, a ver, no me diga usted eso...
- Te lo advertí —me cortó Alicia chocando su mano derecha contra la izquierda de su hermano, que reía el gesto.
- Pues no me digas eso. No creas que en la cadena me tienen mimada; lo justo, no más —y otra vez chocaron los cinco—. Nada más —repetí, riendo yo también—. Me pagan normal. Me tratan normal. Y al parecer el programa les da audiencia. Pero no soy yo, es todo un equipo. Y tenemos un director que es el responsable de la mayoría de los contenidos.
- No te quites mérito —intervino Alicia—, que cada vez que sales haces polvo a tus rivales.
- Me contó Ali —dijo en tono más serio Pablo— que fue un éxito el programa especial sobre violencia.
- No era sobre violencia. O no del todo. Solo que coincidía con el día de la Violencia de Género. Hablamos fundamentalmente de las mujeres y niñas víctimas de la trata con fines de explotación sexual.
- Sí, la trata de...
- No digas blancas, por favor —le interrumpí.
- Pues sí. Era justo lo que iba a decir. Es como se le ha llamado siempre.
- Solo te daré un dato: en Madrid, entre las mujeres que ejercen la prostitución O-BLI-GA-DAS —remarqué bien las sílabas para dejarle muy claro el concepto—, hay un número muy importante de nigerianas, es decir, mujeres provenientes de un país donde los blancos no son precisamente mayoría.

Pablo me miraba como si fuéramos los únicos seres sobre la Tierra o, al menos, en la taberna. Me observaba, me atendía, era de esas personas que cuando les hablas te miran como si nunca hubieran oído algo o a alguien más interesante. Su hermana se veía feliz contemplando la escena, como si estuviera en el cine.

Reímos. Comimos. Bebimos. Mucho.

Y hablamos. Y planeamos.

Yo le escuchaba y pensaba en Louis, en la escasa atención que prestaba a nuestras conversaciones, cada vez menos frecuentes, por cierto. Alicia nos sacó del paraíso como interrumpiendo un trance hipnótico. Con una palmada y un nuevo gesto importado de su afición al baloncesto, hizo la «T» con las manos y



pidió tiempo.

—Chicos, yo debería irme, que tengo un cliente, bueno, un posible cliente, gordísimo, que si me sale me saca de pobre. Pero ustedes —dijo mirándome y riéndose de la imitación— pueden quedarse si lo desean, ya veo que tenéis conversación para rato.

—No, no —me apresuré—, a mí me están esperando en casa y tengo que salir corriendo —mentí deliberadamente, mientras notaba que el calor me llegaba a las mejillas, temblándome las manos como en mis buenos tiempos y leyendo en los ojos de Pablo algo así como «qué fallo».

En la despedida hubo muchos propósitos de «volver a vernos» —Pablo dixit— y un abrazo furtivo de mi amiga, a los que poco a poco me iba acostumbrando y que, envuelta como iba en un abrigo que parecía una nueva especie de oso polar, a punto estuvo de tirarme al suelo entre promesas de amor eterno.

No había coche de producción esperándome. Lo que había era un frío intenso de comienzos de diciembre y algún escaparate mal decorado. Menuda porquería, me decía recordando los más maravillosos jamás imaginados que había visto el año anterior en mi primer viaje a Nueva York, invitada por Louis. Cuando me trasladaba mentalmente a la Quinta Avenida, y al frontal de los grandes almacenes Saks Fifth Avenue, aún resonaba en mi cabeza el tintineo del jingle bells repartiendo felicidad entre los atónitos visitantes de la calle y de las tiendas, que observaban cómo caía la nieve sobre los árboles y aparecían regalos en una pantalla iluminada que cambiaba de color y de atmósfera intermitentemente, como si fuera el escenario de una gran obra de teatro a la que todos estábamos invitados.

En esos pensamientos me hallaba, deplorando la arquitectura navideña de una ciudad empobrecida como Madrid, comparándola con la que yo consideraba la capital del mundo, cuando me di cuenta de que estaba corriendo. Corría por la calle. Y no huía. Solo corría, eufórica. Y al llegar a mi edificio no esperé la llegada del ascensor. Subí andando. Qué digo andando, subí los escalones de dos en dos y a saltos, galopando.

Hacía muchos días que ni música escuchaba, a pesar de que ese era uno de mis alicientes para poner a prueba mi voz. Porque yo la música no solo la oía sino que la repetía. Si pensaba en mi voz no me imaginaba hablando ante las cámaras, sino cantando, que era lo que hacía en el momento en que mi iPhone entraba en modo Spotify.

Sonaba Magic, de Coldplay. Y escuché un cling-cling que no era mágico, ni

tampoco un villancico, sino la entrada de un mensaje.

Nunca llevaba el móvil con el sonido activado salvo que estuviera, como había estado, en un lugar como aquella ruidosa taberna, en la que el eco de la vibración se habría perdido entre un universo de voces y ruidos. «Ya estoy aquíí», decía Louis en su mensaje. Noté cómo me saltaba de nuevo el corazón después de haberse, por fin, calmado tras la escalada. Y percibí un tinte nostálgico en la breve estancia en que me refugiaba porque no era ese el mensaje que estaba esperando, aunque tampoco me atrevía a poner nombre al deseado.

—¡Bienvenido!

—¿Te veo?

—Hoy no. Lo siento. Tengo planes.

—Cámbialos. Me muero por olerte.

—Y yo. Yo también. Pero no puedo anular una cita una hora antes. Entenderás que no sería serio.

—Tú verás. Quiero algo más que olerte.

—Sorry, te dejo. Tengo prisa.

Salí del chat. Y me arrepentí nada más hacerlo.

Volví a recuperarlo. Pero Louis ya no estaba en línea.

Y lo hice, vaya si lo hice, aunque me di de tortas nada más hacerlo: agarré el teléfono y llamé. «Apagado o fuera de cobertura», escuché. Vendetta. Este era mi Louis. En efecto, había vuelto.

Era cierto, tenía una cita, mi cita mensual con las mediadoras de la Asociación Contra el Maltrato de Mujeres y Niñas. De camino a su local, no muy lejano de mi domicilio, volví a llamarle. No lo cogió. Me envió un mensaje: «Reunido. Llamo cuando pueda». Ese era mi Louis en su esencia cruel pero necesitado de cuidados. Podría haber explicado a cualquiera el mecanismo que había activado. Yo sabía que esa tarde mi querido novio se comportaría como gran jefe, es decir, no daría señales de vida; pues el jefe tiene reuniones, citas y cenas, y a la empleada ya la llama cuando a él le conviene. Esa madrugada en cambio, y en función de las copas posteriores a la cena, el jefe se convertiría en amante y o bien llamaría por teléfono o bien se presentaría sin previo aviso en mi apartamento. Solo tenía que esperar unas horas para comprobar el desenlace.

¿Mi suerte? Una tarde en ACTMYN era como una tarde de deporte: te concentrabas tanto que te olvidabas del resto. Era una visita casi terapéutica. Era

una experiencia tan excitante que siempre deseaba estar de vuelta. Y aunque constantemente me reclamaban más tiempo, mi voluntariado daba para lo que daba, que era una vez al mes, y a veces hasta eso me suponía un exceso de esfuerzo. Lo paradójico era que una vez que entraba y me encontraba con las sonrisas y miradas ansiosas de aquellas mujeres y chiquillas, me sentía tan a gusto que el mundo se me hundía cuando llegaba la hora de la despedida.

Fue como si haber hablado con Alicia y Pablo de nigerianas hubiera sido una premonición mágica. Nada más llegar a ACTMYN me enteré de que hacía unos días había llegado una niña de esa nacionalidad a sus dependencias. Allí estaba recibiendo clases, impartidas por un grupo de jóvenes universitarios que debían de andar enamorados o enamorándose de la belleza de aquella chiquilla guapa de piel brillante.

—¿Clases de español? —pregunté a las mediadoras.

—No. De leer y escribir. Tiene quince años y aunque te parezca mentira no sabe —contestó una de ellas traduciendo mi incredulidad en la mirada.

«¡Dios!», pensé y tal vez exclamé en voz alta. Lo de menos era que fuera analfabeta en esta época. Lo de más, me contaron, era el vudú. Precisamente eso, el vudú, lo que los nigerianos llaman juju, se estaba convirtiendo en el mayor problema entre las mujeres subsaharianas obligadas a prostituirse; un problemón, teniendo en cuenta que cada vez eran más las que llegaban a Europa. Me explicaron cómo el vudú les impedía huir porque, de hacerlo, ellas o sus familiares podían morir; cómo el vudú les obligaba a seguir bajo la órbita de sus traficantes, a veces con bebés bajo su custodia, y a pagar deudas de hasta sesenta mil euros.

Recordaba las noticias de aquella misma mañana: una nueva patera interceptada y, en ella, muchas mujeres. Y me preguntaba por qué no era ese un tema para la discusión en las tertulias, por ejemplo, o de reportajes; cada vez más mujeres en las pateras debía de querer decir algo, debía de contener algún mensaje aquella botella. Y la realidad era que sí, que cada vez había más, engañadas, haciendo un viaje de una duración de entre uno y dos años utilizando distintos medios de transporte, caminando kilómetros y kilómetros, buscando lo que busca cualquier inmigrante, mejorar su existencia, escapar de la miseria, dignificar su vida. Y sin embargo, envilecidas por sus traficantes, eran codificadas como si fueran droga, como si fueran armas, pues así las trataban. Me imaginaba las pateras y ahí estaban las nuevas esclavas, en tránsito hacia su nueva mala vida. Sin salida. Salvo que alguien las convirtiera en esclavas libertas, como si los siglos hubieran quedado detenidos para algunos seres desfavorecidos.

Liz —no llegué a saber nunca si era su nombre original, si era el que le habían dado sus tratantes o el que le daban en la ONG— había sido vendida por un familiar, que era la fórmula más acostumbrada. La habían rescatado después de una redada, pero las mediadoras de ACTMYN llevaban mucho tiempo detrás de ella, con la sospecha de que su ejercicio de la prostitución era obligado.

—La habíamos visto un día llorando en uno de los clubes a los que fuimos a dar información sanitaria. Notamos que se hacía la remolona a la hora de salir de la sala y nos miraba con ojos que gritaban «sálvame». Volvimos un par de veces, hasta que la tercera, en un rincón, aprovechando un descuido de quienes la esclavizaban, nos contó en parte su tragedia. Estas mujeres son desconfiadas hasta de nosotras, que hemos pasado por situaciones muy parecidas a las suyas —me contó Beatriz, una de las mediadoras, una rumana que llevaba ya por lo menos quince años en España.

—¿Y no lo denunciasteis?

—Lo hicimos. Mejor dicho, informamos a la policía pero ellos esperaron como hacen siempre, o casi siempre, hasta tener todos los datos para emprender una buena redada y coger a todos los «malos». Es lo que hicieron. Gracias a nuestro trabajo y a sus investigaciones pudieron entrar en el club y detener a los dueños y proxenetas por un delito de trata de mujeres y de menores con fines de explotación sexual.

Esa noche me escabullí de mi propia casa. Al menos por un tiempo no iba a ser presa fácil para Louis. Dormí con Alicia que estaba sola y deseosa de saber mis impresiones sobre la pobre niña nigeriana y sobre su hermano, que al parecer había quedado un poco alterado con nuestra comida.

—He pedido permiso en ACTMYN para que me acompañes el próximo día. No te presentarán a ninguna de las chicas, ni siquiera a mí me han dejado hablar con Liz —le dije explicándole la vida de la muchacha nigeriana que tanto me había impresionado—. Pero te contarán su modo de trabajar y estoy segura de que antes o después, si no presionamos, podremos incluso filmar algunas escenas y entrevistas. Invitaremos a Pablo pero necesitamos tiempo y delicadeza.

—Vaya, las tienen entre algodones.

—No seas bruta. Imagínate por un momento que te vende un familiar, tu padre, tu madre, tu hermano, un tío..., tu gente cercana, esa de la que creías que podías fiarte siempre y por siempre. Imagínate que estás andando un año para llegar a Marruecos. Imagina que en el camino puedes haber sido violada una, veinte, cien veces... Imagina que en una de esas

violaciones te embarazan. Y que llegas a la frontera y aparecen unos tipos y dicen «esta es mía y el niño también». Y que te tienen varios meses esperando hasta subirte en una patera, en la que ves morir gente. Y que llegas por fin a tierra y te meten en un club, te dan un vestido de encaje, unos tacones, te cogen al niño para que no moleste, que ellos te lo crían, y hala, tú, a follar.

Alicia odiaba llorar pero tenía lágrimas asomando a los ojos. Y yo también, pero lo mío era un estado habitual últimamente.

—¿No exageras? —dijo algo recuperada.

—¡Para nada! —grité, sorprendiéndome de mi propia vehemencia—. Más o menos eso lo ha vivido Liz, sin embarazo. Ella tuvo la ventaja —ironicé— de que ya la había violado su padre sistemáticamente. Eso que llevaba aprendido.

—Iré contigo, pero no sé yo si estoy para tanto drama. Como dice un amigo mío italiano, cambiemos de parole y hablemos de amore. ¿Qué sabemos de Louis?

—Que ha vuelto.

—¿Y qué haces aquí?

—Desaparecer. Por si acaso.

Y le conté a Alicia los mensajes de él, mis llamadas y mis sospechas de que pudiera colarse en mi casa, en mi dormitorio.

—Es más, voy a dormir aquí.

—Déjame abrazarte —dijo echándose sobre mí sin soltarme.

Mientras preparaba una ensalada en la cocina, abrió un vino extremeño que le apasionaba y me habló de Pablo y su divorcio. De cómo no había dejado de pensar en volver con su mujer, que seis años después de separarse seguía enganchado. Y decía ella que hoy había notado algo en sus ojos, un brillo de haber sido «tocado» por mi presencia.

—Más bien sería por la conversación tan dura.

—Tú no conoces a mi hermano. Ha sido corresponsal de guerra. Cubrió el 11-M. Ha visto gente amputada, mejor dicho, ha filmado a gente muerta, mujeres degolladas. En casa decimos que ya es un cámara de escayola porque se inmuta por pocas cosas. Pero tú le has gustado, me juego mi lindo cuello —dijo estirándolo desde la barbilla.

- ¿Te ha dicho algo?
- No, nada. Te recuerdo que hemos salido corriendo y que tú, que eras la única que tenías la oportunidad de haberte quedado para comprobarlo por ti misma, has huido.
- Ya veremos... Es muy majo.
- Hija..., algo más expresivo, por Dios, que llevas ya mucho tiempo como si te hubieran chupado la energía.
- Es simpático —seguí—. Y no es feo.
- ¿Feo? Si Pablo siempre ha sido el cañón de los hermanos. Le falla el pelo.
- ¿Querrás decir la ausencia de pelo? —dije riéndome de mi propia gracia.
- No creas, hay fans de los calvos. Y luego, no me digas que los ojos que tiene son feos.
- Realmente, no. Siempre me gustaron los azulados, puede que por contraste con los míos. Pablo tiene algo raro porque los ojos azules suelen emanar tristeza y los suyos son alegres y pícaros. Y algo más extraño aún: sus rasgos tan fuertes en una mirada y en una piel tan dulce. Y la altura ideal, suficientemente alto como para protegerte pero no tanto como para anularte. Y me ha encantado su modo de vestir, esa mezcla de moderno-pijo-hippy de vaquero perfecto y limpio, con camisa de lunares, cárdigan verde musgo y zapatillas Nike del mismo color..., ¿te puedes creer que Louis se las compró exactamente igual hace un mes?
- Vaya, vaya, así que no te has fijado nada.
- ¡No se te ocurra decírselo!
- Faltaría más, que ya sois mayorcitos. Y además, no voy a meterme entre Louis y tú, que ese es capaz de mandarme un tío a romperme las piernas.
- ¡Vaya opinión que tienes de mi novio!
- Ni más ni menos que la que tú me has contado. Yo a Louis lo conozco por tus historias, por nada más.

Esa frase de Alicia me tuvo obsesionada. Si yo vendía esa imagen de Louis, estaba malogrando su reputación. Tal vez no fuera justo. Quizás era yo la culpable; desde luego lo era de ponerle verde porque el resultado es que se le hiciera una fama de hombre frío, duro, antipático, interesado..., y, eso sí, muy guapo. La suma total era una mezcla de inquina y manía hacia él por parte de mis seres más queridos.

No hubo llamadas. Deliberadamente dejé el móvil descargado y sin batería para evitar tentaciones. No tenía ni idea de la ceremonia de confusión que se había liado frente a mis aposentos. Pero supe que algo había ido muy mal aquella noche cuando la mañana siguiente me enfrenté a la mala cara de Louis al entrar en su

despacho.

—¿A ti qué te pasa? ¿De pronto te has hecho de la liga antimóviles o qué? — me asaltó malhumorado y casi sin voz, lo que en una situación de enfado con él era un alivio.

—Ya te dije que tenía cosas que hacer.

—No te hagas la tonta, Julia, que he estado llamándote toda la noche.

—Ya me parecía a mí que tenías mala cara. ¿No has dormido?

—Fui a tu casa después de cenar. Pero no tenía llaves. Por poco tiro la puerta. Estaba convencido de que estabas dentro y te negabas a abrirme, así que decidí esperar en el coche que te dignaras a abrir, a llamarme, a algo, y debí de quedarme dormido.

—O sea que no has estado llamando toda la noche.

—No me busques las cosquillas, Julia. Estuve llamando hasta muy tarde en la noche. Y luego estoy segurísimo de que alguna de las veces que me he despertado te he llamado. Esta mañana he vuelto a la carga. Ha aparecido el portero que me ha dejado acompañarle con su llave para descubrir que ni estabas ni te habías muerto.

—Lo siento —casi murmuré, acercándome a acariciarle, porque en mi fuero interno se libraba una batalla entre mi pena por su perra noche y el regocijo que me producía pensar que ese descalabro fuera un reflejo de su amor por mí, aunque supiera que lo llamaba amor cuando debía llamarlo sexo.

—¿Dónde has dormido? —me preguntó.

—Estuve en casa de Alicia, hablando de niñas y mujeres víctimas de trata y de nigerianas a las que violan.

—Apasionante. Cada loco con su tema, Julia, que eres muy pesada, querida. ¿Te dejarás traficar un poco esta noche?

—¡Prueba! —le dije imitando un paso de baile mientras salía del despacho, decidida a prepararle el «mejor bocado» que podía imaginarse.

Apenas comí, de la excitación que llevaba en las venas. Y al tiempo que me arreglaba para mi invitado, me pregunté por qué no gustándome esos juegucitos de palabras, esas bromitas de Louis, caía una y otra vez. Inexorablemente. Mira que consentir que me propusiera traficarme.

Tuve tiempo de recoger la casa, de poner mesa con velas e incluso de preparar un ceviche, que era la receta con la que siempre atrapaba a Louis, porque era tomarla y caer en mis redes. Lo acompañaría de un ibérico, con el mejor champán que encontré entre las muchísimas botellas que guardaba, regalo de mis últimos

años en televisión. Louis siempre me rogaba el secreto de mi ceviche y nunca había conseguido sacarme que consistía en poner langostinos, además de corvina, unas gotas del mejor aceite y ají. Tampoco esa noche, cuando empezó a sobornarme con posibles viajes, con posibles fiestas, con posibles invitaciones a restaurantes, logró que se lo desvelara. Burbujeábamos ambos y, algo mareados, las bromas sobre mis exiguas especialidades culinarias y sus exiguas especialidades sexuales nos llevaron al sofá sin pasar a la cama, en una noche que se las prometía mágica y que, una vez más, lo fue de mucha pasión y muchas prisas. No iba a ser generoso en el sexo si no lo era en ninguna faceta de la vida.

—Te he echado mucho de menos —intenté cierto romanticismo antes de dormir, mientras le acariciaba la espalda y los hombros.

—Julia no empieces.

—En serio, no puedes mantenerme tantos días en ayuno —seguí acariciándole y hundiendo mi dedo en ese hueco entre las clavículas que me volvía literalmente loca.

—Búscate la vida, Julia —me dijo con tal brusquedad y bajándome la mano con tanta fuerza contra mi muslo, que hizo el mismo ruido que recordaba yo de tantos azotes—. Si te falta sexo, búscatelo. Pero no me tortures ni me des sermoncitos de amor eterno.

—Vamos a la cama —corté, intentando arrastrarle en dirección al dormitorio, que no eran horas ni estaba yo en condiciones de pelear.

—Me visto y me marcho —y puso sus dedos en mis labios pidiendo silencio—. Tú verás cómo te las apañas, pero tienes que acostumbrarte. Después de la nohcecita de ayer, tengo que hacer acto de presencia.

Ni una aclaración. Tampoco era necesario. Ya contaba con suficiente información: «La petrolera» había vuelto. No hubo más. Tampoco besos. Sí un cruce de mensajes cuya música sonaba más a conciliación que a amor o arrepentimiento:

—Lo siento, Julia. Ya no somos dos niños. Tú sabes muy bien que cada uno lleva una mochilita a cuestas. Yo tengo la mía..., pero no tengo que recordarte que tú tienes la, o las, tuyas.

—Yo también lo siento. Mucho. No eres capaz de imaginar cuánto —sentencié con frialdad casi cadáver.



Seguía el barro haciendo de las suyas. Después de tres días y dos noches encerrada, no sabía si había vuelto a llover o eran los estragos de los diluvios anteriores. Me explicaron que había pasado cincuenta y cuatro horas postrada, con calentura, con dolores. Tres mil doscientos cuarenta minutos de llantos continuos; ciento noventa y cuatro mil segundos de «ays», pues ni uno solo de ellos pude dormir, fruto de la violación, la frustración y el sufrimiento.

Así me lo contaron. Que yo no alcanzaba a recordarlo. Pues aun no dormida, que no despierta, alucinaba y no parecía en mis cabales. Asimismo me dijeron. Como loca, contaron. Hablaba en voz alta en lo que parecían sueños, con los ojos abiertos, preguntando, en alaridos, por el paradero de Yanai y el de la tía Rous.

Los habitantes de El Horizonte supieron de aquel desgraciado suceso que me había trastornado, pero nadie parecía extrañarse. Como si una violación fuera moneda de cambio en ese lugar. Entre mis pocos recuerdos veía a María furiosa entrando en mi covacha para increparme por qué yo me manejaba, decía, «con maneras seductoras» con su esposo y en cambio era arisca con sus clientes. Más que una fiera parecía María, aunque fue la única que al menos me llevó comida y bebida. Eso me juraron mis compañeras, que habían pasado por mi jergón seguras de que moriría. Y en su cuento creía ver yo una intención envidiosa y recelosa, como si haber sido violada por el jefe me adjudicara un plus del que ellas carecían. Y yo misma debí de atribuirme cierto mérito pues al salir de mi guarida me pareció descubrir a un Lolo diferente. No era ya la bestia que me había forzado, sino un hombre que me daba cobijo, trabajo y comida.

Todos habíamos cambiado. Los únicos inocentes, los niños, me rodearon como habían hecho todos Los días y todas las noches desde mi llegada. Me abrazaron y besaron. Su madre me sirvió un caldo y mis compañeras me miraron de soslayo, tomando y riendo con los clientes que abarrotaban el local lleno.

Era una Luna nueva.

Era una cara visible de Luna nueva renovada, revalorizada.

Era una cara no visible de Luna avergonzada y resignada.

Amanecí al anochecer, desnuda de alma. Salí a la puerta del bar, al encuentro de otra noche más activa. Con mis botas blancas, mi minifalda negra y mi blusa corta. Como otras chicas de los locales adyacentes, con distintos ropajes e idéntica labor de captación de mineros necesitados de compañía, sedientos de olvido. Llegaban en tropel, los más jóvenes —que los había de mi edad e incluso menores— relataban su epopeya de un viaje desde los confines de cualquier lugar del Perú, en busca de la tierra prometida. Unos reconocían que habían llegado de forma voluntaria; otros, engañados con promesas de trabajo en el campo o en hoteles. Pero todos se habían encontrado en el río Tambopata, con el agua hasta el cuello, buscando oro en las minas que surcaban las orillas, el negocio de kilómetros y kilómetros de pueblos, ciudades y aldeas. Llegaban solitarios y en moto aquellos que por edad o por tiempo tenían más oro y más dinero. Llegaban sucios, ebrios, pendencieros, ávidos de más cerveza y de mujeres que premiaban el final de su jornada. Eso me contaban mis compañeras de puerta, hablando bajito como si desvelaran un secreto.

La noche igualaba a los mineros, los uniformaba, el alcohol los embrutecía a todos por igual. La noche en su oscuridad podría haberlos dignificado, porque difuminaba sus rasgos, su asquerosidad, su rudeza, pero tanto alcohol actuaba contra la supuesta dignidad de las sombras, como una sombra más, la más trágica. La noche también igualaba a las chicas condenadas a actuar en ese circo, magas y equilibristas. La noche permitía que aquel agujero negro alcanzara su punto álgido, como no podía ser de otra manera, en un lugar en el que los mineros trabajaban de día y vivían de noche y las chicas medio vivíamos de día, si es que al medio dormir y acarrear cajas de cerveza se le podía llamar vivir, y trabajábamos desde la puesta de sol.

Grandes carros aparcados en las puertas, carros con la espalda desnuda para trasladar hombres o ganado, aunque unos y otros se diferenciaban poco. Y plásticos, los de las casas, los de los bares. Y el feroz ir y venir de las motos trasladando a visitantes y a las muchachas que vivían fuera en las cercanías del poblado. La noche llenaba de luz el remedo de ciudad sórdida que era aquel lugar de la Pampa, de cuyo nombre no puedo acordarme, que de día era un territorio fantasma recluido en su pasado y su miseria. La noche hacía brillar la calle. Y brillaba el barro bajo los efectos de los neones y las luces que salían de los clubes llenos de imágenes de mujeres y de cupidos con la palabra love mancillada por el sex.

—El Lolo pide que entres —me dijo Margarita, jalándome de un brazo hacia el interior de El Horizonte—. Hay un hombre que dice que no tomará si no es contigo. Ha dicho que quiere bebérsela con la muchacha de las botas blancas y la mirada triste.

Si mi melancolía era visible a los ojos de un borracho a la exigua luz de la noche, debía de ser demasiado llamativa, pensé mientras me zafaba de Margarita.

—No es necesario que agarres. Me sé el camino de memoria, protesté orgullosa, intentando esconder el miedo que sentía.

Debía andarme con cuidado. No tenía la menor intención de volver a enfadar a ningún minero, menos aún que mi jefe me volviera a violar. Había sido más que suficiente para aprender la lección y las leyes del campamento.

Por fortuna, mi supuesto minero no estaba borracho. Era joven. Sus manos se reflejaban como armas de día y sus ropas estaban limpias. No era un pudridero de olor viviente como otros pobladores del local. Bebió él y bebí yo con precaución, para no acabar como la última noche que recordaba, que ni la ropa había sido capaz de quitarme antes de acostarme.

Tampoco se dedicó a manosearme, tan solo procuraba beber y hablar, aunque precisamente no resultó muy conversador. Yo le hablé de Lima y de Cusco, incluso del restaurante de la hermana de Yanai en el que habíamos trabajado. Y además de contarle cómo a mi amiga la había forzado su cuñado, le confié la receta de la sopa de gallina. Y él me habló del ceviche que hacía su madre. Y se lamentó del poco pescado que podíamos comer ahí, en Madre de Dios, contaminado por el mercurio que usaban los mineros para extraer el oro. Me contó que al echarlo al agua, el oro se unía al mercurio eliminando otros minerales, luego lo calentaban y el oro se separaba del mercurio por evaporación. Resultó que él, que tanto sabía de minas y minerales, no era minero sino talador de árboles, otro negocio que daba dinero a la zona y al país. Con ellos hacían papel, decía, y además se trataba de maderas muy valiosas y bien reconocidas en el resto del mundo.

Salió por la puerta medio muerto después de consumir ocho cervezas y, que yo hubiera visto, sin empaparlas con alimento alguno. A mí me dejaron retirarme tras su marcha, calculo que por temor a que no estuviera del todo curada, y por el agradecimiento de que entre sus ocho y mis dos había vendido diez cervezas.

Aquella noche apunté en mi libreta diez consumiciones, más las veinticinco de la noche terrible, en la que seis eran mías. Desde que había comenzado a trabajar

había vendido cuarenta y cinco cervezas y había recibido dos manoseos, una charla y una violación.

No cambiaron mucho las noches ni el tiempo. Pasaron varias en las que pude anotar, a razón de veinte cervezas cada una —solo seis más—, un total de sesenta y seis. Me las prometía muy felices.

María me enseñó su receta de ceviche que yo había aprendidos en Cusco, pero que ella hacía diferente, mezclando con mango el pescado de mar, me advirtió mucho que el del río tenía mercurio, lo que escuchaba por segunda vez en varios días. «Hay que cortar pescado blanco, que bien puede ser corvina o merluza, en tiras de dos o tres centímetros, calculando más o menos quinientos gramos para cuatro personas, y un mango cortado también en trozos de dos o tres centímetros, ponerlo en un bol y echar cebolla roja cortada muy fina, cilantro y unas tiras de pimienta rojo; al final exprimir el zumo de cuatro o cinco limas y dejarlo reposar dos o tres horas», anoté en mi libreta, de la que no me he separado el resto de mi vida.

En cambio, no necesité escribir una frase que le oí a un minero cuando entraba en nuestro bar porque se me grabó a fuego. «Aquí —dijo al otro que le acompañaba—, encontré ayer un magnífico material». El amigo debía de ser nuevo y escuchaba con interés. «Esto es como ir al mercado. Busco un kilo de yuca, la mejor, y la compro. ¡Aquí hay magnífica yuca!», decía riendo a carcajadas, mientras golpeaba la espalda de su acompañante. Junto a la entrada, yo formaba parte de ese material ofrecido como fruta, como carne, como mercancía para aquellos borrachos que daban un pasito hacia delante seguido de otro hacia atrás sin avanzar.

Esa noche, cuando oriundos y visitantes habían desaparecido de El Horizonte, Margarita se hizo la remolona y me insistió en que la acompañara un rato porque se sentía sola. Yo no había fumado nunca, pero ella era una locomotora. La charla se fue calentando y yo acabé probando mi primer cigarrillo, mareando y tosiendo, como me confesó Margarita que era habitual. Y bebimos juntas una cerveza en la única zona liberadora y esperanzadora del local, la puerta.

—Elige una mano —me dijo, mostrándome sus puños.

—Ya me la enseñaste el otro día —le advertí, al ver que escondía una pepita de oro.

—Esta es nueva. La que viste me la dio un minero. Esta me la ha dado El Lolo hoy, en la mañana. Él no sabe que tengo otra. Me contó que valía unos ciento cincuenta soles. Podría venderlas y sacarme para volver a casa.

—¿Te irás?

—No temas —dijo, cuando vio mi cara de tristeza—. Todavía no. El Lolo asegura que todavía le debo dinero. Y me ha amenazado con avisar a la policía y denunciarme por robarle una pepita si intento marcharme. Es muy capaz. Además, tiene mi documentación.

—Ni papeles tengo yo. Se los di al conductor del coche en el que nos accidentamos. Mi tía me dijo que acá me harían unos nuevos.

—Ya te los dará ese —dijo mirando hacia dentro del local—. Pero antes tendrás que hacerle unos cuantos pases con clientes.

—No alcanzo a entenderte —contesté inocente.

—¿No te hagas la boba! —exclamó, y fue tal el estruendo de sus risotadas, que temí que despertara a las demás chicas—. Hacer un pase es acostarse con los clientes. Así lo llamamos aquí. Es la única manera que tenemos de saldar la deuda al caficho —dijo, refiriéndose a El Lolo.

—¿Todas? ¿Todas lo hacen? ¿También Rosita? —pregunté con preocupación, pensando en aquella muchacha que, recién antes de dormir, había visto amamantando a su bebé, no podía estar acostándose con hombres borrachos y sucios.

—No pongas esos ojos de extraterrestre. Pues claro que Rosita también. Que dice El Lolo que ahora que tiene más grandes las tetas, les gusta muchísimo más a los clientes.

—¿Menudos asquerosos!

—A mí también me da asco —confesó Margarita, en tono apenas audible, acercándose a mí—. Pues, que sepas que El Lolo quiere que te diga que tú ya estás preparada para los pases —y alzó sospechosamente la voz.

—¿Ah, sí? ¿Y te manda a ti con el cuentito? —chillé—. ¿Y por qué no me lo dice él mismo? ¿Acaso me tiene miedo? No me lo pareció la otra noche.

—Supongo que cree que lo mejor es demorarse un tiempo antes de hablar contigo, no sea que le pongas en un aprieto.

—Lo que ese hombre me hizo estuvo bien feo. Claro, que ya me doy cuenta de que no he sido la primera ni seré la última. No sé lo que han sentido ustedes pero yo no podré vivir tranquila nunca más. Cada vez que cierro los ojos lo veo sobre mí, siento sus empujones, huelo mi sangre y oigo sus jadeos de animal. Tengo tantas pesadillas que me aterra cerrar los ojos. No creo que pueda volver a dormir tranquila.

—Te acostumbrarás como nos hemos acostumbrado todas. Es un ritual para iniciarnos a esta vida. No creo que lo repita. Contigo ya probó y, además, vio que no eras virgen. La peor fue la pobre Rosita que cayó preñada —dijo

bajando la voz y volteó la cabeza hacia el local comprobando que nadie espiaba u oía.

—¿Raúl es hijo de El Lolo? —grité, para agobio de Margarita, que con ojos aterrados, casi como un círculo perfecto, llevó su índice a la boca rogándome silencio—. Rosita asegura que sí, pero él lo niega y dice que será de algún cliente —contestó con la voz tan tenue como quedaba ahora la luz, apagados ya los neones, cercanas las primeras horas de la mañana—. Pero ese no es tu problema. Tú a lo tuyo. Y si tu jefe considera que tienes que hacer pases, no puedes desafiarle.

—Pues no pienso hacerlo. A mí me contrataron como mesera. Por nada del mundo hubiera venido de saber que tendría que acostarme con borrachos. Me escaparé.

—Vaya, no me seas niña. Júrame que no lo imaginabas. No te creo, Luna —soltó rabiosa cuando vio que me besaba el índice y el pulgar juntos en señal de juramento—. Eres una chica inteligente. En todo el Perú se sabe que en Puerto Maldonado hay minería informal y que alrededor de los poblados de extracción de oro las muchachas dan placer y ánimo a los trabajadores. Que engañen a chibolas como Rosita, que viene de un poblacho perdido..., pero tú, ¡vienes de Cusco!

—Algunas veces lo pensé, cuando Yanai y yo veíamos algún cartel en Cusco o en nuestro pueblo. Teníamos dudas pero estábamos dispuestas a arriesgarnos. Eran mi hermano y mi madre quienes nos alertaban de probables mentiras, que por entonces se comentaban a cientos. Pero cuando mi tía nos dijo que ella misma nos traería a trabajar como meseras, no sospeché en ningún momento que fuera capaz de estafarnos. ¡La hermana de mi propia madre!

—Yo diría que sí que te ha engañado. Por cierto, ¿quién es Yanai? No dejabas de preguntar por ella cuando parecías medio muerta.

—Más que una amiga, Yanai era mi hermana. Ya te he dicho que veníamos juntas a trabajar pero murió en el accidente de coche que tuvimos en el camino.

Mi mamá decía que yo era como un volcán que actuaba sin pararme un momento a reflexionar. «Niñita, dale un pensamiento a las cosas antes de pecar de indiscreta», me insistía. Pero yo era así y había vivido poco tiempo con mi mamá. Así que, llorando y gritando, me fui a buscar a El Lolo. Lo encontré en la cocina con María, supongo que esperando a que acabase nuestra conversación. Yo estaba hecha una loca, me dirigí a la cuerda de la ropa tendida y comencé a arrojarla contra el piso.

—Yo no vine aquí a putear. Pero ¿qué se han pensado? Bastante hago bebiendo con esos pependencieros. Yo me voy de aquí como me manden a acostarme con esos puercos —grité desafiante, sin dejar de moquear.

El Lolo me miraba, también como loco. Su cara enrojecía cada vez más, según le disparaba mis dardos con la lengua. Veía en sus ojos la misma sangre que la noche horrible. María debía de temerle tanto como había comenzado a temerle yo, y no lo pensó dos veces. En el segundo en que pica un zancudo, ella sacudió mi cara con sus manos grasientas de trabajar con la gallina.

—¿A qué pensabas que venías? —me gritó.

—Mi tía me dijo que no más tenía que servir cerveza y atender a los clientes.

—¡Atender clientes! —bramó El Lolo—. Eso es justo lo que tiene que hacer.

—Pero no en la cama, no follando —respondí entre gritos y sollozos.

—Tú harás lo que yo te diga, puta. Que bien te gustó la otra noche... Anda, que viniste aquí usadita.

Sin dejarle terminar me fui a mi guarida y él me siguió. Me violó de nuevo, solo que esta vez no sentí tanto dolor. No sabía si porque mi cuerpo estaba curado del espanto o porque El Lolo sobrio era menos violento. Tampoco terminó desfallecido ni dejándome ensangrentada como aquella madrugada. Me agarró con fuerza y pegando mi cabeza contra la pared, y a un dedo de mi nariz la suya, sentenció: «Yo soy el hombre y aquí se hace lo que yo diga. Yo aquí te lo pago todo, te doy de comer, te doy donde dormir... Tú solo tienes que preocuparte por poner la mano de obra y por trabajar bien».

Sonaba a amenaza, cercana a sentencia de muerte. Nunca lo he olvidado. Tampoco olvidaré que de un tirón me condujo hasta un cuarto más minúsculo aún que el mío, donde pasé recluida aproximadamente una semana, sin comer, a base de agua, con desesperación los primeros días y esperando la llegada de la muerte los últimos, en los que debí de estar si no muerta, medio muerta. Solo la conmiseración de Margarita y el resto de mis compañeras me salvaron.

Me contaron que el día y la noche me los pasaba gritando: «¡Sacadme de aquí, hijos de puta!», que ni dormir les dejaba y tenían que engañar a los clientes o emborracharles más para que menos me oyeran. Pero un día dejé de pegar voces y todas le suplicaron a María que hablara con El Lolo para que me sacara de allí.

Varias horas, varios baños, varios tortazos y varios paños de agua fría después, desperté de un desmayo, decían, de muerte, que imaginé yo digno de aquellos cuentos que mi tía nos traía de Venezuela cuando niños.

Apenas conservaba recuerdos de esos días. Solo la violación. El resto me lo contaron ellas.

Ni sabía los días que había pasado gritando. Ni cómo era mi cuerpo antes del escarnio. Ahora estaba flaco, decían las chicas que estaba más lindo que antes, con bellos pechos y unos muslos bien puestos y torneados.

Eso sí, a fuego se me habían grabado las dos miradas que me había echado El Lolo. La mirada fría de la cocina y la mirada fría del rescate, con distinta intensidad de frío, más dura la primera, burlona la segunda, bajo su recortado flequillo.

Aseguraban que mi voz era diferente antes del encierro. Yo no me oía bien, así que era incapaz de juzgar. En realidad, todos en El Horizonte se quejaban de mi tono bajo y mis pocas palabras. Aquella especie de mutismo me duró mucho tiempo, aunque a veces lo rompía hablando con Margarita o jugando con los niños o con Raúl.

Había descubierto la otra cara de la Luna.

Supongo que viene de entonces mi incapacidad para mirar de frente. El Lolo me hablaba poco y me miraba mucho. Algunas noches me violaba, cuando mis servicios a los mineros, mis pases, superaban los cinco por noche. Violarme era su forma de agradecérmelo. Eran esos los días en que más cerveza había tomado yo, y por tanto también aquellos en que menos resistencia era capaz de imponer. Me hablaba rudo, me daba cachetadas y nalgadas. Pero ya ni daño sentía con sus golpes. Ya casi me parecía normal que así me hiciera.

Llegué a agradecer la suavidad de algunos mineros, que no es que fueran cuidadosos por naturaleza, sino que la borrachera les volvía mansos, aunque a veces te cayera encima algún energúmeno joven que ni ebrio perdía combustión.

Cada pase costaba ciento cincuenta soles, de los que se suponía que setenta y cinco eran para los propietarios del local, los cafichos, y el resto para mí. Sin embargo, después de dos meses, todavía no había visto yo un mísero sol porque antes debía pagarle la deuda al jefe.

Le debía mi viaje, que él juraba haber adelantado a mi tía. Y no solo el mío, sino que mi deuda se extendía a la de mi pobre amiga muerta, también incluida en el trato. A razón de mil quinientos soles cada una, en total debía tres mil.

Cada día debía pagar cincuenta soles por el alojamiento y otros tantos por las comidas. Además, la ropa que me habían entregado no era un regalo, sino una obligación que adeudaba: la falda, cincuenta soles; el polo, otros cincuenta; cien,



la ropa interior y mil soles, las botas. Por lavarme las sábanas una vez a la semana, otros veinte soles.

El Lolo me hizo la cuenta, que según él, en los dos meses que llevaba allí, debía siete mil trescientos sesenta soles en total.

—¡Ah! Tengo que sumarte las medicinas de esta semana, mil soles.

—¡Ocho mil trescientos sesenta soles! —grité, cogiendo la libreta en la que anotaba yo mis pases y las tomas. Según mis cálculos, gracias a mí, habían vendido ciento dos cervezas, de las que yo ganaba, dos soles. Me debían, por tanto, doscientos cuatro y había tenido en mi primera semana un total de dieciocho pases.

El Lolo no esperó a que yo hiciera mi multiplicación. Él lo tenía perfectamente anotado con palotes alineados bajo los diferentes conceptos. Ellos me debían mil quinientos cincuenta y cuatro soles que restados a mi deuda, daban un total de seis mil ochocientos seis soles.

Necesitaría meses para saldarla. Sumé varias veces hasta descubrir que para pagar seis mil soles, con mi ritmo de pases y con los gastos diarios, tardaría aproximadamente quince semanas, casi cuatro meses. Y aún me quedaba corta.

—Ni lo sueñes —dijo él, echándose a reír—. No has contado las multas, y tienes unas cuantas. Eso por mostrarte tan amable.

Sin darme tiempo a reaccionar, el jefe sacó una lista de agravios con sus correspondientes castigos. Al parecer, yo los merecía todos. Allí lo tenía él, anotado en su cuaderno gris.

—Por haber rechazado a un cliente, la multa es de doscientos sotes. Tú rechazaste a dos.

—Estaban ebrios —me defendí llena de ira.

—Cuatrocientos soles de multa —dijo sin escuchar mis protestas—. Además, el primer día saliste a la calle sin mi permiso. Ya sé que fue para jugar con mis hijos, pero esto son doscientos soles de multa. Por el día que no trabajaste, otros cien. Te recuerdo que desde tu llegada hasta hoy estuviste diez jornadas sin trabajar, y creo que no las cuento todas... Añade otros mil. ¿Quieres hacer cuentas o te las hago yo, señorita? —preguntó, enseñándome un papel en el que ya tenía hechas las sumas, donde había escrito con letra borrosa la cantidad de mil seiscientos. Sumados al resto de mi deuda, la cantidad total ascendía a ocho mil cuatrocientos seis soles.

Me temblaban las piernas. Se me nubló la vista. No podía contener el llanto. ¡Cómo iba yo a ganar ese dinero! Salí corriendo y El Lolo detrás. Cuando iba a entrar en mi cuartucho, los niños le detuvieron para mostrarle una mariposa gigante que había en el salón. La mariposa milagrosa, pensé.

Aquella noche no trabajé. Qué más daba añadir cien soles de multa a aquella deuda imposible. A la mañana siguiente pregunté a las otras muchachas. Ellas también seguían con grandes cargas, la que menos, Margarita que aseguraba que se iría en cuanto la tuviera pagada y le devolvieran su documento de identidad.

—Hay que marcharse de aquí —dijo—. No podemos quedarnos mucho más tiempo, tomando y tomando, emborrachándonos cada día, que no sé cómo nos vamos a curar de esto después.

—Se acostumbrarán —intervino Carla—, como hice yo. Ya sé —me miró muy seria— que no es un trabajo bello, pero aunque se vea feo yo tengo para mantener a mi hijito.

Me explicó que el niño vivía con su madre en un viejo barrio de Lima. Allí se estaba construyendo poco a poco una casa y su niño iba a la escuela, y todo, gracias al dinero que enviaba.

Ellas eran lo mejor del prostibar, que así había descubierto que llamaban a El Horizonte y a los otros locales de La Pampa, por si quedaba alguna duda sobre cuál era el trabajo que allí se realizaba, aunque mis compañeras gustaban denominarse damas de compañía. Aquellas damitas se quejaban de mi exceso de mutismo y de mi escasa amabilidad. Pero yo no tenía fuerzas, ni me fiaba de ninguna, de Rosita la que menos desde que supe que su bebé era hijo de El Lolo. Me dio por pensar que ellos dos tenían mucho en común.

Éramos las putas de los mineros. Y nuestro caficho se empeñaba en que también fuéramos suyas. Estaba convencida de que Rosita y yo éramos sus preferidas, como lo éramos también de los clientes, seguros de que nuestra minoría de edad les proporcionaba suerte; de vez en cuando nos enseñaban las pepitas que habían conseguido al día siguiente de haberse acostado con una de nosotras.

Ya ni ganas tenía yo de salir a la calle. Ni insistía. Ahora me daba incluso miedo la noche, miedo la oscuridad, miedo que algún borracho me hiciera incumplir con mis obligaciones, que no quería multas, aunque El Lolo siempre encontrara motivos, como dejar basura fuera del cuarto, que eran cien soles; o defecar sin limpiar bien, que eran doscientos.

Ni quería salir, ni que me sacaran de allí más que para el baño diario, hasta el día

en que vinieron unos hombres y con El Lolo a la cabeza nos llevaron a todas a aprender a bailar. Era otro tipo de bar, más grande que el nuestro, donde unas muchachas medio desnudas deslizaban sus cuerpos por una barra vertical. Nos enseñaron películas pornográficas donde las actrices se besaban entre ellas y entre ellas se acostaban, y noté cómo el jefe ponía a reptar su mano hasta el lugar más interesante, decía él, de mi cuerpo y me acariciaba, para llevar después la mía a su entrepierna, hasta que eyaculó allí mismo, en mi mano, entre el grupo de chicas que no dijeron nada pero que vieron todo. Cuando ya creíamos que la noche había acabado pusieron música y las mujeres de aquel club nos fueron sacando una a una al escenario. Teníamos que repetir todo lo que ellas hicieran. Querían enseñarnos a hacer un striptease en condiciones, como si les fuera a interesar mucho el numerito a nuestros pandilleros, sucios y feos, que lo único bueno que tenían era la plata, que ni siguiera la folladera, con el trabajo que les costaba a muchos tenerla tiesa, del alcohol y de las enfermedades que debían de llevar ahí abajo.

Después nos vendieron ropa nueva. Por fin tenía uno de aquellos pantalones bien prietos que tanto le había insistido a mi tía que comprara en el camino. Pero esa noche me obligaron a ponerme unos shorts rosa chicle, que dejaban media nalga a la vista y unas lindas sandalias de tiras doradas y tacos altos. Margarita con un pantaloncito corto azul y un polo muy escotado en el mismo azul, tan azul como sus ojos que eran raros en aquella cara indígena y aquel pelo aclarado por algún producto que permanentemente dejaba ver sus raíces negras. Carla también iba de corto, pero en amarillo. Ambas eran pequeñas de estatura pero tenían un cuerpo bien formado, con el pecho en su sitio, tenso, como el mío, aunque el mío era mayor, para regocijo de El Lolo. Al igual que yo, Carla tenía el cabello de color azabache y liso, muy de india, con los ojos muy negros, al contrario que Rosita que los tenía color miel, como El Lolo, como su bebe. Rosita no vino a aprender, porque Raulito estaba enfermo.

No hubo pases esa noche, pero sí mucho striptease hasta que El Lolo creyó habernos convertido a todas en profesionales. Bebimos y bailamos. Olvidé qué hacía allí y dónde estaba, pues fue mucho el jolgorio y el baile.

Dormí mejor aquella noche, seguramente porque antes de caer rendida al sueño se me había ocurrido que convencería a alguna de mis compañeras de quitarle a El Lolo la libreta donde tenía apuntados pases, fichas, ganancias y deudas, no más fuera por pagarle de alguna manera sus faenas.

—Tienes que ayudarme Margarita —le dije a la mañana siguiente—. Quitemos a El Lolo su cuaderno.

- ¿Qué te ha dado, muchacha? ¿Acaso el striptease de anoche te volvió loca?
- Salgamos. Salgamos un rato. Quiero pasear, no más, a encontrar a otras amigas —insistí.
- No podemos, Luna. ¿Cómo te lo tienen que explicar? No podemos salir; solo si ellos no están. No más, ya sabes, de acá a la ducha o a la cama. Y deja ya de hablar. ¿No ves que nos están vigilando? —dijo mirando hacia Rosita, dejándome claro que mis sospechas eran ciertas.

Al parecer había un grifo nuevo sacando oro en la zona y fue una noche de mucho trabajo. Esa jornada llegamos hasta los diez pases cada una. Teníamos ropa nueva que ampliaba la deuda pero nos hacía lindas. «Ponte esos politos —me dijo María—. Hoy sacarás más platita». Me dieron un pantalón vaquero gris muy ceñido, con unas flores bordadas en la parte delantera y una camiseta sin tirantes, con un estampado de cebra, que más de un minero me bajó esa noche dejando al descubierto mi pecho para diversión del resto de la concurrencia.

Fue ya en la madrugada, cuando el bar quedó libre de ruidos y hombres, que vimos a El Lolo tirado en el suelo, ebrio de tanto alcohol.

María se había ido a la cama hacía muchas horas, después de acostar a los niños. Una a una habían ido desapareciendo mis colegas. Carla y yo éramos las únicas en el bar. Yo me acerqué al jefe para asegurarme de que respiraba. Desde la puerta me di cuenta de que Carla me lanzaba una mirada llena de complicidad. Creí que necesitaba algo de mí y me acerqué a ella, aunque no había abierto la boca. Carla era muy rara. Siempre estaba medio ebria pero se movía de un lado para otro con energía. Era descarada y muy linda. Y su relación conmigo había pasado del desprecio inicial a querer protegerme como pudiera.

- ¿Qué se te ofrece? —le pregunté intrigada. Ella selló sus labios para que me callase.
- No hables, niña. Solo sígueme —me ordenó, arrojando el cigarrillo a la calle.

Y entramos en el local, hasta La cocina. Allí, en un cajón, que al parecer ella tenía ya muy controlado, me señaló la libreta de El Lolo, moviendo ligeramente la cabeza primero hacia delante y luego hacia arriba para indicarme que la cogiera, y pude ver en la oscuridad cómo se le iluminaba la mirada de aquellos ojos suyos algo rasgados como orientales y algo saltones, de india, y una amplia sonrisa en sus labios carnosos, pintados en rosa chicle a juego con su polo de tirantes.

- ¡Corre a esconderla! —susurró a medias, porque empezamos a escuchar la tos de El Lolo, que al parecer salía de su letargo etílico.

No pegué ojo. Estaba claro que Carla había escuchado mi conversación con Margarita y había preferido ser mi cómplice. Después de esconder la libreta bajo el colchón no sabía qué haría con ella. Me aterrorizaba que el jefe la descubriese. En medio del silencio, la saqué de nuevo y empecé a leer lo que allí había anotado. Estaban todos nuestros nombres, los nuevos y los viejos, salvo el mío que no me había cambiado. Descubrí que Margarita se llamaba Juana. Rosita en su otra vida era María; y Carla, Kukuyu, que según mis pobres conocimientos de quechua significaba paloma. Allí todas aparecíamos reducidas a palos, porque con palotes iba registrando todo, nuestra actividad, nuestras bondades, nuestras maldades y nuestras deudas. Todas le debíamos dinero. También tenía anotado los servicios que le hacíamos y que él no consideraba violaciones. Me di cuenta de que Rosita y yo éramos las agraciadas, aunque ella cada vez menos. Y allí estaban escritas, en una hoja aparte, las reglas de El Horizonte:

Horario de ingreso al local: 7 p. m.

Prohibido ingresar a los cuartos después de las 7 p. m. (multa de 200 soles).

Entrar a dormir: 4 a. m.

Prohibido salir a corretear en moto o comprar comida chatarra.

Prohibido defecar y no echar agua (multa 200 soles).

Prohibido llevar comida al cuarto (multa 200 soles).

Prohibido salir a la calle después de las 4 a. m.

Prohibido dejar basura en los cuartos, pasadizos y patio (multa 200 soles).

Al parecer, doscientos era la cifra mágica. Entre las páginas encontré un papelito que decidí esconder entre mi ropa por si lo necesitaba en algún momento. En él aparecía un número de teléfono, acompañado de un texto: «Se buscan señoritas de buena presencia para ofrecerles trabajo rentable y buen sueldo en restaurantes y casinos». Imaginé que se trataría de un anuncio con el que alguna de mis compañeras se había presentado en El Horizonte con la intención de anfitriónar.

«En Perú la explotación sexual comercial de niñas, niños y adolescentes es un delito penado con cárcel.

In Peru commerce sexual exploitation of children and teenagers is punished by jail».

Alicia me leyó, entre excitada y con algo de extrañeza, el texto que aparecía en el formulario que debíamos cumplimentar en la aduana del aeropuerto de Lima.

Allí estábamos las dos con Pablo. Dos mujeres, un hombre y una cámara que su dueño cuidaba como yo no había visto que nadie cuidara a nadie.

Habíamos tomado la decisión de hacer ese viaje en los días de Navidad, el 25 de diciembre, para más señas, el primer día de todas las fiestas que en teoría iba a pasar con Louis, después de que él me las hubiera prometido muy felices. Pero una vez más, no solo el turrón volvía a casa por Navidad, sino también «la petrolera» cual esposa pródiga.

Alicia me sugirió entonces que pasara la Nochebuena con ellos en casa de su hermano Ernesto, «el de El Escorial», me aclaró, como si a esas alturas pudiera confundir los nombres de su parentela. Preferí aceptar la invitación para el día de Navidad, pues los hermanos tenían planeado organizar una fiesta comida-cena con amigos en la casa familiar situada en una lujosa urbanización madrileña.

Corría el Moët como si fuera agua. Había jamón, mucho jamón, y marisco, declaración de principios de que una fiesta sin langostinos no es digna de esa denominación, y turrón de todas las variedades y fantasías posibles.

De los invitados, solo conocía a Alicia; a su marido, apenas de vista; a Pablo, apenas de unas horas. Sin embargo, a mí me conocía todo el mundo, sabían que Ali tenía una amiga famosa de la tele. Cualquiera que se me acercaba hacía algún comentario sobre un reportaje o sobre un tertuliano. De pronto me vi rodeada por un corrillo de personas haciéndome preguntas sobre el programa especial de

las mujeres víctimas de trata que al parecer había tenido mucha audiencia, al menos entre aquel público entregado.

A unos cuantos amigos o primos de los Arroyo estuve a punto de tirarles el champán a la cara porque se permitieron poner en duda que muchas mujeres y las niñas que ejercían la prostitución en España estuvieran obligadas a hacerlo.

—Venga ya, Julia. Te llamas Julia, ¿verdad? —me dijo un pijazo que no tendría cumplidos los treinta—. Ese es el oficio más viejo del mundo, toda la vida ha habido putas. Vete tú a saber por qué, pero les gusta su profesión, se lo pasan bien, vamos. No creo que estén obligadas. Lo que cuentas me suena a rollo progre.

—Bueno, pues la próxima vez que vayas a un club, te pido por favor que hagas el esfuerzo de imaginar quién de los hombres que está allí es el dueño de las chicas a las que te follas —le solté mirándole fijamente a los ojos, primero a él y después a su mujer, una rubia con mechas y embarazada de gemelos.

Me quedé sola. Lógicamente. Porque el pijo se fue a un rincón a consolar a su mujer y el resto del grupo con ellos, indignados por mi impertinencia. Sola unos minutos, los suficientes para valorar si me marchaba o buscaba a mis amigos o buscaba a mis amigos y me marchaba. Hasta que apareció Pablo al rescate.

—Vaya, señorita, parece que no se la puede dejar sola un minuto. Menudo pollo ha liado con mis primos.

—Lo siento —me disculpé—. No debería haberme enfrentado a ese cretino delante de tu prima, o lo que sea.

—Prima, mi prima Andrea —aclaró—. Una buena chica que todavía no se ha enterado de cómo va la vida, ni de lo cretino que es su marido.

—Me gustaría pedirle disculpas. Pero vamos, su marido lleva la palabra putero escrita en la frente. Solo los que se van de putas, solo quienes frecuentan los clubes de alterne, tienen argumentos tan antiguos como que es el oficio más viejo, que a las putas les gusta, que si no fueran unas putas no lo harían. Me encantaría grabar a esos tíos. Esos sí que tienen un reportaje, querido Pablo.

Hacía mucho frío en el jardín. Anochecía y empezaba a notarse la helada que, para no faltar a su cita anual, iba a caer esa noche navideña. Sin embargo, accedí cuando Pablo me invitó a dar un paseo. Me haría bien despejarme y eliminar algo del mucho champán que había bebido. Pasó su brazo por lo que quedaba libre del mío, que llevaba la mano escondida en mi largo plumífero. Y, así, agarrada, lo

seguí, caminando con calma, como si tuviéramos todo el tiempo del mundo para nosotros esculpido en el césped. A ratos caminamos callados, escuchando la música que llegaba de la casa, el piar de algún pájaro despistado que aún no se había enterado de que había que «largarse» cuando llegaba el frío. A ratos hablamos de la familia, de la suya, que una parte era muy rica y la otra, la suya, muy normalita, de la casa de sus padres que no había quien vendiera a causa de la crisis y que iban a alquilar a un ejecutivo extranjero y que esta sería la última fiesta que allí se celebraba. Me contó que sus padres habían muerto en un accidente de tráfico y que habían descubierto que aquel día mortal llevaban en el maletero una botella de Moët y un cubo para hielo, dos copas y una neverita con hielo, que vaya usted a saber dónde pensaban beberlo, pero iban de celebración, eso seguro, «más que un logro un delirio», después de treinta y cinco años de casados y diez de novios. Me confió el desastre de su matrimonio, sin hablarme del todo mal de su ex, que Alicia había llamado loca y él denominó inmadura.

De eso íbamos charlando, ligero él, temerosa yo de que me preguntara por mi vida. No tenía ningún interés en compensar su sinceridad con la mía, obligada a revelarle las miserias de mi existencia en (no) compañía de Louis. Y apareció, mágica, Alicia, que al parecer llevaba un buen rato buscándome por toda la casa.

—Mira dónde está doña Julia. Anda que no tenéis morro los dos. Me habéis dejado sola con la pata negra de Madrid y alrededores —protestó, y después me miró divertida—. Ya me han contado el disgusto que le has dado a mi prima, que ahora no le dirige la palabra ni la mirada a su marido.

—Ahora lo arreglo. Vamos dentro —dije, dispuesta a pedirle excusas a aquel tipo que llevaba la palabra infiel en la mirada y el dinero en forma de nieve escrito en la nariz. No quería que los pocos meses que le quedaban de embarazo a la mujer fueran un infierno por mi culpa.

Recordábamos aquella escena en el avión que iba a llevarnos a Lima, al tiempo que reíamos oyendo la conversación que un peruano sostenía con algún familiar antes del despegue: «Escúchame, yo ya estoy acá arriba. Yo ya te voy a llamar en quince minutos, antes de que esto salga. Ahorita te llamo». A mis amigos les hacía mucha gracia imaginar que, en algún momento de mi vida, yo hubiera podido hablar de esa forma, por mucho que les intenté explicar que yo llevaba en España diez años y que me sentía española por los cuatro costados.

Gracias a que Pablo tenía contactos en Air Europa, compañía con la que volaba continuamente para sus reportajes, conseguimos billetes en business a precio de turista. Después de las fiestas navideñas la gente no tenía tanto interés en volar a Latinoamérica.



Justo al día siguiente de Navidad, Pablo había llamado a su conocida en la aerolínea, le contó que quería viajar con un par de ayudantes a Perú para realizar un reportaje sobre las víctimas de trata de mujeres y niñas con fines de explotación sexual. Necesitaba que le echara un cable porque no teníamos mucho tiempo y nada más aterrizar empezábamos con la grabación. Por eso era importante llegar a Perú descansados, cosa difícil en turista.

Dio la casualidad de que su amiga estaba muy comprometida con las causas sociales, y la propia compañía justificaba en sus presupuestos los viajes que tuvieran que ver con la ayuda a poblaciones en riesgo de exclusión. Ese mismo día, Pablo nos reunió para darnos la buena noticia. Quería convencernos de que teníamos una magnífica oportunidad para denunciar, según había leído, que más de mil niñas eran obligadas a prostituirse. Él estaba empeñado en que contásemos lo que ocurría en aquel país de apariencia dulce y bondadosa.

—Pablo, que a mí no tienes que convencerme. Que ahora parece que ese tema se te ha ocurrido a ti. Soy yo la que vengo dando la lata desde hace tiempo.

—Julia, querida mía, no estás en la redacción. Claro que es tu tema y a mí ya me has ganado para la causa. Te recuerdo que el día de Navidad, después de tu salida de pata de banco con mi primita, nos comprometimos los tres, cual mosqueteros, a viajar a Perú.

—Bebí mucho y estaba eufórica. No era consciente de que fuésemos tan en serio.

—Ahora no te puedes echar para atrás, que tenemos billetes.

—Tendré que convencer a mi jefe de que me dé vacaciones —dije con cierta picardía—. Muchos trabajitos voy a tener que hacerle para lograrlo —rematé, consciente de que estaba encendiendo un fuego que podía quemarme.

—¿Estás hablando de tu jefe o de tu amante? —preguntó Pablo, a medio camino entre la seducción y la mala milk.

—No puedo presumir de ser una persona libre, la verdad. Pero ponte en mi lugar. Después de Navidad es complicado pedir más vacaciones.

—Cambia días con alguien, pide que te sustituyan, haz lo que quieras, pero ahora no puedes dejarnos colgados.

—Querrás decir: «No me puedes dejar colgado» —protestó Alicia—. Que yo en ningún momento me comprometí a nada.

—¿Quién chocaba las manos con nosotros, ¿mosquetera!? —bromeó su hermano—. ¿Tan borracha estabas? Además, con lo que te gusta a ti la

comida japonesa, dicen que la peruana es lo más parecido.

—Pues riéte, pero si te digo la verdad no me acuerdo. A mí una semana me viene como el orto —era la forma fina que tenía Alicia de decir culo, a la manera argentina.

—Pues no vengas —continuó Pablo, mirándome divertido.

—Puede que pierda un cliente —contestó Alicia—, pero a vosotros no os dejo solos ni harta de vino, que ya veo tus intenciones y no quiero sentirme responsable.

—Alicia, sin ti no vamos a ninguna parte —zanjé—. Como podéis imaginar, yo muero por ir a Perú. Hace la friolera de diez años que salí de allí y no he vuelto, pero no sé cómo voy a conseguir permiso. Y por cierto, Pablo, la comida peruana tiene influencia japonesa pero la mejora con creces.

—Pues aquí, la única imprescindible eres tú, Julia —siguió Pablo adoptando un tono más serio—. Así que tú verás cómo te trabajas a tu jefe o a tu novio o lo que sea.

Justo en el momento del despegue sentí la vibración del teléfono, que siempre apagaba in extremis bajo la atenta mirada de la azafata. Era un wasap de Louis: «Cuidadín con el enano», fue su última y cariñosa recomendación antes de comenzar el viaje. «Cuidadín con la rubia», le contesté. Una pulla contra la hortera de Paula, quien por lo general era la que solía sustituirme. Antes de poner el móvil en modo avión, le envié un «te quiero» seguido de muchos corazones rojos.

Transcurrió un mes desde que planificamos el viaje hasta que por fin nos vimos sentados rumbo a Lima. Y en ese tiempo la actitud de Louis fue la del enamorado. Había sido duro negociar con él unas vacaciones nada más acabar las navideñas. Pero al final había aceptado que viajáramos a finales de enero, fecha en la que aún seguían siendo baratos los vuelos y el business de Air Europa iba literalmente vacío.

Que Paula me reemplazara no era un problema, al contrario, la pobre estaba siempre al acecho de mis ausencias para colarse como conductora del programa. Como subdirectora, y yendo de guapa por la vida, sentía aquellas oportunidades como la constatación de existencia de justicia divina. Louis, que manejaba su cadena como una hacienda, era feliz dándole de vez en cuando unas dosis de protagonismo a la que había sido su amante durante un tiempo.

—¿Julia no te parece un despropósito participar en un reportaje que no es para nuestra cadena? —me preguntó Louis cuando vino a cenar a casa la misma noche del 26 de diciembre.

—¿Quién te ha dicho eso? No te adelantes. Tú primero lo ves y luego decides.

Habíamos hecho una cena «detox», decía él, únicamente con dos ingredientes: jamón y champán. Me había prometido que se quedaría toda la noche, aunque haciéndome la tonta le pregunté si su mujer se había ido ya. Me contó que no, pero que ya se inventaría alguna excusa. Louis no era de esos amantes que te prometen que van a abandonar a sus mujeres y te cuentan mil historias de por qué nunca es un buen momento.

Era lo malo, que yo no estaba engañada, que tenía la certeza de quién era. Y, aún así, me resignaba con la siempre bien vista coartada del amor, como si alguien que te amase pudiera quererte tan mal como quería Louis. Y, sin embargo, aquella noche como tantas otras había decidido pasar página, mirar para otro lado y disfrutar.

Sobre el espejo del cuarto de baño, escribí *carpe diem* con la barra de labios y me dediqué al momento, sin darle protagonismo alguno al pasado o al futuro. Al fin y al cabo eran vacaciones.

Aquella noche le convencí. Ignoraba si había sido la cena de jamón y champán o la performance sexual como no recordaba haber ejecutado nunca, que había empezado en la propia mesa, después de descorchar la segunda, había continuado en la ducha y finalizado en la cama. Pero le convencí.

Le hablé primero de lo feliz que me hacía ver el magnífico trabajo que estaba haciendo Paula durante el asueto navideño. No había como acariciar su ego para que todos sus miembros crecieran, incluidas las manos que me apretaban y cogían todo el cuerpo como imaginaba yo que era capaz de ahogar una anaconda. En esos momentos, la gran diferencia de estatura entre nosotros era más patente. Louis me hacía desaparecer en sus casi dos metros, contra mi corto uno sesenta y cinco sin tacones; por no hablar de su corpulencia, que aunque yo no fuera un alambre tenía que mantenerme flaca por aquello de que la cámara engordaba dos o tres kilos. Una vez segura de que sus aproximados cien kilos quedarían perfectamente adheridos a la cama durante toda la noche y mientras fumábamos el mejor cigarrillo, que por cierto era el único que fumaba yo, cosa que no sabíamos más que nosotros, di por hecho el viaje y a él no le quedó más remedio que aceptar.

A la mañana siguiente, cuando salió de la ducha, me sorprendió con la noticia de que él también quería participar en nuestra aventura. Una buena y una mala noticia al fin y al cabo.

—Pero antes tienes que conocer a mis compañeros. A ver si te gustan. Un viaje de diez días y en equipo puede hacerse durito.

—¿Con quién crees que hablas? —dijo bromeando.

En realidad yo quería que conociera a Pablo para que se sintiera más tranquilo. Era demasiado simple como para que no pudiera yo adivinar sus celos. Le juré que sería el primero en visionar no solo el reportaje completo, sino todo el material, porque estaba segura de que acabaría comprándolo, aunque yo había jurado a Pablo que no tendría problemas en publicar el reportaje en su cadena y no en la nuestra. Sabía que al final un precio de compra goloso obraría milagros.

Y así nos encontramos, justo a la vuelta de las vacaciones de Navidad, comiendo los cuatro para hablar de Perú, de reportajes, de indígenas, de Cuzco. «Ya podéis acostumbraros a decir Cusco, como dicen allí», nos advirtió Louis. También cuando hablamos de los incas, nos corrigió. Aunque era común llamarles así, en realidad debíamos referirnos a ellos como quechuas. Habían sido «un pueblo poderoso, ocuparon Perú pero también Bolivia, parte de Colombia, parte de Ecuador, Chile y Argentina. El Inca era el nombre de su gobernante», siguió Louis, dejándonos con la boca abierta, como gustaba de hacer cuando le daba por desplegar sus alas de simpatía para demostrar su inteligencia y cultura que en efecto eran vastas.

Incluso había llevado consigo un mapa en el que estuvo señalando los lugares básicos que debíamos conocer. Aquellos que a él le traían recuerdos de «amistad, amor y trabajo», nos dijo, aunque luego en privado me confesó que solo había estado una vez en Lima, en un congreso de tres días. Ni el Machu Picchu había pisado, y que todo lo que sabía lo había estudiado interesado por mí, me dijo, acariciándome el pelo, mi pelo negro brillante que tanto te gustaba y que a mí tanto me retajaba que me tocaran. Algo que siempre yo te rogaba y que él habitualmente rechazaba.

Louis nos dio una clase magistral sobre trata de mujeres y niñas en Perú. No me creía que antes de conocer nuestras intenciones estuviera tan bien documentado. A solas, confirmó mi sospecha. Pero cuando empezó a alabar nuestra decisión de denunciar la trata en Perú y a dar cifras como que un 53% de las víctimas eran chiquillas entre trece y diecisiete años; y que en muchos lugares eran los propios padres quienes entregaban a sus hijas a cambio de bienes o de dinero, supuse que tanto dato procedía de una fuente llamada Irene M. Louis tenía una memoria apabullante, al almuerzo no llevó un solo papel con datos. Nos dejó a todos K. O.

—Hay que ponerse en la piel de esta gente. Pensad que en Perú hay casi

veintiocho millones de habitantes, de los que algo más de la mitad son pobres, y más del 19% pobres extremos.

- En esas condiciones no es extraño que la gente haga cualquier cosa por sobrevivir —intervine, por primera vez.
- No es solo eso. Tu país tiene un índice altísimo de abandono escolar. Más del 21% de niñas entre cinco y siete años dejan de estudiar. En tu país, aproximadamente el 20% de los hogares está a cargo de las mujeres. Esto provoca que ellas sean más receptivas a ofertas de trabajo que a veces son falsas, donde en teoría las contratan como camareras y al final resulta que son camareras con postre feliz —dijo, volviendo a ser el Louis de siempre.
- Hablas de mi país como esos padres que dicen «tu hijo» cuando se porta mal. Tampoco somos tan desastres. Desde hace años existe un Observatorio de Criminalidad del Ministerio Público que estudia el problema de la trata. Además hay un teléfono gratuito para poder denunciar estos casos y tenemos un Plan Nacional de Acción contra la Trata de Personas —le corté, con la esperanza de que no siguiera abrumándonos con sus citas y recuentos.

Aparte de la exhibición wikipédica sobre Perú y sus mujeres, no paró de mostrar casi obscenamente su amor por mí, su cercanía, su conocimiento de mis detalles más íntimos. Habló sobre el barrio de mi infancia, en el centro de Lima; sobre el ceviche tan magnífico que yo preparaba, sobre La comida chifa, mezcla de oriental y peruana, que teníamos que comer sí o sí, porque yo de tanto en tanto la echaba de menos. Louis exageró algunos aspectos y se inventó otros, como que yo de pequeña me había perdido en una excursión familiar al Machu Picchu. Yo le miraba atónita, y aunque no decía nada, sí que le di unas cuantas patadas para avisarle de que se estaba propasando, a las que respondió con caricias más que comprometidas por debajo de la mesa. Resultado: goleada en campo propio porque por si habíamos considerado pequeña su labor de encantamiento nos invitó a comer, no sin antes advertirnos que, a poco que pudiera, nos acompañaría en el periplo. Yo me lo tomé más como una amenaza que una posibilidad real, conociendo como conocía sus hipotecas familiares y profesionales.

- No creo que el corpulento de tu amiguito hubiera cabido en estos magníficos sillones —comentó Pablo, tocando todos los botones del asiento para desesperación de la azafata, que enseguida le recordó que todavía debíamos mantenerlo en posición vertical.
- Ya os dije yo que no vendría. Era imposible. Pero a él le gusta siempre dejar una puerta abierta, por si acaso.

Me negué a contarles la pelea que habíamos tenido al día siguiente de nuestro almuerzo, en lo que prometía ser otra velada romántica, esta vez a base de sushi y vino tinto. Una combinación que yo encontraba imposible y que Louis adoraba.

No podían imaginar cómo había tenido que defender su honra como si fuera mamá leona custodiando a sus cachorros. Porque dudaba él, muy digno, del tipo de reportaje que seríamos capaces de realizar si habíamos sido nulos conversadores durante nuestra comida. Cuando nos exculpé recordándole que precisamente él había capado cualquier intento de meter cuchara, me dijo que no fuera grosera y hablara como correspondía a una gran comunicadora y «ahora reportera», remató con un deje de burla. Si no comprenderlo al menos pude justificar su conducta, una rabieta de celos. Pero cuando dudó del pobre Pablo, de si podría con la cámara «siendo como era tan enano», le corté de inmediato con un brindis. Le miré retadora, alcé mi copa, le indiqué a él que alzara la suya y choqué gritando: «Brindo por los enanos». Louis se levantó, imaginé que se marchaba. Pero para mi sorpresa me agarró del brazo y me llevó a la cama.

Hacía tiempo que no vivía una noche tan espectacular.

Pero no, no iba a revelar a Pablo el apodo con el que mi novio le había bautizado. Tampoco iba a delatarme confesando que, hasta ese instante en el que estaban cerrando la entrada del avión, y pidiendo que nos abrochásemos los cinturones y apagásemos nuestros dispositivos electrónicos, yo no había parado de mirar de soslayo hacia la puerta con la esperanza de ver entrar a un pasajero de nombre Louis Cazorla.

No iba a revelarles mi frustración porque ese sueño no se hubiera cumplido. Cómo iba yo a evidenciar mi locura, mi debilidad y mi dependencia, que como aseguraba Laura era lo más parecido al síndrome de Estocolmo.

Louis no había aparecido, por mucho que yo mirase fijamente a la puerta, sabiendo, además, que uno de esos días «la petrolera» celebraba su cuarenta cumpleaños.

Mi desánimo mejoró cuando varios pasajeros se atrevieron a franquear la cortina que separaba la clase turista de la clase business para comprobar que efectivamente compartían un vuelo transoceánico con Julia Rago.

Nunca había concedido yo una entrevista en España, a pesar de llevar trabajando en televisión cerca ya de cuatro años. Así que nadie sabía nada de mi vida, ni de dónde era, ni cuándo ni de dónde había venido. Cada semana el departamento de comunicación de la cadena me cursaba dos o tres proposiciones de reportajes,

entrevistas humanas y en profundidad para prensa del corazón, para suplementos dominicales, revistas sabatinas. Nada. Nunca había concedido una porque a la primera seguiría la segunda y no era la misión de mi vida hablar sobre mí. Solo hablaba cuando me obligaba la cadena, solo de televisión y solo una vez al año, el día en que se presentaba la programación. Así los espectadores solo sabían que era la presentadora. No más.

Una pasajera me preguntó por qué iba a Perú y al enterarse de que era peruana no daba crédito. «Por su acento tan dulce yo pensé que era canaria», me dijo.

Pablo y Alicia miraban divertidos la escena, tanto que me levanté del asiento y llevando mis manos bajo las axilas y poniendo la lengua por detrás del labio inferior les dije «basta ya, que no soy un mono», para regocijo de la azafata, que venía a servirme la cena, cómo no, en primer término.

No me atrevería a culpar al avión ni al vuelo, que fueron maravillosos. Pero ninguno de los tres dormimos demasiado. Bebimos vino y champán hasta cansarnos. Pablo vio películas y leyó un par de documentos de trabajo. Alicia se dibujó varias estancias. Yo me puse a leer. Leí sin entender muy bien si Louis quería enviarme un mensaje oculto en su más que recomendación, obligación, de que leyera a uno de los autores peruanos que él más apreciaba y del que yo apenas había leído un libro o dos.

—Para el viaje vas a leerte *La ciudad y los perros*, la primera novela que escribió Mario —a quien él aseguraba conocer, y que era Vargas Llosa—. Habla de barrios de Lima que tenéis que visitar. Habla de Miraflores, uno de los distritos bien, pero también de La Perla o La Victoria que son de los más humildes.

Sabiendo que Louis tan solo había estado en Lima una vez y para un congreso, tuve que reconocerle cierto mérito, parecía que hubiera vivido en todos aquellos lugares.

No entendí muy bien su regalo del libro la noche antes de nuestra partida, al término de una cena muy romántica, que fue el final de una velada fingidamente informal en la que ambos echamos el resto, como temiendo que se tratase de algo más que de una despedida, nuestra última cena, aunque no hubiera motivo aparente.

—Espera un poco aquí, sin moverte —me dijo, después de recomendarme aquella lectura.

Cinco minutos después me condujo al cuarto de baño, de la mano, sujetándome

el libro. Había poca luz y comenzaba a notarse ya el humo procedente de ocho grandes velas instaladas en los laterales de la bañera que humeaba como en una película de los años cincuenta.

Hacía tiempo que no me desnudaba con tanta delicadeza y aún más que no me leía párrafos de un libro. Su voz, potente y profunda, fue lo primero que descubrí de él y seguía cautivándome. Me encantaba su manera de leer, como de actor. Y él lo sabía. Y me privaban los baños calientes. Y él lo sabía. Me hizo viajar hasta el fondo de la bañera. Estaba convencida de que no haría el viaje en solitario. Me imaginaba que Louis se pondría suave. Pero me confundí. Porque, en lugar de desnudarse, se acomodó el pantalón, antes de sentarse sobre la alfombrilla de baño, y abrió el libro por la página en la que El Poeta visita a la meretriz Pies Dorados en el jirón Huatica.

Recostada en el asiento cama del avión busqué la página que mi enamorado había dejado marcada. Pero en realidad no necesitaba leer, tan adiestrada estaba mi memoria y tanto había releído desde su descubrimiento unas líneas que quería retener para siempre:

«Ella lo miraba sin emoción. Cuando Alberto estuvo desnudo, con un gesto desganado se arrastró de espaldas sobre el lecho y abrió la bata. [...] La boca de la mujer estaba junto a su oído y escuchó algo, un murmullo bajito, un susurro y luego una blasfemia. Las manos y los pies se inmovilizaron.

—¿Vamos a dormir una siesta o qué? —dijo ella.

—No te enojés —balbuceó Alberto—. No sé qué me pasa».

En aquel mi comienzo de viaje no podía quitarme de la cabeza que nada más escuchar aquella última palabra, Louis se levantó, me besó en la frente, que sabía que odiaba, y se despidió con un gesto medio acobardado, medio burlón, sellando mis labios con su dedo, advirtiéndome que tuviera mucho cuidado con «el enano».

No entendía bien cuál era el mensaje que quería mandarme con la lectura de aquel libro plúmbeo y masculino, sobre las aventuras en el Colegio Militar Leoncio Prado, por muy bien escrito que estuviera y por mucho que transcurriera en Lima, capital de un país que él sabía de sobra que no había querido visitar y al que acudía ahora muy animada por mis amigos.

Mientras leía sentí en piel propia la humillación a la que sometían a aquellos soldados. Me impresionó leer: «No me escapé, nadie se escapó». Precisamente la necesidad de escapar era una de mis obsesiones más recurrentes.



Y más aún me afectó ese otro momento de la novela en que El Jaguar, otro de los protagonistas, increpa a su contrincante Ricardo Arana, alias el Esclavo: «Me das asco. No tienes dignidad ni nada. Eres un esclavo». Porque ese era otro de mis sentimientos frecuentes en los momentos de bajón.

Sin embargo, fui consciente del mensaje que Louis quería mandarme a través de aquella lectura cuando supe que aquel colegio militar se localizaba en la avenida Costanera, 1541, de Lima. A pocas cuadras, en la calle Gálvez, en aquel mismo distrito de La Perla, vivía mi madre en una casita mínima de escaleras en la fachada que yo solo había visto en foto, a pesar de haberla financiado.

Louis sabía mucho más de mí de lo que yo creía.

Debí de quedarme dormida en mi magnífico asiento business, imaginando las estancias de aquel hogar ajeno que deseaba tanto como aborrecía visitar. Al despertar, justo en el momento en que comenzaba el servicio de desayunos, subí la contraventana del avión para mirar a través del vidrio, con la vana ilusión de que ahí detrás, no más, estuviera la casa de mi madre. Amanecía. Nos acercábamos a Lima, tal vez peligrosamente.

—¿Podemos hacernos una foto contigo? —me pidieron dos pasajeras de en torno a los cincuenta, más o menos la edad de mi madre.

—Señoras, por Dios, ¿a estas horas? —rechacé, algo avergonzada por negarme.

Como era mi costumbre, nada más el avión puso una rueda en tierra activé el móvil a escondidas. Y antes, incluso, del mensaje de roaming, tenía uno del jefe diciéndome el buen programa que había hecho Paula y lo que le hubiera gustado acompañarme en ese viaje.

—¿Qué? —dijo Pablo en tono guasón—. ¿Mensajito del novio?

—En efecto —dije, guiñándole un ojo. Después señalé hacia a Alicia que en ese momento se desperezaba.

No pude continuar la conversación ni tampoco la lectura del mensaje porque la tripulación en pleno salió a pedirme una foto. ¡A ellos no podía negársela!

Leí a Louis al tiempo que esperábamos las maletas. Leí y releí emocionada sus explicaciones, su infelicidad por no estar a mi lado, sus deseos, su frustración por tener a «la petrolera» en Madrid, su inquietud porque ella le había anunciado que iniciaría los trámites de divorcio. No hablaba de amor. Louis nunca hablaba de amor. Negaba el amor. Pero sí hablaba suave y romántico. De sexo. Y envió una

foto con doce rosas. Para acabar poniéndome sobre aviso de lo que él intuía peligros con «el enano».

Cuando quise darme cuenta mis amigos me habían dejado atrás y estaban fotografiando un cartel con el que se pretendía sensibilizar al turista contra la explotación sexual infantil. «Madre de Dios, protégeme. El turismo protege sus tesoros», se podía leer. Y entre fotos de lugares turísticos también incluía imágenes de niños. El cartel acababa con un mensaje rotundo: «La explotación sexual de niñas, niños y adolescentes es un delito grave en el Perú» y daba un teléfono: 080022210.

No tenía teléfono celular. Ni sabía cómo hacerme con uno. Ni dinero tenía para comprarlo. Ni quería ampliar más la deuda. Tampoco sabía si me dejarían usar un móvil allá dentro, que solo Carla y Margarita tenían derecho a comunicación externa. ¿Rosita? Ella ya disfrutaba de un tesoro, su bebe.

Las dos nuevas, de reciente adquisición, también carecían de teléfono. Habían llegado en la última semana procedentes de Cusco, dijeron ellas, pero para mí que venían de otro sitio porque no eran tan cholas, no aparentaban tan indias como las serranas. Ellas dos eran amigas y se habían integrado bien en El Horizonte, aunque estaba claro que no se fiaban de nosotras. Tampoco nosotras nos fiábamos de ellas, siempre tan cerquita la una de la otra.

Sin celular no podía llamar al número telefónico que había encontrado en el cuaderno de El Lolo. Mientras tanto, decidí guardar aquel papel. Con la excusa de que quería acortarme un poco más una de las faldas nuevas, pedí hilo y aguja a María, que no tenía. Fue Rosita quien me prestó una bobina de hilo y una aguja diminuta con la que imaginaba que cosería lo necesario para su pequeño. Era la primera vez que nos dirigíamos más de dos palabras seguidas, la primera vez que conocí su sonrisa, que estaba cada día más triste.

Abrí un lado de mi almohada para convertirla en custodia del papel, y la cosí sin que se notaran las puntadas recientes. Por suerte, mi madre me había enseñado a coser. Claro que, además, le subí el largo a la falda, para que nadie sospechara. Mi covacha no tenía ropero. Ahí no podía esconder el cuaderno. Así que esa misma noche me decidí por un trabajo similar al de la almohada pero más largo y pesado, en el colchón. No era tan grande la libreta, solo tuve que descoser una esquina y ahí, no más, convertí esa parte de los muelles en mi caja fuerte.

Soñé como si lo viviera de veras que aquel bruto rompía el colchón, descubría su cuaderno y, en castigo, me obligaba a dormir sobre el piso que no resultaba más incómodo que el jergón. Al día siguiente, para mi sorpresa, El Lolo no hizo más que alabar lo linda que yo estaba, como si la venganza me hubiera encendido las

pupilas con un brillo especial. Llevábamos ya unos días recibiendo una visita inesperada. De tres hombres. Habían empezado merodeando por el bar a horas atípicas para mineros y señoritas, pues eran aquellas que dedicábamos al aseo, si es que las duchas que tomábamos fuera del local, acompañadas una a una por María, podían considerarse mucho aseo.

Los jabones y los champús nos los compraba el caficho, pero nos cobraba tanto que los usábamos más bien poco, aunque decían nuestros borrachos que las muchachas de El Horizonte éramos de lo más limpio de la zona. Aquellos tres hombres, siempre vestidos de negro, habían comenzado por pasarse todos los días un rato por el local, esfumándose cuando nosotras volvíamos de la ducha. Y habían continuado apoltronándose más rato, misteriosos, vigilantes, limitándose a beber cerveza, a mirar y a intercambiar alguna palabra con María. Así durante una semana. Hasta que llegó la mañana de la pelea y nos mandaron a todas a nuestros cuartos. Lo recuerdo muy bien porque el día anterior yo había escondido el cuaderno de anotar de El Lolo. Hablaban entre ellos en otro idioma. Carla pensaba que eran rusos. De lo que alcanzamos a escuchar, reclamaban dinero a El Lobo. De él nos libraron tras la bronca.

Aunque no de forma definitiva, y menos aún de la vigilancia, pues a la de María se añadió la de uno de aquellos tipos que se habían fajado con El Lolo, que estuvo veinticuatro horas sin separarse de la misma esquina, alternando cerveza y sopa de gallina. Hasta que volvieron sus amigos, con El Lolo literalmente colgando de ellos, que lo llevaban casi a rastras, incapaz de andar, al margen de que tampoco podía hablar, ni creo que ver mucho tan morados y cerrados como traía los ojos. Ahí fue cuando lo oímos todo, porque estábamos todas en el salón y, esta vez, nadie nos obligó a marchar. Solo María cogió a los niños y salió corriendo en vez de quedarse a recibir a su hombre. Nunca lo olvidaré. Fue escuchar las voces de aquellos tipos y evaporarse. Por si acaso.

—El Lolo, o nos paga o no será con su vida con la que acabemos, sino con la de su mujer y sus tres hijos —dijo uno de ellos, y en efecto descubrimos que su acento no era el nuestro.

Ahí ya no le pegaban, al parecer ya le habían apaleado bastante; solo le rodeaban, sentado en su rincón de siempre, con el mismo mantel de plástico de siempre con sus cuadros y sus flores de colores de siempre. Incluso le abrieron una cerveza y se la dieron a beber; «Invitación de la casa», dijo uno de ellos, y los demás le rieron la gracia.

—No nos vuelva a contar que no encuentra la libreta y que no puede saber cuánto nos debe. Búsquela. Y si no la encuentra, piense bien. Y si no es

capaz de pensar, nos da la misma cantidad que dio a nuestros colegas hace tres meses. Tiene una semana —continuó el que parecía jefe del grupo, calvo como una pelota, lechoso y con una barbita afeitada que solo por eso uno ya lo imaginaba malo.

Carla y yo cruzamos nuestras miradas sin dirigirnos la palabra. Ese mismo día, decidí mi escape.

Y que me iría con mi papel y aquel teléfono anotado. Y que el cuaderno lo dejaría allí oculto, bien alojado en su colchón, de herencia para la próxima moradora de mi cuarto, deseando con toda mi alma que fuese una mujer malvada, capaz de destruir la vida de El Lolo, como entendía que él me la destruía a mí.

Tardé en poder hablar con Carla porque el mal nacido, tullido y ensangrentado, no paraba de tomar y no se desaparecía del salón ni de noche ni de día. No podíamos encontrarnos en los cuartos; estaba prohibido y, además, Rosita nos espiaba. En su presencia era mejor no hacer ni decir nada que nos comprometiera.

María se había pasado La semana llorando y Rosita gimiendo, seguramente porque había escuchado como nosotras la manera en que aquellos brutos amenazaron al caficho nombrándole tres hijos; uno era Raúl, no cabía duda. Los llantos acabaron el día en que se cumplía la semana desde que El Lolo fuera torturado. Todos amanecieron de mejor humor, hasta contentos. Él se había recuperado de forma milagrosa. Las piernas le sostenían y andaba. Le vimos salir a la hora de nuestro aseo y volver al caer la tarde, con otra cara, como de otro mundo y con una botella de vodka, con unos andares que ponían de manifiesto que algunos de sus órganos nadaban en alcohol. Aquella noche hubo jolgorio y El Lolo demostró una auténtica mejoría a su manera. Tomando y tomando, tocando a sus damitas «como si fueran un instrumento», tal cual él nos decía, y cachondeando con los mineros que hasta se levantó y dio unos pasos de baile, más bien de pato. Tanto había tomado que no hizo el menor intento de violarme, que era ese mi temor. Quedó dormido como muerto, con la cabeza sobre la mesa. Ocurrió lo mismo que la noche en la que habíamos hecho desaparecer el cuaderno. De nuevo Carla y yo nos miramos sin hablar. De nuevo nos encontramos en la cocina. Allí le conté mis planes de escapatoria y le revelé el escondite de la libreta para que ella misma pudiera declararse descubridora del tesoro en el caso de que yo estuviera lejos de allí y su vida corriera peligro. Ese era mi regalo como correspondencia a su ayuda.

Las nuevas andaban merodeando por La puerta del Local, fumando. Una era de mediana estatura y flaca, la llamaban Ana. La otra era una gorda desagradable,

con aspecto de sucia, como una de las putas viejas que recordaba de mi barrio La Victoria cuando era niña. Le decían Grace, porque aseguraba que su padre era americano. Y había mineros apasionados por su voz ronca, fruto de empalmar un cigarrillo con otro, que hasta tos de hombre tenía. Andaban por allí las dos, Ana y Grace..., y El Lolo se nos antojaba tan dormido, y Carla y yo acabábamos la jornada tan eufóricas, yo por haberle compartido mis planes y ella por sentirse cómplice de mi venganza, que olvidamos el cansancio de tanto fichaje y tanto pase con los mineros y nos aventuramos a salir las cuatro a la calle. «Cerquita de la puerta, no más» —les advertí—. Pero era tal el ambiente a esas horas, que debían de ser las tres o las cuatro de La madrugada, tanta muchacha afuera, tanto muchacho emergiendo de un bar y sumergiéndose en otro, tanta moto, tanta luz de la iluminación de los locales, que nos confundimos con la libertad y confusas que ya estábamos de tanto como habíamos tomado entramos en otros bares, bebimos invitadas por clientes conocidos y hasta bailamos, que en algo parecía notarse las clases que habíamos recibido.

Y pasó como ocurren las cosas en la noche. Borrosas. Sin que nadie se diera cuenta ni entendiera por qué. Yo bailaba con Agustín, un cliente que siempre me buscaba en El Horizonte y que aquella noche me había cruzado en Tino's. Bailábamos agarrándonos el uno al otro, cuando un borracho se empeñó en bailar conmigo. Agustín intentó recuperarme al ser consciente, dentro de la poca conciencia que llevaba encima, de que el otro me levantaba la falda. Cuando «mi cliente» me jaló del brazo para devolverme a El Horizonte, aquel bruto y fornido minero rompió una botella en su nuca y le rajó el cuello. Nunca jamás había visto yo tal hemorragia, que la sangre le manaba a borbotones, como un grifo. Fue como si en un segundo se evaporara todo el alcohol que llevaba y recuperara la vida y la memoria. Lo sé porque bastó aquel solo instante para recordar que en mi cuarto aún quedaba el hilo y la aguja que Rosita me había prestado. Recorrí los dos bares que separaban el Tino's y El Horizonte en una carrera en la que no vi a nadie, ni siquiera los restos de El Lolo en su esquina. Cuando volví al lugar del accidente, con mi botín de enfermera, Carla lucía en sostén y su polo hacía las veces de un ligero tapón para una herida más larga que profunda.

El local estaba casi vacío; el fajador, huido. Las muchachas que allí trabajaban se habían esfumado; su caficho sujetaba las piernas del herido mientras Ana le tenía un brazo, Grace el otro y Carla le sostenía la cabeza. Yo me convertí en una enfermera improvisada que le zurció el cuello con el mismo hilo y la misma aguja con la que había cosido la falda y antes el colchón, y antes la almohada. La costura quedó mucho peor que las otras, pero Agustín sobrevivió a la fealdad.

Y supe que a los pocos días había vuelto por El Horizonte para agradecerme la resurrección.

Lo supe, me lo contaron. No lo viví.

No estaba allí para recibirle.

Cuando entré a por mi falso botiquín, no me di cuenta de que El Lolo no estaba donde le habíamos dejado; creí que mis prisas me habían impedido verle. No le había visto porque no estaba. Andaba buscándonos. Para cuando nos encontró tuvo la paciencia de esperar a que yo terminara de coser al herido porque después la emprendió a golpes con las cuatro «huidas». Pasaba de dar una patada en el poto de Carla, bien llamativo con sus ajustadísimos jeans, a escupir a Ana, a darme de cachetadas a mí y arrancarle los pelos a Grace, que mejor se los hubiera arrancado todos, que nunca había visto yo unos cabellos tan feos y tan grasos. Ella y yo cometimos el mismo error: corrimos en un absurdo intento de huida. Y El Lolo, mucho más recuperado de lo que hubiéramos creído, detrás de nosotras. Resultado: acabamos la noche en el cuarto de los castigos, con un solo jergón a compartir con aquella gorda mujer que tenía siempre la imagen de lavarse poco y follar mucho.

La vi recostarse en la pared y quedarse dormida, enseñándome las tetas, como llevaba el día mostrándolas a todo el mundo. Y decidí no mirar y pensar en las fórmulas posibles de escapatoria, hasta que debí de quedar dormida con tanta cerveza como contenía mi cuerpo.

Me sobresaltó un ruido extraño. Como de alguien que estuviera nervioso y pegara golpes rítmicos contra el piso. Aquellos golpes metálicos, seguidos de un ruido nasal, me obligaron a abrir los ojos. Y ahí la vi. Era ella. En sujetador. Despeinada. Sentada en el piso y medio retorcida, Grace había extendido un polvo blanco —que después supe que era cocaína— sobre su polo tirado en el suelo. Los golpes respondían al efecto de marcar las rayas que simétricamente iba construyendo. Y los sorbos, a la inhalación de la droga.

—¿Qué miras, pequeña? —preguntó con la misma cara de pocas amigas que me había mostrado desde el mismo día que había ingresado en el convento, que así llamaba ella a nuestro lugar de cautiverio—. ¿Quieres una?

—Nunca lo he probado, no creo que sea el mejor momento. Antes o después entrará El Lolo. Guárdalo, venga, no sea que te pille.

—No te vendría mal para el resacón —dijo antes de guardarse el resto del botín entre sus tetas enormes—. Anda, usa ese cubo, niña, no sea que te orines encima —dijo señalando uno de fregar situado en el extremo de aquel habitáculo ya de por sí inmundos.

Tres rayas tenía y tres rayas se metió. Y fue hacerlo y cambiar el gesto por una

sonrisa, casi diría yo de madre. Grace sabía lo que hacía. Este no era el primer prostibar en el que trabajaba. Digamos que había hecho de la infamia su modo de vida y la defendía como oficio. Entraba y salía de los prostibares a su antojo y necesidad. Se ocupaba en uno, pagaba la deuda, ahorraba su platita, se marchaba un tiempito a Cusco. Cuando no tenía ya más plata volvía al mercado, donde sabía que alguno de aquellos falsos avisos reclamando mujeres meseras le salvaría por un tiempo su existencia y la de su familia, tres hermanos que prácticamente vivían de ella y a los que protegía para que no cayeran en su misma desgracia. No supe callarme y respondí a sus confidencias con las mías, desvelándole mis intenciones de huir de allí en un descuido.

—Te cogerán. Aquí se pasan la voz unos a otros. Y si no es El Lolo te encontrará un minero u otro. El mismo Agustín al que salvaste de morir o el caficho de otro club. Te agarrarán y te devolverán a su paraíso.

—Dirás al infierno.

—Ellos han descubierto el paraíso. Ganan plata con lo único que les gusta en este mundo: las mujeres. Muchas damitas, muchachas, y cuanto más jóvenes mejor. Así empecé yo.

—¿Eras muy joven?

—Tampoco soy tan mayor, no te vayas a creer. Tengo diecinueve años, pero a los catorce tuve mi primera experiencia. Me dijo mi madre que me mandaba a trabajar en un refrigerio, pero en cuanto llegué la dueña me obligó a «dormir a los clientes», decía ella, la muy puta.

—¿Quieres decir que tu madre te vendió?

—No la juzgo. No era la única. Así actuaban en todo el barrio. Como tantas mujeres, a ella le tocó hacerse cargo de una casa sin hombre. Mi padre venía. Le hacía un hijo. Se marchaba. Volvía. Le hacía otro. Así hasta cuatro. Hasta que no volvió más. ¿Sabes que era americano? —dijo mientras se separaba los pechos bruscamente, sacaba el polvo blanco y hacía dos caminitos que de dos sorbos se metió en la nariz—. ¿En serio que no quieres? —volvió a preguntarme antes de repetir la operación de sus pechos a la inversa—. Aquí es difícil encontrar droga pero la hay y muy buena, mejor que la colombiana —dijo haciéndose la entendida, que debía de serlo. Y se le perdió la mirada.

—Yo sospecho que a mí me vendió mi tía Rous —le conté, poniendo énfasis en el nombre de mi tía para que Grace pensara que yo también tenía algo de extranjera—. Me trajo y desapareció. Me traía a mí y a una amiga que era como mi hermana. Ella murió en el accidente que tuvimos de camino acá. Mi Yanai...



- ¡Muchacha, no llores! —me gritó bronca, poniéndose en pie y realizando un ridículo y obsceno pase de baile en el que se agarraba las tetas, se las subía y se las bajaba que daba asco. Un gesto que ya le había visto hacer delante de los mineros.
- Mi tía me trajo hasta acá y nunca me dijo que tenía que acostarme con hombres. En el viaje solo me contó que sería mesera y, justo cuando se suponía que llegábamos a Puerto Maldonado, me confesó que tendría que beber cerveza con los clientes pero nunca que acabaría fichando con ellos.
- Tu tía debió explicarte que primero empezarías bebiendo y que luego tendrías que fichar, dejarte manosear por ellos, para llegar a los pases privados. Así funciona siempre. Así funcionaba cuando yo empecé y así seguirá funcionando. Es un ciclo. Y siempre es el mismo.
- ¿Y tú por qué no escapabas?
- Yo no necesito escaparme. Me marcho cuando quiero —contestó riendo, con unas carcajadas que daban hasta miedo, mezcladas con aquellas toses de tabaco y alcohol—. Solo hui una vez, pero por los golpes que me dio un caficho que casi me mata. Un día me obligó a mamársela y yo se la mordí — y volvió a reír, y yo a cerrar los ojos y a taparme los oídos, porque no quería observar ni escuchar sus gestos ni sus palabras descaradas—. Me escapé pero me encontraron una hora después. Estuve dos semanas encerrada y me amenazaron con matarme, a mí, a mí mamá, a mi papá, y a mis hermanos y a dos generaciones anteriores, me dijeron. Nunca lo he olvidado, como tampoco olvidaré los patadones que volvieron a darme cuando les contesté que yo no tenía papá. ¿Y tú, niña, cuántos años tienes?
- preguntó, moviendo la mano como si espantara los recuerdos.
- Tengo dieciséis. Y mi amiga Yanai también. Y yo sí pienso escaparme cuanto antes.
- Eso ya me lo has dicho. Te cogerán.

Le expliqué que no tenía padre. Muerto, aunque ya lo estuviera antes de morir. Se rio cuando le conté nuestra decepción en el restaurante de Cusco, que ella decía conocer. Me costaba creer todo lo que decía, salvo los de los golpes que yo conocía en carne propia. Le hablé de la tía, y a punto estuvo de ahogarse de la risa cuando le conté el viaje con el bobo de la trimoto.

La verdad es que en todo momento pensé que nos sacarían pronto de allí, pero al día siguiente, ni agua nos dieron. Y no fue solo ese día, sino el siguiente también de total ayuno y sed, días de nervios cada vez más crispados de mi compañera de aquella nueva cárcel, que gritaba y me pedía que gritara con ella que nos sacaran de allí, cada una gritando por un motivo bien diferente. Es cierto que no me fiaba

de ella. Ni me fiaría nunca. Pero tres días de cautiverio juntas nos permitieron compartir confidencias, llantos, abrazos, risas, incluso desencuentros cuando le comenté mis dudas sobre las consecuencias de mi escapatoria. A dónde iría, qué contaría, ya no me querría mi madre, me despreciaría mi hermano y ni siquiera tenía a Yanai como aliada. Hubo incluso momentos en los que Grace me miró atenta, en un descanso entre excitación y excitación de cocaína, que cada vez tenía menos y la distribuía como si fuera oro. Me observaba hablar como observan algunas personas, como si fueras lo único en ese momento, lo que en su caso era cierto pues salvo sus rayas y yo no había más distracción en aquel lugar. Me escrutó desde sus negríssimos ojos rasgados y ligeramente saltones, que saltaban más y más cada vez en la medida que escuchaban, y se atrevió a aconsejarme:

- No intentes escapar. Pero si lo haces, no entiendo por qué no vas a poder ir a tu casa. Yo he ido y venido. Aunque reconozco que solo volví cuando mi madre murió. Nunca la perdoné que me hubiera vendido.
- ¿Cómo quieres que vuelva allá con mi mamá? Ahora nadie me va a querer. Tendré que cambiar de casa, de ciudad...
- Es cierto que Ocongate es más chiquito que Cusco. Allá se conocerá todo el mundo, pero no eres la primera que se fue y terminó en un prostibar.
- Aquí lo que hay que conseguirse es un esposo que le saque a una de acá — dije yo muy convencida.
- ¿Para entrar en otra cárcel? Conmigo que no cuenten. Ya sé para lo que vale un hombre. Yo no me caso con un minero ni por todo el oro del mundo — dijo riéndose de nuevo con aquella carcajada ronca.

No quedaban ya ni cocaína ni risas ni casi confidencias que hacernos, que ya volvíamos sobre madres, ventas, deudas y porrazos. Ni quedaba ya sitio en el cubo para derramar nuestros cuerpos. Y se abrió la puerta al tercer día, como si hubiera resucitado para nosotras El Lolo, mostrando su lado más rudo y brutal, sobre todo contra Grace cuando escrutó su mirada y descubrió polvillo en el suelo. Los golpes de aquel tercer día fueron la manera de hacernos saber que la consignación había finalizado. De momento. Me pegaba El Lolo y yo deseaba que me violara, pues a pesar de su violencia extrema en el sexo, nunca lo fue tanto como en aquellas trompadas que recibimos. Nos tiró contra el suelo, nos dio las patadas que se le antojaron, nos pegó puñetazos en todo nuestro cuerpo, salvo en la cara porque nos necesitaba para trabajar en la noche. Y no sé si fueron los golpes o los nervios, pero me oriné encima.

Siguieron noches torturadas de dolores, los huesos entumecidos, arrastrando los pies para evitar andar, llenos los músculos de moratones y el alma inundada de

pena y rabia, si bien tenía la sospecha de que El Lolo seguía mirándome de forma especial. Aunque fuera una bestia, la única brizna de felicidad que iluminaba mis días, la sola idea de que alguien pudiera desearme de verdad, sin ningún pago por medio, la sola idea de que pudieran quererme, incluso a su manera, me hacía vibrar entera. Muchas de las noches que siguieron, tomó el jefe la costumbre de hacer escala en mi guarida antes de volver a la suya. Eran noches de violación que casi agradecía, pues era como sentir que entre tanto ir y venir de hombres diferentes cada noche, que se cansaban de los cuerpos conocidos y vagaban en busca de otros nuevos, con sorpresa, existía una presencia regular, única, solo destinada a mí. Poco a poco me fui engancho a aquella droga, como Grace debió de engancho a la suya. De noche me sentía acompañada, si es que a esa relación se le podía llamar compañía, sobre todo en aquellas batallas en las que El Lolo, de puro ebrio, quedaba vencido y dormido en mi cama. De día me sentía más cobarde y más mezquina, temerosa de que el hábito se impusiera a mis deseos de huida, a mis deseos de una vida en la que no me sintiera esclava de nada ni de nadie. Aunque me consolaba, diciéndome que cualquiera en mi misma situación se habría acostumbrado.

También María me miraba de otra forma. Y no me dejaba acercarme tanto a sus pequeños. Al principio pensé que pudiera deberse al miedo a una posible mala influencia de Grace, a las drogas de Grace. Descubrí después que eran los celos. Como sentía celos la propia Grace. Lo dejó muy claro en una de nuestras charlas de muchachas, al caer la noche, en las horas previas a la masiva llegada de mineros, me escuchó quejarme amargamente de que me trataran como una prostituta, cuando yo en realidad ni lo era ni lo quería, cuando solo actuaba porque me obligaban, y saltó bramando como un jaguar: «Seas o no seas, qué más te da, no te tortures más, aquí has venido a follar, a chupar, a dejártela meter por donde sea, ¿te das cuenta? Ellos son los clientes, ¿acaso no has oído nunca que el cliente tiene siempre la razón?».

¡Clientes! ¡Clientes! —pensaba yo—. Mineros en camiseta sucia, sin mangas como los matones, que no se quitan la gorra ni para meterse en la cama. Vi llegar a Agustín, exhibiendo su cicatriz penosamente cosida. Me contó lo que ya sabía, que después de la pelea había venido cada noche a El Horizonte para agradecerme lo que hice, sin encontrarme. A él siempre le acompañaba la pendencia pues, según estábamos conversando, se acercó un tipo mal encarado e intentó amarrarme a su cintura y manosearme los pechos.

—¿Usted no se da cuenta de que yo ya estoy ocupada platicando con su compañerito? —le pregunté, con gesto poco amistoso.

—No se queje usted tanto, no se me haga la buenecita, que las de la selva son

solo unas putas. Todas iguales, les dices que se sienten y se acuestan — contestó ofendido, con aquella frase aprendida.

—¿Y usted qué hace acá, si ya tiene mujer? —le preguntó Agustín, pues al parecer aquel hombre había llevado a su esposa a trabajar también a la mina.

—Yo para el placer prefiero a las mujeres malas.

—Lo lamento. Luna ya está ocupada, amigo. Nosotros ahora vamos a pasarla bien —dijo jalándome en dirección a mi cuarto.

—Cuando vuelva por aquí, le tiraré al suelo de un mazazo —le aclaró el colega. Para cuando volvimos, después de la hora máxima reglamentaria que podíamos pasar con un cliente, el tipo había desaparecido. Luego me enteré de que se había ido con Margarita, que era la que menos hablaba, pero la que más me defendía y protegía mis intereses. Ella tenía muy claro un concepto que siempre me repetía: «Hay que saldar la deuda, darle al man la plata y en cuanto las cuentas estén claras, salir huyendo».

El Lolo no toleraba bien que las muchachas nos juntásemos siempre o casi siempre, o muchas veces, con el mismo parroquiano. Mis encuentros con Agustín le ponían bravo. Desconocía que, desde aquella pelea, el hombre no estaba en condiciones de nada más que de fanfarronear y hablar, pues por mucho que se exhibiera como si nada hubiera pasado la herida estaba fresca. Aquella noche vi cómo anotaba en su nuevo cuaderno de deudas que yo había hecho dos pases, aunque ni siquiera había completado uno y me mandó antes a mi cueva, para que me descansara, pues según él estaba pálida. Cuando en el local reinaba el silencio, entró como un loco gritándome:

—¡Si huyes, te mato. A ti, a tu tía y a tu madre! Después, me encargaré de que en tu pueblo se sepa que fuiste una puta. Y que te gustaba.

Sentía como si mi cuerpo estuviera colonizado por el demonio. Cuando estaba despierta, servía para proporcionar placer a otros. Cuando estaba dormida, me visitaba en forma de mil pesadillas. Supongo que por eso prefería no dormir. Había noches en las que me esforzaba por estar despierta. Si caía dormida, una especie de resorte en mi cabeza me despertaba tras la primera pesadilla de la noche y ya era incapaz de recuperar el sueño. Después del encierro en el cuarto de castigo todo era un continuo sobresalto. Y yo diría que nunca más he sabido dormir. Pero aquella noche anoté lo que era de verdad no pegar ojo, descifré el alma de las tinieblas. Varias veces estuve a punto de dirigirme al cuarto de Grace para increparle por su chivatería. Solo por ella podía El Lolo conocer mis planes, pero tuve miedo de que me castigasen de nuevo.

Hice cuentas; mi deuda no había mermado. Y desde la visita de los hombres de allá, que era como llamábamos a los rusos, las normas se habían endurecido. El Lolo había añadido más multas, por ejemplo si no llevábamos las uñas pintadas, y nos había subido a cuatro soles las gaseosas, que era nuestra bebida a lo largo del día antes de la hora de las cervezas.

Al día siguiente, descubrí que todo el local sabía de mis intenciones de escapar y que todos eran cómplices de frustrarlas. Incluidos los niños, quienes al verme se lanzaron a mi cuello llorando, suplicándome que me quedara.

Si pretendía huir, sería el suicidio, con todos advertidos.

Grace me miraba desde una esquina, con la cabeza literalmente pegada al plástico de la mesa, repitiendo un sonido bien desagradable al abanicarse con una ristra de condones que el día anterior había traído la asistencia médica de una asociación local. Se preocupaban por nuestra salud y, de paso, vigilaban la situación de las muchachas que trabajábamos en los prostibares del poblado. Grace se abanicaba y me miraba retadora, tanto que María, siempre al acecho, me llamó a la cocina para que la ayudara a trocear cebollas y aguacates. El Lolo los había conseguido bien frescos. Aún no sé cómo llegué a convertir esa ensalada en uno de mis platos favoritos, pero así fue: cebolla, a poder ser roja, y aguacates, a poder ser grandes y bien maduros, sal, un buen chorretón de aceite y otro de lima recién exprimida. Mientras la preparaba estalló la tormenta. Porque Grace me buscó. Literalmente. En la cocina. Se me puso delante, a un palmo de nariz, y yo con las manos manchadas de aguacate le retiré la cara al tiempo que la acusaba de chivata.

—Yo no soy una soplona. Lo he contado para salvarte la vida.

—Eso es soplonería, no más —le eché en cara, ante la atenta mirada de María que no se inmutaba.

—Yo no soy una soplona. Lo conté para que no te maten porque si te vas, te matan. Y matan a tu tía y a tu madre y a tu hermano. Que aquí todo se sabe, aquí todo se habla —dijo palmoteándose el culo reventón en sus nuevos jeans grises, al tiempo que hacía un ruido casi obsceno con unas chanclas de plástico en el mismo color verde que algunas de las sillas del bar.

Me iba convirtiendo en una pequeña estrella que, según los días, brillaba o se apagaba, al tiempo que otras perdían brillo, como Rosita, cada día más deprimida. No más la veíamos en un rincón, con sus manitas medio rechonchas, entrelazados los dedos, rodeando a su bebe continuamente agarrado a la teta, incluso cuando llegaban los borrachos y se la llevaban para adentro.

Aquella riña fue la culminación de mi estrellato. A la hora del almuerzo cada una fue dando su versión de los hechos, su versión del soplo, su opinión sobre las multas, sobre las deudas, sobre los documentos de identidad, que solo tenían las mayores de edad. Hablaron todas. Todas menos Rosita. Todas menos yo, que ya había hablado bastante la noche anterior y no deseaba más sorpresas. Parecía que estábamos de fiesta, pues El Lolo había desaparecido. Incluso a María se la notaba más contenta. Por primera vez la veía con aretes en las orejas, unos aretes muy grandes que le había regalado Grace. Además, llevaba unas sandalias blancas de plataforma, destalonadas, en lugar de las chanclas de plástico igualitas a las que llevábamos nosotras.

Aquella mañana Margarita hizo una colecta entre todas las compañeras para comprarme el lote de condones que yo no había recibido de las asistentes. Cuando venían ellas o la policía, las menores de edad teníamos que escondernos por lo que no había recibido aquellos preservativos, porque si nos encontraban acusaban de prostitución al local. Margarita me enseñó a usarlos, decía que ya me estaba arriesgando demasiado, los mineros traían enfermedades que yo no me podía ni imaginar.

—A estos cerdos les gustan las muchachitas jóvenes como tú porque creen que ustedes están más limpias, pero tú eres la que tienes que protegerte porque ellos lo que se dice limpios no son.

—¿Tú crees que El Lolo me dejará usarlos?

—Exígeselo, no sea que te haga un niño.

El Lolo llegó por la noche cuando estábamos todas en faena. Según nos íbamos quedando libres, antes de sentarnos con otro cliente, nos fue llamando una a una a nuestros cuartos para entregarnos lo que había comprado: ropa interior nueva para todas. A mí me dejó para el final. Estaba suave y dulzón. Sus ojos rasgados estaban aún más achinados y burlones aquella noche. Mi ropa interior era una mezcla de rosa y fucsia, los colores de la kantuta, la flor con la que yo me había criado, que no olía pero me llenaba de alegría con sus tonos. Sin embargo, la felicidad duró muy poco. Ni siquiera para disfrutar de los zapatos de taco que, me dijo, era la única para quien había traído. Porque no se conformó con entregarme mis prendas. Me obligó a probármelas delante de él.

—Quítate la ropa como te enseñaron. Despacio. Muévete.

Hice lo que pude, con mayor o menor gracia. Y en el momento en que me ponía el tanga me atrajo hacia él. Intenté ponerme el pantalón que me había quitado pero me lo arrancó de las manos, me sentó en sus rodillas y él mismo me ajustó el

sostén, todo delicadeza y todo tocamientos. Se escuchaba la música atronadora del local. Se escuchaban grititos apagados de las muchachas y las voces ebrias de los mineros. Y yo no podía decir una palabra, mientras El Lolo muy pegado a mi cabeza me susurraba al oído: «Ahorita, dime que te vas a ir, dime que vas a huirte de aquí... A ver quién te va a tratar así de bien como te trata aquí tu man...». Me escurría de sus piernas. Me escabullía a mi manera. Hasta que grité: «¡Mamá!». Y me dio un bofetón y me agarró y retorció los labios como solo antes lo había hecho mi papá.

—Si quieres ganarte tu platita, ya sabes lo que tienes que hacer. Esta ropita le va a volver loco al Agustín y a más de uno. Y me vuelve loco a mí, ¿me entiendes?, ¿me entiendes? —repitió con la cara trastornada, con el gesto frío de quien es capaz de matar. No sabía si me daba miedo o si lo que sentía era asco. No sabía si le podía querer como decía que me quería él.

—Voy a salir. Hay clientes que atender —dije.

—Primero tienes que atenderme a mí.

Nunca antes había tenido en mi boca el miembro de un hombre. Sentí asco y, al primer envite, una primera arcada. Desconocía cómo debía actuar. Levantaba mis ojos para mirarle y solo encontraba una cara extraviada con los ojos cerrados. Yo no me movía, solo le dejaba hacer. Entraba y salía con cuidado de no llegar a abandonar nunca mis labios. Mi boca era un contenedor mudo, inmóvil, casi paralizado. Eso era yo: una boca. Él no iba a consentirlo, entre otras cosas porque aunque sus suspiros o lamentos parecían responder a una gran excitación, su miembro se desvanecía. Él lo rodeó con sus manos al tiempo que me pedía que cerrara la boca. «Con fuerza, puta», me ordenó furioso. Tenía ganas de morderle. Quería verle muerto. Doblemente muerto le quería. Prefería sus violaciones. Prefería que volviera a abofetearme y a retorcerme los labios. «Aprieta más, puta». Y por su suspiro y la recobrada fuerza de su miembro supe que ahora sí hacía bien mi trabajo. Entonces me llevó las manos hacia su pene para retirar las suyas y me enseñó los movimientos, como si fuera tonta. Debí de hacerlo bien porque unos segundos después casi me ahoga con su miembro y con su semen, no sabría especificar el orden, prólogo de aquella sensación ácida y viscosa que jamás he olvidado. Sus gritos de animal herido como acompañamiento fueron seguidos de otros gritos mayores, ahora al tiempo que ocultaba su miembro aún enhiesto en su pantalón, no sin gran torpeza, gritaba como un poseso «puta, asquerosa». Ahora con razón: su semen y otros alimentos se esparcían por el suelo. Yo había vomitado.

—Límpialo, muchacha —dijo sin mirarme—. Mañana, volveré a la misma hora. Si tienes oportunidad, ensaya. Eres muy mala. Límpialo y vuelve a la sala.

Y me hizo salir. En sostén y tanga.



Eran las seis de la mañana. Aún lo recuerdo y me entran ganas de bailar. Ni entonces ni ahora podía ni puedo retirar de mi cabeza los acordes de la canción de Juan Luis Guerra, esa canción. «Eran las seis de la mañana...» empecé a tararear, como canturreo ahora. Pero pronto aquella melodía fue sustituida por otros sonos, los del taxi, donde sonaba una canción bien distinta, cuya letra tampoco he podido olvidar: «Que me lo den, que me lo den, que me lo den en vida. Lo que me vayan a dar, que me lo den en vida, no vayan a esperar después de mi partida...». Aunque eran las seis de la mañana y estábamos en Lima.

—Ya sabéis, chicas, lo que queráis darme, dádmelo en vida —dijo Pablo divertido, girando medio cuerpo desde el asiento del copiloto para mirarme de una manera especial y contarme, contarnos, que aquel tema que escuchábamos era del Gran Combo de Puerto Rico, según él una formación bien conocida de esas en que un nutrido grupo de músicos de chaqueta y corbata bailan al mismo tiempo, coreografiando el escenario y llenándolo de canas.

—¿Es que tú sabes, mi amor? —dijo mi amiga, imitando el acento caribeño—. Mi hermanito es un loco de la salsa. Pídele una canción y te la cantará. Y no sabes cómo baila el caballero.

No era el momento de cantar ni de bailar. A esas horas tempranas el tráfico era caótico. Estábamos en un taxi green que Alicia se empeñó en coger siguiendo la recomendación de no sé quién. Era impresionante el trasiego y la velocidad a la que pasaban las personas y las cosas. Aparecían ya las primeras luces del día aunque los relojes marcaban aún la madrugada. La ciudad amanecía temprana y enérgica. O por lo menos aquel conductor había amanecido enérgico. Manejaba el coche como un loco, hacía sonar el claxon a la mínima. Cambiaba de carril como si fuera una moto. Se metía entre los autobuses sin la menor preocupación, al tiempo que iba describiéndonos la clase de vehículos que sorteaba como si aquello nos interesara mucho, provocándonos cierto enojo, en especial a mí que había dormido esa noche con el sueño truncado, como todas las noches, y que

había despertado más bien esquiva, como todas las mañanas.

—Esos de ahí se llaman combís —nos explicó señalando hacia unas furgonetas en las que unos hombres leían el periódico, escuchaban música o desayunaban lo que les hubieran preparado en casa—. A esos les queda poco de vida. Son carros de los ochenta y a medida que se van estropeando los van retirando de la circulación. Los ómnibus más grandes —dijo esta vez, apuntando a su izquierda—, más nuevos y más cómodos, se llaman micros.

Para mí eran todos iguales, de no me mires, pero sobre todo de no me engullas, no solo porque tan de cerca impresionara su tamaño sino por el movimiento anárquico de la ciudad a primera vista, y que fue el preámbulo de un caos monumental que pudimos comprobar durante nuestra estancia.

Mis compañeros de viaje insistían en que tanto desorden no debía serme ajeno, seguros de que aquello me debía traer recuerdos de la infancia. Pero todo, como a ellos, se me antojaba nuevo y me obligaba a pegar la cara al cristal tan fresquito, frente al calor pegajoso que ya empezaba a perfilarse, tan rico..., nosotros que veníamos de la nieve madrileña.

—¡Menudo mogollón! —exclamó Pablo, que grababa con su móvil el lío espectacular que había en la carretera que nos conducía al centro de la ciudad, donde se suponía que estaba nuestro hotel. Pablo y sus vídeos, puro vicio.

—¿Mogollón? —preguntó divertido el driver—. ¡Ese es mi apellido!

Ya no nos atrevimos a abrir la boca, no fuera a ser que metiéramos la pata. Solo siguió hablando él, señalando lugares excepcionales, enseñándonos a lo lejos el Palacio de Justicia, un edificio neoclásico de la primera mitad del siglo xx. Cerca de este, un grupo de grandes rascacielos hacían sombra a edificaciones más chiquitas, que en cambio retozaban pintonas de colores.

—Allá pueden hacer un gran desayuno si tienen ustedes buen filo —nos dijo, señalando hacia un pequeño chiringo que, al menos desde el coche, brillaba en todo, menos en limpieza. Rodeado de baldes y bidones se anunciaba con un cartel apenas legible: «Desayunos de café o té o de manzanillas».

—Buen filo es comer bien —traduje a mis amigos, y luego me dirigí al conductor—. No, señor, ya vamos al hotel, no queremos parar acá.

Al taxista no había quien le callara, siguió contándonos las historias de los edificios donde, decía, no se administraba justicia sino que se administraban los

pesos, porque eran muchos de ellos sedes de bancos, sin más peculiaridad que la de estar allí en Lima, iguales que los de Madrid, Londres o Nueva York, aunque nada tuvieran que ver con los que me habían admirado y casi abrumado en mi visita neoyorquina del año anterior, que era mi referencia arquitectónica permanente.

Y no sé si fue la energía de pensar en Louis, con quien había realizado aquel viaje, el caso es que podría señalar aquel instante como el preciso en el que recibí uno de sus mensajes, dándome la bienvenida a mi ciudad, que ya sabía él que había llegado, y empezando a dictarme normas sobre lo que comer y lo que no comer, recomendándome a la voz de ya un ceviche y un pisco, como si fuera lo que mi estómago pidiera al amanecer. Nuestro conductor nos contó que podíamos casi fiarnos de cualquier cevichería de las que viéramos cerca del hotel, porque el distrito de Miraflores era un lugar seguro donde comer y pasear. «Allá todo es bueno», nos dijo, con una expresión de bondad que yo veía a través del retrovisor, y que me recordaba a los gestos de gentes que había conocido de niña, aunque ese barrio, como todo lo que estabaviendo desde el carro, fuera una auténtica novedad para mi vida.

Solo la luz y los olores trasladaron mis sentidos a mis días de infancia limeña, en los que mi madre se afanaba porque estudiáramos y mi padre nos obligaba a levantar a empeñones y a gritos porque su esposa ya había marchado a trabajar. A él le gustaba acompañarme hasta mi escuela de niñas, y era mi felicidad, aunque años después descubrí que lo hacía porque así pasaba él por el lugar favorito de sus sueños, después de los bares, el estadio de fútbol, del que era un auténtico forofo. Y me vinieron de pronto los nombres, del colegio y del estadio —Isabel La Católica y el club Alianza—, y la imagen del patio de juegos, y el color azul marino del polito que llevaba. Me vinieron los olores de la combustión de los carros, a petróleo mal filtrado, los vapores que salían de algunas casas en las que se cocía gallina para el caldo, los olores nocturnos del alcohol al queapestaba mi padre. Y aquella luz, como si una capota gris se empeñara de continuo en cubrir el cielo que nos había recibido en Lima, mi ciudad amada y olvidada, mi ciudad odiada y recordada, guarida de mis misterios.

—Hoy no va a llover —dijo el chófer al tiempo que su limpiaparabrisas entraba en funcionamiento.

—Pues está lloviendo —observó Pablo.

—Es garúa, no más. Como la garúa que cayó en la noche —siguió como si se negara a la evidencia.

—Esto es como el calabobos de España —les conté de mejor humor y más despierta.

- Desde luego, parece que seguimos en España —continuó bromeando Pablo—. Por primera vez en mi vida no ha cambiado el operador de móvil, aunque el roaming no nos lo quita nadie.
- Y yo acabo de ver varias gasolineras Repsol —dijo Alicia—. Eso sí, seguro que la gasolina es más barata. Parece que los colonizamos de nuevo —siguió Alicia dirigiéndose al conductor, que, lejos de tener rasgos andinos, era alto, moreno y con una magnífica planta que me recordó a la del escritor Mario Vargas Llosa.

Definitivamente existía la magia entre esa ciudad y mis deseos. O era la sensibilidad que me incapacitaba para controlar mis pensamientos. O fue tal vez la consideración de que Alicia no hacía bien tratando a un peruano como si fuera ella la reencarnación de Pizarra. No podría saber el motivo exacto pero sí que inmediatamente volvió a mi mente el libro encomendado por Louis, y de golpe me colonizaron esa ciudad y sus perros, y el barrio de La Perla donde se ubicaba el centro militar, su escenario. Me prometí que esa misma tarde daría un paseo rápido por aquellos lugares en los que me había perdido durante el vuelo, de los que no conservaba ningún recuerdo aunque estuvieran ligados a mi existencia anterior y a mis fragilidades.

- Yo os abandonaré esta tarde. Mis lecturas me obligan —les dije burlona— a visitar lo que fue el Jirón Huatica y desde luego el colegio en el que se centra gran parte de la historia de La ciudad y los perros —les expliqué sin contarles que, además, buscaría la casa de mi madre y pasearía por mis rincones del barrio de La Victoria, que teóricamente conocía y a los que mi memoria parecía hacerles trampa. Les confesé que el libro en cuestión era una recomendación de Louis, lo que había mantenido en secreto, y ojalá no hubiera desvelado porque sirvió de bromita pesada durante el resto del viaje.
- Señorita, hace ya muchos años que el Huatica pasó a ser Renovación. Si pasea por ahí, solo verá un bulevar con casas reformadas y comercios. La mala vida se ha trasladado de calles. Ahora puede pasear muy bien por allá. Antiguamente la hubieran confundido, aunque es usted demasiado fina como para equivocarla con una meretriz —dijo el taxista informado, que nos explicó además que un jirón era una gran vía compuesta por varias calles.

Louis volvió a escribirme haciéndome un montón de interrogantes: si estábamos ya instalados en el hotel, si había terminado de leer el libro, si me había gustado, si había despertado mi conciencia peruana... Demasiadas preguntas que no podía enunciar en voz alta, so pena de ser juzgada como lo que era, una mujer sometida

a un amante. Era como si Louis tomara mi cuerpo y mi cerebro para intervenir en mí, en mis actos, en mi vida que había que organizar a su antojo y semejanza.

Le mandé unas cuantas fotos de chavales vendiendo prensa en los semáforos, para que fuera consciente de que aún nos encontrábamos camino del hotel. Un trayecto que se estaba haciendo largo y tedioso. Después le envié otra en la que aparecían taxis azules, verdes, grises y negros, todos con el mismo dibujo ajedrezado en los laterales. «No son de Nueva York pero me recuerdan a los de allí. Ya te echo de menos», le escribí.

Los cláxones de nuestro conductor y los de alrededor, cuyos coches se cruzaban en plena calzada, cosa que decía Pablo no haber visto más que en África, rompían el ambiente de paz al que sin duda contribuía el rojo de la mínima flor del flamboyán, ese regalo tropical de copa espesa, baja y horizontal, de presencia cada vez más contundente según nos internábamos en los mejores barrios de la capital.

El taxista, animado en su papel de guía, nos contó que Lima tenía cerca de nueve millones de habitantes y con las personas no censadas podía alcanzar los diez. Yo ya solo pensaba en habitación y cama, en llegar al hotel para poder estar un largo rato en silencio, sin aquellos pitidos y sin aquel ronroneo continuo del pobre hombre que se afanaba en describirnos la ciudad, que ahora nos decía dividida en cuarenta y siete distritos.

En aquel modesto hotelito del barrio de Miraflores no íbamos a encontrar lo que veníamos a buscar. No era un hotel «de chicas». Aquí había alguna familia, algunos hombres que parecían de negocios, gente de otras partes del país reunidas para una boda, tal y como creí entender en el desayuno, que atrapó de nuevo mi memoria con el jugo de la guayaba, espeso y sabroso, jugo que Alicia despreció y yo tomé por partida doble.

Aquel hotel «mono y limpio», como lo llamó la interiorista sin dar más datos del horror que sentía, era en cambio para mí un lujo comparado con la imagen de estancia peruana que había guardado en algún cajoncito de mi cerebro de modo personal e intransferible. Allí, en efecto, no íbamos a toparnos con jóvenes víctimas de trata ni tampoco con el vergonzante fenómeno de turismo sexual sobre el que nos habíamos documentado. Pero en aquel momento yo no quería encontrarme nada ni a nadie. Solo dormir.

Soñé. Mezclé mis personajes con aquellos que deseaba encontrar, con los míos, con los antiguos, con los del libro. Soñé que me mordía un perro, una pesadilla recurrente desde hacía un tiempo. Soñé que se quemaban mis ropas a la luz de

unas candelas. Ni un sueño amable. Nada nuevo. Muchas pesadillas. De nuevo sombras. Y un deseo absurdo, el mismo que había tenido cuando subí al avión, el de una sorpresa de Louis. Deseaba bajar a recepción y encontrarlo ahí, recién llegado, pidiendo la llave de mi cuarto. Un deseo irreprimible. Un deseo absurdo, como casi todos mis deseos en relación a Louis. Absurdos por irrealizables, por inalcanzables, por masoquistas. Debía dejar a Louis para los sueños y aparcarlo para los deseos.

Ahora tenía que concentrarme en atrapar lo que pudiera de mi pasado y trabajar en nuestro reportaje. Pablo quería comenzar con una frase leída por mí y pretendía que recuperara en lo posible mi acento peruano. Tenía que ver con un dato que había leído en la documentación que había repasado en el avión, donde se había dedicado a «mucho más que ver películas», me dijo antes de que yo cerrara la puerta de mi habitación.

- Ensayá, quiero que quede contundente. Quiero que sea una frase impactante para quienes vean el reportaje. Quiero que sea una frase que después la gente sea capaz de repetir —insistió.
- «El 53% de las mujeres víctimas de trata en Perú son niñas de entre trece y diecisiete años». «El 53% de las mujeres víctimas de trata en Perú son niñas de entre trece y diecisiete años» —le repetí dos veces, las mismas que se me llenaron los ojos de lágrimas.
- Duerme, anda, que se te ve muy cansada —se despidió besando mi frente, que entonces sentí como de niña chica.

Recité en voz alta aquel mantra cien veces. Casi lo grité. Frente al espejo. Como repetía las cosas y las frases que buscaba anclar en mi memoria. Como repetía muchas veces el enunciado de aquellos acontecimientos que deseaba que llegaran a mi vida, casi de forma supersticiosa. Debía haber insistido con más convicción para que Louis se presentara allí a compartir conmigo aquella experiencia que ya imaginaba de iniciación.

No fue tarea sencilla la de convencer a mis amigos de que me quedaría sola aquella tarde para recorrer los barrios que más me interesaban, ni explicándoles la importancia de reencontrar mi pasado más íntimo. «No hay mayor intimidad que la que se produce en soledad», les expliqué con cero éxito. No hubo más remedio que transar, que al parecer era mi sino, toda la vida negociando. Quedamos en que antes del almuerzo ellos me acompañarían en un taxi para cerciorarse de que estaría a salvo paseando sola por aquellos lugares. Si daban su consentimiento yo podría hacer lo propio por la tarde, antes del anochecer, pero esta vez sola, en otro taxi.

Me hubiera gustado grabar sus caras y sus comentarios, sus gestos, su sorpresa permanente ante la visión de una sociedad que en su esencia también para mí era novísima. Aquel teórico recorrido protector se convirtió, en realidad, en una visita de prospección y localización para Pablo, que iba anotando y tomando imágenes con una cámara pequeña de las cosas que al día siguiente pensaba grabar él solito, recalcó, y me miró cómplice de mis reclamadas soledades.

Nos fascinaron el sinnúmero de vírgenes que se veían por todas partes. Imágenes pintadas en las paredes, por hechas polvo que estuvieran, estatuillas sobre hornacinas en cada esquina. «Esta gente es más devota que la de Sevilla, mi arma», ironizó Pablo.

—¡Pare, pare aquí! —le gritó al taxista, frente a un cartel gigante que en primera instancia recordaba a una pintura de Frida Kahlo o Diego Rivera. Y bajamos los tres, de veras asombrados, para hacer pequeñas tomas y unas fotos del afiche que ocupaba una pared completa, sin saber muy bien si respondía a la pintada de una virgen más o a la de una gran mujer criolla de labios muy carnosos y con una falda gigantesca, cual manto, en la que recogía las caras y los cuerpos de otras congéneres, vírgenes o no, nos daba igual.

—La estética no me gusta nada —protestó Alicia—. Pero sí la idea de que sea un homenaje a las mujeres de este país, un homenaje a las mujeres fuertes.

—No os extrañéis. No podéis ni imaginar la cantidad de mujeres cabeza de familia que hay aquí —comenté.

—Claro que lo sabemos. Un 20% de los hogares tiene como jefe a la mujer. Nos lo dijo el listillo de tu novio el otro día —se apresuró a concretar Pablo.

Le mandé una foto a mi listillo. La de la virgen o gran mujer, con una sola frase: «Esta ciudad está llena de vírgenes..., lo pasarías bien». No esperaba una respuesta tan casta, es más, no esperaba ninguna contestación. «Ya no me gustan tan jóvenes. O tan puras. Parece mentira que no lo sepas». Y pasó de una de sus pasiones, el sexo, a la que él decía que era la segunda, la comida. Louis se volvió loco. Me mandó repetidas veces el mismo mensaje: «No podéis marcharos de Lima sin comer en uno de los restaurantes de Gastón Acurio». Creía que así, tan insistente, le haríamos caso, probando los platos del mejor chef peruano y uno de los mejores del mundo. Louis ya me había invitado a Astrid y Gastón, en Madrid, y ya sabía yo de qué materia culinaria se trataba. También Alicia y Pablo conocían el restaurante pero mejor aún conocían los presupuestos de una pequeña cadena de televisión y sabían que no daban de sí para grandes banquetes, por más que mi novio se empeñara en recalcar que Gastón tenía en su cadena establecimientos mucho más baratos.

Mis amigos me prohibieron contestarle. Allí, cerquita de la virgen grande, íbamos a decidirnos por un restaurante «de menú», con pizarrón en la calle, que a mí me llamó la atención porque se autodenominaba de Fusión Oriental.

—Chicos, vamos a probar unos tequeños con queso, que son una especie de deditos de masa rellenos de queso —sugerí—. Nos los hacía mi mamá cuando éramos pequeños, que había aprendido de su hermana la viajera. Yo no iba a muchos restaurantes, pero además de los tequeños hay un plato que debemos probar de inmediato que es el lomito saltado, que aparecía fotografiado en el menú con bien de cebolla roja, papas fritas y un cuenquito de arroz.

—¿No vamos a comer ceviche? —protestó Alicia, amante del pescado crudo.

—Esta noche si quieren. Aunque yo soy tan experta que dudo que vayan a probarlo mejor que en mi casa. Pero antes de irnos tienen que tomar dos cosas más, si no se me hacen los muy señoritos. Primero, los anticuchos, que es corazón de res macerado en tres diferentes ajís, que son una especie de pequeños pimientos picantes, como guindillas —les expliqué sin darles tiempo a preguntar. Ellos me miraban divertidos, hasta que caí en la cuenta de que había pasado a hablarles de usted, metida ya totalmente en faena peruana.

—¿Y segundo? —preguntó Pablo.

—El cuy, una especie de hámster, según muchos, conejo, para otros, una clase de rata. Hay quienes lo adoran, mientras que otros lo detestan. A mí me encanta —mentí, sabiendo que sería la única manera de que probaran lo que algunos definían como un manjar.

En el almuerzo se nos unió un especialista de una ONG que no quería aparecer en nuestro reportaje, ni siquiera dar su nombre, pero que estaba dispuesto a revelarnos la razón de esas cifras tan oscuras que convierten a Perú en un país tan especial desde el punto de vista de la trata de mujeres y niñas.

—Aquí muchas familias aceptan que hombres de veinticinco años se emparejen con muchachas de catorce. Ellos pueden darles a las niñas una vida mejor que la que tienen en sus hogares. Tienen que ponerse en la piel de un país en el que ocho de sus treinta millones de habitantes son tan pobres que cien dólares les sacan de la indigencia.

—Mientras haya tanta pobreza poco se puede hacer —concluyó Alicia.

—Mientras haya mafias y gente dispuesta a esclavizar a otros, querrás decir —corté, un poco enfadada y con unas tremendas ganas de que acabara ya esa comida para poder perderme sola por la ciudad, una vez que mis



- colegas se habían convencido de que nada malo podía sucederme.
- Lo que ocurre es que aquí se continúa con la idea de que las mujeres son proveedoras sexuales y proveedoras en el hogar —contestó nuestro acompañante—. Las jóvenes peruanas tienen menos prejuicios a la hora de vender favores sexuales. No sé si han oído hablar de una nueva moda en internet que aquí está funcionando entre las muchachitas. Son las quinerifas.
- ¿Perdón? —preguntamos Ali y yo al unísono.
- Las quinceañeras transan sexo a cambio de dinero. La adolescente sorteada entre un reducido grupo de jóvenes una noche de intimidad. Los boletos se venden a cincuenta soles y las convocatorias se realizan a través de las redes sociales. Las chicas son casi todas menores de edad. Y entre los ganadores hay menores, pero también adultos, con lo que se está incentivando un nuevo tipo de prostitución infantil. El otro día pusieron un reportaje en televisión y una de ellas decía: «Podemos darles una noche de satisfacción o lo que él desee».
- ¿Y por qué hay tanta trata interna? ¿Por qué no hay tantas peruanas como colombianas vendidas fuera del país? —preguntó Pablo, sacando su vena periodística justo en el momento en el que yo quería salir ya de aquel local, donde se comía bien, pero que no era precisamente el colmo de la comodidad.
- La mujer peruana no es tan bonita como la colombiana, ¿ya? Luego hay que tener en cuenta que acá el 70% de la actividad económica es informal.
- ¿Ilegal? —interrumpió Pablo inquisidor.
- No exactamente. Hay economía ilegal, pero hay otra actividad informal o sumergida que se está intentando regularizar. En ese clima es más fácil que haya trata interna y no solo de mujeres con fines de explotación sexual, sino de chicos, de hombres que son engañados y explotados laboralmente. Hay niños en las minas trabajando con once, con doce años, allá por ejemplo en Madre de Dios, donde me han dicho que ustedes van a ir, allá hay minas con muchachos —nos explicó. Sacó una carpeta de gomas y nos enseñó la fotografía de un chaval que no tendría más de once años del que solo salía la cabeza del agua, mientras el cuerpo trabajaba en la extracción de oro—. Los chicos son las víctimas invisibles del delito de la trata de seres humanos.
- Entonces llevan chicas a prostituirse a los poblados donde están los mineros —concluyó Alicia, que tenía casi tanta prisa como yo, aunque ella pretendía visitar el barrio colonial en busca de inspiración.
- Los mineros creen que cuanto más jóvenes sean las muchachitas, más

suerte les darán para encontrar oro.

—Mire, doctor, yo me voy encontrando un poco mal, el viaje me ha cansado mucho. Así que si no le ofende voy a irme al hotel y mi amiga me va a acompañar. Pero estoy segura de que nuestro compañero querrá seguir hablando —mentí, y mentí con un gesto de agradecimiento a Pablo, poniéndome la mano en el corazón.

Tenía que aprender a relajarme y disfrutar de la tranquilidad de aquella gente y de mis propios compañeros, en contra de mi pulsión hacia las prisas, en contra de mi costumbre de saltar de un tema a otro según los usos de los programas de televisión. Yo sentía urgencia por salir del restaurante. Y Alicia sentía urgencia para aprovechar La buena Luz que Le permitiera disfrutar de Los edificios de La ciudad. Pero justo en el momento en que nos despedíamos nuestro amigo pidió una botella de Inca Kola. Alicia, de natural ansiosa, no se movió hasta que Logró probar aquel líquido amarillo, burbujeante y con sabor a hierba Luisa que en mi país se consumía más que la Coca-Cola.

Cinco minutos después, muertas ambas de la risa, entrábamos cada una en nuestros respectivos taxis. Alicia en dirección a la Plaza de Armas y yo hacia La Perla.

No estaba segura de querer reencontrarme con mi madre, pero sí necesitaba encontrarme con mis recuerdos, aquellos que habían despertado en mí la novela de Vargas Llosa. Quería reconciliarme con mis olores, con Los sonidos olvidados, con Los rasgos, con Los andares, con Las miradas de aquellas personas a Las que había perdido diez años antes al marcharme a España.

No sabría decir si fue un impulso. O si fueron Las condiciones cercanas a la insalubridad del taxi. Lo cierto es que, más o menos diez minutos después de haber entrado, pagué y salí dispuesta a caminar en dirección al Callao pero sin despreciar la posibilidad del vagabundeo, tan extraño a mis hábitos. Estaba determinada a disfrutar. No a sufrir, ni a torturarme. Con esa actitud, la ciudad y sus calles me entraban por los poros, hasta convertirme en una de los suyos. No recordaba que mi Lima natal padeciera entonces aquellos problemas de tráfico, ni recordaba tanto policía en sus calles. Ni tantos olivos, diseminados por plazas, por jardines y por calles, que al parecer había traído Pizarro. Me dejé caer entre la gente, entre los grupos de mujeres con niños, como todos los niños del mundo, con sus uniformes y sus mochilas, recién salidos del colegio, de cabellos negros y brillantes como el mío, con flequillos rectos como recordaba el flequillo de mi hermano; mujeres con faldas largas, muy propias de la tradición andina, mujeres con traje de chaqueta y tacones, maquilladas como todas las trabajadoras del mundo, rubias muchas, con el cabello tan trabajado como ellas mismas.

Miraba a las muchachas y pensaba cuántas de ellas podrían caer en las redes de la trata, cuántas decidirían cambiar de vida, y se encontrarían obligadas a prostituirse. Nos lo había dicho el responsable de la ONG, Lima era un gran proveedor de aquella materia prima tan valiosa, aunque, en realidad, las sirvieran como mercancías desde Iquitos, Cuzco u Ocongate, desde todo Perú a los lugares en los que había masificación de hombres trabajadores, mineros, madereros...

Entre los barrios de Miraflores y del Callao, donde me llevaban el libro y mi mamá, había más o menos una hora y media a pie. Entre el de Miraflores y Gamarra en La Victoria, adonde simplemente me llevaba el libro, había más o menos una hora y media a pie. Cualquiera habría elegido la primera opción para ver a su familia. Cualquiera que no llevara diez años, desarraigada, sin contacto con ella. No sabría explicar muy bien cómo ni por qué tomé la decisión. Supongo que fue un acto fallido. Tal vez la casualidad. Quizás una equivocación, ya que nunca había sido una experta lectora de planos. Lo cierto es que tiré hacia La Victoria. Me desesperé al no encontrar lo que en su día había sido el Jirón Huatuco, ahora conocido por Renovación. Fui a dar a un mercado campesino en 28 de julio, donde la variedad de frutas me iluminó la memoria de sabores más allá de la guayaba y el mango..., la palta, la granadilla, la tuna. Busqué sus formas conocidas, sus colores, hice fotos, mandé alguna a mi Louis en su faceta amante del tipismo, toqué, miré y me detuve en un puesto, no en otro, no en aquel, en ese concreto, en el que al levantar la vista topé con unos ojos que me removieron el pasado, sin encontrarle forma. Estaba a mi lado. Con una mujer a su derecha que me miró soez, algo ebria. Ella pareció reconocirme aunque no me llamó por mi nombre. Pero se empeñó en abrazarme, «como cualquiera en ese estado», pensé, no más. Él sacó una pequeña tarjeta del bolsillo trasero de sus jeans y me la puso en la mano. Yo, paralizada, consentí en admitirla sin saber a ciencia cierta si aquellos dos fantasmas eran parte de mi desmemoria, sin comprender qué significaban en mi presente y qué pasaría con ellos en el futuro. Leí la tarjeta: «Cevichería Mary. Avenida Miguel Grau, 144. Teléfono (01)4278199».

Literalmente noqueada pregunté allí mismo por el camino que debía tomar en dirección a Gamarra. Y anduve durante unos quince minutos hasta que me encontré dentro de un río de gente que serpenteaba entre tiendas en uno de los distritos de compras más grandes de Perú, según me dijo un muchachito que comenzó a caminar junto a mí en busca de unos soles. Y yo, que en otras circunstancias le hubiera obligado a volatilizarse, le utilicé como moneda de compañía. Nunca había visto una concentración humana similar, ni de paseantes ni de compradores ni de comerciantes. Ropa y más ropa, en una zona que «desde hace años fue fábrica de tejidos y que ahora es el centro clave del comercio acá, en cuarenta y cuatro cuadras», me contaba mi improvisado guía que me subió

hasta la terraza de un edificio muy divertido. Tres pisos con balcones de barandillas rosas y amarillas, de unos cien metros de longitud, abarrotado de maniqués, como si todas esas «mujeres», vestidas de manera distinta, estuvieran mirando a los paseantes.

Subimos a la terraza e hice fotos a la calle desde allí, de la gente, de los vendedores ambulantes, de un bebé metido en una bolsa de compra atada a un carrito de llevar maletas o de un perro que ladraba subido a un carro cargado de ropa.

Allí mismo seleccioné cinco prendas de colores llamativos y le mandé una foto a Louis con un mensaje: «Acá el mundo se ve en colores». Más tarde le envié una que me había hecho mi acompañante, él desde la calle, retratándome a mí en las balconadas junto a las maniqués, como si fuera yo una más.

—¿No sabes lo complicado que ha sido separarse del muchacho! —confesé a Alicia, mientras esperábamos a Pablo en el lobby del hotel para ir a cenar.

—¿Cómo se te van a resistir los hombres con ese traserito y esos ojos! —contestó mi amiga, bromeando.

—El chico solo se ha conformado con decirme adiós cuando ha visto mi billete de cincuenta soles en la palma de su mano. Él mismo me ha parado un taxi en la primera calle no peatonal que hemos encontrado. Ahí ha acabado mi aventura limeña. Mañana tengo que dar otro paseo hasta que volemos hacia Puerto Maldonado —le confié, sin contarle que en realidad quería encontrar la casa de mi madre y el colegio de Vargas Llosa.

—¿No has comprado nada?

—No he podido con tanta gente mareándome. Tampoco he visto nada de enamorar —confesé ante la atónita mirada rapaz de Alicia que había adquirido varios jerséis de alpaca, algún gorrito típicamente andino y unos pendientes de plata en los comercios de los alrededores de la Plaza de Armas.

La noche limeña nos acogía bien oscura. Nos conducía un taxi hasta un moderno restaurante en la punta del Callao que algún conocido había recomendado a Pablo, convertido en nuestro auténtico cicerone. Yo era incapaz de reconocer ninguno de los lugares por los que pasábamos, aunque estaba convencida de que en el recorrido nos acercábamos a lugares que habían sido mis objetivos de ese día, pero que las circunstancias habían expulsado al siguiente. El bar al que nos dirigíamos no era un bar corriente. O eso parecía. Ni se parecían tampoco sus clientes los seres que había visto por la tarde en las calles, entre los mercaderes, junto a los viandantes de las tiendas y los puestos del mercado y de Gamarra.

Aquel exclusivo club tenía guardaespaldas como columnas en su entrada, vestidos con terno negro hasta los pies, mientras tomaban la sombra de un policía que les custodiaba. En realidad, les custodiaba a ellos y a las más de cien personas que consumían, comían, bebían, charlaban y hacían amago de bailar en aquel bar que estaba, no solo junto al mar, sino asomado al Pacífico como un balcón suspendido desde el que poder vigilar sus movimientos, como un faro, que eso parecía tanta luz junto al océano.

—Venid a la terraza. Vais a fliparlo —nos cogió Pablo a cada una de una mano.

—Y ahí estaba el poder. En las olas. En sus llegadas a la orilla. En su resaca.

—¿A quién se le ocurriría llamar pacífico a este mar? —continuó—. Cerrad los ojos y, atentas, escuchad su rugido. Es lo más maravilloso que he oído nunca. Ríete tú de una sinfonía —bromeó.

—El fondo del mar no es de arena. Si bajáis podréis comprobar que son piedras. El ruido es el que hace el agua arrastrando piedras en su oleaje, sobre todo con la resaca —les expliqué, para callarme después yo también.

Y nos callamos los tres, intentando concentrarnos en aquel sonido nuevo para todos que se convirtió en una de las primeras sensaciones fuertes de aquel viaje iniciador. Ya no eran horas para llamar a Louis, aunque hubiera deseado hacerlo para ponerle al oído aquel estruendo que nos hipnotizaba. Nuestras nueve de la noche eran ya su madrugada. Sin embargo, a mi mensaje sonoro, pensado para que fuera el primer saludo de la mañana, contestó con un corto wasap: «Vuelve ya», al que no quise dar ninguna importancia. Ni quise tampoco leerlo en voz alta, como había hecho con otros, ni cortar el discurso de Pablo que era ahora el de un adolescente que contaba cómo esa tarde, en el camino del restaurante al hotel, había visto un cartel en el que se leía «Mañana, gran pollada», «y daban la dirección y todo, y ponían la cara de un tipo», reía atragantado imaginando que su broma nos haría gracia, sabiendo como sabía ya que se trataba de una fiesta con mucha gente en la que fundamentalmente se comía pollo.

Alicia estaba agotada. Imagino que a eso respondería su silencio, un fenómeno paranormal tratándose de «la incombustible», como la conocíamos sus amigos. El mío era un silencio externo. Porque no podía estar mi interior más revuelto y más discutiendo sobre cuáles debían ser mis pasos al día siguiente, pues uno de mis yos se mostraba partidario de no mezclar presente con pasado y mantener mi distanciamiento familiar, mientras que el otro le exigía la valentía de un enfrentamiento, llamándole cobarde. Con esa lucha mediante y dos piscos sours antes de la cena debí de quedarme dormida unos minutos.

—La siesta del carnero llamaba mi madre a esos sueñecitos previos a la

- comida —rio Pablo, pasándome su brazo por los hombros y besándome en la mejilla cuando abrí los ojos.
- La siesta del pisco sour más bien —contesté seca—. El pisco es un alcohol fortísimo y han debido de hacerlo a la manera chilena, con azúcar, porque acá es más seco y menos dulce, lástima que a mí me gusten tanto las cosas dulces —seguí, cambiando ya de humor.
- Vaya, también tienes cultura chilena —siguió Pablo zalamero.
- Tuve un noviecito —aclaré en el mismo tono.
- Vale, basta ya de ternuras, Julia, que Pablo y yo estábamos hablando de cosas serias. Me estaba contando cómo ha terminado su conversación con el tipo de la ONG, que, para que lo sepas, se llama Iván.
- Me ha explicado que tenemos que coger un coche con conductor en Puerto Maldonado, que no debemos ir hasta los prostibares en autobús como nosotros creíamos. Va a salir más caro pero no nos queda más remedio. Pagaré la cadena —dijo acariciando la pierna de su hermana como consuelo—. Volamos mañana hasta Puerto, vemos un poco aquello, que allí no hay tantos clubes pero ya se empieza a ver ambiente, dice. Allí pasaremos un par de días. Necesitamos encontrar a gente que nos ayude con muchachas que hayan sido víctimas de trata. Si no descansamos, ya veremos cómo hacemos. Y desde allí saldremos en coche hasta Mazuko, que será nuestro campamento base durante un par de días antes de regresar a Lima, vía Cuzco, donde pasaremos una noche.
- ¿Podré pasearme un poco más por Lima? —pregunté con la esperanza de dejar para el final del viaje mis búsquedas del principio.
- Si consigues un día más de vacaciones de tu jefe y cambiar el vuelo, de acuerdo. Si no, si vuelves con nosotros, no hay tiempo, porque enlazamos el vuelo de Cuzco a Lima con el de Lima a Madrid —contestó Pablo.

Di por hecho que tenía solo unas horas al día siguiente para resolver lo resoluble, que no sería mucho, resignada a mantener viva la llama de la incertidumbre, al igual que íbamos a mantener viva los tres la llama del deseo de visitar Machu Picchu, para lo que probablemente no habría tiempo.

- ¿No iremos a Machu Picchu? —protestó Alicia.
- Estamos haciendo un reportaje sobre trata de mujeres no sobre turismo, hermana. Te digo lo mismo, si tienes tiempo y cambias los vuelos, tú misma, pero en grupo no podemos. Yo desde luego no puedo.
- Ni yo. Qué más te ha contado... ¿Iván? —corté para que no nos regodeásemos en los lamentos.

—Miserias. Ya conoces muchas pero constatar con datos la evidencia es tremendo. Por ejemplo, me ha explicado que hay muchos campamentos cerca de la carretera, a varios kilómetros de las minas. Y que en cada uno de ellos puede haber unos cuarenta prostibares con entre cuatro y diez mujeres. Pero según él lo más fuerte sucede, digamos, tierra adentro, junto a los campamentos de mineros adonde solo se llega en moto y donde hay muchos más clubes. No penséis que vais a poder ver mucho. Me ha recomendado que hablemos con la policía nada más llegar y que solo pisemos terreno bien pertrechados. Tenemos que estar seguros de poder meter la cámara allí, aunque la camarita que llevo es mínima. También me ha contado que a las chicas muchas veces las captan dando al papá un adelanto que no supera los cincuenta soles. Les dicen que van a trabajar en Puerto Maldonado, capital de Madre de Dios y uno de los lugares de concentración del problema porque hay muchas minas de oro, la mayoría ilegal, informal, que decís aquí —me dijo dando una palmada ante mis ojos, notando que me estaba durmiendo—. Y ya os iré contando más cosas durante el viaje. Vayámonos ahora que Julia se nos duerme —dijo tirando de mí para levantarme.

De haber tenido más confianza con Laura, y tal vez si la diferencia horaria que nos separaba no hubiera significado que mi llamada la pillaba en pleno sueño, habría intentado hacerle una consulta telefónica. Louis, mi madre, aquellos seres que me habían parado en el mercado, mis secretos, tal vez Pablo.

En mi despertar no fui capaz de recordar los sueños que me habían colonizado; pero o eran ellos, o era la resaca del pisco, o la del mar, la del ruido del mar. Algo había rebotado en mi cabeza toda la noche. Sí recordaba y recordaré toda la vida mi visita a la cevichería y a la casa de mi madre antes de coger el vuelo rumbo a Puerto Maldonado, si es que a aquella visión supersónica podía llamársele visita. Solo me enfrenté a ellos desde el taxi. No tenía casi tiempo, pues había dormido mucho más de la cuenta. No sentía deseos más que de saciar la vista como fachada del sentimiento. Primero pasé por delante de la supuesta casa de mi madre. Se me apareció tal cual la había visto en fotos, de color azul celeste, de dos pisos, grandes ventanales a la calle y una escalera en la fachada. Agradecí que Alicia no estuviera conmigo en el reconocimiento pues no hubiera aprobado esta estética que no era la excepción en aquel distrito de La Perla.

Me pareció excesivamente cerrada.

Pasé después por el colegio militar Leoncio Prado, cerrado al público, con una fachada inmensa y regia que me pellizcó por dentro lo que no me había pellizcado el supuesto hogar de mi mamá. Y casi en el ángulo con Titicaca, en El Callao, en

una casa color índigo entre una de color ciclamen y otra amarilla, rompiendo la monocromía arenosa de las fachadas de la zona, se me apareció la cevichería de aquel hombre reservado y fantasmagórico cuya tarjeta de visita había guardado en mi pasaporte. Fuera, frente a la puerta, no podían faltar las sillas de plástico típicas de playa, que asimilaba yo siempre con mi tierra, repartidas en tres mesas rojas sombreadas por tres grandes parasoles azules.

Paró el taxi e incluso me aventuré a abrir la puerta, sin descender, dándome solo la oportunidad de mirar con más detenimiento hacia dentro del local, como un cliente que se piensa si entra o sale, si es ese un sitio conveniente. Azul y roja era también la decoración interior. Allí estaba la mujer que me había saludado en el mercado, considerando benévolamente su actitud como un saludo. Hablaba con su hombre, el mismo que me había dado la tarjeta, como cualquier pareja, bajo la mirada atenta de un niño de unos diez u once años, alto de estatura, con el rostro marcado ya por la adultez precoz que tienen los preadolescentes por estas tierras. No quise continuar mirándolos para no echarme a llorar. Volví la vista hacia el mar.

La playa parecía un estercolero.



No pude comer en tres días. No podría afirmar si es que no quise o es que no pude. Y aquel acontecimiento nunca dejó de pesar en mi estómago. Desde aquella noche simplemente su recuerdo me ha producido una náusea que se dispara más allá de mi aparato digestivo. Durante una semana solo bebí gaseosa, aunque lo único que conseguía era aumentar mi deuda y no limpiar mi boca y mi interior, como fantaseaba yo con la acción que podía operar aquel líquido burbujeante en mi organismo.

El Lolo no volvió al día siguiente.

Volvió una semana más tarde, mucho más suave y complaciente, si es que tales adjetivos se le podían atribuir al amo. Volvió como un animal, después de haber bebido mucho. Volvió a cobrarse «su multita del amor», como él decía. Yo estaba cada vez más débil, no solo por comer poco, sino por haber encontrado en El Horizonte tal acomodo que ni siquiera mi huida tenía ya la misma urgencia. Me veía allí, flaca, como a él le gustaba, triste, sola, a pesar de la fuerte solidaridad que iba urdiéndose entre aquella peña de mujeres que la vida había puesto en mi camino, de las que aprendía cada día qué hacer con los hombres, cómo tratarlos, cómo engatusarlos, cómo lograr que bebieran más cerveza. Aunque los tragos no me produjeran más que asco, ganar dinero para salir de allí algún día era mi único propósito. De esas mujeres aprendí a arreglarme, a sacar partido a mi pelo negro brillante, de peruana, aunque no fuera serrana. Con ellas aprendí a andar como debían andar las señoritas que deseaban sacarse un buen hombre, tal vez un buen marido, que yo nunca hasta entonces había pensado en esas cosas, que a mí lo que realmente me gustaba era jugar al fútbol y estudiar, antes de que se impusiera que yo, como mi hermano, debía trabajar para ayudar a mi mamá. Pero con ellas también aprendí lo que nunca antes podía haber imaginado y es que en aquel kilómetro 102 de Madre de Dios viviría peor que como recordaba haber vivido con mi mamá, primero en Lima y, después, cuando limpiaba y cultivaba maíz y yo la ayudaba.

Volvió El Lolo para humillarme. Porque lo hizo ante todas mis compañeras. Llegó

borracho, tras haber pasado la noche por algunos otros poblados, en uno de aquellos días en los que desaparecía y todos suponíamos que iba a ver a los rusos con la platita fresca para ellos, que algo debía de darse a él mismo de propina, que ni hablar podía cuando regresaba. Llegó como un loco, gritando «¡Luna!», desde muchos plásticos azules antes de los que separaban los bares de las duchas. Fue oírle y orinarme allí mismo bajo el agua, solo imaginando que sus alaridos fueran sonos de guerra, solo imaginando los golpes. Llegó, gritó y me jaló, desnuda como estaba, de aquella miseria de chorro, me dio una toalla y me llevó a trompadas hasta mi cuarto. Ardía en un deseo irrefrenable pero inconsumable, tanto era el alcohol del que iba preso. Creyó violarme pero cayó en un sopor que me dio la media vida, aunque desde entonces el sonido del agua en la ducha sea el sonido del miedo.

Crecía el miedo.

Y aquella semiviolaación luego de la ducha lo hizo crecer aún más. Crecía el miedo a la muerte.

Crecía el deseo de muerte.

Desde aquel baño muchos fueron los momentos en los que gritaba, porque al tiempo que me duchaba creía que llegaba la muerte a visitarme. Tanto venía que mucho la deseaba. Cerraba los ojos, esperándola, creyendo que al abrirlos allí estaría, muy cerca. Era tal el escándalo que organizaba, y he seguido organizando a lo largo de mi vida, que ninguna de mis compañeras quería compartir turno conmigo. Hubieran preferido compartirlo con la pendenciera Grace porque aceptaban mejor la bronca que la ansiedad, el jaleo grosero al nerviosismo que producía la sola mención de la muerte. Y mi ansiedad iba en ascenso. Al margen de eso tampoco estaba ya Grace para competir con mis gritos. Precisamente por sus problemas de relación había desaparecido al mismo tiempo que El Lolo —según decían las chismosas de otros clubes— para morir ahogada en el río, si bien pensaba yo que simplemente la habían trasladado de club.

Salí de mí cuarto dejando al caficho allá en mi cama. Huía temerosa de su despertar posible y encontré una sorpresa justo a la entrada del local, a un lado de los plásticos. Magullada, desaliñada, con pinta de desnutrida y seguramente deshidratada, había algo más que la mirada de una criatura que adiviné extremadamente pequeña, pues llevaba un muñeco de peluche colgando de sus brazos, y que constaté después que tenía 8 años. Se la había traído El Lolo en el baúl de su auto y María había decidido llamarla Jazmín, porque era «una flor pequeña», me explicó la caficha. Se me escaparon las lágrimas.

- ¿No pensarás que esa criatura vaya a hacerles pases a los borrachos?
- Cállate, Luna, y enséñale lo poco que has aprendido. Tú eres ya una maestra y puedes ser de utilidad a la niña. Poco a poco, mi hija. Poco a poco la iremos introduciendo en el negocio. No hay que correr, que a esta vida hemos venido todos para aprender —dijo con una carcajada desabrida, como no le había escuchado antes a la dueña. Mira, mi hijita, mi mamá me tuvo a mí cuando tenía doce años. Yo a mi Lolito lo tuve cuando tenía catorce. Mi mamá y yo hemos sobrevivido.
- Jazmín, como tú la llamas, debería estar con su familia.
- Ahora la familia somos nosotros. Acá va a vivir mucho mejor. Acá va a tener una cama, varias comidas al día. Acá va a ganar platita que mandará a su mamá para ayudarla. Acá su tiempo le va a rendir.

Contemplando a aquella bebe con su peluche me veía yo a su edad subiéndome a los árboles, corriendo con los muchachitos y las muchachitas de la escuela. Quería pedirle que jugáramos al fútbol con Marlen y Lolito. Me hubiera gustado enseñarte el barrio. Algo que era imposible si no queríamos terminar castigadas las dos. Y ahora yo, aparte de mirar por mí, tenía que velar por una vida que tomé como mucho más importante que la mía. Recordé mi llegada y cómo Margarita se había convertido en mi cuidadora, aleccionándome en la sordidez del club y sus estrictas normas.

Nos sentamos todas a una mesa: Carla, Rosita y su bebé, Ana, Jazmín y yo. Sin pensarlo tuve el impulso de coger a la pequeña entre mis brazos, casi en una competencia absurda con Rosita que daba de mamar. Yo acariciaba el pelo de aquella flor que todavía se dejaba hacer. Y me acordé del tiempo en que me reconfortaban las caricias.

La desaparición de Grace no había dejado indiferente a Ana, llorosa toda aquella mañana, preocupada por si a ella también la suprimían de la línea de El Horizonte para trasladarla a otro prostibar o hacia la nada, pero asustada sobre todo ante la idea de que su amiga hubiera desaparecido en el río Tambopata o en el Madre de Dios, y estuviera ya camino del Amazonas, como se rumoreaba que ocurría con las muchachas más pesadas de los clubes. Tampoco estaba Margarita, ni la echamos de menos como para preocuparnos por ella.

Nuestra inquietud solo tenía un foco ese día: Grace. Al parecer, había sido muy grosera con uno de los clientes que había exhibido un arma de fuego mientras bebía con ella la madrugada anterior, hacía unas horas no más. Se habían enzarzado en una pelea ruda, pasados ambos de tragos, y ella, además, de su

polvo blanco, a pesar de que por acá no gustaba que se esnifara. Se debía la pendencia a que ella le reclamaba plata por un pase de unos días antes en los que los dos estaban igualmente borrachos. El hombre no recordaba haberse marchado sin pagarle. El tipo la emprendió a tiros contra el suelo para asustar a nuestra compañera. Yo no pude enterarme de nada de lo que ocurría porque mi cuarto era el más alejado del local y estaba en pleno pase con otro cliente, por fortuna joven y menos borracho de lo habitual. Pero, al parecer, El Lolo se había visto obligado a sacar a patadas al minero, conduciendo a nuestra compañera al destino que fantaseábamos tan incierto.

Después de mi duro y accidentado comienzo del día, aquella reunión entre nosotras se me antojó familiar. Nos obligaba a restablecer lazos de amistad que a veces parecían romperse, sobre todo desde la llegada de Grace, que había malmetido a unas con otras, que decía Ana que no es que fuera mentirosa, sino que estaba hecha un lío con las cosas. Como estábamos todas. Pero Ana era su amiga. Y además se había impuesto una nueva norma entre las chicas, una nueva multa de cien soles en el caso de oír a alguna de nosotras hablar mal de las ausentes; doscientos, si había pelea.

En las mañanas yo procuraba escaparme a la cocina para aprender junto a María porque me gustaba la cocina. Era la manera de huir de tanto aburrimiento, de estar sin nada que hacer hasta la tarde. El arreglo del cabello o de las uñas era la única ocupación en la que nos ayudábamos las unas a las otras y en la que yo me había convertido en una especie de maestra, pues era la que mejor lo hacía. Pero esa mañana era especial. No podía ausentarme y ocuparme de los fogones dejando a dos muñecos solos y tristes. Tampoco podía llevarles a la cocina si no era una invitación formal de María y eso, me temía, llevaría su tiempo.

Así que decidí pintar las uñitas de la pequeña Jazmín, esperando que al menos aquello fuera una especie de regalo para ella. Todavía lo rememoro y soy capaz de ver su dulce modo de mirarme agradecida. «¿Te gusta este rosado?», le pregunté, enseñándole uno de los esmaltes que últimamente nos había traído el caficho y que, aparte de coqueterías, debíamos usar si no deseábamos una multa más. Ella contestó no más bajando los párpados y entregándome sus manitas para que las pintara.

Nos interesamos por su familia. Nos interesamos por saber de su peluche. Quisimos conocer de dónde venía y quién la había traído, porque imaginamos que no sabría explicar quién era el sucio responsable de su venta, tan pequeña como era. Ninguna pregunta obtuvo respuesta. Decían nuestras compañeras que era aún más cerrada que como me recordaban a mí el día de mi llegada; al menos yo hablé, aunque fueran monosílabos. Jazmín parecía incapaz de articular palabra,

tal era su shock, y eso que desconocía el futuro que la esperaba, pues a los mineros no había nada que les hiciera sentir más machos que faenar con una baby, lo que decían presagio de que a la mañana siguiente recaudarían más oro.

Cuando El Lolo despertó orgulloso del partido que había sacado a la mañana, suave, aparentemente dulzón, como si de verdad le inspirara yo algún sentimiento más allá de su apoderamiento, aproveché y le pedí permiso para acercarme no más a la entrada del local con la pequeña en cuyas manos exhibía la madurez de la pintura y la inmadurez del muñeco, pretendido compañero. No pudo denegarme el permiso, aunque por su gesto me hizo saber que se la debía, no sabía yo si era por su magnanimidad o por los gritos estruendosos que había dado yo en la mañana durante la accidentada ducha. Empezaba a haber entre nosotros cada vez más gestos que yo quería pensar eran de complicidad y después descubrí que eran solo de poder y de temor.

Varios días estuvo Jazmín sin hablar. Nadie la forzó a fichar. Nadie la forzó a pasar. Simplemente tenía que aprender. Al parecer, lo mismo que había sucedido conmigo. Yo no lo recordaba pero una mañana me habían explicado Carla, cada vez más cercana, y Margarita, que por fin había reaparecido, como resucitada de entre los muertos durante varios días.

—Muchacha —me dijo Margarita—, ¿cómo lo vas a recordar? Siempre se hace igual. Aquí se trata de ir entrando poco a poco. Ya El Lolo se encarga de eso.

—Lo hemos visto muchas veces. Igual fue con nosotras, poco a poco —dijo Carla entre risas.

—Salvo que te niegues a pasar de un punto al otro —les recordé yo, rememorando las primeras violaciones, que ahora confundía con otra manera de hacer el pase a mi jefe.

Jazmín lloraba cada noche antes de ir a su covacha. Ella debía verme como una hermana mayor, o como una madre, el caso es que no se separaba de mí. Lo malo es que yo ganaba menos plata porque me obligaba a acompañarla. Lo bueno es que tenía que soportar menos sexo con aquellos tipos rudos y avaros, a excepción de Agustín que me había regalado una pepita de oro que yo había escondido en la almohada, junto al teléfono anotado en el papel. Varias noches me había pagado él y me había dejado llevar a Jazmín a mi cuarto, a cambio de nada, solo conversación y unas gaseosas que Le habían permitido comprarle para nosotras mientras él bebía cerveza y supuestamente nos tocaba, aunque Jazmín le producía mucha lástima y a ella no le ponía una mano encima. A mí me acariciaba, pero lo justo como para excitarse, lo mínimo para que Jazmín fuera

aprendiendo sin violentarse en exceso. Fue precisamente una de aquellas noches, mientras la niña estaba en una esquina tranquila y nosotros a nuestros juegos, que empezó a llorar con más fuerza que otras veces. De no haber estado con ella, habríamos sospechado como mínimo una violación por la sangre que corría por sus piernas. Era su primera regla. Yo tuve que explicarle como si fuera una madre.

El bocazas de Agustín salió de la habitación y contó a todo el mundo lo sucedido, para regocijo de El Lolo que consideró desde aquel día que había llegado el momento de sacarle su partido a la pequeña, hija de una vieja amiga suya según supimos. Seguramente alguna mujer que habría pasado por aquel club o alguno de los anteriores que él había regentado, al parecer en Iquitos, en el oriente del país, en la selva amazónica, donde había escuchado relatar a los mineros que las muchachas eran aún más excitantes que en Madre de Dios, donde se suponía que la mayoría veníamos de la sierra y éramos menos calientes.

Desde aquella noche la pobre Jazmín lloró con sus razones, porque con su peluche y todo comenzó a fichar y pronto sería una de las jóvenes más reclamadas por los mineros. En realidad, se convertiría en un reclamo del club, pues los clientes adoraban a esa niña que metía entre las sábanas a su muñeco.

Coincidiendo más o menos con aquellos días, apareció Grace, a la que nosotras creíamos muerta. Había perdido mucho peso. Andaba con la mirada perdida, mucho más perdida que antes de desaparecer. No tenía humor para nada. No fumaba y juró no haber bebido una gota de alcohol desde el mismo momento de su traslado a un lugar que, por sus descripciones, coincidía con el sitio que había sido mi refugio antes de llegar a El Horizonte. Yo era la única que podía entender su trauma, su mala cara, su desgana, pues no quería comer ni beber. También se negaba a hablar. De hecho, tuvo un par de encuentros desagradables con dos mineros que la habían tratado anteriormente y que ahora se empeñaban en poner a prueba su simpatía y su frescura, encontrando en ella un tronco frío y malhumorado, decían, que ni con cervezas se animaba.

Hablábamos a sus espaldas, a pesar de que sabíamos que nos estábamos exponiendo a que alguna se chivara a los cafichos. Decíamos que la falta de cocaína había vuelto triste a Grace. Hablábamos también de Margarita, mucho más delgada que unos meses atrás, sobre todo a partir de su corta desaparición y del tiempo que había estado en cama a su vuelta. Carla decía que había abortado y que no buscásemos más explicación a su reclusión. Pero ni siquiera yo, que tenía una relación especial con la que me había cuidado a mi llegada al prostibar, me atrevía a preguntarle.

Sin embargo, una mañana en la que Jazmín lloraba más de lo habitual porque la

noche anterior había tenido el primer contacto sexual con un minero, Margarita nos confesó que en efecto había caído embarazada y la habían hecho perder el bebé con unas pastillas.

—¿No quieres ser mamá? —le preguntó Jazmín, ingenua y anegada en lágrimas.

—No, mi amor. Yo ya fui mamá y me lo cuida otra mujer. Yo ya no puedo hacer más que trabajar para salir pronto a encontrarme con mi niña, pero acá una no acaba nunca de poder marcharse —dijo llorando ella también.

Tanta tristeza me contagió el llanto. Cómo era posible que aquella niña que jugaba aún casi como una bebé, aunque fuera obligada a juegos de mayores, supiera de abortos y de desprenderse de niños no deseados, ella, niña indeseada en la casa de su madre, si bien desconocíamos el trato que había recibido. Lloraba además por mí, por mis constantes deseos de haber sido abortada o de desaparecer, ahora que había tomado conciencia de que tampoco yo tenía un lugar, mi lugar, en mi antiguo hogar, sin conocer si llegaría a tener uno mío propio. Lloraba ofendida por vivir permanentemente ofrecida a hombres no ya borrachos, sino con un elevado índice de alcoholismo que solo daban dinero por mí y se lo daban a otros. Lloraba agradecida por tener un lugar en el que cada vez más deseaba caer muerta como única salida.

—¡Muchachas! —habló Grace, después de tanto tiempo—. Este sitio parece el lugar de encuentro de las lágrimas. Disfruten de sus vidas que si siguen llorando van a tener que cambiarle el nombre a este local, van a tener que llamarlo «La casa de las lágrimas».

Con toda su grosería, con sus feas toses y sus voces de puta vieja, nos hacían bien las cosas que nos decía Grace de vez en cuando porque le ponía un poco de alegría a nuestro dolor, a la monotonía de las mañanas en las que no hacíamos más que estar sentadas alrededor de una mesa, esperando que llegara la media tarde y con ella nuestros primeros clientes. Había hablado Grace por fin. Se había confesado Margarita. Jazmín seguía llorando y yo notaba que me iba convirtiendo no solo en la favorita de El Lolo, que eso ya lo era, sino en una habitante más de las muchas que habría tenido y tendría El Horizonte, cada vez más protagonista de una historia que no me pertenecía y que nunca hubiera querido para nadie.

Odiaba a El Lolo en la misma medida que necesitaba sus caricias.

Temía a El Lolo, aunque lo olvidara cuando entraba entre mis sábanas tan ebrio que no se sujetaba en pie.

Pero una noche me atreví a insultarle.

Sentí una sensación de asco insaciable. Había escuchado cómo un minero cogía a Jazmín y la subía a sus piernas diciendo: «Me la comería enterita en ensalada de carne». Y había oído como contestación las carcajadas del jefe diciendo: «Ya has visto la materia prima que te tengo». Sabía que habían obligado a Jazmín a tener sexo con diez mineros. Jazmín junto a su osito. Sangraba mucho. Y no era la regla. Había acunado primero a «mi niña» como la acuné después desde siempre en mis brazos. Le había cantado como a mi bebé, como le canté después y siempre desde esa noche. Ella lloraba y lloraba desconsoladamente. Y yo con ella, que la lloré siempre. Por eso insulté a El Lolo, seguramente creyéndole tan borracho que sería incapaz de reaccionar bruscamente. Me daba asco que pudiera consentir, alentar y sacar partido ya no de mí, que tenía mis mineros favoritos y lo era yo de algunos, que hasta a veces la pasaba bien y todo, sino de la pobre bebita Jazmín. Me apenaba a mí, no sabía bien si al resto. Pero aquella no era la noche más tranquila de aquel hombre, que me pegó como ya había olvidado que fuera capaz de hacerlo, al tiempo que me recordaba no solo que era mi jefe y que podía hacer de mí lo que él quisiera, sino que me daba de comer, me daba cobijo y algún día me pagaría, cuando acabara de pagarle yo a él.

—Yo te he pagado todo hasta ahora. Te he pagado el pasaje, la comida, la cama..., te he pagado la ropita que llevas tan linda. Ven acá y dame tu cuerpo. Tú lo único que tienes que poner es la mano de obra. Así que cuídala —me dijo mientras me jalaba del cabello, uno de los atributos de mi «mano de obra» que él más alababa.

Le escupí. No más le llamé puerco. Me solté y me volteé, esperando que se volteara él a su vez y se marchara. Pero no se fue. Aquella noche me violó, porque no consentía yo ya otro tipo de relación. Y juraría que no la consentí más nunca, que cada vez que él iniciaba sus lisonjas recordaba yo la frase de la ensalada de Jazmín y mi estómago, corazón y cerebro viraban revueltos al mismo tiempo, revueltos como si fueran los órganos de una loca. Ni mis patadas, ni mis gritos, ni mis insultos pararon a aquella bestia enfebrecida a quien en esos momentos deseaba la muerte que minutos antes hubiera querido para mí.

Tener sexo diez o doce veces en un día, para acabar así la noche, era lo más parecido a las pesadillas que me visitaban y contra las que mi única defensa consistía en meterme debajo de las sábanas con la fuerza del miedo, como si aquel refugio improvisado sirviera para ocultar mi vergüenza, una costumbre que me quedó para siempre, aunque más tarde aprendiera además a despertarme de manera automática al aparecer la pesadilla, rebajando la cantidad y la calidad de mi sueño.



La inmensa mayoría de las mañanas odiaba a Grace. Como hubiera odiado a cualquiera que estuviera fresco al amanecer, convertido para mí en tortura periódica por culpa del cansancio, producto de tener más sexo que comida y sueño, que cuanto más abiertos tenía los ojos más se cerraba mi estómago. Y no era la única. Mi pobre Jazmín cada día se veía más pequeña, pues también se negaba a comer. Y ni una mínima deferencia tenían con ella, salvo dejarla estar en mis brazos y dormirse en ellos cada noche, cuando tenía yo el inmenso privilegio de que El Lolo me dejara sola, aunque la triste realidad era que durmiendo con él acababa descansando mejor, que acunando a Jazmín y calmando sus llantos y sus temores con canciones y cuentos que inventaba solo para ella. Yo actuaba como una hermana mayor, o incluso una madre, aunque bien pensado, una madre habría sido capaz de exterminar a aquella otra familia que no nos trataba mejor que las nuestras, que nos habían vendido. El caficho se ensañaba conmigo a pesar de sus efusiones pasionales. La caficha se ensañaba con la pobre Jazmín de manera sádica. Aunque no sabíamos ni ella ni yo lo que era el sadismo, sí conocíamos el significado del dolor. En apariencia actuaba, decía ella, como actuaban las madres, haciéndole ver lo que estaba mal y lo que estaba bien. Pero era una madre perversa. Era difícil que la pequeña del grupo entendiera ciertas reglas. Aquel cachorro sentía la necesidad de correr como niña, y en más de una ocasión la había rescatado de la calle antes de que descubrieran que se había fugado por un rato, con peligro de ser multada yo también por salir del club, aunque fuera a recogerla. Pero cuando yo no había estado atenta y otras muchachas la habían descubierto y delatado, o aquellas veces en que María la había buscado para jugar con sus hijos y no la había encontrado, la furia de los golpes y castigos se habían vuelto contra ella, sin la compasión que su edad podría haber despertado en seres menos siniestros.

Jazmín despertaba llorando, cansada y triste. La mayoría de los días había que arrastrarla hasta el local de las duchas.

—¿Por qué no me dejáis dormir, desgraciadas? —protestaba, pateándome incluso a mí.

Ni mi intervención pidiendo que hicieran excepción con ella, que era aún una niña, sirvió para hacerles cambiar de idea alguna mañana, retrasar su turno. Más aún, pretendían que fuera la primera en ducharse.

—Aquí hay unas normas, muchacha —me gritó María una mañana en la cocina—. Y no te preocupes tanto por esa niña. Prácticamente vivía sola, con una madre alcohólica y un padre inexistente. Te aseguro que acá tiene mejor vida. Y no te vayas a encariñar con ella. Si la quieres cuidar, es tu problema, pero acá son todas competencia, la que mejor trabajo ganará

más fama y más plata. Y de acá podemos prescindir de los servicios en cualquier momento —me amenazó señalándomela salida, sin que tuviera yo muy cierto si aquella sentencia iba para Jazmín o para mí.

Tampoco yo era muy amable en la mañana, mis compañeras me reprochaban siempre mi apatía. Y tenía ganas de pegarlas cuando me lo decían, cuando me recordaban mi cansancio permanente y revivía las escenas que lo promovían. Ellas sabían seguro lo que de noche ocurría en mi cuarto, pero allí nadie decía nada, nadie podía quejarse de nada ni fiarse de confidencias. Ya se lo había advertido a Jazmín, como antes me lo había advertido Margarita a mí:

—Entérate bien. Aquí el silencio no es una necesidad, es una orden —le había dicho repitiéndole exactamente la misma frase que había escuchado de Margarita al día siguiente de mi llegada, frase que estaba como tatuada en mi cerebro.

Y, sin embargo, a pesar de mi distancia, de mi susceptibilidad, del miedo y de la desconfianza, me gustaban las mañanas en las que por una u otra razón nos dejaban los cafichos al cuidado de Margarita y Carla. Ellas se encargaban de vigilar nuestro comportamiento y asegurarse de que nos mantuviéramos en aquel infierno, que en aquellos momentos parecía incluso un paraíso en el que nos permitíamos hasta la revelación de algunos secretos, y la propia Rosita se volvía aparentemente más sincera, de seguro influenciada —ella que era madre— por el sufrimiento de Jazmín.

Precisamente fue en una de aquellas ocasiones cuando se abrió para contarnos cómo había sido el embarazo suyo que El Lolo y María habían intentado interrumpir, primero con pastillas que ella fingía tomar pero en realidad escondía entre sus tetas para luego disolverlas en la ducha, y más tarde, incluso a patadas cuando descubrieron que el tratamiento no hacía efecto.

Atendíamos aleladas, todas alrededor de una mesa, escuchando la música que llegaba de los locales de los alrededores, porque cuando estábamos solas ni música teníamos, ni tampoco acceso a la cocina donde guardaban la gaseosa. Hacía un calor dramático y Carla decidió invitarnos saliendo a comprar un par de ellas en el club de enfrente, donde bien la conocían y confiaba en que le guardarían el secreto de su salida. Las repartimos entre todas y aquella hermandad me soltó más el corazón que la lengua, me atreví a contarles la angustia que me producían las continuas violaciones y el temor a que El Lolo se sintiera amarrado a mí.

—Más vale que te quites esas pendejadas de la cabeza —dijo Carla—. Ese

hombre no quiere ni a sus hijos —continuó mirando a Rosita—. Él no va a amarrarse ni a ti ni a nadie. De ti solo quiere lo mismo que los mineros, la carne.

—A ver si te vas a enamorar tú de él —me previno en tono casi amenazante Margarita—. Esa sería tu perdición. Estos tipos no te quieren nunca, solo quieren poseerte porque compiten con los mineros como con celos. No vayas a engañarte creyendo que te está seduciendo, solo te está poseyendo —y yo la sentí celosa, aunque la realidad fuera que de ella era de quien podía asegurar que más me fiaba.

—Yo solo sé que me lavo y me lavo, que cada día en la ducha me lavo como si el agua pudiera limpiar mi vergüenza. Pero me siento incapaz de sacar la suciedad de mi corazón y de mis entrañas —confesé.

—Sigue, sigue intentándolo y, si lo logras, véndeles a estas la receta —dijo Grace burlona, mirando alrededor de la mesa una a una al resto de nuestras compañeras de desgracia.

—De momento lo que hago es gastarme parte del dinero que les escondo a los cafichos en comprar colonias para mi cuerpo y para echar en esta cueva para que no huela a mugre —continué, aunque Grace no paraba de reír de manera grosera, a lo que no llegaba a acostumbrarme. Me sentí ofendida y más sola que nunca y protesté—. Necesito tener a alguien de mi parte, necesito que alguien me escuche.

—Pues te has equivocado de lugar —cortó en seco con la misma crudeza con la que me estaba hablando y de la que siempre hacía gala, especialmente conmigo—. Al parecer, aún no te has dado cuenta de que cuando pasaste por primera vez por esos plásticos dejaste fuera a una mujer, dejaste fuera a una persona, aquí ya solo eres una mercancía —y sentí como si fuera el mismo Lolo quien me estuviera hablando, como si la propia Grace pudiera haber aprendido tanto sobre el negocio que acababa comportándose como aquel.

Y sentí aún más asco y miedo. Y soledad. Y pensé en Yanai. Y curiosamente recordé a mi mamá y a mi tía, como si ellas representaran una mejor compañía.

Hacía ya muchas noches que no permitían a Jazmín entrar en mi cuarto y pasar toda o parte de la velada con Agustín, que era de los pocos clientes fijos que yo tenía. Fantaseaba con que tanta fidelidad le fastidiara a El Lolo. Comentándolo con Margarita, ella sostenía que se debía al miedo a que el amor le condujera a tonterías, que decía ella que lo había escuchado en este club y que era consigna que mantenían todos los prostibares con los clientes fijos. Tanto era así que a veces trasladaban a las muchachas a otro bar, justo cuando notaban que pudiera

existir alguna relación especial con un determinado cliente. Agustín apareció esa noche, amable como siempre, con la ebriedad justa como para ser suave y meloso.

Precisamente aquel mismo día Grace había estado dándonos una clase de conquistas en el amor, según ella para cuando saliéramos de aquel antro y nos sacásemos un buen marido. Sus consejos se referían a cómo aprovechar los minutos siguientes al sexo para expresar nuestros deseos, los que fueran. Y para conseguirlos. Agustín estaba especialmente sobón aquella tarde y yo, especialmente impaciente, decidí exigir mi justa recompensa por haberle salvado la vida.

—Ayúdeme a salir de aquí, papi —le susurré al oído, despacio, como un murmullo, como si le estuviera diciendo palabras de amor, allí en medio de todo el barullo, entre cerveza y cerveza, yo algo tomada.

—Yo pago los dieciséis de mis cervezas y me entretengo contigo. Pa qué más —se levantó y me indicó el camino de mi cueva mientras negociaba con el caficho y le pagaba mi pase.

—Ayúdeme —le repetí nada más verle aparecer de entre los plásticos.

—Muchacha, beba unos tragos más —me consoló dándome una de las dos botellas que llevaba en sus manos.

—¿Y usted ya sabe cuánto me llevo yo de eso? —le pregunté apurándola, ansiosa—. Para mí son dos soles. El resto es para mis dueños.

—¿Y de La compañía más íntima?

—Dicen que ustedes les pagan ciento cincuenta soles. A las damas de compañía nos dan setenta y cinco, pero a mí todavía no me dieron nada porque aún les debo de mi viaje, de mis ropas y de mis comidas... Ayúdeme, papi.

Nunca sabré si finalmente ese día habríamos organizado el dispositivo para la huida. Nunca pude saberlo porque cercana ya la medianoche El Lolo apareció en la covacha urgiéndonos a salir al bar a seguir consumiendo cerveza, que aquella noche iba a ser por cuenta de la casa. Lo mismo que hizo con nosotros fue haciendo, una a una, con las chicas ocupadas con clientes. Hubo un chivatazo, nos dijo: uno de los policías asignados a Madre de Dios había venido a avisarles de que un poco después del cambio de día habría redada en La Pampa en busca de las niñas de los prostibares. Así sucedían por allá las cosas. Siempre existía un amigo previsor que ayudaba a que el negocio continuara; el negocio con nosotras, como materia prima, el negocio con la venta de cervezas, con la venta de ropa y de comida...

- ¿Tengo que esconderme entre los plásticos? —le pregunté al caficho, recordando mi guarida del día que trajeron los condones.
- Hoy no hace falta. Viene gente amiga. Te preguntarán por tu edad. Solo tienes que decirles que ya tienes dieciocho.
- ¿Y mi documento?
- Lo perdiste, ¿te acuerdas? —contestó guiñando un ojo—. La cuevita de los plásticos hoy es para la niña Jazmín. Anda, dile dónde meterse. Y arréglate. Ponte bonita y maquillada, para que te crean la edad.

Dejé a Jazmín con su muñeco, tumbada en el suelo, casi dormida, y Le advertí que no podía salir de allá o iría a la cárcel para siempre. Y allá quedó asustada, como paralizada. Mientras el resto de las chicas andábamos por el bar tomando con los mineros amigos y con los que no lo eran tanto. Agustín había desaparecido. Y a mí me hubiera tranquilizado tenerle cerca cuando entraron aquellos policías con pistola y con linterna, con una abuela que buscaba a su nieta a la que después supimos que había encontrado en el prostibar del Tino's, que imagino que no habría pagado a la policía como nuestro caficho. Edit, que así decían a la muchacha, había desaparecido de Lima hacía cinco años. Allí estábamos todas, respondiendo a una policía que no hubiera hecho absolutamente nada aunque dijéramos que éramos menores, que no teníamos documento, que no nos pagaban lo que nos debían, que había noches que hacíamos diez pases, que acabábamos ebrias casi cada día, que a veces llegábamos casi inconscientes a los cuartos después de tomar y tomar y que seguramente por eso Rosita había salido embarazada. Ahí no más fuimos testigos de cómo María y El Lolo salían a saludar con sus hijos y explicaban que allí trabajábamos seis mujeres mayores de edad, que a veces hacíamos algún pase, que los mineros nos pagaban cincuenta soles y que nosotras estábamos de acuerdo.

Una a una fuimos contestando nuestro discurso aprendido. Que habíamos llegado hasta allá solas, en autobús, y que habíamos perdido nuestro documento de identidad. Todo bajo la mirada atenta del jefe que no se despegaba de nosotras. El policía amigo hacía su papel de preguntón, algo más complaciente, después de habernos separado de aquellos mineros con los que hacía unos minutos bailábamos y tomábamos. Con él iba una joven mucho más preguntona y seguramente medio nueva que le hizo notar que ni siquiera el maquillaje ocultaba nuestras caras adolescentes, a lo que él, su jefe, le contestó: «Usted siempre tan pesada; pregúnteles no más la edad y no le dé más vueltas». Ella le hizo ver que los vasos de cerveza sobre la mesa estaban casi llenos, lo que le parecía raro, y puso de manifiesto el olor repulsivo de la sala.

- Es la cerveza que se vierte sobre la madera y que luego se seca con el sol y

- se abomba —aseguró El Lolo.
- No, son las heces y el sudor —le contestó ella con un asco que la miraba delataba—. Estas chicas viven aquí peor que alimañas.
- Las muchachas viven haciendo dinero acá y si no estarían abandonadas —contestó sin dejar de mirarnos, e incluso se acercó y acarició mi hombro en un gesto paternal que a mí sí me dio asco, pero nadie notó porque, como mis compañeras, mantenía la mirada bien baja, según la consigna.
- No, viven haciendo dinero para usted y para su jefe —volvió a enfrentársele, mientras el responsable de la redada, armado con una linterna, buscaba niñas debajo de las camas, sabiendo que allí no encontraría nada.
- Viven haciendo dinero acá. Y si no lo hicieran acá lo harían allá enfrente o allá al lado. Yo las cuido, las trato bien. Las doy de comer. Tienen camas... Les hago un favor. Porque están mucho mejor que en su casa. Pero si no las tengo, los hombres no quieren tomar cerveza. Tiene que haber chicas para tomar con ellos —se explicó El Lolo.

Su jefe la cogió del brazo y salió con ella y con la señora mayor asegurando que allí no había nada que buscar, que todos los papeles estaban en orden, dejando sin argumentos a la joven que pronto colmaría su sed de hazañas en otro prostibar donde habría detenciones y descubrirían a Edit, quien después supimos que había aparecido. Y supimos algo más porque nos lo contó la misma Edit: que se negó a marchar con su abuela porque dijo que «prefería quedarse allí que volver a Lima a encontrarse con su tía, la hermana de su padre que la había vendido». Nos lo contó porque la vendieron a nuestro bar y supimos que tenía una relación más que frecuente con aquel policía.

Nunca más vi a Agustín. Al parecer fue de los pocos mineros detenidos aquella noche. Fue pillado in fraganti con una niña de trece años. Nos contaron que aquella misma mujer policía que había sido tan pesada en nuestro club había abierto la boca de aquella chiquilla y la había mirado con una linterna para deducir, a tenor de su dentadura, su minoría de edad, que era el método empleado cuando las chiquillas no podían acreditar sus años con la documentación siempre perdida. Me quedé con las ganas de saber si Agustín acariciaba a aquella bebe como hacía con Jazmín o si había consumado con ella el pase que le habían interrumpido conmigo. No fue lo único que descubrí después de la redada. Tras el susto todo fue una noche tranquila en la que desaparecieron los clientes y pudimos continuar la diversión solas, nosotras, cada una con su cerveza, invitadas como estábamos, con los cafichos algo perdidos en sus cosas y con sus niños. Comentamos la jugada. No había sueño. Ni siquiera estábamos ya afectadas por la cerveza, nos alegrábamos del papel que habíamos hecho. Y

nadie se acordaba de Jazmín, tan divertidas nos sentíamos. Cuando me quise dar cuenta había pasado ya más de una hora desde la retirada de la policía y ahí seguía mi pobre niña, entre los plásticos, quieta, mirando fijamente, esperando que alguien llegara para rescatarla. Al volver con ella hacia el bar, pasamos por delante del cuarto de Grace. La descubrí inhalando. No tenía ya más cocaína desde hacía mucho tiempo. Nunca conseguí sacarle la verdad. Alguien le había proporcionado terokal, un pegamento industrial sustituto del polvo blanco.

A la mañana siguiente se nos heló la sangre. Escuché que una menor había sido quemada y salí corriendo hasta el cuarto de Jazmín, temiendo por su vida. Allí estaba, dormida, pues después del ajetreo de la víspera los cafichos entendieron que merecía descanso. Volví al bar con las mismas prisas con las que había salido de allí para las comprobaciones. Mis compañeras comentaban que según la información que llegaba de los bares, antes o después de la redada la chica había sido violada, quemada y arrojada al río Tambopata. Procedía de Iquitos y llevaba desaparecida un mes. Lo contaban tomando sopa de gallina casi con ansia.

—A ella la mataron, pero a nosotras nos están matando en vida —suspiré, sin atreverme a decir a aquellas muchachas que formaban ya parte de mi existencia, que de repente sentía asco por aquel líquido grasiento y viscoso.

Ni una palabra consiguieron sacarme mis amigos durante la hora y media que duró el vuelo entre Lima y Puerto Maldonado, en el sureste peruano, un tiempo que a mí se me hizo muy corto. Afortunadamente, en mi país era una perfecta desconocida por lo que nadie me molestó, ni reclamó selfies ni autógrafos. Alicia, que me conocía bien, hizo un intento de conversación y acercamiento. Pero no amagó siquiera con el segundo. No era la primera vez que se enfrentaba a uno de mis momentos de ensimismamiento, que en ocasiones iban más allá de lo que cualquier amistad razonable toleraría. Cuando pensaba en ella siempre admiraba su modo de respetarme, seguramente era la primera persona que conocía que sentía respeto profundo hacia mí. Más allá del conocimiento que Laura como terapeuta pudiera tener de mí, era Ali quien con más puntería se aproximaba a mis entrañas. Aunque ninguna de las dos se acercaban al blanco, más bien se quedaban entre el rojo y el azul de la diana.

Pablo parecía el más descolocado. Tenía corta experiencia en mí. Y vaya si debió de asustarse, imaginando que pudiera ser esa la tónica de un viaje de cinco días sumergidos en los misterios de los prostibares, las mujeres y niñas obligadas a prostituirse, las minas ilegales, la corrupción. Un mundo del que yo, más que testigo, debía dar fe ante la cámara, entrevistando, narrando, con la mayor normalidad y cordialidad posible.

Seguramente su hermana no le había explicado mi escasa afición a los gestos cariñosos, mi tendencia nuclear a esquivar a toda costa cualquier roce cuerpo a cuerpo. Porque en el momento preciso en que el avión tomó tierra, Pablo se atrevió a rodear mis hombros con su brazo, y era la segunda vez que lo hacía en el viaje, sin esperarse que en esa ocasión mi reacción fuera retirárselo y no precisamente de forma amable.

—Julia, ¿no habíamos quedado en que éramos un equipo? —me preguntó visiblemente ofendido.

—Nunca hablamos de un equipo de caricias —contesté con la cabeza hacia



abajo, pasando la mirada entre mis piernas.

—Pero tampoco de un equipo de lucha libre —me dijo agachando la suya, al encuentro de mis ojos, de los que solo halló el rabillo mirándole de soslayo, burlón, como si Pablo consiguiera neutralizar mi estado de tristeza, salpicándolo con gotas de ironía.

Jugueteó con sus bromas, intentado ponerme una mano sobre el brazo y retirándola cuando la arrimaba unos milímetros.

Y en el tercer intento logró una sonrisa.

Pero no una palabra.

Ni para bien ni para mal.

Antes de que el avión abriera sus puertas sentí una gran emoción. Los hermanos se enseñaban las fotos que uno y otro habían tomado del Amazonas, retorcido, rojizo, reinante, fuerte, triunfante, en medio de un verde que de lejos se exhibía con diferentes tonalidades y que en las fotos, tomadas poco antes del aterrizaje, apenas cambiaba de color y formaba una masa de selva que cualquiera describiría como lo más parecido al paraíso, aunque en su interior encerrara un infierno.

Pablo no hizo ningún comentario de aquel aeropuerto diminuto a cuyo edificio se accedía andando desde el avión. Él llevaba encima muchas horas de vuelos caribeños. Pero para Alicia todo era motivo de jarana, todo salvo mi mal humor.

—¿Cómo pueden llamar a esto aeropuerto internacional? Parece una base militar española —dijo destacando los colores rojo y anaranjado que debieron de recordarle a la bandera—. Fíjate que solo tiene una planta —siguió mientras andábamos con nuestras mochilas bien cargadas a la espalda y Pablo algo más rezagado con la suya y su cámara de la que no había consentido separarse—. Eso sí, la humedad y las palmeras no dejan duda. ¡Estamos en el trópico! —dijo quitándose una camiseta y quedándose con otra de tirantes—. Treinta y un grados y cien por cien de humedad —leyó en un panel informativo.

En la mochila propia de estudiantes en tour por América llevábamos con nosotras todos nuestros enseres pero Pablo había tenido que facturar parte del material, así que el tiempo de espera a pie de cinta se convirtió en una especie de primer reconocimiento del lugar. En realidad había poco que ver, salvo los grandes carteles que nos reafirmaban en el problema estructural y creciente de Perú en todas sus latitudes. El primero advertía: «La trata de personas es la nueva

esclavitud del siglo XXI». Hablaba de personas pero no exhibía hombres. No exhibía chicos. Solo muchachas, sentadas, arracimadas, unas junto a otras, tapándose la cara. Bajo la foto de lo que bien podía corresponder a una redada en algún club se explicaba: «Por trata de personas se entiende la captación, transporte, traslado, recepción o acogida de personas recurriendo a la amenaza, la fuerza u otras formas de coacción, como raptos, fraude, engaño, abuso de poder, situación de vulnerabilidad, concesión o recepción de pagos, siendo la finalidad la explotación laboral, explotación sexual, servicios forzados, esclavitud o prácticas análogas a la esclavitud. El Estado peruano sanciona la trata con penas de 8 a 15 y hasta 25 años de cárcel».

La imagen del cartel era en sí misma tan dolorosa que dañaba mirarla, con niñas en camiseta, pantalones cortos y vaqueros, como adolescentes de cualquier lugar pero con una tira negra en los ojos, hendiendo unas la cabeza en los hombros de las otras como si en ellas mismas tuvieran la solución, aunque el afiche ofrecía números de teléfono de la policía y de la fiscalía en los que presentar denuncias.

Y a mí se me aceleró el corazón y el pulso. Recuerdo que deseaba llorar y no podía. Recuerdo que hacía mucho calor. Pero de pronto tuve frío. Y era como si la muerte me protegiera frente a aquella cinta negra que se movía huérfana, antes de expulsar los tesoros de los pasajeros que asistían a ese baile incapaces de escuchar los tambores que sentía mi cerebro, cada vez más intensos, reflejo de los borbotones de sangre moviéndose incómodos y arrítmicos por mi cuerpo. Lo último que sentí fue un sudor frío.

Lo siguiente fueron un par de tortas de Pablo, la mano de Alicia sujetando la mía como la de una enfermera que toma el pulso («he visto muchas películas», fue su frase cuando abrí los ojos), todos sobre la cinta negra, sobre la que había caído y que alguien había parado antes de que me engullera como un equipaje que nadie hubiera recogido. Nunca olvidaré el sabor y lo fresca que me supo la Coca-Cola, ni los ojos mezcla de miedo y ternura de Pablo mientras me la ofrecía.

—¿Vas a darnos muchas más sorpresitas en el viaje? —preguntó Alicia, una vez que estuvo segura de que el peligro había pasado.

—Creo que sí. Pero prometo no volver a desmayarme.

—No podemos quedarnos sin la estarlete —bromeó Pablo que sujetaba una segunda botella de la que también él dio algún trago.

—Estás pálido —le dije.

—Tú no te has visto. Ojalá estuviéramos en España, ahí nos pondríamos ciegos de ibérico y ya verías cómo se nos pasaban todos los males.

—Me conformaré con un juguito de chicha morada —contesté sonriendo,

sabiendo que me lloverían las preguntas.

—¿Chicha? ¿Qué dices? —rio también Alicia, como olvidando que hacía unos minutos temían que un infarto hubiera acabado con mi viaje..., y el suyo, por cierto.

—La chicha es casi la bebida nacional. A simple vista parece sangría pero no tiene una gota de alcohol. Ahora la probarán y ya me dicen. Perdón, ahora la probáis. Se hace con un maíz morado que tiene un grano mucho más gordo que el amarillo que conocemos. Se hierve con canela, clavo y limón. Es muy refrescante y tonificante. Pero mientras tanto, Pablo, dame más Coca-Cola que parece que no se me pasa el mareo.

—Y, ¿qué tal un zumo de rana? —bromeó Pablo—. He leído que aquí en tu tierra se hacen para combatir el estrés y la falta de apetito sexual.

—Este país es muy raro —continuó Alicia, que juró y perjuró que había visto otra noticia que contaba que unas vacas se habían metido en un partido de fútbol que había continuado como si nada.

—Sería en la selva —contesté ahora muy digna.

—¿Y dónde estamos? —preguntó Pablo con ironía. Los tres estallamos en carcajadas.

Varios vasos de chicha después, varias visitas por parte del personal de medio aeropuerto, enterado de mi desmayo, como si hubiera sido anunciado por la megafonía, y varias visitas al baño en el que si me hubiera vaciado más habría perdido el estómago, reuní las fuerzas necesarias para salir de aquel edificio. Hasta entonces el leve aire acondicionado mantuvo a raya la temperatura de mi cuerpo, que había estado sometido a una especie de montaña rusa.

Pablo y Alicia se habían acostumbrado al calor y a la humedad porque habían salido por turnos del aeropuerto, mientras yo iba recuperándome. Ninguno sabía que aquellos desvanecimientos los sufría a menudo como consecuencia de un cambio en mi tensión producido por emociones intensas.

En sus maniobras de reconocimiento habían descubierto los taxis locales, una especie de motocarros que allí en el aeropuerto parecían un automóvil de lujo en comparación a los que veríamos más adelante en el interior del distrito de Madre de Dios, cuya capital es Puerto Maldonado. Dado que no cabíamos los tres en el mismo, Pablo, galante, decidió dejarnos uno para Alicia y para mí. Aunque, la verdad, hubiera preferido haber ido sola hasta el hotel, dando botes en aquel cacharro contraindicado para los mareos.

No fui capaz de convencer a Pablo de que mi mareo no era grave. Hacía ya mucho tiempo que mi gravedad se escribía en otro idioma, y digo a Pablo, porque Alicia

era mucho menos temerosa o confiaba más en mi palabra. Sí o también, cambiamos de planes y decidimos —más bien, decidió el... «¿Aquí quién paga?», había preguntado como fórmula magistral para acallar mis quejas— pasar ese día y el siguiente en un hotel de Puerto Maldonado que ofrecía ciertas comodidades, aunque ningún lujo. De aquel desvanecimiento se desprendieron buenas consecuencias. Yo me quedaba sola en el hotel mientras los Arroyo salían a descubrir un mundo que describieron después lleno de colores, de los carros, de las casas, de los mercados, de las personas, que todas vestían con rosas, rojos, azules fuertes, mezclados en una policromía no muy acertada para la clásica y elegante estética de Alicia, que se indignó cuando le expliqué que incluso en aquel batiburrillo podía encontrarse la belleza si se miraba con los ojos del alma, como decía El Principito, de Saint-Exupéry, un libro que a ella le exasperaba y que a su hermano y a mí nos unía.

- Todo está lleno de motos de esas que llevan un carro, trimotos nos han dicho que se llaman —me contó Alicia a su regreso, entusiasmada con su hallazgo—, todas de colores. Y de sombrillas de triángulos verdes, rojos, amarillos y azules que no veía desde mi infancia. Y hemos vuelto a encontrar casas pintadas como el aeropuerto, con franjas rojas y naranjas, pero con los tejados de uralita. Impresionante la cantidad de calles sin asfaltar. Que aquí cuando llueve, me imagino el barrizal que se arma.
- Déjate de rollos estéticos, hermana —le cortó Pablo—, no te desvíes del asunto al que hemos venido. No podemos irnos sin declaraciones, sin imágenes de esas esclavas de las que hablaba el cartel. Esta tarde nosotros seguiremos, mientras tú te quedas aquí, quietecita —me dijo Pablo, abortando su intento automático de retirarme el pelo de la cara—, que tienes que recuperar tu bonita cara para la cámara y para mí. Dice Alicia que te niegas a comer pero esta noche cenas aunque tenga que obligarte. A ver si te vas a desmayar otra vez, pero de hambre.

Iban embadurnados de repelente de insectos hasta en el pasaporte, temerosos como buenos turistas de ser asaeteados por todo tipo de insectos, especialmente por el anopheles, el mosquito portador de la malaria, o por los transmisores de la fiebre amarilla o el dengue. Y dejaron una fina nube de su aroma en la habitación, que así me sentía yo también protegida, me dijeron, aunque fuera innecesario porque en el ambiente fresco del aire acondicionado no actuaban los zancudos. Me transporté mentalmente a muchas noches en las que el zumbido de otros mosquitos me impedía dormir, pero no en Perú, sino en Madrid. Y pensé que Louis estaría trabajando. Hacía más de veinticuatro horas que no sabía nada de él. Ya conocía el significado. Y otro zumbido comenzó a nublar mi mente recordando los comienzos de nuestro loquesea, nuestro noviazgo, sus punzantes y

escrutadoras miradas del principio, para envidia de muchas de mis compañeras. Empecé a sentir ciertas palpitaciones que identifiqué con el desmayo del aeropuerto y marqué su número, sin obtener respuesta. Y supuse que calmaría mi sed evocadora llamando a otro teléfono, al del misterioso local de La Perla, cuya tarjeta seguía entre las páginas de mi pasaporte.

—Cevichería Mary, ¿ya? —contestó una voz de mujer.

—Podría decirle al dueño que se ponga —pedí con la esperanza de averiguar un nombre que me diera alguna pista.

—¡Higinio! —gritó ella.

Colgué antes de que el hombre se pusiera al teléfono. Higinio era un nombre que no significaba nada para mí. Descargué mi rabia en un mensaje nada amable dirigido a Louis: «Mientras tú te dedicas a tu “petrolera”, yo me he desmayado en el aeropuerto». Mi reacción era absurda, sabía que mis esperanzas nunca se veían colmadas cuando yo le retaba de alguna manera. No llamaría ese día ni el siguiente. Ni escribiría. Lo habitual, aunque yo no fuera capaz de habituarme a sus desapariciones.

Perdí la noción del tiempo. No sabría contar el que estuve dormitando, ni siquiera si dormí, más bien con la sensación de haber soñado despierta, recordando, como un mantra, la frase: «El 53% de las mujeres víctimas de trata en Perú son niñas de entre trece y diecisiete años», que Pablo me había pedido que ensayara la primera noche del viaje. Y mucho antes de lo esperado aparecieron los hermanos. Llegaban excitados, entonando «cantando alegre yo te conocí, bailando alegre yo de ti me enamoré», una canción que se les había pegado en un bar en el que habían tomado un par de cervezas, decían. Entraron como entra un niño en casa después de su primer día de partido de fútbol, deseosos de que les escuchara, aunque lo que tenían que contarme no era ni divertido, ni agradable, pero sí bastante repetitivo. Por lo visto habían estado hablando con un funcionario de la oficina del fiscal, quien les había explicado que no pensáramos solo que la minería ilegal era la culpable de la venta de mujeres para obligarlas a ejercer la prostitución.

—¿A que tú pensabas que Colombia es el mayor país productor de coca? —me preguntó casi traviesa Alicia.

—Querida, yo soy peruana. Por supuesto que no, sé de sobra que es Perú —contesté.

—Es justo lo que nos ha contado ese tipo. Perú sigue siendo el mayor productor de hoja de coca en el mundo y la producción más elevada se realiza en lo que llaman el VRAEM, el valle de los ríos Apurímac, Ene y

Mantaro, con 3,6 toneladas de hoja seca por hectárea, lo que representa el 56,2% de la producción nacional —leyó Alicia en un papel en el que había apuntado los datos—. En ese valle se encuentran: Cuzco, Junín, Ayacucho o Apurímac —volvió a leer—, justo de donde salen muchas mujeres con destino a lugares como Madre de Dios.

—Así que el tráfico de personas no está ligado solo a la minería ilegal en Madre de Dios —interrumpió Pablo a su hermana—, sino también a esas zonas en las que hay narcotráfico y, por tanto, más dinero y más amoralidad. Te voy a enseñar las imágenes que he grabado del tipo. La pena es que están tomadas en una oficina y soto podré usar el sonido. Y cambiando de tema, te he traído una papaya súper gigante que he comprado en un mercado maravilloso.

En la entrevista el hombre se lamentaba de las costumbres ancestrales de su país, que era el mío, en el que, en general, la población tendía a ser confiada, motivo por el que las chicas no recelaban cuando les ofrecían el trabajo de sus sueños aunque intuyeran que algo de engaño había detrás.

«Hay una generalización endémica de la violencia en los hogares, hasta el punto de que casi un 38% de las mujeres peruanas reconoce sufrir maltrato por parte de su esposo o su compañero. Un 42% recuerda que su madre era agredida físicamente por su padre».

—Si yo le contara... —me dije en voz alta. Una costumbre mía que empezaba a preocuparme.

—¿Qué me tienes que contar? ¿Qué me tienes que contar? —repitió Pablo, pensando que hablaba con él.

—¿Yo? ¡Nada! Hablaba sola, ¿ya? Cuando quiera contarte algo te lo diré con tiempo —contesté. Debió de sonar más bien borde, pues Pablo se disculpó antes de continuar hablando—. Mañana nos vamos de excursión. A ver si estás mejor y un poquito menos disgustada.

—Pero si estoy muy bien. Es más, estoy muerta de hambre —le expliqué, abriendo la papaya para comerla con unas gotas de lima que también habían comprado—. Y no estoy triste. Soy así, Pablo —«no sé si vas a acostumbrarte», pensé, y se me removió el estómago—. Pero no creo que sea muy buena idea salir de excursión. Hemos venido a trabajar.

—Aquí no vamos a encontrar muchachas víctimas de trata, ni mujeres que hayan escapado. Nos han dicho que incluso aunque lo consiguiéramos es difícil que hablen. Así que vamos a disfrutar un poco de nuestra estancia en Puerto Maldonado —dijo, imitando la voz de un anuncio de viajes—. A no

ser que prefieras ir a la consulta del rey de los curanderos José de los Milagros, que hemos visto mi hermana y yo anunciado por la calle. Ahora en serio, iremos muy temprano a dar un paseo por el Tambopata. He encontrado a un tipo que nos cruza al otro lado del río al amanecer, para que veamos pájaros y monos y podamos decir que hemos estado en la selva. También filmaremos imágenes de recurso para el reportaje, si quieres calmar tu conciencia trabajadora. Allí, en el otro lado del río, nos darán un desayuno de frutas exóticas con termos de café, paseamos un poco y nos volvemos.

—¿Y después? —pregunté, aunque esta vez intenté sonreír.

—Aún será buena hora para grabar las calles de Puerto Maldonado, la gente, la torre de la iglesia, que es de influencia japo. Al parecer, a principios del siglo pasado hubo aquí colonos orientales, lo que podría explicar el culto a la comida cruda.

—Perdona que me meta en tu reportaje, pero no entiendo muy bien que pretendas perderte en los exotismos cuando lo nuestro va de otra cosa.

—Quiero tener imágenes de recurso, ya te lo he dicho. Para nuestro tema iremos por la carretera Interoceánica hasta el kilómetro ciento cinco más o menos, pero eso lo hacemos acompañados de la policía. Allí se concentran los clubes a los que acuden cada noche los mineros a beber y a follar. Y si salimos vivos iremos a Mazuko, donde hay un albergue al que llegan niñas rescatadas de trata y niños que han sufrido malos tratos o que están desasistidos. Ese es el plan. ¡Ahora, a cenar!

—¡Si acabo de comer media papaya! —protesté.

—Considéralo un aperitivo. Date una ducha. Nosotros también tomaremos otra —dijo Alicia que, sin sus tacones y con un pantalón caqui y una camiseta de tirantes, parecía una adolescente.

Aún no me había recuperado de la cena ni de una noche prácticamente en vela, con la vana esperanza de recibir noticias de Louis, a las cinco de la mañana, Alicia me tocó en la puerta para despertarme. No podía imaginarse que yo estuviera preparada desde hacía una hora.

Una pequeña embarcación nos esperaba a pocos metros del hotel, próximo a las confluencias del Tambopata y el Madre de Dios, los dos ríos que conformaban la personalidad de Puerto Maldonado. A pesar de la oscuridad, el barquero nos alegró los ojos a Alicia y a mí, vestido solo con unas bermudas beige, luciendo un torso que se intuía muy bronceado, con la constitución atlética de quien está haciendo a todas horas ejercicios con los hombros y los brazos. Nos aseguró sonriente que cruzaríamos el Tambopata, aunque a aquellas horas nocturnas en

las que solo una delgada línea roja se vislumbraba en el horizonte, nadie podía asegurarnos si el río que navegábamos era en verdad el Tambopata. Eso sí, había fruta y termos de café, como Pablo nos había dicho. Tras una corta travesía de una media hora por el cauce nos bajamos en la otra orilla con la esperanza de ver guacamayos, monos, tal vez alguna serpiente no venenosa y muchas mariposas, sin contar el amanecer.

Nos refrescó la fruta y nos despertó el café. Tomamos fotos y escenas del cielo en sus diversas fases. Y de alguna mariposa. No hubo un solo mono. Sí loros, aunque ni un solo guacamayo. Pero hubo más sorpresas. Porque el barquero a su regreso no venía de vacío. Traía a cuatro mujeres, tres jóvenes y una adulta. Iban calladas, hasta que Pablo comenzó a preguntarles de dónde venían, confundíéndolas con turistas. Nos contaron que habían viajado desde Arequipa por carretera y que Les estaban llevando a Delta.

—Ahorita estamos de vacaciones y allá trabajaremos por dos meses —dijo una de ellas.

—¿Qué van a hacer? —les pregunté.

—Algo de turismo, además trabajaremos en una tienda grande.

—¿Es la primera vez que vienen por acá? —seguí preguntando.

—Sí. Y estamos impresionadas por el río, aunque esta barca parece segura. Otras chicas vinieron antes. Nos dijeron que la vida es bien fácil, que se gana plata.

—¿Y quién les dio el trabajo? —intervino Pablo.

—Una señora que siempre va por el mercado nos lo ofreció. Nos pagará cuatrocientos cincuenta sotes por semana. Es muchísimo porque en Arequipa gano noventa como empleada en una casa.

No hubo más conversación. Se dedicaron a sonreír y a bajar la vista hacia el suelo de la lancha. La mirada de la mujer que las acompañaba había interrumpido la conexión con aquellas muchachas que claramente eran víctimas de un engaño que nosotros no podíamos denunciar. Intentamos anotar cómo eran, cómo iban y con quién, una vez que salieron de la barca. Pero fue imposible. Vimos cómo subían deprisa a un pequeño autobús. Siempre me quedaron las dudas de si aquellas mujeres conocían o no su destino. Nosotros lo teníamos claro.

—Estas chicas van a trabajar en los prostibares del kilómetro ciento cinco. Estoy seguro —dijo Pablo apurando una banana que había sobrado. El viaje había concluido y el barquero había amarrado su barca junto a otras muchas más pequeñas, aparentemente sin dueño o sin trabajo, varadas a la



orilla del río y junto a un casetón azul que exhibía en su interior una hamaca, seguramente el hogar de nuestro barquero.

—No tengas ninguna duda. Las frases que han utilizado. El método, ese modo de no mirar a la cara... No pueden descuidarse. Y lo malo es que las chicas de su edad y de sus pueblos, en vez de alertarlas, las alientan contándoles que acá es fácil hacer platita —contesté mirando la inmensidad de verde que nos circundaba.

—Mira nuestra Julia cómo le sale sola la manera de hablar de su tierra —me rio la gracia Alicia, al tiempo que nos urgía a darnos prisa en desaparecer de ahí, pues un grupo de hombres nos estaba escuchando.

El paseo en barca, el mareo de la víspera, el café frío mezclado con la fruta... ¿O era la visión de aquellas tres muchachas lo que me había revuelto el estómago? Definitivamente, fue aquella imagen la que me había llevado de nuevo cerca del precipicio de la tensión, ahí donde uno decide dejarse ir y desvanecerse. Aquellas niñas tenían la edad de cursar sus últimos años de escuela. Me las imaginaba vestidas como las había visto, con unas camisetas de colores y unos jeans, como cualquier chica de cualquier ciudad de cualquier país, llegando cargadas de libros al instituto. Ni siquiera exhibían la pobreza extrema de las mujeres engañadas que huyen de la miseria. Sus melenas largas hasta la cintura, no tan negras como las serranas, sus ojos rasgados y las formas redondas de sus caras, que parecían de hermanas, me acompañó durante el viaje. Y no porque esos rasgos me resultaran extraños, que eran los mismos que llevaba viendo veintisiete años en los espejos, sino porque en cada chica que después iría encontrando buscaría los rostros de aquellas compañeras de mi amanecer.

No pude recuperarme antes de continuar el viaje. Nuestro paso por el hotel fue un relámpago. Y el mío, en concreto, una tormenta. Louis por fin se había manifestado. Un mensaje carente de romanticismo, centrado en el trabajo y en su obsesión por las precauciones que debía tener respecto a Pablo. Pero, en mi interior, agradecí la aparición de una certeza en medio del intenso remolino de recuerdos, de visiones, de incógnitas. Hubiera querido ser más expresiva y menos telegráfica en la contestación, pero no había tiempo. «Salgo corriendo para grabar la ciudad de Puerto Maldonado y en una hora emprendemos el viaje para ir a la zona de prostibares. Te escribiré cuando vuelva a tener conexión».

Poco maquillada, con el pelo recogido y una camisa de flores verdes y rojas —el negro estaba prohibido porque, como el blanco, atraía a los mosquitos—, iba a estrenarme por fin ante la cámara. A la salida del hotel, mi frase, no por muy ensayada, tendría por fin la posibilidad de ver la luz:

—«El 53% de Las mujeres víctimas de trata en Perú son niñas de entre trece y diecisiete años» —dije convencida de que esa sería La manera de comenzar nuestro reportaje.

—¡Genial, Julia! —gritó Pablo, que se había puesto una gorra como si la prenda le reforzara en su faceta de director y no soto en la de cámara. En La práctica respondía más bien a la necesidad de resguardar su calva del sol que empezaba a picar más que los mosquitos—. Así de bien tienes que hacerlo siempre. Además estabas bellísima delante de esas flores rojas y amarillas. ¿Cómo dices que se llaman?

—No sé cuál será su nombre verdadero pero aquí todos las conocemos como pico de loro.

Ni Alicia ni yo entendíamos de dónde había sacado Pablo sus dotes de organización. Desde luego, cualquier parecido entre ellos era pura coincidencia. Pablo se las había arreglado para conseguir un coche baratísimo con un chófer que era policía y que esos días tenía vacaciones, dispuesto a acompañarnos en nuestro recorrido por si en algún momento se imponía intimidar a alguien con su pistola. El hombre no es que fuera muy hablador pero Pablo decidió que, para el reportaje, hablara al tiempo que conducía. Quería tomarle de perfil mientras el conductor contaba cómo había ido creciendo la población de la zona.

En Madre de Dios, en pocos años, se ha pasado de treinta mil a cien mil habitantes. Allá donde nos dirigimos, en La Pampa, entre los kilómetros ciento cinco y ciento siete de la carretera Interoceánica se supone que viven treinta y cinco mil personas —dijo.

La Interoceánica, que había traído Las comunicaciones a buena parte de Perú y a muchos lugares incluso la electricidad, iba mostrando su masa verde salpicada de pequeños chiringuitos y gasolineras aproximadamente a mitad de camino, hacia el kilómetro cincuenta, con algunos bares y establecimientos que daban buena cuenta del desgobierno de la región. En ellos se podía comprar cualquier cosa, todo era cuestión de plata. Pero las mujeres que trabajaban en la zona valían hasta los veinte años, después nadie las quería pues «los mineros no las catan mayores, ahí, no más», decía el chófer.

Y, tal y como nos habían prometido, nos recibieron cabinas de peaje con policías vestidos con uniforme de camuflaje.

Y, tal y como nos habían prometido, divisamos tremendas y horribles zonas de selva completamente taladas, que desde el coche se dirían desiertos, como playas arenosas, fruto del trabajo ilegal de la tala de árboles, maderas preciosas,

caobas, otro de los problemas peruanos que nada tenía que ver con las mujeres que buscábamos, aunque el policía nos decía que también los madereros hacían sus incursiones a los prostibares e incluso alguno se había convertido en dueño y proxeneta de uno de ellos.

—Pero ahora el mayor negocio es el oro. Se dice que se pueden extraer hasta quince toneladas al año en Madre de Dios. Pero ya saben que para lavarlo, antes de extraerlo, necesitan mercurio. ¿Y ustedes saben de dónde viene la mayor parte de ese metal? ¡De España! Ya les habrán dicho que aquí no pueden tomar pescado porque el mercurio que cae al río lo comen los peces —se calló y retomó la conversación unos minutos después, con la sonrisa asomando por sus ojos rasgados y saliéndole incluso de las anchas aletas de su étnica nariz—. Aquí los únicos que comen peces son los indígenas, así que los españoles son los auténticos culpables del envenenamiento de esa gente.

—Julia, dedícanos una sonrisita, mujer, que llevas un viaje de lo más triste —me reprochó Alicia, trayéndome una cusqueña de un puestecito en el que paramos. Un curioso lugar donde los clientes veían una telenovela mexicana en un gran televisor, virado hacia fuera del local, al que cruzaban a comprar niñas de jersey con escudo, el del colegio Francisco Bolognesi. «Esa mujer no está súper cañón; está lo que sigue», decían en la televisión, y los niños lo repetían. Alicia se empeñó en comprar paracetamol y más repelente de insectos, ya que alguno le había marcado sus piernas descubiertas, aunque la habíamos avisado de que debía taparlas por mucho calor que hiciera.

—Tú hablarás de mis piernas pero no sé si te has visto las uñas —se rio de mí, comprobando cómo el antimosquitos se había comido literalmente el esmalte de mis uñas que siempre me preciaba de llevar perfectas.

—No fue aquel pequeño detalle estético el que decidió a Pablo a eliminar mi aparición ante la cámara ese día, sino mi cara triste y mis ojos con las ojeras marcadas, continuamente emocionados, lo cual a mí me hizo llorar aún más con la mala conciencia por delante de haberle encarecido el viaje sin que pudiera sacarme partido. «El dramatismo ya lo pondrían las imágenes de los campamentos de mujeres», me había advertido.

—Nada de mala conciencia, Julia. Qué tonterías son esas —me consoló Pablo mientras paseábamos por aquel extraño tramo de carretera, que era a la vez calle y a su manera centro comercial—. Tu presencia aquí es fundamental. Nunca lo habríamos hecho solos mi hermana y yo. Tú eres mucho más importante de lo que crees. Y eso no tiene nada que ver con que seas famosa. Tiene que ver con que eres una mujer estupenda que si no

- me equivoco ha sufrido mucho más de lo que podemos imaginarnos — concluyó abrazándome por tercera vez en ese viaje, la primera que le dejé hacer.
- Ni te lo imaginas —contesté soltándome para ir a comprar guanábano, que vendían también allí y que era de las cosas que más echaba de menos en España, por más que hubiera quien se empeñara en asegurar que las chirimoyas eran parecidas.
- Yo también quiero —dijo Pablo, adelantándose a pagar dos soles por cuatro piezas—. Me encantan, aunque yo las llamo anonas, porque las descubrí en México. Son deliciosas, y según me aseguraron allí anticancerígenas.
- Y ¿cómo harás con mis imágenes y las frases que querías que dijera?
- No problema, no te preocupes. Tomaré algún recurso en la puerta de alguno de los prostibares —dijo haciéndose el gracioso. Debió de darse cuenta de que la broma no me había hecho ninguna gracia porque enseguida corrigió—. Haremos alguna toma de recurso en la que aparezca tu silueta. Cuando volvamos a Madrid ya te entrevistaré y te daré algunas frases más para que las ensayes. No pasa nada. Además, aún quedan días de viaje. ¡Todavía estás a tiempo de cambiar de humor!
- No es una cuestión de humor. No soy tan caprichosa. No me encuentro bien. Eso es todo. Y como peruana es muy duro contemplar y sumergirse en este mundo atroz donde los seres humanos están cosificados, las mujeres no más. Siento pena, dolor y vergüenza.
- Eso quiero que me lo digas a cámara. Y sí, quiero que me lo digas hoy, con esa cara, con esa rabia. Cuando estemos en la zona de los prostibares.

Conocía la historia. Uno de los grandes problemas de mi país era el de la corrupción que hacía posible que, en este aparente lugar paradisíaco, hubiera chicas obligadas a mantener hasta veinte relaciones sexuales al día, bajo amenaza de muerte de ellas y de sus familias en caso de negarse. Y ello aunque desde 2007 existiera un Plan Nacional contra la Trata, y desde 2008, una ley específica que impone penas de hasta quince años de cárcel a quienes vendan o esclavicen a las mujeres obligándolas a prostituirse. Por eso no me fiaba ni siquiera del solícito policía que nos conducía hasta la zona roja. Él mismo nos había prevenido contra gente que, decía, habíamos visto los días anteriores, refiriéndose específicamente a la oficina del fiscal.

- Entonces, ¿a quién debemos creer? —le preguntó Pablo, solo para tener sus declaraciones como base, pero sin imagen.
- A nadie, así es. Porque las autoridades tienen las tierras y ellos obtienen

dinero de las minas, de las mangueras y de los motores para extraer el oro. Acá hay alguien que se lleva plata hasta del combustible que entra para que funcionen esos motores. ¿Me van a decir que nadie se entera? Si todo el distrito vive de este negocio. Hace un ratito leí en el diario que acá, en esta región, se consume un millón de cajas de cerveza cada treinta días. ¿Ustedes creen que eso sería posible sin los mineros? No, hombre, no —decía indignado—. Y así todo... Acá la ley es solo un papel.

—La culpa la tienen también los hombres que creen que todo se les arregla en la cama —intervine. No pude aguantarme, llena de rabia.

—Señora, eso es así en todos lados. Pero acá hay niñas y se permite. Todos dicen querer arreglarlo pero el problema está a un lado y se mira hacia el otro. Demasiados intereses, ¿verdad? En los tres kilómetros que vamos a pasar, entre el ciento cinco y el ciento siete, pueden trabajar más de cinco mil personas que generan treinta millones de dólares al año.

—Pero nos dijeron que habían abierto un puesto de control precisamente para impedir la entrada de menores —dijo Alicia muy segura.

—Pasaremos por el control. Está cerca de Mazuko. Pero no sirve de nada. No paran a todos los carros. Y cuando los paran, lo único que hacen es revisar algunos documentos. Si hay algo que no está bien se limitan a detener, pero no se sabe qué ocurre después. Ellos siempre dicen que si todo está en regla, aparentemente en regla, no pueden hacer nada. ¿Cómo van a saber si son víctimas de trata? Si ellas no denuncian, ¿cómo van a saber que alguien las está llevando o trayendo?

—Al final siempre ocurre lo mismo. Acá también. Las víctimas acabamos siendo las culpables —le interrumpí ante la mirada atónita de Pablo y Alicia.

—¿Te pones tú como víctima? —preguntó Pablo.

—Hablo de las mujeres en general. ¡Qué cosas tenéis!

Habían desaparecido ya las casas de la carretera, donde se suponía que vivían también de la minería y en las que solo las antenas parabólicas proporcionaban una cierta sensación de normalidad, casitas pintadas de colores, con ventanas sin cristales, desde las que se veía poca vida y algunas hamacas, con tejados de crisneja o de lata.

Había otras casas con otro aspecto y otra pintura.

Paramos frente a un local con una pintada de pretensiones artísticas con las siluetas de unas chicas bailando. Muy despacio, con la ventanilla del coche bajada, para que Pablo pudiera filmar, fuimos encontrando locales aún medio cerrados o medio vacíos, que según contaba el chófer eran un hervidero de gente al

anochecer y de madrugada. Había miles de carteles con mujeres medio desnudas, que avisaban de reservados o de duchas o de vídeo-bares. Había grupos de mujeres a las puertas de los locales, mujeres de todas las edades, vestidas como cualquier muchacha se viste para ir a la playa, y niñas y niños moviéndose como se mueven los niños en cualquier lugar del mundo, sin preocupaciones, y muchos pañuelos de papel por el suelo y un pobre chico borracho, cayéndose literalmente a orillas de esa calle que era medio carretera.

Pablo estaba disfrutando pero a mí me costaba trabajo mirar tras los cristales oscuros de mis gafas de sol.

Volvíamos a ver muchas motos. Y camiones con cajas de cerveza. Muchos camiones y muchas cajas, ya lo había dicho nuestro guía, que ese era uno de los grandes negocios.

Ahí, no más, a pie de carretera por llamar de alguna manera a unas calles empedradas y sucias, un hombre se agachó, cogió un par de piedras y nos las estampó en el coche, que afortunadamente no sufrió daños serios. Pablo guardó enseguida la cámara. Nuestro guía se ofreció a volver a pasearnos por la noche, con o sin cámara, porque a esas horas veríamos mucha más animación e incluso podríamos «entrar en algún local para tomar una cerveza», le dijo a Pablo, guiñándole un ojo. Y yo, con lágrimas en los míos, rogué a mis amigos que se negaran a seguir el consejo.

—Dios mío, el que inventó el plástico ha debido de hacerse de oro en este sitio —exclamó Alicia, viendo que la mayoría de los locales tenían la entrada de plástico azul o eran un todo de ese material, techo incluido, sujetado por palos de madera, como cajas plásticas prefabricadas... Y mira por donde incluso a mí me hizo reír, para después llorar.

—Imaginad a chicas de la edad de alguna de vuestras sobrinas ahí, follando con tipos sucios y borrachos, cada noche con diez, doce o veinte, obligadas, sin DNI, recibiendo palizas, cogiendo enfermedades. ¿No me digáis que no se os revuelve el estómago? —protesté.

—Me rindo —dijo Pablo con lágrimas en los ojos—. Creo que con las imágenes que he tomado tengo suficiente. Al fin y al cabo es un reportaje, no un documental.

Continuamos unos kilómetros en silencio, hasta un local escondido que el chófer conocía. Vendían comida chifa, esa mezcla de peruana y oriental que a mí me volvía loca y que a Pablo y a Alicia les había prometido que probarían. Pablo comenzó peligrosamente a preguntar por mi familia. Y no tenía muchas ganas de

contar mucho más de lo que ya había explicado alguna vez sobre mi padre, que, siendo lo más exótico, era lo más recurrente.

—Porque tú —me dijo— tienes los ojos un poco achinados. Como peruana pero un poco más, ¿verdad?

—A mi padre le llamaban «el chino», pero hasta que no he estado en Puerto Maldonado no he caído en la cuenta de que mi abuelo pudiera ser uno de aquellos japoneses que vinieron a Perú a principios del siglo pasado. El caso es que mi padre nunca supo quién era el suyo. Él nunca lo confesó, pero a mi madre le gustaba contárnoslo.

—¿Y con tu madre qué relación tienes? —me preguntó Alicia.

—Ninguna. Económica. Le mando dinero desde hace años. Y nada más. No os asustéis —les consolé—. Aquí es muy corriente el desarraigo. Nada que ver con vuestras familias. Por eso no me importa no haber visto a mi madre —mentí deliberadamente—. No es raro. Llevo demasiados años fuera.

—¡Mira tú la españolita! Diez años y se cree la fiesta nacional bromeó Alicia después de la cerveza peruana y un par de pisco sours.

—Antes de venir a España ya vivía fuera de casa. No creáis que nací presentadora.

Afortunadamente apareció nuestro chófer para seguir el viaje hasta Mazuko, donde dormiríamos y visitaríamos el albergue prometido y donde el cielo protector nos depararía unas cuantas buenas sorpresas. El hombre venía con un periódico en sus manos. Traía un anuncio: «Chica nuevecita, de la selva su encanto, con cuerpo provocativo, bonita cadera, potoncita, veinte añitos para dama de compañía».

Desde muy pequeña, siempre había tenido momentos de destello, momentos en los que todo lo veía claro, como cuando te ilumina la nieve, con la que hasta hacía poco jugaba en Ocongate en los fríos días del invierno. En esas oportunidades era capaz de comerme el mundo, aunque luego me engullera a mí.

Por fin había vivido uno de aquellos instantes.

Una niña muerta era suficiente aviso.

Había que salir de allí.

Huyendo.

Enseguida.

Con Jazmín. Aunque eso significara poner en peligro la vida de ambas en el intento, la vida que ya habíamos perdido existiendo de la manera que existíamos.

Tener a Jazmín conmigo, y siempre tan cerca de mí, justificaba más, si cabe, la necesidad de huir, mi obligación de sacarla de allí, con esa responsabilidad que yo me había impuesto con ella, con esa responsabilidad suya conmigo. Porque ambas nos cuidábamos en una especie de maternidad sobrevenida, una maternidad infantil para una muchachita que acababa de cumplir nueve años, que tendría que cuidar de mí, y para mí, que había hecho dieciséis y me vería obligada a cuidar de ella.

Aquella idea no desaparecía de mi mente ni siquiera en los segundos en los que mi cuerpo trabajaba mecánicamente. Discurrieron varias jornadas encerrada en mi soledad que la costumbre me había enseñado a amar. Decidí ocultar a Jazmín mis planes pues no quería correr ningún riesgo, ni que la paralizase el miedo. Decidí que solo existían dos momentos aconsejables para la huida. Uno se producía regularmente, cada mes, cuando el caficho desaparecía para pagar sus deudas y nos quedábamos medio huérfanas. El otro se producía cada día, cuando



nos dirigíamos a las duchas.

Hacía pocos días que El Lolo había vuelto de pasar su jornada de paga con los rusos. Podía calcularlo teniendo en cuenta cuándo se había producido la última violación, en la que me había sacado de las duchas, que de eso podía hacer un mes y medio. Según mis cuentas debían de faltar aproximadamente quince días para su próxima cita. Decidí hacerme la melosa con el jefe e intentar sacarle información con las artes que Grace nos había enseñado.

—Estamos tan bien los dos juntos que desearía acompañarte en una de tus salidas —le dije acariciando su cabello sedoso, cortado a tijeretazos.

—¿A dónde quieres ir conmigo?

—No lo sé, fuera de acá. Que esto es muy aburrido cuando una está sola.

—No me seas mal criada, Luna. Fuera hay muchos peligros y más donde yo voy los días que me paseo. Ya lo sabes.

—¿Pues qué debería saber? Nada, yo no sé nada, yo no más trabajo aquí y me cuido de trabajar bien y hacer platita.

El Lolo se desprendió de mí como era su costumbre, empujándome en dirección al suelo, al tiempo que se ponía los pantalones, que a veces ni eso se quitaba para encontrarse conmigo. No había sido muy lista en mi estrategia pero hacía mucho tiempo que había aprendido que las guerras era imposible ganarlas en una primera batalla.

Fue una pena descubrir que al día siguiente el jefe se había marchado. Mi error de cálculo aceleró las cosas, pues no tenía que andarme ya con más caricias falsas a ese chancho para averiguar las fechas de su partida. Ya sabía que desde ese momento tenía que contar treinta días para fijar nuestra fuga, prometiéndome a mí misma intentarlo si en algún momento los cafichos nos dejaban solas, como hacían de vez en cuando. Aunque con la llegada de Edit ellos no se sentían tan seguros, pues a esta aún no la tenían tan adiestrada y más con lo ufana que había venido y lo segura que se mostraba sabiéndose protegida por la policía.

Es posible ser un bruto y tener buena memoria. El Lolo era un bruto pero había demostrado en más de una ocasión que era difícil que olvidara algún asunto y le gustaba ejecutarlo con urgencia. Fue volver a El Horizonte con el deber de sus pagas bien cumplido —que en aquella ocasión volvió antes de lo que era habitual y menos ebrio— y abrazarse a mí y arrastrarme hasta mi cuarto. Mientras se ensañaba con mi cuerpo, a medias entre el sexo y los golpes, me prometía que la próxima vez que acudiera a su cita con los rusos me llevaría con él. Ellos le habían dado permiso y le habían asegurado que nos divertiríamos mucho. Y se reía,

mientras se desahogaba más duro, como si la idea le produjera una excitación adicional.

—No vas a dejarme mal, ¿verdad cholita?, que ya pudiste comprobar cómo se comportan esos tipos si no obtienen lo que reclaman.

—¿Cuándo será eso? —le pregunté con una ansiedad que él no se esperaba.

—¿Así que la muchachita tiene apuro? ¿Ya le cogiste el gusto?

—No tengo prisa. Y no me gustaron esos tipos. No me gustó nada lo que te hicieron. Y me dan miedo. Pensándolo mejor, no voy.

—Luna, ¿cómo que ahora no vas a ir? —siguió, apretándome con sus dos manazas el cuello—. Si no vas, me metes en un problema. ¿Quieres encontrarme muerto?

Por un momento creí que esa era la solución. Pero los rusos le torturarían a él y vendrían después a torturarme a mí, por lo que tendría que aprovechar ese día para intentar huir yo sola. La mera idea de abandonar a Jazmín me despertó el llanto. Tanto que El Lolo creyó que se debía a su propuesta y se esfumó sin exigir una solución, pero sin darla tampoco él.

—Piénsatelo. Hay tiempo —sentenció en tono amenazante, mientras abandonaba mi cueva.

No fue necesario esperar un mes. Aquellos tipos también tenían buena memoria. Y también eran ansiosos, como el caficho. Y cobardes eran. Y una vez que este les había puesto los dientes largos, no podían dejar libre a su presa ni demorarse muchos días más, no fuera que alguien se arrepintiera, que así pensaba esta gente. Así que decidieron visitarnos para cobrarse su nueva deuda. Pasaron la mañana con nosotras en el bar, como les habíamos visto hacer tiempo atrás, bebiendo ellos mucho y haciendo que nosotras bebiéramos también más de la cuenta y antes de la cuenta. Lo que en otras ocasiones hubiera dado lugar a una multa esta vez contaba con la bendición de los jefes.

—Tomadlo como si fuera fiesta —había dicho Margarita. Ella se hizo cargo de servir las cervezas en lugar de María, quien permaneció atrincherada en la cocina.

—¿Quieres decir que esta noche no tendremos que trabajar? —pregunté con esa ironía mía que les ponía tan nerviosos.

—Eso négócialo con El Lolo. A mí solo me han pedido que os regale las cervezas y que os diga que esta mañana hay fiesta.

Los tipos no hablaban. Solo tomaban. A un gesto del caficho, me acerqué hacia

mi cuarto y después vinieron ellos, bruscos, a exigir su pase los tres, sin quitarse por completo el pantalón los tres, asquerosos, sin dejarme siquiera lavar entre uno y otro, y con El Lolo testigo, mudo, soez, de frente, sonriente, con un gesto burlón que encontraba cada vez que le miraba, lo que hacía yo a propósito y con frecuencia en un vano intento por despertar su mala conciencia.

Salieron de la habitación en el mismo orden en el que habían entrado en mi cuerpo, uno detrás de otro. En primer lugar, el que se suponía el cabecilla. Después, los peones. Y el último, el caficho, que me agarró fuerte del brazo, se acercó a mi oído y me dijo: «Cada día te vuelves más puta. Estos pases te contarán dobles en tu cuentecita. Lo has hecho muy bien, niñita Luna».

Esa noche María reclamó mi presencia en la cocina y me apartó del bar.

—Hoy no hay más pases, muchacha.

—¿Quién hará los míos entonces?

—Entre todas, no tengas cuidado por eso.

—A Jazmín no la metáis en el reparto.

—Nosotros ya alcanzamos a saber lo que hacemos. No intentes organizar, por mucho que te hagas la jefa de la pequeña. Esa trabaja como una más.

Me callé al comprobar que María estaba cocinando un ají de gallina. Pensé que así me iría con una receta más en mi cuaderno, precisamente una de las más preciadas. Me enseñó que debía coger una pechuga de pollo o de gallina, bien grande. La gallina la «había traído el esposo», así me dijo. Había que cocerla en agua con sal, dejando enfriar la carne en el caldo y una vez fría debía desmenuzarla.

—Ahora coge esos cuatro panes y esas galletas —me dijo señalando cuatro rebanadas de pan blanco y medio paquete de galletas de soda— y mételo dentro de ese cuenquito con una taza de leche. Déjalo en remojo diez minutos.

Esos eran los únicos momentos del club que me hacían feliz, aunque lloraba mientras María picaba una cebolla bien fina. Y ella se rio de mis lágrimas de lagarto. Y yo me reí con ella. Hervimos cuatro ajís y molimos tres dientes de ajo y también el ají cuando estuvo blando y picado, pusimos todo ello a freír, como un sofrito normal al que añadimos la masa del pan y las galletas con su leche y todo, sin dejar nada en el cuenco.

—Ahora hay que remover para que se quede una salsa bien espesa. Muévelo.

Y cuando creas que ya está, avísame para echarle la gallina.

Al tiempo que ella cocía arroz, papas y huevo duro, para servirlo después en cada plato, venía a vigilar de vez en cuando el guiso, e incluso después de echar la gallina a la cazuela puso un poco más de leche porque decía que quedaba demasiado espeso.

Aquella noche María tuvo conmigo el único gesto de cariño que le recuerdo: díjole a todo el mundo en el club que yo era la responsable del ají que estaban comiendo, el mismo ají que yo no pude probar del asco que invadía mi cuerpo.

A la mañana siguiente, los cafichos nos dejaron un rato solas y, aparte de las bromas en torno a los rusos, les conté a todas la receta del ají que algunas apuntaron y otras dejaron al albur de su memoria, como si no pensaran acercarse nunca a los fogones. El hecho de haberme convertido en una de las favoritas de ese, como decían algunas refiriéndose al jefe, y de esa, mientras miraban hacia la cocina, no hacía que me quisieran pero sí me convertía en la más popular, algo que nunca había logrado ni en el colegio, aunque allí fuera envidiada por mi amistad con Robert, el niño más deseado, por guapo y por pertenecer a la mejor familia de nuestro barrio. Como popular que era, mis compañeras esperaban que me comportara como una pequeña líder, como si entre aquellas llamas pudiera haber más diablo que El Lolo y más diabla que María.

—Hemos caído en una red, como caen los peces —les dije en la mesa, mientras esperábamos la aparición de los jefes de un momento a otro—. ¿Habéis visto alguna vez cómo mueven la cola? ¿Habéis visto cómo pelean, cómo se resisten? —dije mirándolas una a una, incluida Edit, aunque sabía que de ella no debía fiarme.

—Mucho —se apresuró a contestar ella—. Mucho y muy de prisa. Hasta que se cansan de pelear.

—Pues yo me siento igual que si hubiera caído en una red. Como un pececillo. ¿Sabéis cuál es la diferencia entre ellos y yo? Que yo no voy a dejar de pelear. ¿Me entendéis? Yo no pienso dejar de pelear. Y si alguna lo desea puede seguirme. Todavía no sé ni dónde ni cuándo, pero sé que tiene que haber una forma de salir de aquí y que tiene que haber algún lugar al que dirigirse.

Todas me miraban asustadas, como entendiendo lo que quería decir, que me iría de allí y que esperaba voluntarias que me siguieran. Pero ninguna replicaba, conscientes de que antes o después podían entrar los jefes. Así que seguí yo sola en mi monólogo, no sé si valiente pero sí envalentonada:

- Lo que me parece un regalo es haber caído entre muchos peces. El regalo de esta situación de mierda es sentir que yo no soy la única. Los primeros días pensaba que era yo, que solo yo era una tonta a la que habían engañado, que solo yo había caído en la red. Cuando descubrí que no era la única sentí un gran alivio, sentí que podía vivir acompañada y que la manera de salir de esta trampa era en grupo.
- De momento nosotras somos la mejor manera de vivir en esta trampa. Porque podemos ayudarnos unas a otras —dijo Ana.
- Olvídate de mí. Yo no pienso moverme hasta que no haya pagado la deuda —intervino Margarita—. Mi familia ha firmado un papel en el que se han comprometido a que si no pago les quitan la casa. Cómo voy a dejar sin hogar a mi papá, a mi mamá, a mis dos hermanitos y a mi niña.
- A mí no me vuelven a coger. Yo ya me escapé o intenté escaparme una vez. Fue después de una redada —explicó Rosita—. Me pillaron debajo de la cama. Mi papá era el dueño del local y esa noche estaba ebrio; en realidad, él siempre estaba borracho, tomaba demasiado. Aquel día entró la policía y cuando descubrieron que era menor de edad me dejaron una noche en el cuartel. Mi padre me buscó, les pagó y yo supe que tenía que huir, que estaba en un lugar que no podía traerme más que disgustos. Me sacaron de la policía y duré un día en el club. Al siguiente salí corriendo e intenté huir pero unos tipos que me conocían me vieron, se pasaron la voz y me impidieron salir. Me pillaron en el kilómetro ciento tres. Nunca lo olvides, Luna, aquí todo está conectado: las minas y los bares, los mineros y los cafichos, las muchachas y la policía —dijo mirando descaradamente a Edit.
- ¿Cómo llegaste hasta aquí? —le pregunté.
- Cuando me agarraron, mi propio padre me vendió a El Lolo. Entre ellos se manejan sus trapiches.

Las escuchaba, miraba sus caras y me veía reflejada. Una a una las miraba e iba identificando mis diferentes sentimientos, los mismos que sentían ellas. Luna cansada. Luna sin fuerzas. Luna aniquilada como resultado de tantas palizas, de tanto dolor, de tanta violación. Luna incomunicada. Luna vejada, sin orgullo. Luna teniendo que hacer verdaderos esfuerzos para seguir resistiendo, para desear escapar, por ejemplo, cuando lo único que podía esperarse de mí y de cualquiera en similar situación hubiera sido ceder o... morir.

Me preocupaba la huida. Pero una vez decidida, mi gran incógnita era qué hacer al salir de allí. No podía acudir a los brazos de mi madre. Cómo iba a explicarle por lo que había pasado, cómo contar a mi madre que llevaba unos cinco meses acostándome cada noche con diez o doce hombres, sin dinero siquiera para

comprarle la casita como yo le había prometido. Cómo iba a enseñarle lo sucia que estaba si la suciedad la tenía por dentro. Cómo iba a presentarme en mi pueblo, avergonzando a mi familia, siendo como era hija de una madre conocida por no parar de trabajar y por haber cuidado de nosotros hasta casi enterrarse en vida. Cómo iba a contarle a mi hermano que me habían convertido en una puta, que sabía poner en marcha los motores que movían el lado más oscuro de sus congéneres, que sabía entender los gestos de sus órganos sagrados, que había sucumbido a sus más soeces peticiones, que sabía tomar como tomaban ellos, tanto que la mitad de las noches ni siquiera recordaba cómo me desvestía, si es que lo hacía, que a punto había estado de darme al consumo de cocaína..., y que lo único por lo que me sentía redimida es porque había decidido que una niñita compartiera su vida conmigo, que no sabía siquiera cuál era su nombre, que la llamaban Jazmín pero que iba a ser una madre para ella. Se me ocurrían pocas fórmulas para poder convencerles de que no se trataba de una situación anormal, de que yo seguía siendo la misma Luna de siempre. Se me ocurrían pocas fórmulas para ser capaz de mantener una existencia decente.

—Luna, muchacha, despierta. Que estás como ausente —me gritó Grace, siempre tan poco delicada.

—Pensaba en la vida que nos espera al salir de aquí.

—Siempre puedes hacer lo mismo que Anita y yo. Trabajas un poco acá y vives un poco allá.

Tenía la impresión de que otra Luna se hubiera adueñado de mí, una Luna que tenía dos caras, que se iluminaba y se oscurecía y nunca sabía en cuál de ellas se encontraba más a gusto. Por momentos me iluminaba e intuía que saldría de allí y me comería el mundo, con o sin Jazmín, con o sin mi familia. Por momentos me oscurecía, pensando que nunca más volvería a recuperar mi yo, ni a jugar al fútbol, ni a estudiar, ni a ayudar a mi madre, porque yo ya solo sabía tomar y tomar, y cachar y cachar, como se referían los mineros más vulgares a nuestras uniones de sexo.

Empezaban a aparecer los clientes. Y, con ellos, llegaron los jefes. Venían ufanos después de dejar a sus hijos con unos familiares para que asistieran a un colegio, «porque algún día llevarán un local aún mejor que este», dijo El Lolo guiñándome un ojo y dándome unas palmaditas en el hombro, como si pudiera ser él un familiar o un amigo, aunque intuyó por mi mirada que no andaban bien las cosas. Se las prometía felices, sabiendo que mi enganche a él era enorme, con una deuda que se engrosaba cada día, por más que me afanara yo en hacer consumir a los clientes y en ejecutar todos los pases que me pedían, así estuviera muerta del cansancio. Es más, estaba convencida de que él pensaba que mi enganche era

también emocional.

—¿Dónde ibas a estar tú mejor que aquí y dónde iba a rentarte más ese cuerpo que hasta está engordando y todo? —siguió, agarrándome de una teta, que en efecto había ido creciendo en los últimos tiempos, mientras reía a voces su bravuconada de niño chico.

Dos días antes de que, según mis cálculos, se produjera la «escapada» mensual de El Lolo previne a Jazmín de mis intenciones. Le confesé que tenía un poco de dinero ahorrado de las propinas que me dejaba algún cliente, que guardaba una pepita de oro que me había regalado Agustín y un número de teléfono que no sabía a quién pertenecía pero que intuía que podría sernos útil.

—¿Adónde quieres que vaya, si vivo aquí mejor que con mi familia? ¿No te dijeron que nunca tuve padre y que mi mamá se la pasa tomando y tomando? —hablaba como si fuera una muchacha mayor. Había crecido mucho y no solo para conformar a los mineros.

—Tampoco yo creo que vuelva con mi familia. Me muero de la vergüenza de decirle a mi mamá que estuve con hombres, que me pagaban y que encima mi dinero ni siquiera lo veía yo sino que se lo quedaba el caficho. Pero aquí no podemos seguir. Si nos quedamos seremos tuyas para siempre, nos seguirán vendiendo y dentro de un tiempo no serviremos ni para ser vendidas. Solo tienes que mirar a esas —le dije echando la vista hacia el bar, aunque no podíamos verlas.

—Pero yo soy una niña. Aquí me dan de comer y tengo donde dormir. ¿Quién va a cuidar de mí?

—Yo cuidaré de ti. Por ti, más que por nadie, por ti quiero que huyamos. Tú no deberías estar aquí. Tú eres una niña. Tendrías que estar en el colegio, aprendiendo; en la calle, jugando; enamorándote de los niños de tu edad y no dejándote manosear por esos sucios tipos que te buscan, por más que a ti te toquen los más jóvenes. Las niñas de tu edad no tendrían que hacer lo que tú haces. ¿No te das cuenta?

—No me gusta lo que hago pero tampoco es nada malo. Tú eres buena y lo haces.

—¡Jazmín, no has entendido nada! ¡No me seas niña!

Grité tanto que me oyeron. Se presentó el caficho en mi cuarto para comprobar que estaba todo en orden. Y cuando vio que nos gritábamos me avisó de que tenía una nueva multa, mejor dicho dos: una por pelear y otra por estar juntas en lo que él llamaba habitación, cuando ya sabía yo que a esas horas en las que había clientes estaba prohibido.

—¿Y, además, por qué le gritas, si es una niña, como tú misma bien dices? —interrogó.

—Porque le estoy explicando que no está bien lo que hace, que una niña de su edad no debería estar aquí, y como veo que no lo entiende le grito que no me sea niña, que aquí no debería estar —solté, inconsciente de mí, como un grifo abierto que no puede cerrarse.

El caficho se marchó riendo mi rebeldía, pero antes se me acercó hasta que pude comprobar su aliento de cerveza y me exigió que saliera porque había clientes esperando. Me previno que al cierre del local vendría a visitarme y le prohibió a Jazmín dormir conmigo. Salió amenazando:

—A vosotras dos voy a tener que separaros. Ya os lo advirtió María hace un tiempo. No os descuidéis, que cuando se me antoje saco de aquí a una de las dos —dijo levantando amenazante un dedo, o a las dos, y os aseguro que en pocos sitios vais a estar mejor que en El Horizonte.

—Yo no me voy de acá si no es con Jazmín.

—Eso ya lo veremos. De momento, ve al bar —ordenó, intentando ser amable con una nalgada cariñosa.

Esa misma noche, una vez que me quedé sola tras su prometida visita, empecé a preparar la huida. Descosí una esquina de la almohada, lo justo para sacar la pepita de oro y mi papel preciado, los metí en unos jeans que usaba continuamente, y con un poco de hilo y la aguja que Rosita nunca había reclamado, cosí el bolsillo para que nadie pudiera descubrir ni sacar mis tesoros. Cogí los cincuenta soles ahorrados y los metí en el bolsillo compañero, repitiendo la operación de cierre.

La mañana siguiente hicimos un teórico ensayo en las duchas. Yo ya llevaba algún tiempo encargada de despertar a Jazmín y de conducirla como primera cliente del aseo matutino. Ese empeño de María ahora podía servirnos de ayuda. Mi intención era no entrar en las duchas, sino acercarnos al espacio de plástico en el que se encontraban y, al llegar a su altura, salir corriendo hasta la carretera. Mi idea era parar algún coche que nos alejara lo antes posible de la zona y que nos dejara en el primer puesto de policía que encontráramos. No huimos esa mañana. Tan solo comprobamos si alguien que no fuera yo se enteraría de que Jazmín no entraba en la ducha. Y en efecto nadie se daba cuenta. Cuando se cumplían los tres minutos que cada una de nosotras tenía asignados, María nos preguntaba a voces si habíamos acabado. En nuestro caso, al ser dos, teníamos seis minutos, pues María solo llamaba cuando calculaba que yo también había acabado mi



aseo. Así ocurrió. Jazmín y yo nos habíamos quedado quietas detrás de los plásticos, sin ducharnos, volviendo después al club, que estaba a un pasillo de plástico de las duchas.

Durante el día y la noche fuimos las dos muchachas más sumisas y cariñosas del bar. Consumimos poca cerveza, para estar bien despejadas por la mañana, pero logramos que los parroquianos bebieran por ellos y por nosotras. Supuse que el caficho también tenía que dormir, porque al día siguiente salía temprano. Antes del cierre dejó el bar y el orden de los pases en manos de María, mientras él se retiraba a su cuarto. Cada una de nosotras cumplió con su misión y, puesto que El Lolo no había dispuesto lo contrario, Jazmín dormiría esa noche conmigo para seguir acunándola en mis brazos, pues el llanto le sobrevenía cada madrugada como un ataque programado.

Cuando a las nueve de la mañana María empezó con sus llamadas que parecían más de cuartel que de un club de señoritas de compañía, Jazmín y yo salimos dispuestas a las duchas como un día más, salvo por el hecho de que las pasamos de largo y seguimos corriendo, como habíamos previsto. Únicamente había un pequeño detalle con el que no habíamos contado: el perro del dueño de las duchas. Cuando habíamos sobrepasado el local empezó a ladrar tan ferozmente que, si bien corrimos muy deprisa, no bastó para escapar de aquel tipo, Ricardo, siempre sucio a pesar de regentar unos baños, que salió tras nosotras con su perro suelto, truncando de un ladrido nuestro sueño.

Ni un minuto tardó María en presentarse en el lugar de la escena. No dijo nada. Jaló a cada una de un brazo y una vez en las duchas nos metió de un empujón. Y cuando hubimos terminado de asearnos, nos jaló de los cabellos y nos arrastró hasta el club. Allí en la cocina siguió en posición muda. Pero nos dio una y otra vez con un palo por todo el cuerpo, menos en la cara. Solo paró cuando la espalda de Jazmín y mis piernas comenzaron a sangrar. Entonces nos advirtió:

—Vais a ver cuando llegue mi esposo.

Tardó en presentarse. Pero venía más ebrio que nunca. Tanto que apenas pudo darnos castigo. Pero el que dio fue tan cruel que desde entonces solo tuve un pensamiento para él: la muerte. Porque fue la primera vez que violó a Jazmín, la desgarró a mi pobre niña, que sangraba y lloraba lágrimas también de sangre, debido a que en su salvajismo le había dado un golpe en la nariz. Y me obligó a ser el único testigo.

Ninguna de las dos fuimos capaces de dormir. Procuré sanarla como pude y nos acunamos la una a la otra. No sabría decir cuál de nuestros llantos era más grave.

Ni siquiera nos metimos en la cama; en un rincón, como alimañas heridas, nos abrazamos esperando la llegada del día y sus consecuencias, que no fueron todas inmediatas.

Tras las duchas a las que Jazmín llegó casi arrastrándose del dolor, volvimos jaladas de nuevo por los pelos a la cocina. Pero fue El Lolo quien nos condujo y quien nos gritó:

—¿Qué os pasa? ¿No estáis a gusto acá? Os creéis muy listas pero a mí no vais a ganarme. Yo a tu edad, Jazmín, tenía que hacer como tú haces, pero con hombres, ¿sí? Y para no seguir en esas, cuando era algo más grande que tú, Luna, ya tenía pensado este pequeño negocio, ¿sí? Empecé con una habitación y una mujer, María. Y mirad dónde he llegado. ¿Qué creéis, que me vais a joder la vida y mi reputación? No, mis hijas, no. Antes os la jodo yo a vosotras.

Estábamos heridas y muy asustadas. Ninguna de las dos nos atrevimos a decir palabra. La cosa estaba color hormiga. Pero El Lolo tenía palabrería para rato.

—¿A ti qué se te antoja, Luna? ¿Quieres que mate a esta niña? ¿Quieres que se la encuentren muerta de un balazo? —preguntó sin ningún preámbulo, sin impedir siquiera que la mantuviera entre mis brazos mientras nos amenazaba—. Y tú, niña, ¿quieres que nos traigamos aquí a tu mamá y que vea lo que hace su angelito desde bien pequeña?

—Su mamá dejó que la trajeran —dije desafiante.

—Esa mujer está tan borracha siempre, que tal vez no se enteró de que nos llevábamos a su hija. Y para ti, Luna, se me ha ocurrido algo mejor. Podemos matar a tu hermanita —me amenazó con odio.

—Yo no tengo ninguna hermana.

—¿Cómo que no? Esa amiguita tuya que tenía que estar aquí trabajando contigo.

—Mi Yanai está ya bien muerta, que hasta me alegro, pues así, no más, no ha tenido que pasar por este sufrimiento.

—¿Y si yo te digo que está viva y que la podemos matar?

—Yo la vi bien muerta.

—Eso ya lo veremos. Marchaos y acordaos de que tenéis cada una doscientos soles de multa —y se reía el muy sádico mientras lo decía.

A partir de entonces me quitaron definitivamente a Jazmín, ya no me dejaron acunarla. La echaba de menos. Apenas podía dormir y con el paso de los días me

fui debilitando más y más. La inquietud creció con la esperanza. Tenía la vana ilusión de que Yanai no hubiera muerto, que ya se lo había insistido yo a mi tía, que mi amiga podría estar viva, aunque ella lo negara, la muy terca. Pero tenía una segunda inquietud y era que si estaba viva pudiera resultar muerta por algún sicario que contratara el caficho, como decían por ahí que había ocurrido en otras ocasiones y como me había amenazado El Lolo. Y así iba, de una inquietud a la otra, soñando que estuviera viva, soñando que estuviera muerta, para que no pudiera morir dos veces. Y cuando tuve ocasión, compartí mis secretos con Carla y Margarita. Resultó que ellas ya lo sabían todo sobre la historia de El Lolo, siendo como eran las viejas del lugar.

—Luna, protégete tú y olvídate un poco de esa niña o te harán mucho más daño del que ya te han hecho —me aconsejó Margarita, que a su manera seguía ejerciendo de cuidadora mía—. ¿Tú por qué crees que estoy yo aquí?

—Porque aún no has pagado la deuda —contesté muy segura.

—No solo por eso. No podría perdonarme que por escaparme acabaran con mi hija. Les creo muy capaces.

—Esta gente es muy cruel —intervino Carla—. ¿Sabes que la hermana de Edit trabaja ahora en el Tino's, el bar de donde la trajeron a ella? ¿Y sabes por qué? Porque cuando le vendieron a la Edit al caficho, al otro le faltaban dos chicas, ella y la otra pequeña que se llevaron con Agustín. Entonces le dijeron a Edit que convenciera a su hermana para trabajar en el Tino's. Edit fue incluso a su casa con el policía para que la familia no temiera nada. Les aseguraron que la muchachita, que no creo que llegue a los catorce, iba a trabajar como mesera.

—¿Y Edit qué dice? —pregunté espantada.

—Pues qué va a decir si ha reducido así su deuda. Además, con su policía está más que contenta. Hay que tener mucho cuidado con ella —dijo Carla—. No puede saber nada de lo que hablamos aquí, que es muy capaz de irse de la lengua con su novio y ese es amigo de El Lolo, ya lo sabes.

—Hay que andarse con ojo —dijo Margarita con su índice en los labios, como ya la había visto yo más veces—. Una mesera de uno de los clubes que tenemos cerca se atrevió a denunciar su caso a la policía. ¿Sabes cómo terminó? Muertita en un accidente de moto.

Pasaron los días, los mineros y el caficho por mi cuarto. Pasó la desesperanza y volvió la esperanza. Hasta que una mañana despertó junto a mi catre una sonrisa. Y no era ni la de Jazmín, ni la de María. Ni la de ninguna de mis compañeras que hubiera velado mi sueño.

Estaba más guapa que nunca y eso que no llevaba gafas de sol, que era como más me gustaba mi tía Rous. Nunca había imaginado que se podía amar a quien tanto se odiaba. Sería la sangre que nos unía. O sería mi estado absurdo recién despierta. O sería simplemente el estado. El caso es que me eché a llorar abrazada a ella como no había sido capaz de abrazar a nadie en esos meses, pues cuando estrechaba a Jazmín entre mis brazos era para protegerla y en este gesto, en cambio, buscaba yo mi protección.

—¡Qué linda está! —fue lo primero que le dije.

—Y usted, en cambio, tiene muy mala cara —fue su primera frase—. Y diría que ha engordado.

—Bueno, digamos que no me dejó usted en mi mejor momento. Le va a ser difícil comparar. ¿Ha venido para llevarme, tía Rous? —dije arrastrando la «ese», como le gustaba a ella. Estaba deseando levantarme y presentársela a Grace para que viera que yo también tenía un elemento exótico en la familia, que no era americana como su padre pero sí un poco extranjera, un poco venezolana.

—No. Mucho mejor. He venido para completarla. Vístase, que le espera una sorpresa en el salón.

Había crecido. Pero ella también me encontró más alta. Estaba muy flaca. Pero muy linda. Como un rayo se me cruzó el pensamiento de que sería Yanai la siguiente favorita del caficho. Y la deseé muerta. No por mí ni por su belleza. No porque me retirara del primer puesto, sino porque odiaba que pudiera sufrir la misma infamia que sufría yo. No la quería allí dentro. Y en cambio fue tal la impresión que me encogió el corazón, tanto que, desde aquel día, cuando he buscado una imagen emocionante en mi vida siempre he traído a mi memoria aquella visión nublada por las lágrimas y el primer mareo de la mañana.

—¡Yanai, Yanai! —solo podía gritar su nombre. Era incapaz de decir algo más, abrazada a ella, como si nos hubiéramos convertido en una sola persona, recuperando aquel abrazo del que me habían arrancado cuando en el coche la creían, la creíamos, muerta.

—¿Por qué has venido? —la separé de mí y grité más fuerte, mirando con odio a El Lolo, sabedora de que ahí me servía fría su venganza. Después me enteré de que estaba todo orquestado mucho antes de que yo intentara escaparme. En realidad, lo habían planeado unos días después del accidente, cuando supieron que Yanai salvaría la vida. Mi tía transó para quitarse un problema de encima.

—Pensé que te alegrarías —dijo ella entre lágrimas—. Nuestro sueño era

venir aquí y trabajar juntas. ¿Es que ya no lo recuerdas?

—No es el trabajo que nos habían prometido. Ya lo irás descubriendo.

Mi tía la cogió del brazo, me miró duro y se la llevó pasillo adelante para enseñarle su cuarto. Le pedí al caficho que me dejara ir con ellas. Cuando las encontré, las abracé, lloré, empujé a mi tía y la insulté por haberme engañado, por haberme dejado cometer los actos de los que me avergonzaba y que ahora iba a compartir con Yanai.

—Lo primero que van a hacer es cambiarte el nombre. A mí no me lo cambiaron porque les pareció exótico. No les gustan los nombres quechuas —le conté indignada.

—Ya lo han hecho —contestó Yanai—. Soy Juanita —y no parecía importarle.

—Mi tía te habrá dicho que vas a ser mesera. Y sí, serás mesera, pero además tendrás que tomar cerveza con los clientes. La mayoría son mineros sucios, ebrios y pendencieros. Y cuando lo deseen, te acostarás con ellos. Y querrás tomar mucho, que ellos tomen mucho y follar mucho porque cuanto más beban y más folies, más plata ganarás y antes podrás saldar la deuda que desde ya tienes contraída con el caficho.

—¿Quién es el caficho?

—El dueño del local y el dueño de tu cuerpo, de nuestro cuerpo y de nuestras vidas. Es Lolo, que aquí es conocido como El Lolo.

—Tu tía me explicó que tendría que tomar con los parroquianos —contó Juanita mirando a Rous. Esta sonrió complaciente.

—A mí también. Yo ya sabía que venía acá a algo más que a ser mesera. Pero no imaginé nunca lo que me esperaba. Pensé que tendría que tomar con los clientes, pero tomar, no más. Nunca creí que me obligarían a tener sexo con ellos. Es feo, es asqueroso todo lo que pueden llegar a pedirte esos tipos. Pero en realidad eso no es lo peor. Lo peor es sentir que tu vida ya no te pertenece. Una puede elegir ser puta y puede elegir dejar de ser puta. Yo sé que no tengo elección. Y tú muy pronto vas a saber lo mismo porque no van a dejarte elegir. Y si te opones te pegarán, te violarán, te apartarán en una especie de celda durante días.

—No exageres, Luna. No asustes a tu amiga. Parece mentira, con las ganas que tenías de verla —se quejó mi tía.

—La creí muerta y la lloré, y ahora lloro, querida Yanai, mi hermana, porque desprecio la vida que te espera. Lloro porque te quiero.

—En eso llegó el caficho a separarnos. A mi tía y a mí nos mandó ir a la cocina.

—A la muchachita vamos a tener que llevárnosla —le dijo El Lolo a mi tía,

mirándome fijamente.

—No digas bobadas —contesté. Con tanta insolencia que mi tía me dio una guantada—. Rous —dije saltándome el protocolo—, ahora que Yanai está aquí, no voy a volver a intentar huir, que es lo que tiene enojado al señor.

—Juanita. Aquí, se llama Juanita. Señora Rous, su sobrina ha resultado ser rebelde y nada fácil —se quejó el Lolo.

—Y vosotros unos mentirosos —dije sabiéndome en el fondo protegida—. Aquí, en efecto, no necesito mi documento de identidad, que no tengo porque aquí no se necesita, porque este es el lugar de la mentira. Aquí no le dicen a una ninguna verdad. Y yo ya no me fío de ninguno de vosotros porque todos, todos —grité mirando al caficho, a María y a mi tía—, me habéis engañado.

Cuando desperté estaba en un carro camino de un hospital. Llevaba casi un día sin conocimiento, pero hasta ese momento no se habían decidido a que me viera un médico.

Continuábamos secuestrados por la masa verde de la selva, salpicada de algunas pequeñas casas de madera con las verjas de ese mismo color en sus diferentes tonalidades, y algunas de hierro, pintadas de azul, con las formas geométricas de los balcones que tanto me habían llamado la atención en mi visita a Gamarra.

- Mira qué panorámica tan idílica deben de disfrutar desde ahí —bromeó Pablo. Yo tuve que quitarme las gafas de sol porque las lágrimas no eran buen complemento a aquellos cristales tan oscuros que me impedían fijar bien la mirada, para enfocar la imagen que el paisaje y nuestro director nos ofrecían.
- Pare un momento —pedí. Nos encontrábamos camino de Mazuko, y a Pablo le había llamado la atención un club a orillas del río Inambari. Verdaderamente, no se habían exprimido mucho el cerebro bautizándolo El Mirador, tal y como decía el cartel.
- Menuda vista, con todos esos árboles cortados —dije poniéndome rápidamente las gafas para esconder mi pena y regresando a mi ausencia, que era demoledora.
- La señora lo está pasando mal —afirmó contundente el chófer, que para algo era policía. Aquí en esta zona del Inambari es donde más minería informal se localiza, en todo este lugar que llaman La Pampa. Y le tengo que decir que no ha conocido lo peor. Hemos visto muy poco, en primer lugar, debido a la hora, tan temprana, son momentos en los que las muchachas aún descansan.
- ¿A qué hora se acuestan? —preguntó Pablo.
- A qué hora va a ser —contesté sin disimular mi malhumor y mi rabia—. De madrugada, cuando todos esos cerdos se retiran a sus campamentos.
- La señora sabe —comentó el chófer con admiración—. Como decía, no han conocido lo peor. Lo más interesante —y movió todos los dedos de su mano izquierda, en señal de cantidad, al tiempo que nos regalaba el tintineo de sus pulseras moviéndose— se encuentra mucho más hacia el

interior, llegando por trochas por las que solo se puede transitar con moto. Ahí no ingresan ni los camiones de la cerveza que tienen que pasarlas de a poco en motocarros. Cerca de los asentamientos de los mineros están los campamentos más grandes, ahí sí que solo se ven plásticos y más plásticos, que cuando hay redadas tiran de ellos y caen como en el cuentito de los tres cerditos, ¿lo conocen por España? —y pensé en lo acertado del cuento, por lo de los cerdos, pero no volví a repetirlo para no removerles más con mis comentarios ácidos, que ya la noche anterior me había llamado la atención Alicia—. Ahí sí que no podríamos entrar, salvo que lo hiciéramos acompañando una intervención con policía y fiscalía, ¿sí? Pero eso tendríamos que haberlo organizado con anterioridad.

Ni de mirar, ni de fijarme mucho en aquel paisaje tenía yo ganas. Más bien estaba ansiosa por salir de aquellos caminos tortuosos en los que imperaban las leyes de la suciedad, el dolor, las infecciones llevadas y traídas por mujeres y mineros. Aunque, en honor a la verdad, me sorprendía no parar de ver carteles en los que de manera más o menos clara se recomendaba el uso del condón. Mi único deseo era llegar a Mazuko. Pero mis amigos se empeñaban en contemplar la belleza verde del paisaje de palmeras y todo tipo de árboles gigantescos, al tiempo que le hacían coro a una canción que aquel chófer llevaba puesta y cuyo volumen subía como un loco. «¿Por qué a mí..., se me ha caído una estrella en el jardín...?», gritaban los tres, más que cantaban. Y a mí, por fin, se me iluminó una leve sonrisa que Pablo, copiloto, pilló al vuelo y buscó, también él sonriente, desde el retrovisor para apagarla minutos después con una pregunta bien inoportuna.

—¿Qué sabemos del francés? —asaeteó, y Alicia automáticamente rápida y cómplice me agarró la mano.

—Entre su trabajo y la mala cobertura poco, la verdad. Ayer le conté de mi desmayo y él me contestó alabando lo bien que están quedando los programas que hace mi apreciada y respetadísima Paula en mi ausencia. Muy sensible y generoso, como siempre. Pero como decís vosotros: «Ojos que no ven, corazón que no siente». Bastante duro es lo que estamos viviendo acá como para preocuparme de lo que hacen allá.

—¿Cuánto nos falta, señor? —pregunté al chófer para cambiar de conversación.

—Ya estamos muy cerca, en menos de una hora llegamos —dijo reduciendo muchísimo la velocidad para no tragarse una de esas bandas que ponen en la carretera para que frenen los coches y que eran un ingrediente más de la Interoceánica—. Ya sabrán —nos explicó convertido ahora en guía— que la ciudad de Mazuko que vamos a visitar debe su nombre a un japonés que vivió aquí y que fundó la localidad.



—Ya decía yo que me sonaba raro, aunque siempre pensé que era un nombre quechua —comentó Pablo provocando las risas del conductor.

Mazuko parecía un brazo más de la carretera. Era un lugar a su manera sin ley, a su manera con ley, teniendo en cuenta que todo él se desarrollaba en torno a una columna vertebral, que era una sola calle repleta de comercios de cualquier tipo, ya fuera combustible, ropa, o cibers, desde los que habitantes y visitantes podían conectarse con el exterior. Lindando con la reserva nacional de Tambopata, hubiera apostado sin temor a perder mi dinero que se trataba del típico lugar tropical capaz de acabar engullido por los árboles a poco que se interrumpiera la pulsión de la construcción, pues estábamos en un itsmo terrenal rodeado de selva por todas partes. Había bares, restaurantes, un gran hostel donde nos hospedaríamos y mucho mucho ruido, como si comunicarse allí requiriera un volumen especial, como si la superpoblación flotante sumiera a aquel lugar paradisíaco por la vegetación en infernal por la población. Aquí se surtían los comercios de la zona, los mineros de la zona, los prostibares de la zona, las mujeres de la zona. Mazuko era una especie de gran almacén de Madre de Dios.

Así se exhibía.

Así sonaba.

Así rezumaba vida.

Ninguno de mis compañeros tomó como una extravagancia que mi primer deseo al entrar en la ciudad fuera ir directa a tomar un baño. Después de momentos tortuosos la ducha era para mí una ceremonia casi mística. Desde hacía años. Sentía que ponerme bajo el agua limpiaba no solo mi cuerpo, sino incluso mis pensamientos y cualquier miseria alojada en mi alma. Cada vez que me encontraba ante una situación desagradable la limpieza me liberaba, como si, más que limpiar, sanara el agua.

Pero no debía de ser la única.

Cama y ducha. Ducha y cama fueron los únicos deseos verbalizados por el grupo.

Y así se hizo.

No sé si existían muchos más lugares en los que dormir que aquel hostel reservado por Pablo, que era tan inhóspito como enorme, pero tenía sábanas y duchas medianamente limpias y, en contraste con los locales y los bares que nos habíamos cruzado en el camino, nos pareció un palacio. Anochecía y no era cuestión de ponerse a buscar otros sitios más acogedores, de manera que como

decía Alicia hicimos «de la necesidad virtud» y ahí consentimos en alojarnos.

—Esta noche voy a dormir contigo —me dijo Alicia nada más entrar en el establecimiento, y no iba yo a renegar de su deseo tan coincidente con el mío.

—Claro, como esas noches en las que me he refugiado en tu casa —me recosté como un gato contra ella, acordándome de otros momentos en los que habíamos pasado veladas de amistad y secretos por culpa o gracias a las ausencias de Louis.

—Por fin solitas —se burló Pablo.

¿Era mi fantasía o sentía un buen ataque de celos?

Si alguno de mis amigos hubiera tenido la potestad de hurgar en mi interior habría descubierto una mezcla de desasosiego, miedo, rabia, demolición que por fuera se transmitía en un cansancio crónico y arrastrado desde hacía demasiado tiempo. A veces agradecía no haber llegado siquiera a la treintena, porque me aterraba seguir cumpliendo años y envejecer el triple de lo que le correspondía a mi edad, debido a la tensión a la que me sometía. Adjudicado, entonces, el cansancio a las ojeras o las ojeras al cansancio, y visto que aquella calle convertida en ciudad no tenía más visita turística que la que nuestro chófer ya nos había proporcionado, nos dimos un par de horas de asueto antes de cenar en el mismo edificio en el que nos hospedábamos, donde un bar con sillas de plástico en la puerta ofrecía pollo asado con papas. La alternativa se saltaba todos los cánones de la afamada cocina peruana, pero no podíamos resistirnos más a ese clásico que no habíamos parado ni pararíamos de ver anunciado en mil locales: la pollipapa, que era a mi país lo mismo que una hamburguesa a la cultura genuinamente americana. Nada más llegar nos habían llamado la atención aquellos anuncios de humeantes pollos con patatas y su variante de salchipapas, que incluso a mí habían conseguido despertarme el apetito como si la infancia fuera capaz de abrirse un hueco más a través del estómago que de la memoria.

Duchadas, cambiadas, teníamos más que ver con dos mujeres profesionales en tiempo de vacaciones que con esas dos adolescentes —una europea y otra latina, porque yo no dejaba ningún lugar a la duda sobre el continente al que pertenecía — de tour selvático-andino de la mañana, con nuestras mochilas a la espalda. Tuvimos, incluso, el tiempo de tomar una cerveza helada antes de que llegara Pablo, y de intercambiar dudas, secretos y confidencias, pues la presencia del hermano había interrumpido nuestras costumbres en estos días.

—Alucino con lo poco que os comunicáis Jaime y tú —le dije a Alicia—, a no

- ser que yo no me entere y estés mandándote mensajes con tu maridito todo el tiempo.
- No, no te equivocas. De hecho no he hablado con él desde que salimos de Madrid ni siquiera por mensaje. Pero es que no es necesario. Tendría demasiadas cosas que contarle como para hablar por wasap. Prefiero hacerle un buen resumen cuando lleguemos.
- Pero ni un mensajito de amor.
- Ya nos hemos dicho mucho. Después de diez años ha habido de todo: amor, desamor, crisis, no crisis... Ahora estamos en el momento ideal, pero precisamente por eso mandarle un «te quiero» o similar me parece innecesario. ¿Y tú qué sabes del francés?
- Poco o nada. Por eso te pregunto. Porque yo sí que echo de menos no escribirle, que lo he hecho y le he enviado algunas fotos. Y echo de menos recibir noticias tuyas, sentir que me añora, que quiere que vuelva. No te lo vas a creer, pero por ciertos comentarios tengo la impresión de que siente celos de Pablo.
- Pues muy bien, ¿no? Que le den. Ese tío cree que eres una posesión más, así te lo digo, ahora que estamos a tantos miles de kilómetros de España te lo digo. No puedo asegurar que no te quiera, Dios me libre, pero que te quiere poseer, vamos, eso lo tengo muy claro. A ti lo que te vendría bien es precisamente un tipo como Pablo, tierno, bueno, inteligente y con un gran respeto por las mujeres, ¿no has visto qué sensible, que se le saltaban las lágrimas en la zona de los prostibales?
- Mírale, por ahí llega.

Venía Pablo y venía bien acompañado. Él callado. Y hablando con él, no ya fuerte sino con la energía de un tanque, su amiga Isabel, una directora de cine a quien había conocido muchos años atrás. Ya era casualidad que se encontraran aquí, a diez mil kilómetros de España y con un océano por medio. Tras las presentaciones, Pablo nos contó que casualmente su amiga rodaba un documental en varios países latinoamericanos para desenmascarar el negocio de la trata de mujeres con fines de explotación sexual, más o menos lo que nosotros humildemente hacíamos en Perú, pero a lo grande.

Fue saludarnos y mirarnos con una sonrisa que iluminó aquel local de terrible luz de neón, y no nos quedó más remedio que enamorarnos de ella. Las mujeres como mujeres, y Pablo como hombre, si es que él no lo había estado ya.

- Vamos a salir de aquí ¿no?, o acabaremos oliendo a pollo —protestó Alicia, con su manía por los aromas. Y nos sentamos en el exterior del bar, en

aquellas sillas de colores que formaban ya parte del paisaje.

Por la conversación dedujimos que habíamos ido pisándonos los talones. El equipo dirigido por ella había estado varios días en Puerto Maldonado realizando un trabajo de especialista. Hablando con ella me parecía estar haciéndolo con la presidenta de ACTMYN. Descubría en su discurso matices de pensamiento parecidos a los suyos. Me recordaba a las frases que le había escuchado en el programa especial. Las dos defendían una tesis tan simple como eficaz: solo podía producirse esta esclavitud, que decíamos del siglo XXI, pero que igualmente se había dado en el XX, porque había hombres dispuestos a pagar por mantener relaciones sexuales, hombres que sabían perfectamente que muchas de esas mujeres eran prostitutas forzadas.

—Pero aquí el fenómeno es exagerado. Porque hay mucha pobreza. Porque los niños valen menos. Porque trabajan, aunque esté prohibido el trabajo infantil. Y porque hay una corrupción que permite que otros se enriquezcan gracias a la explotación de los seres humanos —sentenció Isabel.

—Básicamente de niñas —dijo Pablo.

—No te equivoques. Yo solo estoy filmando los casos de mujeres porque mi documental va de trata de mujeres y niñas con fines de explotación sexual, pero aquí hay un pedazo de reportaje que hacer sobre la trata con fines de explotación laboral, de hombres y, sobre todo, de niños que trabajan en las minas. Eso lo podáis hacer vosotros.

—Será otra vez —se excusó Pablo— porque de momento vamos a trabajar sobre las mujeres. ¿Por qué te crees que nos hemos traído a una periodista peruana? —bromeó dándome un codazo, que entendió que yo aceptaría mejor que sus abrazos.

—Pero no tomes a broma lo de los chicos. Las minas son un negocio redondo. La minería de oro ilegal aporta cerca de tres mil millones de dólares al año al país, mucho más que el comercio de drogas. Y para extraer el oro en las minas contratan a muchos niños de diez y doce años, de hecho, el 20% de los trabajadores mineros son niños entre once y dieciocho años. Puedes advertirlo en los anuncios, en las agencias de empleo, en los diarios, en internet..., se ofrece cantidad de trabajo a Los hombres. A veces aprovechan las vacaciones escolares. Y el problema es el mismo que con las chicas y es que una vez que entran es muy complicado que salgan de ahí. La mayoría son engañados, les prometen trabajo en bares o en las propias minas, pero luego se encuentran con que no les dejan moverse, los tienen con horarios infernales, vaya, sin horarios y con deudas contraídas que deben pagar antes de poder marcharse.

- No lo compararás con la infamia de tener hasta veinte relaciones sexuales obligadas diarias, con mineros sucios, borrachos, que piden acostarse con niñas —intervine visiblemente enfadada.
- ¡Para nada!, querida. ¡Cómo voy a compararlo, si es lo que estoy denunciando! Pero no cabe duda de que ambos son casos de esclavitud. Si lo ha dicho hasta el papa Francisco. ¿No me digas que no lo has leído? —preguntó Isabel a Pablo, notando su cara de extrañeza—. El día 1 de enero, en la Jornada Mundial de la Paz, habló de la esclavitud en todas sus formas, en la laboral y, desde luego, en la de mujeres obligadas a prostituirse después de haberlas engañado. Y, mira, yo creo que si hay chicos tan jóvenes en las minas debe de ser una de las razones por la que llevan a los prostibares a menores, para que tengan relaciones con gente más o menos de su edad.
- Ya..., y porque los mineros llegan pidiendo niñas porque creen que con ellas hay menos posibilidades de contraer enfermedades —corté yo—, los muy idiotas. Y porque además tienen la superstición de que las menores les dan buena suerte y que cuando se acuestan con ellas al día siguiente van a encontrar más oro.

Sentados como estábamos en la calle, pudimos comprobar que los bichos se paseaban por allí como por un paraíso, lo que era normal en aquella ciudad robada a la selva. Decían que eran escarabajos, pero Alicia se empeñaba en gritar que eran cucarachas. Pusimos un encendedor junto a una polilla y la fotografiamos para atestiguar su tamaño, gigante, y supimos que era exactamente el de una polilla salvaje, y estuvimos a punto de organizar un escándalo con un chaval que llevaba un mono con el que empezamos a jugar y que acabó sobre la cabeza de Pablo, que reía de manera nerviosa mientras el dueño del primate decía: «Cuidado, que el mono muerde». Afortunadamente nunca llegamos a saber si el mono mordía o no. Lo que supimos es que el mono meaba y tomó la calva de nuestro amigo como un lugar perfecto para hacerlo. Pudimos comprobar también la paciencia y el buen talante de este, pues, lejos de montar un numerito, anunció: «No os mováis, que me doy una ducha y vuelvo a bajar, y no se os ocurra hacerle caso al mono», mientras miraba a su dueño y le pedía que desapareciera inmediatamente de su vista sin darle ni un sol, único objetivo que mono y chaval tenían en la vida.

Alicia no conocía ni de lejos el trabajo de Isabel. Yo, ligeramente, por mi labor como voluntaria en ACTMYN. Pero ninguna de las dos la habíamos tratado antes. Y nos sorprendió que a esas horas de la noche, y tras una jornada que imaginábamos como poco tan dura como la nuestra, exhibiera una fortaleza que literalmente nos tumbaba, por no hablar de su frescura y belleza. Nos

enzarzamos en una conversación cómplice. Tanto que a punto estuve de cambiarme de equipo, porque a pesar de viajar con dos compañeros sensibles y que empezaban a tener casi tanta conciencia del tema de la trata como yo, entendía en los argumentos de mi nueva gran amiga los de alguien que hablaba no solo desde el corazón sino después de muchas horas de investigación. Supongo que fue el cansancio, pero en un momento en el que hablaba del modo en que las familias vendían a las hijas para mejorar sus vidas se me saltaron las lágrimas, e Isabel me dio un abrazo que no pude rechazar, al tiempo que me lanzaba un «¡chiquitina!» y les decía a Alicia y a Pablo, que ya olía a limpio: «Tened mucho cuidado con esta mujer que es muy sensible».

Isabel, que resultó un ser generoso como pocos, nos ofreció acompañarla a su grabación del día siguiente. Eso sí, «en silencio y sin cámaras», advirtió muy seria. Iba a entrevistar a una joven que había sido víctima de trata.

Me atrevería a decir que aquella niña nos cambió la vida a todos. Cambió la mía.

Desde aquel día he tenido grabada en la cabeza una frase que va y viene de forma recurrente, como solo lo consigue una declaración de amor: «Yo me llamo Yandí... Tengo quince años», decía la niña con una voz de pájaro herido, con miedo a mirar a la cámara desde sus profundos ojos negros serranos.

Isabel le pedía que lo repitiera algo más alto y ella solo decía: «Yo me llamo Yandí... Tengo quince años», sentada en el patio de un hogar de Mazuko en el que recogían a chicas y chicos víctimas de trata, huérfanos o en riesgo de exclusión social.

Yandí había tenido suerte. Relativamente. Explicaba a cámara: «Una señora nos ofreció a mi amiga y a mí ir a Puerto Maldonado como meseras y le dijimos que sí y nos llevó en autocar hasta allá. Pero cuando llegamos nos dijo no más que teníamos que tomar cerveza con los clientes y nos negamos y la señora se enojó. Y nosotras vimos que aquello no solo era tomar sino que había que estar con los clientes». Siguió contando que bebieron alguna cerveza y la amiga y ella, junto a otra chica embarazada, empezaron a hablar con otras muchachas del local en las que la dueña tenía más confianza, y en un descuido salieron corriendo. «Paramos un carro y cuando abrimos la puerta, no más era la misma señora, que nos había seguido e intentó que subiéramos al carro. Pero como estábamos en la carretera y pasaban muchas motos y mucha gente, no podía forzarnos. Nos dijo de todo. Nos prometió perseguirnos. Nos reclamaba el dinero del viaje. Pero conseguimos que otro carro nos cogiera y nos llevara a denunciar».

Yandí tenía lágrimas en los ojos. Ocultaba la mirada de nuestras miradas, la suya

hecha de rabia y de vergüenza. El equipo estaba conmocionado. Por el caso. Por la dulzura de la niña. Por su voz. Por su manera de contar.

Isabel intentó abrazarla. Yo intenté abrazarla. Pero solo después de mucho tiempo en el que ella le habló, cantó, miró, cuidó, cómplice, solo después de mucho sentimiento, Yandí se dejó abrazar y arrullar casi como un bebé.

No eran necesarias explicaciones para entender la herida de aquella adolescente que esperaba, justo en esos días, la llegada de una hermana que la devolviera a su familia, una familia de agricultores en la que faltaban manos y sobraban bocas. La incógnita nos quedó abierta a todos: ¿cuándo, en dirección a dónde y para qué trabajo volvería Yandí a salir de casa?

«Yo me llamo Yandí... Tengo quince años», repetí obsesivamente, abrazada a Isabel, abrazada a Pablo, abrazada a Alicia, con la intensidad de los abrazos que se cruzan solo en un nacimiento o en un funeral.

Con esa frase rebotando y rebotando en nuestros cerebros y en nuestros corazones estuvimos hablando con Óscar Guadalupe, uno de los hombres que más y mejor pudo aclararnos la situación en la zona, el fundador del albergue en el que residía Yandí: «De la trata tienen dos formas de escapar. Si lo consiguen y vienen a nosotros, está bien. Si no es así, y acuden a la policía o a los fiscales, puede que tengan suerte, pero puede que les engañen».

Era la segunda persona que nos hablaba de corrupción. Lástima que no podíamos rodarlo, porque era Isabel quien lo hacía, aunque no me cabía duda de que entre ella y Pablo compartirían trabajo.

En aquel lugar del mundo en el que se vendían helados con los cucuruchos de colores y que mis amigos decían que era un país de azul turquesa o verde esmeralda, por los tonos de las casas, de los carros, de las vallas que habíamos visto a lo largo de la carretera, solo una cosa quedaba clara: la vida no era de color rosa. En la organización Huarayo, una organización sin ánimo de lucro a la que prometí ayudar difundiendo en mi programa de televisión que necesitaban la cooperación de otras organizaciones y los fondos de otros organismos, nos informaron de los pocos presos que había por tráfico de personas. Ahí supimos que por más que el Gobierno trabajara contra esa lacra, los intereses eran tantos y la costumbre tan ancestral, que una vez rescatadas de los prostibares no se realizaba un seguimiento serio de la vida de esas niñas. Denunció ante las cámaras la poca atención médica que se les prestaba, incluso aunque tuvieran infecciones. Pablo y Alicia miraban atónitos a aquel hombre y a su esposa y soda, Ana Hurtado, que llevaban diecisiete años peleando por rescatar a las niñas y

niños explotados por causa de la minería ilegal. Y yo miraba hacia abajo para que nadie descubriera mi llantina al escuchar la pregunta retórica de Óscar: «¿Cómo es posible recuperar a una niña que ha vivido la violación permanente de sus derechos, que para sobrevivir ha recurrido al alcohol y a las drogas? ¿Qué hacer cuando sabes de una joven de catorce años captada en Cusco, a la que rescataría la policía para devolverla a su casa, a una familia desestructurada y de extrema pobreza, que a los dieciséis volvió a ser captada por la misma mafia, y que a los dieciocho tenía su propio prostibar del que ahora está abriendo sucursales?».

Nos contó casos concretos.

Nos habló también, como había hecho Isabel la víspera, de los chavales explotados laboralmente. Como un niño de doce años que vendía golosinas desde las cinco de la tarde hasta las once de la noche en distintos prostibares y entregaba cada noche veinte soles —algo más de seis euros— a la señora con quien vivía. Que si no los conseguía lo regañaba e insultaba. Hasta que un día se escapó y llegó al albergue Huarayo. El niño, que antes de vender golosinas había trabajado con su padre en la construcción y solo había ido a la escuela hasta los siete años y no sabía leer, ahora tenía un sueño: ser ingeniero.

Las situaciones que describía parecían de cuentos de los hermanos Grimm, situaciones de extrema pobreza, de niños que apenas tenían para comer y se sometían a cualquier trabajo. De chavales con padres ausentes y borrachos. De mamás urgidas a realizar todo tipo de labores pero que apenas ganaban plata. De niñas que toleraban ser meseras porque les ofrecían más plata en un mes que la que su mamá ganaba en años cultivando la tierra. De niñas que confiaban en padrinos y madrinas que les pedían que guardaran el secreto y no dijeran nada a sus familias. De niñas sistemáticamente violadas por su padre. O del dramático caso de las crías convertidas en enlace de otras crías, que captaban a sus amiguitas en los colegios para que las entrevistaran los proxenetas. Solo por la plata.

No podíamos ni debíamos seguir el ritmo del rodaje de Isabel, que se internaría ahora en pueblos de la serranía andina en busca de otros casos y otras declaraciones. Nosotros contábamos con el tiempo en nuestra contra, con un límite de vuelta que nos impedía seguir investigando.

—¿Y ahora qué vamos a hacer solos, después de haber dejado a esta especie de familia que hemos hecho en menos de veinticuatro horas? —preguntó Alicia cuando nos separamos del equipo de rodaje.

—A mí no me lo digas. Con la fuerza de esa mujer me hacía yo los programas de toda la cadena. ¡Qué torbellino! Di algo, Julia, si es que te atreves



después de lo que has visto —bromeó su hermano, sin percatarse de que me faltaba el alma, me faltaba el habla y me sobraba el hipo.

Pablo propuso buscar un lugar donde probar los anticuchos tal y como yo les había prometido el primer día, aunque después de tantas emociones hiciéramos del comer solo una ceremonia obligada, pues, por primera vez, no era yo la única que estaba sin apetito, como tampoco era la única que se había quedado sin voz, tal era el shock que nos había producido la visita a Mazuko y a su albergue.

—Hay algo que yo no entiendo —rompió el hielo Alicia declarándose la fan número uno del corazón de vaca, que yo movía de un lado para otro, de izquierda a derecha la res, y de derecha a izquierda el arroz con el que venía servido—. En realidad, no puedo comprender que se trabaje más la prevención en los propios poblados donde explotan a las chicas, que en sus lugares de origen. En Puerto Maldonado hay policía que debe actuar más o menos, pero que tiene la capacidad de actuar; lo que no es comprensible es que no se diga en los pueblos que a esas niñas que contratan las están engañando.

—No parece que te hayas enterado querida, no interesa que se sepa. Si se supiera, se acabaría el negocio —contesté.

—Y si, como tú dices, Julia, no hubiera tantos hombres dispuestos a acostarse con niñas. ¡Qué asco! —interrumpió Pablo, y tuve la certeza de que había reclutado ya de verdad y para siempre para mi causa a mis dos amigos, que como yo decidieron que esa tarde era de paseo, calle arriba calle abajo. Remataríamos con una cena temprana para llegar temprano a la mañana siguiente a Cuzco, donde pretendíamos visitar una de esas agencias de trabajo en las que contrataban a un número importante de víctimas.

Nos chocó encontrar de día a una mujer de mediana edad tirada en la acera. Aparentemente dormía. Pero a esa escena le ganaba la de Mazuko convertida en una especie de festival de motos. Iban y venían. Traslataban a unos y a otros. Y a Alicia, que tenía un escáner cerebral, le llamó especialmente la atención las falta de mujeres motoristas, las pocas que usaban casco y los innumerables casos de parejas o familias de tres y cuatro miembros, todos a lomos de la misma moto, con un solo casco, el del conductor, como si fuera su cabeza la única importante de la tribu o como si fuera él el único que pudiera sufrir daño en caso de producirse un accidente. Nos encontramos a un turista sueco que suponiéndonos extranjeros se nos quejó de que había tenido un accidente en una moto-taxi y no sabía qué hacer.

Allí, sobre la marcha, nos enteramos de que en el mercado se escuchaban

mensajes con ofertas de trabajo a través de los que captaban a muchas jóvenes que deseaban salir de aquella única calle. También nos contaron que el mismo sistema seguían en Ocongate, «un lugar ya en la cordillera andina, de camino a Cusco, que es de captación», nos explicaron. Pero afortunadamente Pablo prefirió hacer unas tomas de sonido allí mismo, en Mazuko, para no tener la necesidad de parar al día siguiente en nuestro camino. Eran cuatro horas de viaje y, dado que no se trataba de lugares peligrosos, conduciría él mismo, sin policía. Le habían asegurado que la carretera no era complicada. Solo nos recomendaron una precaución: beber mate de coca a mitad de trayecto para evitar el mal de altura, ya que la de Cuzco era algo superior a los tres mil metros.

Ubicamos por fin el local en el que un radioaficionado casi cantaba los anuncios. No podíamos creer lo que veíamos. En el tejado de una casa, junto a la ropa tendida y frente a un lavabo que exhibía los cepillos de dientes de los innumerables habitantes que la poblaban, un hombre de rasgos bien indios utilizaba su emisora para emitir publicidad que se escuchaba en el mercado. Ventas de coches. De motos. Anuncios para chicas a las que se ofrecía (¡sorpresa!) puestos de trabajo como camareras. Nos impresionó escucharle cambiar del quechua al español, con una pronunciación perfecta y una voz radiofónica que para sí hubiera deseado cualquier emisora importante: «Se necesita una señorita para trabajar turno de noche en bar de kilómetro 105. La Pampa. Puerto Maldonado. Referencia señora Rosa». Y daba el número de teléfono. Y repetía el aviso en quechua. Y otra vez en español. Y de nuevo en quechua. Así hasta diez veces. Y así nos dijo que hacía a diferentes horas del día.

—No puedo creerme que nadie intervenga, si es tan evidente lo que ocurre, si todo el mundo lo sabe, si está a la vista, si conocen los lugares. Está claro que no lo paran porque no les interesa —estalló Pablo ante el pobre hombre que no entendía el enfado de nuestro compañero, si él había hecho estupendamente bien la narración de su anuncio.

—No se inquiete, señor —le consolé—. No tiene nada que ver con usted. Son asuntos de amoríos entre mi amigo y su novia —y a todos nos entró la risa con mi ocurrencia, a pesar del drama al que nos resultaba imposible sustraernos.

Podría decir que dormimos toda la noche. De nuevo Alicia y yo juntas, aunque no era bueno acostumbrarse que ya sabía yo que dormía mucho mejor acompañada desde siempre. Podría decirlo sin que nadie pudiera llamarme mentirosa. Pero me habría saltado una escena de aquella noche en la que brillaron estrellas más allá del cielo y cayeron más allá de los jardines. Dormimos, en efecto, casi toda la noche. Pero antes dejé sola en la habitación a una Alicia profundamente dormida,

como era su costumbre. Y yo decidí bajar al bar de aquel hotel en busca de un refresco que saciara mi sed y diera unas gotas de sosiego a mi crónico insomnio, que al menos esos días, en la olla humeante de emociones en la que bullíamos, estaba más que justificado. Me armé de teléfono para revisar algunos correos e intentar conectar con Louis y, tal vez, de nuevo, establecer relación con el hombre de La Perla.

—¿Qué gano si apuesto que estás escribiendo a ese novio tuyo al que se le ha escapado el alma huyendo en sus plumas de pavo real? —me asaltó Pablo que había bajado a fumar su último cigarrillo del día.

—Perderías tu apuesta. Solo estaba revisando algunos mensajes, quería beber algo y, sobre todo, hacer tiempo, que no me aguanta ni la cama. Pero acabo de descubrir que la tuya es alma de poeta, querido Pablo. Tal vez quieras un pisco.

—¿No dices siempre que es tan buena la chicha? Tomemos una —contestó muy serio.

—Pero no a estas horas. Ahora lo suyo es una copa —le tenté acercándole la carta de cócteles del bar.

—¡Un chichapolitan! —sugirió excitado con su descubrimiento. Dice aquí que es como un pisco sour, pero con jarabe de chicha en lugar de jarabe de goma.

—Qué sensación tan amarga es esta, ¿verdad?

—Pues yo encuentro muy dulce lo del chichapolitan —contestó irónico—. En serio, yo también estoy impresionado. No lo tomes como una batalla solo femenina. De hecho no sé si hoy seré capaz de dormir. Hay una frase que no dejo de repetirme.

—«Yo me llamo Yandí... Tengo quince años», ¿tal vez? —me aventuré, sintiendo un escalofrío desde la punta del cabello hasta los pies, paseándose por mis brazos, mis axilas, mis pechos, mis muslos, mi vientre, yendo y viniendo como una corriente alterna que subía y bajaba de intensidad sin que ningún mando ejecutara orden alguna, tan solo el de las emociones que aquella niña me había despertado. Menuda suerte descubrir que, al parecer, no era la única sentimental del grupo.

—¿Cómo has adivinado la frase? Repítela, por favor. Me gusta escuchar tu voz, que es casi la misma voz de esa niña.

—«Yo me llamo Yandí... Tengo quince años» —repliqué el tono desvalido de esa joven heroína, hasta que me eché a llorar profunda y amargamente, y me vi abrazada a aquel hombre a quien apenas conocía pero con quien de momento compartía lágrimas.

- Me tienes impresionado, Julia. Eres tan contradictoria. Me encantaste el primer día que comimos en Madrid pero hay cosas tuyas que me aterran. Tus amistades, por ejemplo. Me temía que viajaríamos con una especie de estrella. Y luego esos desmayos y esos cambios extraños de humor. Pero tu sensibilidad, tu manera de llorar, tu forma de pelear por que se sepa la verdad sobre estas mujeres, tu empeño en ayudar me enamoran. No puedes imaginar cómo ha sido verte achuchar a esa niña, como si ya la conocieras, como si fuera un familiar, como una madre que sabe mecer a un niño hasta que se duerme.
- Y yo ignoraba que los técnicos fuerais tan sensibles. Yo también estoy impresionada. Al principio pensé que te enrolabas en esto porque habías descubierto un buen reportaje y en mí a un magnífico gancho.
- Y así era —me interrumpió.
- Pero hoy por primera vez he entendido que eres un aliado más en mi lucha, en la que por primera vez no me siento tan sola, digo, profesionalmente hablando.
- Esta batalla también es mía, Julia, y de Ali. Y no desde hoy; yo te diría que lo sentí desde el primer momento, desde que aterrizamos y vi esos carteles. Y las escenas de La Pampa, esos plásticos, esas chicas que se adivinan por allí, esas casuchas con ambiciones de club, es todo demasiado sórdido. Si con nuestro reportaje conseguimos que una buena parte de los clientes de prostitución entiendan que estas chicas son esclavas, podré darme por satisfecho. Y ahora a dormir exigió, con un beso en la mejilla y un abrazo paternal.

De forma tácita mantuvimos en secreto aquella conversación nocturna. Sin necesidad de hablarlo, no le hicimos ni mención ni un hueco en nuestra hilera de variados comentarios en torno a los múltiples detalles que fuimos descubriendo en la Interoceánica. Como la gran cantidad de hoteles solo para parejas que se anunciaban a la salida de Mazuko, pues al parecer había una cierta tradición de que los novios pasaran la noche en esos lugares. O los gigantescos pedruscos con los que trabajaban en la carretera. O los diversos tipos de vacas negras, marrones y de colores muy mezclados que íbamos dejando atrás. Alicia no entendía por qué llamaban tanto mi atención, con la de vacuno que había en España, hasta que le recordé los anticuchos que había comido el día anterior y la cantidad de carne de res anunciada por todas partes, y hasta que le expliqué que en cambio poca leche podría encontrar en los supermercados porque las vacas no se usaban para leche y casi toda la que se consumía era de lata.

Mi humor había mejorado pero no mis emociones, ni el dolor que me producía lo que estábamos viviendo. Me dolía de muchas cosas, de las redes, de las familias,

de la cosificación y de la cuantificación de aquellos seres humanos que quedaban marcados para siempre, de las muchachas que abandonaban sus hogares obligadas por las miserias y que ofrecían sus cuerpos forzadas por los cafichos y sus mafias que beneficiaban a sus familias, que ellas recibían algo de dinero por sus trabajos, aunque las afectadas no vieran ni un sol. Me dolía de los anuncios falsos, del falso interés por la infancia peruana. Trabajaban como adultos pero ganaban como niños. Los vimos a lo largo y ancho de la carretera, solos, en grupos. Eran niños de tres y cuatro años que jugaban en el arcén, contra los carros que cruzaban veloces la Interoceánica. Niños solitarios que lo miraban todo, incluido a nosotros, con ojos de curiosidad y de triste soledad compartida.

Detuvimos el carro para jugar unos minutos con un grupito, para entender por qué iban descalzos aunque vistieran casi de abrigo, cercana como estaba cada vez más la sierra. Habíamos comprado un pastel y lo repartimos entre tres críos que daban patadas a un balón en un pequeño campo colindante con la calzada. Rieron, saltaron, agradecieron y, de pronto, corriendo, desaparecieron. Cuando volvimos a verles no venían solos.

—Ya ves, nosotros pensando que los niños vagaban a sus anchas mientras sus padres estaban trabajando y resulta que estos tienen madre en la casa. Ahí viene con ellos —comentó Alicia. Y, en efecto, se nos acercaba con sus hijos y con una niña que no llegaría a los dos años. Los lobos solitarios querían compartir el pastel con su manada.

—Veis que los niños aquí valen menos. Están muy desprotegidos. Se crían solos. Y trabajan desde muy pequeños. Eso facilita que caigan en las redes —les comenté doliente.

Y me dolí de no volver a Lima a intentar localizar a mi madre y a aquel hombre misterioso. Pero no lo dije. Y nos dolimos los tres de perder la oportunidad de visitar Machu Picchu. Y, a falta de chófer-guía-policía, les anuncié que de camino a Cuzco iban a ver mujeres con faldas típicas de cuadros, tableadas o lisas, largas y con mucho vuelo. Y Alicia voceó que iba a comprarse una. En uno de nuestros altos en el camino, en los que un cartel anunciaba una empresa insemadora de ganado ovino, les expliqué que tanto las llamas como las alpacas y las vicuñas eran camélidos y les aclaré las diferencias que había entre ellos. Unos minutos después, entrando en Urcos, localidad cercana ya a Cuzco, se asustó Pablo creyendo que un par de casas se estaban incendiando, tal era el humo que expulsaban.

—No os preocupéis. Estamos en una zona en la que todavía siguen vigentes muchas maneras ancestrales. Aquí los indígenas continúan cocinando con

leña en una habitación, dentro de los hogares. Está tan extendido que es un problema y el Gobierno Les está proporcionando cocinas que funcionan con gas.

Entramos en Cuzco vislumbrando neveros en algunas cumbres cercanas. «No es Machu Picchu», tuve que advertirles. Era tarde. Mucho más de lo que pensábamos. Y decidimos no pasar siquiera por el hotel, para encaminarnos directamente hasta la calle Central donde sabíamos que encontraríamos el gran bazar de los anuncios desde donde surtían a muchas mujeres, a muchas niñas, a muchos hombres, a muchos niños para trabajar, haciéndoles soñar con liberar a su familia y a ellos mismos de las redes de la miseria para despertarles como esclavos de las redes de la prostitución y las minas. Entramos primero y estuvimos paseando por la inmensidad de la agencia. No creo que nos faltara un solo aviso por leer. Nos dirigimos a una de las mesas atendida por una jovencita muy amable que nos concedió permiso para filmar cuando explicamos que realizábamos un reportaje sobre el turismo en Perú para la televisión española.

Pero pocas imágenes íbamos a tener la oportunidad de grabar. No tardó ni tres minutos en aparecer un tipo mal encarado que no tuvo siquiera necesidad de decir nada ni de contradecir a su compañera. Colocado junto a Pablo, y situándose delante de la cámara, comenzó a andar y a obligarnos a nosotros a recular hasta la puerta, donde uno a uno fue dándonos la mano, en apariencia atento y cortés.

Con la cámara de mi teléfono yo había conseguido fotografiar varios avisos:

«Se necesitan una ayudante de cocina y una moza. Lugar: kilómetro 107. Razón: señora Julia. Teléfono: 941163289».

«Dos chicas para bar Lugar Delta». Remarcaba «URGENTE».

«Cocinera para La Pampa».

El médico lo supo nada más verme. Sin dudarle. Se sonrió mirando a El Lolo y a mi tía, vaticinando un embarazo que una rápida prueba ratificaría minutos después.

—Estas chicas de la selva acaban siempre preñadas, ¿sí? Ustedes las toman de la selva pensando que son muchachas honestas, pero esas son las mujeres más calientes del Perú y las primeras que salen embarazadas —dijo el médico, que me miraba con una mezcla de asco y de reproche. Y no sabría decir si era su condición de hombre o su personalidad poco amable, el caso es que noté irrespetuosa su manera de explorarme.

—No soy de la selva —protesté—. Soy limeña y estoy aquí obligada —dije mirando con desafío a mis tratantes, con la esperanza de que el doctor se pusiera de mi parte.

—Eso dicen todas, mi hija —siguió—. Pero cuando tienen la oportunidad de irse de Madre de Dios, todas prefieren quedarse a ganar platita.

—Yo voy a marcharme. Ellos lo saben, que voy a marcharme en cuanto pueda de aquí. Tendré mi bebe y me marcharé con él.

—Eso ya lo veremos —se atrevió a decir el caficho, amenazante como siempre. De todas formas, el doctor parecía estar acostumbrado a situaciones como aquella. Con toda probabilidad, no era la única chica de El Horizonte que pasaba por su consultorio.

El médico recomendó que hiciera el menor número de pases posible. El embarazo estaba tan adelantado que era imposible plantearse el aborto, por más que El Lolo trató de convencer a aquel hombre que se decía doctor, pero que parecía pertenecer a la misma ralea que me había conducido hasta allí. Le preocupaba que hubiera bebido tanta cantidad de alcohol cada noche, que se hubieran demorado antes de descubrir mi estado. Además, tenía una infección que arrastraría toda mi vida. No podré olvidar jamás sus miradas sucias y sus comentarios poco delicados sobre el cómo, con quién y cuándo había mantenido relaciones, sabiendo muy bien —y él lo sabía perfectamente— que no todos los mineros aceptaban usar condones y menos aún lo aceptaba el caficho, por lo que

era imposible determinar la paternidad, tal y como él pretendía.

Cuando salíamos de la consulta una mujer mayor que esperaba su turno, con una niña que parecía haber sido violada, reconoció al caficho, le atravesó con una mirada llena de aspereza y le increpó el asqueroso trabajo al que se dedicaba. El Lolo con la frialdad de siempre contestó:

—Yo he venido a este mundo a hacer dinero. No he venido ni a regalarlo ni a vivir en la pobreza.

—Pero la niña es bien chiquita —le dijo la mujer. Él miró hacia otro lado, abandonó antes que nosotras aquel cuarto y anduvo solo por los pasillos del hospital, muy de prisa, como si no nos conociera, hasta alejarse de aquel edificio situado en la cercanía de Mazuko, otro lugar que me traía desgracia a la memoria y no muy buenos recuerdos de mi tía.

No tenía palabras mi tía, a pesar de que siempre había demostrado que podía ser cualquier cosa menos muda. Me miró y dedicó uno de los pocos gestos de cariño que le conocí. Me rodeó mi cuerpo ligero y algo abombado. Y solo dijo:

—Es bien difícil, ¿ah?

—¿Ahora cómo voy a hacer? —pregunté enfurecida, separándome de su lado —. ¿Qué esperanza me queda para el resto de mi vida?

—Tendrá a su hijito o hijita y lo cuidará como cuidó su mamá de usted — contestó. Tía Rous intentaba calmar mi ira.

—¿Ahí, en El Horizonte? ¿Cómo Rosita? Yo no soy igual que esa.

—Ay, mi amor. Como sigan todas el mismo camino aquello va a parecer una guardería —contestó mi tía y consiguió incluso que me riera, que tenía ella siempre esa potestad sobre mí, por mucho que la odiara.

—No paré de llorar en el carro. Pensaba en cómo salir del club, en la huida, en matar al caficho, en matar a mi tía, en matar juntos al caficho y a mi tía.

—Hoy no habrá pases —dijo El Lolo, interrumpiendo mis pensamientos—, pero mañana todo volverá a ser como antes. Y tú seguirás teniendo la obligación de traerme platita. No porque estés preñada van a cambiar las cosas.

—Eso ya lo tenemos que hablar, querido —le advirtió mi tía pasándole la mano suavemente por el brazo, como si a ese tipo pudieran reblandecerle las ñoñerías.

Ni un sándwich me ofrecieron en las dos horas que duró el viaje de regreso, aunque sabían que estaba desfallecida y que el doctor me había recomendado



que comiera de vez en cuando, incluso sin ganas. Recordé los bocados que me había preparado tía Rous en aquel viaje desgraciado que me había traído hasta El Horizonte. Como en aquella ocasión, también nos paró la policía. Y también esta vez sin consecuencias. Mi tía le señaló al tipo la barriga, este nos dejó continuar sin ponernos problemas, sin preguntarnos más nada, como si una niña indocumentada no pudiera caer preñada. Yo solo pensaba en mi mamá y la vergüenza de llegarle embarazada. Y deseaba que, tal y como había pronosticado el médico, el niño naciera cuanto antes; prefería tener un bebé entre mis brazos que en el interior de mi cuerpo. Qué extraño era llevar dentro un ser humano. Me parecía imposible que un niño anduviera iniciándose a la vida en el interior de una niña.

Una vez que llegamos al club, únicamente sentía necesidad de comer y de dormir. Preferí no ver a nadie, ni siquiera a Rosita que, dadas las circunstancias, podría haber sido la única en comprenderme y aconsejarme en esos momentos que superaban cualquier situación de incertidumbre vivida anteriormente. La primera en enterarse fue María que me aseguró que ya lo suponía viendo cómo evolucionaba mi cuerpo. También dijo haberlo imaginado Margarita, que ya había sido madre.

Todas hablaban.

Todas menos yo.

Tomé un caldo de gallina y me tumbé a dormir hasta el día siguiente.

Al parecer Yanai me veló durante el sueño, como si me debiera algo. Los cafichos no pusieron ningún inconveniente. Mi problema era también un problema para ellos, teniendo en su casa a la amante de un policía —corrupto o no— lo mejor era que este no tuviera información en contra de El Horizonte ni de sus dueños. Además, un embarazo era un obstáculo en un local en el que se bebía, sexualizaba y de vez en cuando había alguna que otra pelea, incluso con sangre.

A nadie le interesaba más escándalos.

A El Lolo tampoco.

Seguramente por eso hizo sus excepciones, que a ojos de mis compañeras eran novedosas. Por eso permitió que mi tía Rous se alojara unos días con nosotros, concretamente en mi habitación, ahora que Jazmín dormía sola y hacía una vida casi independiente a pesar de sus nueve años. Por eso soportaron él y María que Yanai —imposible llamarla Juanita—, mi tía y yo mantuviéramos largas reuniones. No era listo ni nada el caficho; sabía que con la presencia de mi tía nuestra

permanencia en el local estaba prácticamente asegurada. Ella era nuestro aval y también el suyo. Si había alguien que tenía que perder era Rous. Estando ella por medio se suponía que ni mi amiga ni yo intentaríamos movernos y siempre tendríamos la voz de la conciencia de mi tía para recordarnos que peligrábamos nosotras, que peligraba ella y peligraban dos familias, si se nos ocurría buscar esa libertad de la que tanto hablábamos y tan poco sabíamos.

Juanita fue haciéndose su hueco en el club. Era guapa, simpática, tenía cicatrices que mostrar y una larga historia que contar en las mañanas. A diario alguna muchacha le preguntaba a mi querida hermana qué se sentía al resucitar. A diario ella contaba, poniéndole mucho entusiasmo, cómo había conversado con una de las parcas para que le concediera más tiempo, explicaba la muy fantasiosa. Relató una y hasta siete y ocho veces, una por muchacha, que habían estado a punto de darla por muerta, hasta que un joven enfermero del hospital de Urubamba, en Cusco, percibió que movía un ojo, dio la voz de alarma y ahí comenzaron a devolverle la vida. Mi tía nos explicó que a ella se lo habían comunicado días después de dejarme en El Horizonte. Su amiga, la mujer del conductor, le había dado noticias del funeral de su marido y de la suerte de la niña, quien tras el coma se había despertado preguntando por ella y sobre todo por Luna, a quien no había dejado de llorar en las primeras noches tras el encierro mental al que le había sometido el accidente.

—¿Pero tú tienes ganas de trabajar después de esas aventuras? —le preguntó Jazmín, aún ingenua.

—Tengo una deuda que saldar con el caficho, como vosotras decís, pero sobre todo con la tía de mi amiga. Y no encuentro un lugar mejor en el que hacerlo. Hasta ahora tampoco he tenido mucha suerte —dijo. Y después se puso a explicarles cómo había sido violada por su cuñado cuando trabajábamos las dos en el restaurante de Cusco.

Bastó la llegada de una muchacha nueva y sana a El Horizonte para que el grupo virara hacia ciertos comportamientos bondadosos que hasta entonces a veces se enturbiaban de gris e incluso teñían de negro. Bastó la presencia de mi Yanai para que una cierta tranquilidad se apoderara de El Horizonte en esas mañanas que volvieron a ser de invierno, que recogían el fresco de la noche para dar cierto respiro a nuestra vida envuelta en plásticos. Bastó escuchar cómo hablaba Juanita de la vida y de la muerte, de la frágil frontera que existe entre una y otra, para que todas quitáramos hierro a nuestras desgracias.

—¿Y tú? ¿Por qué no has abortado? —me preguntó Grace en una de esas tertulias improvisadas, un día que en ausencia de los dueños, mi tía Rous se

había quedado a cargo del club.

—¿Cómo iba a hacerlo si me faltan menos de tres meses para que nazca la criatura?

—¿Y qué? Yo conozco muchachas que lo han hecho. Basta una pastilla que te dan en boticas de confianza y lo sueltas. ¿Qué te crees? ¿Qué eres la primera embarazada? —preguntó descarada—. Yo misma estuve. Normal, si estos cerdos no quieren ponerse sus condones y nosotras no estamos casi nunca en condiciones de reclamarlo.

—Yo ya no me atrevo. Se me ha pasado el tiempo, según me dijo el doctor —contesté, y miré a mi tía quien enseguida salió en mi defensa.

—Señoras, no se quejen tanto que aquí no están tan mal. Además, van a tener un sobrino —dijo mi tía en uno de esos momentos suyos en los que se creía protagonista de una película—. Y tendrán que cuidarlo. Luna no está a tiempo de abortar. El doctor nos dijo que el niño puede nacer antes de lo previsto. Me la tienen que cuidar, ¿sí? Ya no voy a estar acá muchos más días. Tengo mucho trabajo que hacer en Lima.

Aquello sí que no me lo esperaba. Mi tía Rous y sus malas sorpresas. Otra vez me abandonaba y me quedaba sola y sin su protección. Al menos ahora tenía a Yanai a mi lado, que se había tomado eso de ser tía como el acontecimiento más importante de su vida.

—No se preocupe Rous —la tranquilizó Grace, poniendo acento medio americano, medio venezolano—, que yo le voy a cuidar a su niñita mientras esté aquí, aunque yo tampoco me quedaré mucho, que ya saben que yo voy y vengo.

Con la noticia de que mi tía nos dejaría en breve busqué reunirme con ella y con Yanai aquella noche tras el último turno de nuestros pases, que seguían siendo intensos, pues con el invierno y el frío que llegaba por las noches los mineros se ingresaban en el club y no salían hasta que el caficho daba la orden de cierre. Aquel día hubo pelea por culpa de mi amiga, la nueva atracción de El Horizonte, desplazando incluso a Jazmín que tenía sus parroquianos fieles pero ya conocidos. La llegada de Yanai había congregado a un grupo desconocido de clientes, como solía ocurrir cuando aparecía una nueva. Ella se hacía llamar Juanita y se mostraba de los más divertida al comprobar que los hombres peleaban por ella, que habían salido incluso dos mineros a pegarse en el barrizal porque competían por pasar con la muchacha recién llegada de cuya calentura intensa daban buenos informes todos ellos.

—Nunca pensé que ibas a aceptar con tanta normalidad esta vida le reproché

un día a Yanai.

- A mí ya me dieron por muerta. Ya que estoy viva soto sueño con que esto pase Lo antes posible.
- ¿Has hecho las cuentas de cuándo saldarás tu deuda?
- Con lo que tengo que pagar y con lo que ya pagaste tú creo que en un año podré marcharme de aquí. Te buscaré y cuidaremos juntas a tu hijo —me consoló Yanai con lágrimas en los ojos, como profeta de que alguna de esas condiciones no se produciría.
- Tienes que salir de aquí —le dije.
- No te dejaré antes de que tengas tu bebe.
- Dígale que huya —me atreví a pedirle a tía Rous.
- Luna, no sea niña. Cómo voy a decirle a Juanita que se marche si yo misma la traje aquí, como antes la traje a usted. No tengo duda de que acá están mucho mejor que en Ocongate, ese lugar tan frío y tan triste, y desde luego mucho mejor que probando suerte en otros restaurantes, con lo desgraciada que fue aquella experiencia en Cusco.

Fue escuchar a mi tía referirse a mi amiga por su nuevo nombre y entender que poco podíamos contar con ella, que nunca nos ayudaría, porque si debía elegir entre un lado u otro de aquel río que se había formado en torno a nuestras vidas tenía muy claro que se quedaría en la orilla de El Lolo.

- El problema más grave, mi querida Yanai —le dije mientras ella se recostaba contra mi tripa y la acariciaba, sintiendo los movimientos del bebé, que parecían para ella menos extraños de los que los intuía yo—, es que en el momento en que estés más de dos meses acá, en este club, como si estuvieras en cualquier otro, ya verás que te vas a acostumbrar. Yo no pude, pero veo que no te cuesta tanto esfuerzo como me costó a mí. Ocurre siempre igual y es que lo que al principio te parece una cosa fea y horrible acabas haciéndola como una rutina más, de la misma manera que te bañas o de igual forma que comes, incluso si te sigue pareciendo fea y horrible.
- ¡Qué exagerada es! —intervino mi tía, que estaba sentada en una esquina del bar atenta a nuestra conversación—. Más vale que se acostumbren a esto que es una forma de vivir como otra cualquiera. Además, acá tienen la cama y tienen la comida e, incluso, por más que nuestra Luna se ponga dramática, tienen más momentos de cariño que los que han tenido nunca.
- No le diga eso, tía. Acá es mejor no entrar porque nunca sabes ni cómo ni cuándo lograrás salir.

—¡Pero yo ya entré! ¿Qué puedo hacer? —dijo Yanai.

—Llévesela tía. No deje que se acostumbre a esta vida. La van a someter. La dejarán sin fuerzas.

—Juanita es valiente. ¿No ha visto cómo ha sobrevivido a un accidente?

—Eso es distinto. Acá te convierten en nadie. Tiene que llevársela o, si no, tendrás que escapar, mi Yanai. No quiero que sufras como yo.

Llegó el caficho dedicando muchos cariños a mi tía y rompió aquella reunión en la que Yanai había acabado llorando como yo, que además temblaba. Llevó a cada una a su cuarto y luego vino a visitarme a mí, que ni siquiera mi estado le imponía un respeto, aunque en lugar de violarme se lo tomaba como si fuera un pase más de un minero cualquiera.

—Cuando tengas a tu bebe —dijo, mientras dejaba el catre—, tendrás una sorpresita. Si todavía quieres irte, no te preocupes, te irás y además a un gran sitio.

—Pero con Juanita —respondí muy segura.

—Eso ya lo veremos. Aquí mando yo, no lo olvides jamás —me dijo empujándome hacia la cama, en un gesto que estaba a medio camino entre el juego y la violencia.

No pude guardar aquel secreto. Imaginé que mi tía no podía ser ajena a una operación que supusiera mi marcha de El Horizonte. Todo se me pasó por el cerebro en una noche en la que el peso de mi tripa y el de mi cabeza se compincharon para tirar de mí y de mi cuerpo de un lado para otro, como un muñeco. Pensé que me devolverían a mi madre, en mi casa de Ocongate. Soñé con volver al restaurante de la hermana de Yanai, puesto que yo no era una amenaza para nadie. Creí que me venderían a otro club. Se me pasó por la imaginación que me dejarían marchar con mi tía a Venezuela. Allí podríamos emprender un negocio de copas, en el que solo se sirviera alcohol pero sin transe de mujeres. Le di la vuelta a todo una y otra vez, en cualquiera de sus variables. Y así se lo conté a mi tía a solas, sin Yanai. Para mi sorpresa, desconocía los planes que El Lolo me había reservado.

—Supongo que la enviarán durante un tiempo a algún sitio hasta que el niño o la niña crezca un poco. Luego, cuando Juanita y usted paguen sus deudas, podrán emprender un negocio juntas.

Mi tía tenía la capacidad para hacerme sentir en casa. Y yo tenía una cierta facilidad para soltar la lengua y contarle intimidades, tanto que me las daba yo de saber en quién podía confiar y en quién no. Y le confié mis intentos de huida. Le

hablé del dinero que tenía ahorrado, aunque reduje la cantidad. Nunca le desvelé que entre mis posesiones se contaba una pepita de oro. Tampoco que había guardado en el colchón el cuaderno del caficho. Pero sí le descubrí que tenía un papel con un teléfono que, mentí, se le había caído a El Lolo un día del pantalón mientras se vestía en mi cuarto y que yo había guardado porque intuía que podía serme de utilidad.

Salíamos de las duchas juntas. Caminábamos despacio hacia El Horizonte cuando le hablé a tía Rous del teléfono. Jazmín había terminado antes. Ella ya no era mi responsabilidad. María había decidido que mientras mi tía estuviera de visita, Yanai se hiciera cargo de la niña. Nada más llegar al club se vino solícita a mi cuarto para que le enseñara el papel, que prácticamente me arrancó de las manos, sin que volviera a saber más sobre él hasta el mismo día en que me anunció que se marchaba por unos meses.

—Por cierto —me dijo—. He averiguado de quién es ese número de celular.

—Pues no se ande con tanto secreto. Dígamelo por si pudiera servirme en un futuro.

—Seguramente.

—¿Sí?

—Es el número de teléfono de Aurelio.

—No sé de quién habla. No recuerdo a ningún cliente con ese nombre.

—¡Aurelio! —repitió mi tía riéndose—. Mi sobrino. ¡Su hermano!

Creía estar soñando. Que soñaba que me mentían. Que más que soñar, vivía una de mis pesadillas de la mala suerte. Noté cómo se me helaba la sangre y que una punzada recorría mi tripa de arriba abajo, de izquierda a derecha, y la elevaba hacia arriba, como si formara un pico, al tiempo que una corriente como de aire entraba en mi vagina y tiraba hacia adentro y hacia arriba, en una especie de tensión y de pulsión que estaba a medio camino entre el placer y el dolor.

—No he vuelto a saber nada de mi hermano desde que marché al restaurante de Cusco.

—Pero él siempre ha sabido de usted.

—¿Quién le ha informado?

—No me sea boba, niña, quién iba a informarle.

—¿Usted?

—Por supuesto. Y también la hermana de Yanai. Por ella supo él que las habían echado del restaurante. Y por él supe yo que estaban libres y que

era el momento de ofrecerles trabajar en un lugar como este.

—¿Quiere decir que él nos vendió?

—Puede entenderlo como quiera, Luna. Pero los dos estábamos de acuerdo en que aquí es donde se encontrarían mejor y ganarían plata. También la mamá de Yanai dio su consentimiento. La madre de usted, no —confesó viendo mi mirada de terror—. Su madre nunca lo supo. Ella no lo hubiera permitido.

—Entonces, ¿Aurelio es consciente de que Yanai está aquí? ¿Me lo está diciendo en serio? —pregunté llorando amargamente.

—¿No le estoy diciendo que hasta su mamá nos dio el consentimiento?

—¿Y él supo del accidente y de la supuesta muerte de Yanai?

—Le avisó mi amiga. Y gracias a él, usted y yo salimos de aquella especie de cárcel en la que nos metieron en Mazuko. Si no, tal vez las muertas hubiéramos sido nosotras. En este negocio los jefes no consienten que les engañen, y si yo me había comprometido a traer dos muchachas debía traer dos muchachas. Las circunstancias, lo que nos había ocurrido, el accidente, nada de eso le importa a nadie. Su hermano me avisó de que Yanai estaba viva y gracias a él pudimos negociar para traerla aquí y no a otro lugar donde los jefes pretendían que La lleváramos, sobre todo porque usted estaba dando problemas y les atemorizaba que huyeran juntas.

—¿Por qué me cuenta todo esto ahora?

—Porque tenía ese papel con su número de celular. Y prefiero que lo sepa por mí a que llame y descubra que se trata de él.

Antes de que me diera cuenta de lo que hacía, mi tía Rous estaba convocando a Yanai a nuestro cuarto y, una vez que estuvimos las tres juntas, marcó aquel número. Pude escuchar por primera vez, después de un año, la voz de aquel desalmado que bien sabía lo que hacía cuando una y otra vez nos había desaconsejado apuntarnos a los anuncios que veíamos en la agencia de avisos de Ocongate, o de Cusco. Cómo no iba a hacerlo si sus intereses eran otros. Como eran otros los intereses de mi tía. Esa pareja sabía muy bien lo que hacía. Ellos habían encontrado plata allí donde nosotras habíamos encontrado las vidas rotas, por más que dijeran que teníamos una eficaz manera de ganarnos la existencia, esa en la que perdíamos no solo la inocencia, sino la responsabilidad y, peor, la identidad.

Escuché su voz y sentí vergüenza de que su misma sangre estuviera corriendo en ese preciso instante por mis venas y por las de aquel que en breve le sería otorgado como sobrino. Y no sé si fue por esa misma relación a la que era imposible renunciar o debido a la presión de mi tía, el caso es que no pude

negarme a coger el teléfono cuando me lo puso al oído. Sentía un revoltijo por el estómago escuchándole lo mucho que me quería y todo lo que me echaba en falta y prometerme que vendría a verme, a mí y a mi criatura, que incluso de eso estaba él enterado.

Y después le pasó el aparato a Yanai, melosa, muy melosa, que hasta me atreví a dudar de si habrían estado enredados los dos en mi ausencia.

Fue acabar la llamada y empezar a sangrar. No supe reconocer si estaba de parto. No podían saberlo tampoco las mujeres del club. Pero me obligaron a meterme en cama, durante unos días, hasta que dejé de llorar y dejé de sangrar; así un mes, antes de que se produjera el nacimiento.

Y cuando se produjo no estaba mi tía para verlo ni ayudarme.

Estaba sola. Como siempre estaba. Que hasta Juanita andaba ocupada con un cliente.

Ni yo lo vi tampoco. El niño nació muerto. O murió al nacer. Quién iba a ser capaz de atestiguar las circunstancias del nacimiento en aquel plastical. No quise ver a un muerto. Solo contaba y multiplicaba, deseando dormir y que fuera el sueño mi propia muerte.

Llamaba bajito a Yanai, para que se acercara a mi catre a compartir conmigo algunos chismes de las chicas y de los cafichos. Pero no venía. Tampoco si la llamaba en voz alta. Por ese nombre tenía prohibido responderme. Llamaba a Juanita y llegaba solícita siempre con un caldo de gallina que yo generalmente rechazaba.

Así pasaron varios días hasta que El Lolo se apareció en mi cuarto, se cobró su capricho, ahora que había recuperado la flacura que tanto le gustaba, y me aseguró que en muy poco tiempo me sacarían de allí, pero que esa misma noche volvería a trabajar.

—Acá no puede haber gente ociosa. Mientras vivas conmigo, tienes que seguir trabajando.

—OK —le dije sin mirarle a la cara—. ¿Cuándo me marchó de aquí? Si yo me voy, Juanita se viene conmigo.

—No te ha quedado claro quién manda —dijo con rabia y, sin pensárselo dos veces, me dio un puñetazo que me rompió la nariz.

Quería a Yanai conmigo donde fuera. De lo contrario, buscaría la manera de



quedarme aunque tuviera que convertirme en la mejor puta que hubiera existido nunca en Puerto Maldonado. Con la nariz rota y todo, descompuesta como estaba, sumisa como nunca hubiera nadie imaginado, bebía y bebía cada noche hasta llegar muerta al amanecer. Si querían sacarme de allá, que al menos fuera con la menor deuda posible.

Tanto empecé a rentarles que tardaron meses en decidir que me marchara. Que ahora ni Carla, ni Margarita, ni Grace, que al final no se marchó, ni Ana, que le seguía el paso, ni Edit, ni Rosita, desde luego, ni siquiera Juanita o Jazmín, a pesar de ser las más jóvenes y las más nuevas, eran tan solicitadas por los clientes como lo era yo. Hasta veinte pases me hacía por noche. Incluso Yanai estaba extrañada, creía yo que estaba celosa. El Lolo la desafiaba a que se creciera, jugando con ella los mismos juegos sucios y macabros que había experimentado conmigo y antes con Rosita.

—Mi hermanita, yo ya no te conozco —me confesó una noche en la entrada de El Horizonte, en los límites que nos estaban permitidos—. No sé si es por haber perdido a tu niño o por los descubrimientos sobre tu hermano y tu tía. Ya no te ríes. Ya no tienes tiempo para chismear.

—Yo ya no sé lo que quiero. Nunca sé si siento frío o calor, si quiero reír o llorar. Nunca sé si quiero arroz o frijoles. Porque no me tengo. Porque con cada polvo no es que me roben el sexo, es que me roban el alma. Y me han robado muchas almas, no solo la de mi bebito. No te voy a engañar. Supe tan tarde del embarazo que tampoco tuve mucho tiempo de hacerme a la idea.

—Solo deseo ayudarte, Luna. Siempre hemos estado unidas.

—Siempre no —la interrumpí—, que te perdiste mi entrada acá, con mi tía y lo brutos que estuvieron cuando descubrieron que no venías. Me has hecho mucho daño, señorita —le dije ya bromeando. Reíamos y llorábamos al mismo tiempo. Yo recordando las torturas y ella su muerte temporal.

—Algún día me contarás lo que te hicieron.

—Cuando me cuentes tú lo que hacías con mi hermano, el muy asqueroso. Cómo pudo engatusarte si solo quería que vinieras acá conmigo para llevarse su parte del acuerdo.

—Ya sabes que a mí me atrajo siempre.

—¿Te he contado que estos meses tuve un cliente con quien estaba muy unida? Un día desapareció y nunca más. Lo mismo te pasará a ti con Aurelio. Tú no sabes, seguro, la vida que te espera, ni dónde acabará esta aventura en la que nos han metido. Pero nunca volverás. Puedes estar segura. Él no es más que un caficho en la distancia. No le interesa que vuelvas, ni tener

una relación contigo. Ni que le quieras, siquiera. Ni quererte tampoco.

- Tanta cerveza te ha vuelto ácida. Deberías tomar más gaseosa, que es dulce —cortó Yanai, para no tener que dar explicaciones de su relación con mi hermano. Empezó a recordar los gritos que había dado en el restaurante de la suya, cuando el cuñado había intentado violarla—. ¿Sabes que a Oda lis la abandonó el esposo? Cuando dejemos esto, seguro que podremos volver a trabajar con ella, que me han dicho que tú has aprendido mucho de cocina con María.
- No sé si saldremos de esta. Ya sabes que El Lolo me ha amenazado con mandarme a otro sitio.
- Yo voy contigo. No vuelvo a dejarte sola. Conoceremos a otra gente, tal vez otros lugares del Perú, o del extranjero. Estoy segura de que nos espera un buen futuro —pero supe por sus ojos, que aún no habían perdido el brillo de la inocencia, que no era sincera y que volverían a separarnos.
- No tengo mucho interés en conocer gente. Va a ser muy difícil que vuelva a creer en las amistades y en las relaciones. No sé si volveré a caminar de nuevo, no sé si voy a saber hacerlo, después de más de un año metida en este agujero. He pedido auxilio y nadie me ha escuchado. Agustín desapareció de mi vida; tía Rous, mejor que hubiera desaparecido para siempre. Nadie te quiere y nadie te ayuda. Anótalo bien. Nadie. Mejor que lo sepas desde ahora. No te dejes engañar.

Supimos por Edit que volvería a haber operativo al día siguiente. Y El Lolo decidió desprenderse de Jazmín. Imaginamos que fue su amigo policía quien le aconsejó hacerlo; ya en el último registro su compañera de patrulla había demostrado tener muchas dudas sobre El Horizonte. A nosotras nadie nos dijo nada sobre la desaparición de Jazmín. Nos enteramos porque la mañana previa al registro la niña no estaba a la hora de las duchas. María nos lo contó a cambio de que no hiciésemos más preguntas. Su esposo la había mandado a toda prisa con los rusos. En menos de veinticuatro horas Jazmín estaría en otro local de la capital, ahora que la pequeña ya era una adulta consumada en cuestiones de hombres y de sexo.

- Si se os ocurre hablar ya conocéis los métodos de El Lolo —nos dijo, indicándonos que acomodásemos nuestros cuartos como si fueran los de un hotel por si la policía entraba—. Y no os quedéis ahí paradas, no más, moveos ya.
- ¿Hoy también vamos a tener fiesta por La mañana? —le pregunté, recordando el día que habían venido los rusos y habíamos tomado desde las primeras horas del mediodía.

—Cuando venga el esposo os diremos. Y no tomes tanto que te estás acostumbrando a la cerveza más que los mineros.

Llegó la policía. Llegaron el novio de Edit y su subordinada. Venían con linternas. Fueron directos al escondrijo de plásticos que alguna vez usamos Jazmín y yo. Iban pertrechados de navajas, dispuestos a rasgarlos. Aquella era la manera de demostrar que la autoridad se ejercía en Puerto Maldonado, aunque alguien hubiera dado el chivatazo. La oficial exhibía su indignada decepción suspiro tras suspiro, después de salir de cada cuarto, sin haber hallado el tesoro que había desaparecido. Ya en el bar, una a una, nos fue llamando a la mesa del rincón, dejando compuestos y sin compañía a los mineros que nos entretenían.

Como en el registro anterior, volvió a preguntarme la edad y a interesarse por mis documentos. Había una novedad, Yanai, que sufrió idéntico interrogatorio. Y hubo de conformarse con la respuesta del caficho, que como unos días antes, puso de nuevo una mano sobre mi hombro y la otra en el de mi amiga.

—Ya le dijo la muchacha que es mayor de edad y perdió sus documentos —aseguró mirándome con un gesto que era una entrega de testigo, para que interviniera y reforzara su frase.

—Ya le dije el otro día que cumplí los dieciocho. Ahora vino mi amiga, que tuvo un accidente conmigo cuando veníamos hacia acá. La creíamos muerta. Los documentos se quedaron en el coche —conté a aquella mujer que miraba inquisitiva a mi cabeza y a la de Yanai, cabezas gachas, según nos habían prevenido que debíamos mantenerlas para no exhibir ni sentimiento ni miedo alguno ante la policía.

—Y usted, la nueva —intervino su jefe—. ¿Cómo se llama?

—Juanita, y le juro por Dios que soy mayor de edad.

—¿Su documentación?

—Ya se lo ha dicho mi amiga, se quedó en el carro cuando tuvimos el accidente. Creyeron que estaba muerta, pero aquí me tiene —dijo levantando un poco más la cabeza y haciéndonos reír a todas sus compañeras.

—¿Cuántas chicas tiene? —preguntó la joven policía a María.

—Siete, las que usted ve aquí.

—Es increíble —suspiró indignada.

—Tengo siete, ya le he dicho —volvió a contestar, entre miradas cruzadas del caficho y su amigo.

—Increíblemente tiene siete chicas, pero hay ocho cuartos ocupados con

cosas. ¿Entonces usted duerme en alguno de esos cuartos? —siguió muy enfadada, mientras su jefe la jalaba del brazo.

Cuando terminó la inspección el policía amigo le susurró a El Lolo que la próxima vez ordenaran aquella habitación, según nos aseguró Margarita, que había leído aquella advertencia en sus labios, experta como era ella.

Al día siguiente de la redada se me acercó Edit como haciéndose la tonta, comenzó a contarme que había carros que conducían hasta Puerto Maldonado. En dos horas, por veinticinco soles. Y que de allí, por otros cinco soles, se podía coger una moto para llegar hasta el río Tambopata, en aproximadamente quince minutos. Sabía de muchachas que habían escapado cruzando a la otra orilla, chicas a las que alguien había conducido hasta Brasil. No entendía si pretendía averiguar si así habíamos hecho escapar a Jazmín o si quería que yo le diera las gracias por darme pistas en mi posible huida, que flotaba en el ambiente de El Horizonte desde mi último intento.

—No pienso marcharme de aquí, si es lo que estás queriendo decirme —la corté—. Me lo pensé mejor. Ahora no es momento. Finalmente Yanai está conmigo.

—¿Yanai? —interrumpió asombrada, como si otra muchacha hubiera llegado sin enterarse ella.

—Juanita, quise decir. Ahora estamos juntas y no pienso separarme de ella. Además, no tengo documento de identidad ni pasaporte para salir a Brasil.

—Eso no es problema. Eso se consigue.

—¿Cómo voy a conseguir un pasaporte? ¿Sabes lo que cuesta eso? Me piden seis mil dólares, que ya lo miré.

—¿Eso cuánto dinero es en pesos?

—Más de dieciocho mil pesos —le dije.

—Pero será uno bueno.

—Con ese precio no va a ser falso. No serás tú...

No me dio tiempo a terminar la frase. El gesto del caficho no daba lugar a interpretaciones. Debíamos encontrarnos en mi covacha. No se demoró ni un segundo en bajar mis pantalones ni en voltearme, sin que opusiera yo resistencia, como eran desde hacía tiempo sus arremetidas y mi reacción. Creí romperme de dolor, sin entender qué oscuros resortes de mis mecanismos corporales había violentado. Hasta que volvió a colocarme frente a él, exhibiendo cual trofeo la «ele» en el extremo de un hierro aún candente.



Lloviznaba. Y me temblaba el cuerpo, como solía ocurrirme siempre que experimentaba la violencia, sobre todo esa violencia sorda que te obliga a reprimir la tuya elevando a la máxima potencia la impotencia. Por primera vez en aquel viaje me teñí de miedo, mucho más miedo que tras el apedreamiento del coche en Madre de Dios.

- No agarremos el carro. Aún no. Aprovechemos para comer algo, ahí no más —sugerí a mis compañeros, señalando una cevichería situada delante de la agencia de avisos, al otro lado de la calle.
- Pero si estamos enfrente de ese tío, míralo ahí en la puerta dijo Pablo que había conocido bien de cerca la presión de aquella masa alterada.
- Precisamente por eso. Así nos vigilamos mutuamente. Dale tiempo para que se calme y en un ratito nos marchamos, ¿ya?
- De lo que no cabe duda es de que aquí, en esta parte del planeta tierra —dijo Alicia muy seria imitando la voz de lo que podía ser un antiguo locutor de radio— están obsesionados por la comida. ¿No os habéis fijado en que casi todos los anuncios pedían cocineras? —rió su propio chiste. Y todos con ella, a carcajadas, risas nerviosas.

Una hora y un par de piscos por cabeza después el tipo había desaparecido de la entrada de la agencia, Alicia se ofreció a rescatar el carro parado a unas cuerdas y a recogernos en la puerta. Pedí que hiciéramos esa operación de manera casi automática, para lo que Pablo debía tener la cámara bien amarrada, lo que tampoco era mucho pedir pues lo único que le faltaba era dormir con ella, que no la dejaba ni un minuto suelta. Así no perderíamos ni un segundo. En efecto, nadie se percató de nuestras intenciones, ni de que ya habíamos pagado la consumición. Y como escoltas de un presidente de Gobierno, con el motor y las puertas abiertas, nos subimos al coche.

No abrimos la boca. No movimos un músculo. Solo los del cuello: en dirección a los retrovisores, el de Pablo; hacia atrás, el mío. Nadie nos siguió. Ni un indicio

hubo de que pudiéramos llevarnos una sorpresa. Arreciaba la lluvia, cada vez más violenta, aunque la temperatura no bajaba de veintiún grados, en aquel invierno, que era verano en el altiplano, según nos dijeron en la recepción del hotel, donde además aclararon que habíamos elegido el peor momento del año para visitar las ruinas creyéndonos unos turistas más que al día siguiente visitarían la montaña sagrada. No veríamos las piedras de Machu Picchu pero nos confirmamos en la idea de que aquella ciudad, como decía Alicia, estaba construida sobre piedra y madera en vez de los plásticos, la paja, el adobe y la uralita de otras poblaciones que habíamos dejado en el camino. Al menos esa era su imagen recogida desde la urgencia de un carro que huía en ausencia de perseguidores.

—Exageras, querida. En realidad no has conocido nada de Perú. Y ni siquiera todos los lugares visitados son como describes. Solo conocemos el lado de mi país que Pablo se ha empeñado en que veamos —dije bromeando—, con esa obsesión que yo le he contagiado por las mujeres y las niñas esclavas. Ni siquiera todo Cusco —y me empeñé en remachar la «ese» como a golpes, para llamar a las cosas por su nombre, como nos había dicho Louis y como habíamos visto en los carteles de carretera— debe de ser tan lindo. Seguro que también hay barrios feos y pobres. Estamos en el centro histórico.

—¿Nunca antes habías estado aquí? —preguntó Pablo.

—De lo que yo recuerdo, jamás. Ya sabes que yo soy española, salvo cuando se me escapa la palabra a encontrarse con mis ancestros.

El hotel que había reservado Pablo para pasar nuestra última noche peruana era tan acogedor que mi amiga abrazó a su hermano, colgándose de su cuello, asombrada como estaba, tanto como lo estaba yo, ante la imponente belleza que nos rodeaba, mezcla de un falso colonialismo bien resuelto y de auténticas columnas de lo que un día debió de ser residencia de alguna familia de la zona, acaudalada, como poco. Desde aquel desmayo que había tenido al comienzo del viaje mis amigos no me habían dejado dormir sola. De manera que tampoco en aquel hotel fue necesario llegar a un acuerdo para repartir las habitaciones. Yo compartiría una con Alicia.

—Canta a reproducciones y a burda restauración como él solo. Pero mira, falso y todo me lo quedaría y haría aquí un negocio, que a simple vista me ha gustado esta ciudad a pesar del matón ese. Menudo susto. Era como estar rodando una película de mafiosos. ¿No deberíamos denunciarlo? —dijo mi compañera nada más entrar en una habitación de vigas de madera vistas en el techo, paredes con mantas de alpaca al sur de la cama y una bañera enorme de patas doradas al norte de la estancia.

- ¿Qué podríamos denunciar? ¿Que un tipo nos ha sacado de su negocio? ¿Que hemos rodado dentro de un negocio legal? Es un disparate. Seguro que la agencia de avisos no es ilegal. Lo ilegal es lo que ocurre cuando esas chicas acuden a trabajar y se encuentran lo que ya sabemos. No le demos más vueltas. Cógete un bikini y vamos a la piscina.
- Pero ¡si está lloviendo! —protestó Alicia, con un gesto que daba a entender que temía por mi cordura.
- ¿No te has enterado de que hay spa? Mira qué fotos —le enseñé el folleto depositado sobre nuestra mesa de madera oscura, que denominó ella de estilo español, aunque para mí era simplemente antiguo, y que contrastaba con la modernidad placentera que nos tentaba desde aquella imagen de agua azul y lámparas XXL cuya intensa luz alternaba con la que emanaba de rincones llenos de velas. Ahí nos estaban aguardando un ejército de hamacas alrededor de aquella pila imaginariamente gigante, que ya intuía yo que proporcionarían descanso a nosotros los guerreros recién regresados de la batalla.
- Llamo a Pablo y bajamos —dijo Alicia con decisión, ayudándome a levantarme de una cama que me recogía en ensoñaciones—, que si no te vas a hacer tú el spa aquí mismo.

Su hermano no contestó al teléfono. Tampoco nos había avisado de la existencia de la piscina ni de que él se ponía ya en remojo. Otra alma imperial, pensé en su independencia, recordando la de Alicia y añorando un espíritu similar para mí, que tanto penaba siempre en busca de compañía para hacer cualquier cosa o que tanto sufría la soledad, o más bien la falta de una buena compañía, lo que me empujaba a la pulsión de mecerme en el sentimiento de abandono, tal como me había explicado Laura en más de una ocasión.

Ya en la horizontal de la hamaca busqué la ensoñación de particulares imágenes, de imágenes recurrentes, ensimismada, visualizando de nuevo a una pareja que desde mi butaca de la cevichería había visto merodear la agencia de avisos, mezclando aquello con los mensajes de Louis que me habían invadido nada más pisar la habitación, reprimidos en el buzón de wasap. La pareja llevaba un bebé que no se descolgó ni un instante de los brazos de ella, que no habría superado los dieciséis años. Entraban. Salían. Se diría que discutían. Fantaseaba yo con la idea de una duda sobre la idoneidad de apuntarse o no a la selección de alguno de esos trabajos de mesera. Pensaba de pronto si el trabajo sería para él o para ella, o si sería él su proxeneta, o su hermano, o su marido, por ese orden. Y se me iban los pensamientos a las frases de amor y deseo de mi novio que preparaba mi llegada, decía, con pasión y con esmero y que explicaba sus cargas de trabajo y los días en familia..., bla, bla, bla, me interrumpía a mí misma en mis



pensamientos recordándome que no estaba resultando tan dura la separación para, segundos después, contradecirme con la idea de que no era tanto tiempo y, aún más, que era tan interesante e intenso lo que hacíamos que me impedía llevar el pensamiento hasta él que estaba tan lejos.

Me imaginé abrazada a Louis y volvía a la imagen del niño abrazado a su supuesta mamá frente a los avisos de meseras, cocineras y cajeras.

—¿En qué pensamiento te pillo? ¿En el matón de hace un rato o en el matón de tu novio? —me interrumpió Pablo, acercándose a mi hamaca. Llegaba en ese instante preciso en el que no sabía si dejarme caer en el sueño o desvelarme colgada de mis ensueños y mis revisiones de mensajes y mails y lanzarme al agua.

—¡Cómo te pasas, Pablo! Louis no es un matón. Pero en efecto estaba pensando en él. Me ha llenado el teléfono de mensajes y emoticonos colmados de amor. Será que se acerca San Valentín. Ya has visto que acá todo está cubierto de corazones y de flores —dije, notando el ligerísimo roce de los labios de Pablo en mi frente y que, ahora sí, se me cerraban los ojos.

Desperté como despierta uno de las largas siestas, fuera de lugar y de tiempo, desubicada, con la mirada y la cabeza vagabundeando perdidas en aquel recinto que olía a una mezcla de cloro, canela y vainilla. Desperté iluminada por el azul de la piscina y el blanco de las velas que la circundaban, como si continuara inmersa en una pesadilla de macabras ceremonias. Pero no había muertos, ni chamanes, ni fuego, ni siquiera otros protagonistas de aquel sueño. Estaba sola, dando la cara a un cielo falso de falsas estrellas y junto a una hamaca vacía donde antes yacía mi amiga. Me había despertado la vibración del móvil, con un nuevo mensaje de Louis en el que me proponía pasar el siguiente fin de semana de compras en París. Más bien era una oferta en firme, con el contrato firmado, tal cual me mandó la imagen del billete y del hotel. «Para que te vayas preparando», había escrito. Me imaginé en París, pero sobre todo me imaginaba ya en ese mismo instante, tomando una ducha al tiempo que notaba cómo sonreía, como casi reía sola pensando que cualquier situación yo la resolvía con la ducha, también esas de despiste, de desorientación lógica tras una siesta. Y la masa de agua azul me llamó a sumergirme.

—Creía que estaba sola —dije dando un respingo cargado de miedo, cuando, al emerger de la zambullida, me encontré de frente a Pablo, callado, que me contemplaba no sabía desde hacía cuánto tiempo y que estaba también completamente mojado y mucho más divertido que yo.

- No me he movido de aquí. He estado velando tu sueño —contestó risueño, acercándose tanto a mi cara que me hizo perder el equilibrio.
- ¡Ten cuidado! —protesté recuperando la vertical.
- ¿Alguna vez te han besado debajo del agua? —me preguntó Pablo al oído en tono dulce y picante, no sabría precisar en qué proporción.
- ¡Qué cosas se te ocurren! —dije—. Por supuesto que no.

Lo que Pablo no sabía es que, aparte de que nunca me hubieran besado bajo el agua, sentía una aversión absoluta a la sensación de pérdida de pie, ni que estaba poco o nada acostumbrada a bucear. Pero no pude resistir la presión de su fuerza y me encontré recibiendo el beso más amorosamente violento y húmedo de mi vida.

No me resistí.

Pero salí corriendo.

Cogí mi móvil. Me sequé lo justo para no gotear y terminé de hacerlo camino del ascensor. Tan veloz que en el momento en que Pablo emergió de la piscina, abandonaba yo aquel spa en dirección a la habitación en la que Alicia, a buen seguro, seguiría durmiendo. Y en efecto dormía. Y durmió tanto que cuando despertó lo que habría sido el titular sorpresa de la tarde, el beso, había sido sustituido por otro, de un acontecimiento bien diferente.

Alterada como subía, dispuesta a compartir con mi amiga la pasión de su hermano y mi total rendición, ni siquiera presté atención a un sobre que habían deslizado por debajo de la puerta. Me imaginé que se trataba de un aviso del hotel informándonos de la hora en la que el coche nos llevaría al aeropuerto, porque partíamos a eso de las cinco de la madrugada. Sin darle mayor importancia lo abrí cuando salí de la ducha, en la que pretendía aclararme el cloro y la inquietud de una escena que había vivido como la protagonista de una película.

Fue leer el contenido de aquel sobre y dar tal grito que bastó un segundo para que mi amiga saltara de aquella alta y mullida cama con dosel y se presentara en el baño, que reproducía a pequeña escala la imagen y decoración de la piscina.

- ¿Qué dices de «canalla»? ¿Quién es un canalla? ¿Qué ha pasado? —me zarandeó Alicia, asustada ante mi parálisis y terrorífica y repentina palidez.
- Ya me gustaría saberlo, aunque creo adivinarlo. Lee —dije, pasándole el papel.

—«Se necesita ayudante de cocina y camarera para bar en kilómetro 107. Referencia: Rosa» —leyó mi amiga, mientras se le iba quebrando La voz. Antes de que me diera cuenta ya había llamado a su hermano para preguntarle si había sido el bromista. Y sin darle ninguna explicación le convocó en la recepción del hotel.

No habían pasado ni cinco minutos cuando estábamos las dos hablando con el recepcionista. El hombre no entendía nada, se le veía sinceramente desconcertado, no sabía qué contestar a unas preguntas que salían de nuestra boca como dardos: «¿Quién ha subido a nuestra habitación?, ¿a quién le han dado el número del cuarto?, ¿por qué ha sabido alguien que estábamos en este hotel?». Atónito, no conseguía responder hasta que vio aparecer a Pablo y solo se dirigió a él para explicarle que «llegó un señor hará más o menos una hora y me preguntó cuál era el número de habitación de las señoras que viajaban con don Pablo».

—Yo le di, no más, el número de cuarto, ¿sí? —continuó—. Le pregunté qué se le ofrecía y él no más me dijo que más tardcito él iba a llamarlas y ahí más nada. Yo, señor —decía a Pablo sin ocuparse de nosotras—, no le puedo decir si volvió a entrar. Trabajo solo acá y no alcanzo a verlo todo.

—¿Podemos cenar aquí? —le cortó Pablo, pragmático.

—Pues claro, señor, acá tienen un restaurante peruano típico. Hay muy buen ceviche, anticuchos, cuy..., ¿ya? —nos aseguró el recepcionista más calmado.

—Cenaremos aquí entonces. ¿Un pisco, chicas? —nos preguntó señalando el bar, donde nos esperaban unos magníficos sillones de cuero, bajo los soportales de aquel sólido patio rodeado de columnas.

Sentados frente a nuestros vasos de aquello que Pablo siempre llamaba pelotazo, y cuando Lo hacía no distinguía entre fórmulas y alcoholes, hablamos quitándonos unos a otros la palabra, intentando hallar al responsable de aquel atropello y el significado de una intromisión que nos amedrentaba tanto como para impedirnos salir a cenar afuera, a pesar de que los tres sentíamos que nos perdíamos un lugar bello.

—Pareces un payasete —dijo Pablo sonriéndome. La clara del huevo que flotaba sobre el pisco me había pintado un bigote. Al escucharlo fui por primera vez consciente de cómo había cambiado su manera de observarme y temí que a mí me traicionase la mirada. Y al pensarlo experimenté una sensación que no identificaba ni con la bebida ni con ninguna otra conocida. Era un cosquilleo que comenzaba en el estómago y no dejaba quietas ni las piernas, mientras él seguía mirándome con una sonrisa cariñosa que

- examinaba cada uno de mis movimientos, palabras y gestos, a la caza y captura de un mensaje. O eso creía yo entender en sus ojos tiernos y en alguno de sus roces espontáneos, que para mí eran ya caricias. Sorpresa sobre sorpresa, nuestro beso había quedado sepultado y el mensaje ganaba en nuestros pensamientos por goleada.
- ¿Alguno de vosotros le ha contado a alguien dónde pensábamos instalarnos? —pregunté ansiosa, removiendo todos los fantasmas del pasado con más fuerza que la coctelera que escuchábamos trabajar rítmicamente a nuestras espaldas.
- ¿Quién iba a contarlo, si mi hermano era el único que sabía a dónde veníamos? Una de dos: o nos han seguido o nos han seguido —y se calló Alicia para que escuchásemos a unas americanas escandalosas que, sentadas en la barra, le gritaban piropos al camarero como si fuera posible que entendiera que aquellas mujeres pasadas de tragos pudieran pretender algo más que su bebida. Y vaya si querían, pensaba yo, que las entendía muy bien.
- O Pablo se ha ido de la lengua —continué yo la frase, enseñando la punta de la mía en un gesto a simple vista inocente pero que él descifró al segundo, a tenor de cómo movió la mano amenazando cariñoso con darme mi merecido—. Pablo, haz un esfuerzo de memoria, ¿confesaste a alguien a dónde veníamos? —pregunté.
- ¿Con quién iba a hablarlo si lo decidí prácticamente sobre la marcha? Se me ocurrió después del mal rato que pasamos en Madre de Dios. Nos habrán seguido. En cualquier caso, el mensaje es inofensivo.
- Como no te lo han dirigido a ti —corté indignada, al tiempo que Alicia se ponía en pie y arengaba a su hermano y a todo aquel que hubiera pasado a nuestro lado.
- Parece mentira que te haya servido tan poco este viaje, hermano —le regañó visiblemente enojada—. Según el de recepción, a él le preguntaron por las mujeres que viajaban contigo. No es a ti a quien han dejado el papelito. Total, a ti no te ofenden, a ti no te lo hubieran dejado nunca, a ti no te contratarían..., ni te follarían, claro, con esa calva... —dijo tocándole la cabeza con cariño, consciente de estar propasándose.
- Ahora que Alicia se ha desahogado, pasemos a la cena o los piscos nos dejarán KO y sin ganas de dar cuenta de nuestra última comida peruana —dijo Pablo, dejando bien claro que era de los que encajaba cualquier crítica sin ofenderse.

Una vez bien advertidos de que yo no tomaría un ceviche más o me cortaría las venas allí mismo y con uno de los cuchillos que teníamos sobre la mesa,

ordenamos diversas especialidades que allí, en el hotel, se apropiaban como cusqueñas aunque eran de las que se probaban en cualquier buen restaurante peruano, incluso fuera de Perú: chupe de camarones, «una especie de sopa muy contundente y con mucho pescado», advertí; causa limeña, «algo parecido a una tartaleta de papas, atún y aguacate»; y cuy, «ese roedor, como un conejo de indias, que algunos dicen rata», les expliqué, sustituyendo al camarero que debía de hablar más quechua que español pues apenas le comprendíamos.

—Como a este pobre camarero, que casi no se le entiende, le pasa a las niñas que salen de los pueblos de esta zona para ser llevadas con engaños a la selva. Algunas no saben español, solo quechua. Como los mineros. Es otro mundo. Y ya habéis comprobado vosotros mismos las condiciones en las que viven y trabajan. ¡Cómo no tener miedo a ese mensaje!

—¿Miedo a qué?, preciosa. Si nos vamos mañana. ¿A que te secuestren?

—Es indignante, Pablo. No seas infantil. Claro que no van a secuestrar a nadie pero es como si te dijeran: «Sé dónde vives» —defendió Alicia.

—En todas partes hay prostitución —se defendió Pablo—. En todas partes hay mujeres obligadas a prostituirse, incluso amas de casa que aguantan a sus maridos porque es su única manera de tener una visa oro. No seáis ingenuas tampoco. Hemos venido aquí porque queríamos hacer un reportaje y porque Julia es peruana y conocía mejor la situación pero estoy seguro de que esto mismo podíamos haberlo encontrado en otro lugar. Recuerdo que en un viaje de trabajo a Ucrania estaba en el bar de uno de sus mejores hoteles tomando algo después de cenar y me fijé en la cantidad de chicas que entraban allí a las once de la noche. Cuando llegué a la habitación, no sé por qué empecé a mirar en los cajones —os puedo asegurar que no buscaba la Biblia—, me encontré la mesilla llena de preservativos de todos los colores y sabores.

—Pablo, no sé ya cómo explicarte que lo de aquí es muy diferente. Vamos a tener que quedarnos más tiempo —reí, pero enojada—. En efecto, puedes encontrar víctimas de trata en muchos lugares. De hecho, cuando volvamos a Madrid me gustaría que nos reuniésemos con mujeres que lo han sufrido y que han acabado en España procedentes de Rumania, Nigeria o Brasil, porque puede servirte para completar tu reportaje. Pero el fenómeno de acá es bien diferente. En España no vas a encontrar peruanas porque no gustan allá, ni en otros lugares de Europa, en general. Son otro estilo de mujer y además, como os decía, muchas de ellas ni siquiera hablan español y tampoco son muchachas lindas.

—¡Qué cosas tienes! —saltó Pablo—. Tú eres preciosa.

—Suponiendo que lo fuera, yo sería una excepción —le contesté, sintiendo

de nuevo el revoloteo en mi estómago—. Son mujeres de otro tipo, no se cuidan tanto como las rumanas, por ejemplo, por hablar de los dos extremos. La mayoría proviene de la selva o del altiplano y tiene rasgos indígenas. Además, ¿para qué habrían de viajar a España si acá tienen la clientela? No necesitan hacer tanto lío, no más unos cuantos kilómetros y ahí las tienen, después de realizar viajes en autocares o en coches; es mucho más barato que un vuelo transatlántico. Hace unos años la mayoría era chicas que iban a Lima. Ahora no. Ahora nosotros hemos visto el problema de Madre de Dios, pero también se da en la capital, en Iquitos, en Arequipa...

Noté cómo se te iluminaba la mirada a Pablo. Pensé que era porque el camarero traía la bandeja de cuy. Les expliqué que eran herbívoros y que se trataba de una carne muy sabrosa, con muchas proteínas. Pablo quería interrumpirme a toda costa pero Alicia se le adelantó, estaba asombrada por la forma en la que nos habían servido el bicho, como si estuviera vivo, con cabeza y todo, aunque troceado y con rodajas de cebolla roja separando cada porción y sobre un copioso lecho de patatas y judías verdes.

—Alicia, no sé por qué te extrañas —dije yo, a sabiendas de que Pablo quería intervenir a toda costa—, si vosotros tenéis el cochinitillo. La primera vez que lo comí casi me da un ataque, cuando vi aquella cabeza con una manzana en la boca.

—¿Queréis dejarme hablar, ¡por-fa-vor!?! —interrumpió por fin Pablo excitadísimo.

—Venga, qué. ¿A ti también te da penita el cuy? —le increpé con un tono burlón. Cínica porque a la que le daba cierto asquito era a mí.

—Que acabo de caer. Ya sé quién se ha ido de la lengua —dijo sacando su extremo, imitando mi gesto anterior, aunque más serio que yo—. El chófer policía. Julia, querida, sin pretenderlo me has dado la clave cuando te has puesto a contar sobre los viajes que hacen esas niñas en coche.

—¿Por qué estás tan seguro? —le pregunté.

—Él era el único que sabía que veníamos a este hotel. Precisamente él me lo aconsejó cuando le conté que buscaba un buen hotel en Cuzco.

—¡Valiente cerdo! —vociferó Alicia, desconcertando a un camarero que en ese preciso instante se acercaba a rellenar su copa de vino.

—No, señora, es cuy, una especie de cobaya que dicen que ya comían nuestros antepasados, alimenta mucho y tiene poca grasa —le aclaró, para jolgorio de los tres que nos echamos a reír, sorprendiendo al pobre hombre.

—Ali, ya has oído, tiene poca grasa; nos conviene. Como veis —continué con el tema del conductor chivato—, aquí el negocio es redondo porque las conexiones son redondas. Empiezan unas donde terminan las otras, en círculo; todos se van pasando la voz, no importa que sean aparentemente autoridades —dije haciendo unas comillas aéreas con los dedos índice y corazón de ambas manos—. El mismo policía que te habla de corruptos resulta que también lo es y que si puede te extorsiona. Y en el centro, saltando todo el tiempo por encima del fuego que siempre las quema, están las mujeres, a las que todavía hay muchas personas que denominan prostitutas. Solo son víctimas. Pero nuestro reportaje no lo van a parar, ¿verdad Pablo, querido? Porque está claro que lo que este tipo pretende es callarnos.

—Por supuesto que no voy a consentirlo —afirmó Pablo muy seguro—. ¡Qué delicioso está esto! —dijo disfrutando la degustación de aquel animalito que yo movía y removía en el plato y me demoraba en comer, tragándolo como un niño al que hace bola la carne. Envolvía un pequeño trocito de cuy con un buen trozo de patata y una judía verde, de manera que su viaje hasta mi estómago no se convirtiera en un infierno.

Aquel papel truncó un cuento. O alteró sus escenas. La prevención a nuevos mensajes nos urgió a subir los tres juntos hacia nuestras habitaciones y a entrar también los tres en nuestro cuarto para revisar hasta debajo de las camas, por si acaso. Una vez bien reconocido, sin peligro a la vista, Pablo me hizo un gesto con el índice hacia abajo, invitándome a visitar el bar, a lo que yo respondí ladeando la cabeza sobre las manos, como señal de que iba a acostarme. Porque, uno, Alicia estaba demasiado excitada y no caería dormida al minuto como era su costumbre; dos, ya había vivido demasiadas emociones en un solo día; y tres, cinco horas después nos esperaba un taxi para llevarnos al aeropuerto donde tomaríamos un vuelo que nos conduciría a Lima para enlazar con el de Madrid. Y así se lo enumeré a Pablo al día siguiente en el aeropuerto limeño, cuando en un momento en que nos quedamos solos me sugirió lo bello que hubiera sido amanecer juntos. No hubo más mención a nuestra aventura. Tampoco ocasiones de hablar a solas. No hubo un solo comentario al beso. Solo la firme intención de Pablo de que este viaje lo haría a mi lado, él en medio, entre su hermana y yo.

Para qué hablar de algo que obviamente iba a convertirse en más que en la señal de un mero escarceo truncado. Para qué intentar hablar si las miradas se expresaban por sí mismas hasta el punto de que al colocarnos en el avión la azafata se refirió a nosotros como pareja, para hilaridad de Alicia que no se había enterado de nada, aunque insistió en que no le importaría «nada, pero nada, oídme bien, chicos, tenerte como cuñada», insistió divertida. Nunca había

conocido yo la electricidad humana a flor de piel. Y ahí estaba alterando la física de mi vello cada vez que Pablo acercaba algún miembro de su cuerpo a esos milímetros que separan la subversión de la inocencia. Cualquiera habría confundido el jugueteo adolescente de sus gestos con la excitación típica de un vuelo. Solo nosotros conocíamos la auténtica explicación de aquellos intentos de roce, la manera en que me tocaba el brazo, se abrazaba a mi cuello o acercaba sus dedos a los míos sin ni siquiera tocarlos, hasta hacerme sentir aquel mareo que esperaba yo sintiera también él.

Cuzco-Lima. Trayecto sin palabras.

Cuzco-Lima. Trayecto con lágrimas.

Cuzco-Lima. Todos dormidos salvo yo, que llevaba los ojos cerrados pero solo pensaba. En las complicaciones a la que un solo beso me abocaba. En las contradicciones de la vida, ahora con dos hombres, en medio de dos cadenas de televisión. Y me daba el alto, que un beso no era nada. Me prometía no avanzar. Recordaba mi agradecimiento a Louis, a quien sentía que debía todo o casi todo. Y me odié por mi deslealtad, por haberme dejado caer en aquello que no era un juego infantil. Y me increpé por sentir como sentía aquel beso como el primero tan sentido y consentido.

Solo un beso.

Si solo era un beso...

Abrí el libro que me había introducido a una parte de Lima, a esa parte que había permanecido dormida durante tantos años y dormí yo también, como mecida, por aquel grupo de soldados que buscaban el amor, su identidad y la manera de salir de una cárcel real, que así veía yo aquella escuela, y de otras cárceles mucho más trascendentes que eran las suyas, las propias, las de sus ataduras familiares o de clase, amorosas, mentales, como las mías.

Cuando desperté sobrevolábamos Lima. Brumosa. Como mi mente. Afortunadamente había poco tiempo entre un vuelo y otro. Eso me obligaría a no dudar si salir de allí a buscar emociones y gente. Eso nos obligaría a correr por el aeropuerto para no perder la conexión. Una carrera terapéutica.

—¿Qué pensarías si Yandí fuera tu hija? ¿O tu hermana? ¿O la hija de tu hermana? Creo que esa tiene que ser la perspectiva de tu reportaje, que yo titularía: «Yo me llamo Yandí y tengo quince años» —le dije a Pablo, mientras esperábamos el abordaje.



- Tú misma lo explicaste muy bien anoche, es otro mundo. Lo que yo no me imagino es qué haría si tú fueras mi hija. No te entiendo, Julia. Y me das un poquito —hizo con los dedos un gesto de pizca—, solo un poquito de miedo. No entiendo cómo puedes ser tan dulce de palabra y a veces tan dura, Julia, que no te dejas ni tocar.
- Este viaje y la poca intimidad que hemos tenido no dan derecho a los reproches. Aún es pronto —me quejé, con un gesto coqueto.
- Más que reproches es que necesito conocerte mejor para comprender, por ejemplo, que no hayas hecho lo posible por cambiar este billete de avión, por visitar a tu madre, por saber de su vida, de su existencia. No tengo hijos y no me mires así, que es verdad, que tampoco tengo padres, pero precisamente porque los tuve y ya no puedo disfrutar de ellos no concibo que alguien que tiene madre, y que por primera vez en diez años la tenga tan cerca, no haya ido a verla —dijo visiblemente emocionado.
- No quiero hablar de mi madre. Tengo casi veintiocho años. Cuando salí de aquí era menos que nadie. Y ahora en mi nuevo país, que es mi país, soy más que alguien. Y no es que renuncie a lo que fui, es que no me reconozco. No es el típico desarraigo de los emigrantes, si quieres llamarme así. Es un desarraigo emocional que entenderás si algún día penetras de verdad en mí. Es ese desarraigo que hace que sufras el primer año que tu madre no te acompaña para celebrar tu aniversario y que va livianizando el sufrimiento hasta convertirlo en hielo.
- El hielo sobre la piel quema.
- A mí no. Venga que embarcamos. Llame usted a su hermana —le dije impostando el usted y señalando a Alicia que se había quedado adormilada en el asiento.

Once horas de vuelo daban para mucho. Menos de una semana en otro país podía cambiarlo todo. La adjudicación de los asientos solo era un símbolo. Bajo nuestras sombras habitaba el deseo. Alicia iba sola, junto a la ventana. Nosotros dos en el centro. Pero Pablo quería un momento para los tres, decía, antes de que comenzaran a agasajarnos con desayunos, aperitivos o comidas, que ya habíamos perdido la cuenta de la hora que era. Aprovechamos el desbarajuste posterior a las fotos que quisieron hacerse conmigo las azafatas, y la visita obligada al comandante, para reunirnos los tres frente a nuestros asientos. Pablo nos enseñó unos pantallazos que había guardado la noche anterior en la que confesó no haber pegado ojo de la excitación que llevaba encima. Yo quise pensar que por culpa de nuestro primer beso. La información que nos mostraba no era nada nuevo. «Se requiere señoritas para trabajar en videoclub de Madre de Dios. Cama adentro». Lo que cambiaba era el método. Pablo lo había encontrado buscando

ofertas de trabajo en internet y nos contó sus hallazgos entorno al turismo sexual.

—He descubierto datos sobre Cuzco, donde existen agencias clandestinas que ofrecen, a través de sus páginas web, paquetes turísticos que incluyen el turismo sexual con niños y adolescentes.

Yo me reí de que Pablo dijera Cuzco. Y él se excusó explicando que fuera de Perú ya podía decirlo españolizado.

—Pablo estás mezclando temas. Acuérdate: niñas, venta, mineros, prostitución... EL tema de los turistas es otra cosa —le dije.

—Desde luego. Pero estoy convencido de que también esa venta de niñas se produce para ofrecérselas a los turistas, aunque sean locales. He leído que cada año se cuentan alrededor de seiscientos millones de viajes turísticos en el mundo y que hay un 20% de turistas que buscan sexo en sus desplazamientos. Y de ese porcentaje un 3% reconoce gustos pedófilos. Eso supone que más de tres millones de personas al año buscan sexo con niños.

—Ese es otro reportaje, como te digo —corté, y volvimos cada uno a nuestros puestos.

Durmió mucho Pablo en aquel viaje. Y yo hice de mi asiento cama como él, fantaseando con la idea de que era la primera noche que pasábamos juntos. Hacia el final del viaje intenté dormir lo mejor posible. Tenía que amanecer fresca en Madrid donde tendría un par de horas de descanso antes de dirigirme a los estudios.

Ya en Madrid solo hubo una nimia referencia a ese no sé qué que había podido iniciarse entre nosotros. Y la hice yo mientras esperábamos el equipaje. En alusión a unos comentarios de Pablo sobre lo triste de haber perdido la visita a Machu Picchu y sobre las leyendas de quienes habían levantado la maleza para dar la luz a La ciudad que yacía oculta, ya fuera un agricultor peruano o un investigador estadounidense, según el narrador de la historia.

—Ojalá seas tú quien levante la maleza que me ahoga —le susurré al oído, antes de sellar la despedida con un solo beso en la mejilla—. Ahora que hemos estado en mi país vuelvo a dar un beso. Mañana ya serán dos, como buena española —expliqué riendo.

Louis no estaba ese día en la cadena pero sí sus flores para recibirme. «No por San Valentín, sino porque te quiero solo para mí y te he echado mucho de menos», decía la tarjeta sin sobre. Ya me imaginaba que aquello era vox pópuli. Tras la

primera reacción de amor llegó la del miedo a mi nueva situación, que aún no sabía cuál era. Si solo fue un beso, me consolé a mí misma. Pero la imagen que me devolvió el corazón al encontrarnos Louis y yo en su restaurante favorito, y mi reacción de sobremesa, sin sexo, ahí donde debería habernos arrastrado la pasión, me ratificó que, en efecto, aquel beso tenía todas las papeletas de llegar a ser más importante. Fundamentalmente porque mi rendición al sueño fue incomprendida y me vi forzada a una relación al despertar, sin ninguna dosis de besos y muchas de animalidad, que le hacía gracia a él jugar a las violaciones, decía, que era justamente lo último que podría interesarme a mí después de lo que había conocido en mi viaje. Afortunadamente estábamos a las puertas del fin de semana y, con él, era segura la presencia de «la petrolera», cada vez más frecuente, debido a que estaba buscando destino laboral en España ahora que al parecer podían atesorar oro negro las islas Canarias.

—¿Necesitas que te explique que Louis tiene mal perder? —le preguntaba a Alicia esa misma noche por teléfono. No soporta que le lleven la contraria. Ni que mi vida sea autónoma, aunque él se niegue a darme más protección que la posesión a la que me somete. No me ama. Me quiere. Que el español de ustedes es bien raro, nunca se habla de amar, siempre de querer.

—Pero bueno, dime qué hubo con mi hermano que él está emocionado pero se niega a contarme nada.

—Solo fue un beso. Aquel maldito sobre lo fastidió todo.

—Anda que si llego a ser yo, no se me escapa vivo. Julia, hay que espabilarse.

—Ni me ha llamado.

—Pero ;si hemos llegado esta mañana! Estará durmiendo.

—No sé. Ni un wasap. Y Louis, mira, está claro que es un burro pero yo creo que me quiere. Tampoco voy a tirar seis años por la borda.

—Venga, Julia, no exageres. Si no llevas más de dos en la tele.

—Ya, pero nos conocimos antes.

—Anda, eso es nuevo. No lo sabía.

—¿No? Algún día te contaré. Es una historia un poco larga y no es para comentarla por teléfono.

No habían transcurrido ni cinco minutos desde el final de aquella conversación y recibía un mensaje de Pablo en el que me proponía una quedada para conocer a víctimas de trata, tal y como yo le había prometido. Nunca sabría si sería un empujón de Alicia o una iniciativa propia.

—No podrá ser enseguida —le dije—. En ACTMYN están siempre a mil por

hora, con mucho trabajo. Tengo que convencerlos para que colaboren en el reportaje. La verdad, no creo que te guste. Ya te diré algo.

—Solo quiero historias. No necesito que se vea a las mujeres. Utilizaremos imágenes de Perú. De todas formas —dijo resolutivo—, el lunes cenamos y lo preparamos bien que además tenemos que quedar para grabarte a ti. Pensándolo mejor, si quieres nos vemos para comer, ¿puedes? Así aprovechamos tu maquillaje de la tele porque vienes directamente del estudio, ¿no?

—Sí a todo —respondí.

Nos vimos antes. Mucho antes de tiempo. La noche del sábado Louis se empeñó en salir a cenar. Estaba muy insistente y eso que no estaba solo en casa. «Solo cenar que la de ayer te la voy a devolver yo duplicada», me dijo. No fue mal ni mucho menos la velada, ni la conversación, ni sus caricias, con las que parecía pretender dejarme con la miel en los labios. No fue mal. Ni fue a más. Pero en el trayecto a casa fue cuando se armó la mundial.

Porque parados en un semáforo Louis intentaba besarme y yo no podía dejar de mirar hacia mi derecha.

—¿Qué te interesa tanto?

—¿Ves a esos chicos? —le dije señalando un grupo que entraba en un portal—. Uno de ellos es Pablo. Se ve que van de fiesta.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque llevaba una botella de champán.

—¿Qué pasa? ¡Lo dices melancólica! —gritó, obligado a poner el coche en marcha—. ¿Qué prefieres, que vayamos a tu casa o perseguir a ese enano hasta una fiesta en una casa que no conoces?

—¿Cómo que no conozco esa casa? Si es la de Alicia.

—Pues bájate y ve con ellos —gritó de nuevo, furioso, acercando el coche a la acera, y abriéndome la puerta.

Yo que tantas situaciones de pánico había experimentado en mi vida, sentí miedo al ver tanta gente formando filas enormes, largas y desordenadas. Tantos bultos que iban y venían. Y tantos hombres y mujeres vestidos como solo había visto a los policías.

Me fascinaban aquellos grandes televisores colgados donde parecía que todo estaba a la venta y que tú podías comprar cualquier cosa. Y tantísimos hijos con sus padres, de la mano, colgados como monos o en sus carritos. Nada que ver tenía la libertad prometida por los aeropuertos, así vivida en primera persona, con la que yo había fantaseado tantas veces a través de las escasas películas que había visto y desde los relatos de mi tía que afortunadamente me acompañaba y que me amarraba la mano como se sujeta a un preso o a un niño pequeño, a pesar de que ya había cumplido diecisiete años.

En el pasaporte ponía diecinueve.

Por fin poseía un pasaporte.

Aunque fuera falso.

Tuve la impresión de que había transcurrido una eternidad desde mi salida del club. Recordaba que había aterrizado en la cama, como cada noche, oliéndome a mí misma con asco, a cerveza y a la humanidad de aquellos hombres rezumando por todos los poros de mi cuerpo. Apenas había conseguido cerrar los ojos cuando dos sombras me mandaron levantar, me acompañaron a la ducha y, después, me obligaron a subir en una moto. El caficho y Rous me arrancaban de aquella cárcel en la oscuridad de una noche cerrada y de garúa, prometiéndome mejor vida, haciendo hincapié en que había contraído una nueva deuda con ellos, la de ese documento que me permitía salir de aquel antro y por el que juraban y perjuraban haber pagado la fortuna de tres mil dólares.

Y yo no podía ni siquiera llorar por abandonar allí a mi amiga y hermana,

sometida, tan desconocida en su comportamiento que incluso su nombre me era ajeno. No me aclararon adónde nos dirigiáramos ni qué haríamos. La sensación de aire fresco y el hecho de recibir algunas gotas de lluvia, embutida entre aquellos cuerpos que tan bien reconocía, ya me parecía suficiente, me acercaban al sendero de la libertad.

Provisional.

Nadie había dicho nada. Nadie se había movido en aquel viaje que después supe que nos dirigía al aeropuerto de Puerto Maldonado. Solo el caficho movía algo: los mandos de su moto algo menos vieja y destartada que la mayoría de las que había visto llegar y partir de El Horizonte. Mi tía dormía como un fardo sobre mi espalda y yo notaba el fluir de las lágrimas, por la acción del viento sobre la velocidad, y abría mi boca a la lluvia, apretando bien contra mi pecho mi ropero contraído en aquella bolsa que me había acompañado desde mi salida de Cusco, en una encrucijada en la que agradecía y temía a partes iguales mi cambio de suerte, en un viaje tan largo que cuando llegamos al aeropuerto era ya de día.

Ni se bajó de la moto. Ni se despidió el caficho.

Mi tía se puso sus anteojos. Y a mí me prestó otros. «Para ocultar miradas», justificó, convirtiendo esa frase en una especie de mandato que he pensado y seguido desde entonces siempre que los he usado.

—No hables. No te apartes de mi lado. No mires de frente. No me llames tía. Somos venezolanas. Hemos pasado por Perú a visitar familia. Viajaremos hasta Lima, allí haremos una pequeña escala, donde aprovecharemos para comprarte algo de ropa, y de nuevo tomaremos otro vuelo. Ya te enterarás de nuestro destino final cuando estemos en el avión —dijo. Fueron las palabras secas de esa Rous fría y ejecutora que tan bien conocía.

—¿Me da mi pasaporte?

—Ya lo llevo yo. Al fin y al cabo soy tu madre. Tenlo muy presente.

Ese día aprendí a valorar más si cabe la seguridad de mi tía que se movía como una famosa. Era un automatismo que le abría todas las puertas. No hubo ni un problema. Ni un susto. Prácticamente sin darme cuenta estábamos sentadas ya en el segundo avión del día, mucho más grande que el que nos había trasladado hasta Lima, en un trayecto que no recordaba porque había realizado entre sueños. Yo tenía unos vaqueros nuevos, un jersey negro, unas botas bien elegantes y un abrigo para el frío y la lluvia. Viajaba con mi nueva madre que apenas me hablaba y que me insistió en comer los platos que contenía la bandeja que nos estaban ofreciendo y que ella misma tomaría para acompañar «esta

pastilla que nos permitirá dormir durante el vuelo», me dijo, entregándome una mínima píldora rosa bebé que nunca pensé que podía tumbarme de sueño en un abrir y cerrar de ojos.

Cuando desperté, Rous ya estaba perfectamente maquillada y hablaba con una azafata como si fueran íntimas amigas. Al parecer yo había dormido ocho horas; ese era un relato cierto. Pero, además, mi tía le explicaba que tenía un hermano en París. Que había vivido media vida en Lima y otra media en Caracas, donde mi padre y mi madre manejaban negocios. Y que ella aprovechaba mis vacaciones universitarias para acompañarme en un salto a Europa. Ni un gesto me delató como víctima de un relato falso. Ya era una experta en el universo de las mentiras ajenas. Incluso en este nuevo continente, en cuya atmósfera nos habíamos colado.

Contaba aún con dos horas para hacerme a la idea y aprender a decir buenos días en francés. Yo tenía que explicar que no hablaba francés y que mi siguiente destino era España. Esas fueron las consignas que debía seguir. «El control de pasaporte lo haces tú sola», me explicó Rous. Ella se esforzaba en enseñarme a articular burdamente *bon jour, je ne parle pas français y Espagne; bon jur, bon jur, ye ne parl pa fransé y españe*, insistía arrastrando «eses», cortando «es» y haciendo con la garganta una «erre» que parecía el ronquido de un minero.

Algo adormilada todavía y con la suerte de encontrar una policía de origen español en el control de pasaportes del aeropuerto de París, ni siquiera tuve que mostrarle el poco francés que había aprendido. Me observó con extrañeza cuando supo que no pararía para conocer su ciudad y que directamente volaría a España, pero no puso ningún problema y estampó su sello en mi pasaporte, de modo que antes de darme cuenta estaba repitiendo mi origen y planes a una española que había encontrado mi tía en el aeropuerto y que casualmente viajaba a «Madrid, capital de España», asimismo me dijo.

Rous no vendría conmigo. Esa era la noticia. Se despidió con un leve beso, una mirada inexistente tras sus lentes y un leve «cuídate». Aquella amiga suya se encargaría de guiarme por lo que me parecía un laberinto, donde unos pasillos se cruzaban con otros, unas salas seguían a otras, miles de personas arrastraban grandes maletas, corriendo, riendo, soñando..., y millones de tiendas vendían comida y ropas lindas, sin que yo pudiera detenerme, pues había que darse prisa en llegar a la sala de abordaje, que ella decía embarque, donde me dejó sentada mientras ella acudía al baño.

—¿Señorita, viaja usted a Madrid? ¿Espera a alguien? —me preguntó una azafata.

- Sí, contesté con la cabeza, sin atreverme a hablar. Mi amiga ha ido al baño, pero no ha vuelto.
- Lo siento mucho. Tiene que subir ya al avión, es la última pasajera —me apremió amable, comprobando mi desconcierto.

Recorrí un túnel que me comunicaba con el avión, con la cabeza gacha, mirando de reojo, como si una mirada mía bastara para que surgiera de entre aquellos suelos el fantasma de la mujer que me había acompañado a lo largo y ancho del caos del aeropuerto. Entré en el avión y busqué con disimulo. No quedaba rastro de aquella amiga casual a la que había visto moverse como si formara parte del barullo, como si el aeropuerto que más tarde supe que se llamaba Orly, fuera su casa.

La azafata pasaba, paseaba, ofrecía, se empeñaba en dar órdenes sobre lo que teníamos que leer y lo que debíamos hacer en caso de accidente. Y yo sentía miedo, no de sus palabras, sino de sus miradas. Adivinaba que me las dirigía a mí. Como sospechaba que me escrutaba todo el mundo allí encerrado, y estaba segura de que ninguno de ellos podría imaginar de dónde procedía yo, aunque sospechaba que alguno conocía mi destino. Y estaba segura también de que ni uno solo de aquellos pasajeros entendía con propiedad el significado de estar enclaustrado, como aparentemente estábamos en el avión, sin la posibilidad de salir ni de abrir una puerta o una ventana. Me quedaba la incógnita de si mi aparente libertad, encerrada en aquel avión, se truncaría en el aterrizaje o si ese vuelo equivaldría al comienzo de una nueva vida. Mía. Solo mía.

Transcurrieron dos horas de pensar, extrañar, fantasear con una nueva vida, con un nuevo caficho, con una nueva tía, con nuevas amigas, con una nueva identidad en lo único que no era extraño para mí, mi propio cuerpo.

Sentada entre un hombre y una mujer que no conocían nada sobre mí ni nada podía explicarles, entendí que yo no tenía acceso a la bebida o la comida que servían en el avión. El poco dinero que llevaba encima estaba bien a recaudo en los bolsillos de un pantalón que guardaba en mi bolsa y que no podía descoser allí en público. Ellos tomaban Coca-Colas y cervezas, y yo solo pensaba en robarles su hielo para aliviar mi culo. Y escuchaba en un segundo plano las ofertas de la azafata y las demandas de mis compañeros, porque en el primero seguía escuchando el eco de la última frase de El Lolo antes de salir de mi cueva tras tatuarme como había visto yo marcar a las vacas en Ocongate. «Así nunca te olvidarás de quién es tu dueño. Pases por las manos que pases, tu jefe seguirá siendo yo», había sentenciado, y casi dos días después de aquella infamia aún sentía candente el hierro.



Podría haber contado los segundos de aquel trayecto a golpe de palpitations de corazón. Aunque no habrían salido las cuentas. El viaje hubiera sido mucho más largo, a tenor de la cantidad de latidos que escapaban al control de mi existencia y de mis lágrimas, refugiadas tras los primeros anteojos de mi vida. Volaba y respiraba o respiraba y volaba ahogándome en mi propia respiración. Temblaba como un cachorro recién parido, temerosa de todos los peligros que acecharían en el territorio ignoto al que un ser supremamente malvado me dirigía. Desconocía qué más terremotos eran capaces de tambalear mi vida, pero intuía que no iban a ser pocos, dado que en el que pudiera haber sido denominado territorio amable, por conocido, ya me la habían destrozado convenientemente.

No hubo hielo, ni comida, ni palabras de amistad o de compañía a mi izquierda o a mi derecha. Ni compasión ante las lágrimas que ni siquiera las lentes eran ya capaces de esconder. Solo escuché la voz del caballero de mi izquierda cuando, al llegar a Madrid, me indicó el cartel con la palabra salida al preguntarle por dónde tenía que seguir.

Una policía rubia, de pelo largo y más aspecto de modelo que de agente de inmigración miró mi documento y después directamente a mi cara, y así una y otra vez, para mi nerviosismo que intentaba disimular bajando los ojos hacia el suelo, hasta que, por fin, me deseó feliz estancia en la capital.

Nada más traspasar aquella frontera, no fue necesario preguntar por la salida. Una pareja de aspecto europeo se acercó a mí y, al tiempo que me besaban en las mejillas, ella corroboraba mi nombre en un susurro. Agarrándome bruscamente del brazo me condujeron hasta un carro tan grande como los pequeños camiones que nos servían la cerveza en El Horizonte, en el que, ya no quedaba duda, me dirigían hacia algún lugar en el que perpetuaba mi encierro.

—Tu tía nos había advertido de que eras una muchachita muy linda, pero nos mintió —dijo el hombre. Un tipo corpulento con la cara muy roja y redonda, una barba muy recortada, completamente calvo, y unos ojos muy claros que casi me deslumbraron y que pronto ocultó tras unas lentes oscuras. Debió de darse cuenta de que aquella sentencia suya me paraba la respiración, porque a carcajada limpia continuó—. Eres mucho más linda. ¡Bellísima! Vas a hacer mucho dinero con nosotros. Claro que solo si te portas bien porque me han dicho que eres un poco rebelde. Espero que tu tía también nos haya mentado en eso.

Lo último que vi fue un grifo en el que ni siquiera paramos a repostar, ni mis acompañantes salieron de aquel carro de vidrios oscuros detrás de los que difícilmente podíamos ser vistos. Solo bajó el chofer, que volvió con un sobre. Fue

solo arrancar el motor y la mujer situada a mi lado, llenita pero muy alta, con el cabello bien corto y tan rubio que parecía blanco y unos rasgos duros y angulosos, casi de macho, me rodeó con sus brazos, me acercó hacia ella y de pronto noté cómo algo alrededor de mi cabeza me dejaba sin capacidad de visión, como si mi horizonte de vida fuera la ceguera permanente. No podría haber asegurado de quién eran las manos, pero sí tenía la certeza de que las de uno o las del otro, tal vez las de ambos, me hurgaban en el cuerpo como si sospecharan de que hubiera podido esconder algún tesoro en la que se suponía mi posesión más íntima, de la que hacía tanto tiempo que había sido desposeída. Las manos buscaban y entendí que jugaban. En eso era una experta, aunque fuera incapaz de discernir el itinerario que habían elegido; tampoco conocía cuál era el que nos conducía a un destino final de aquel viaje. Las manos seguían paseándose por mi cuerpo hasta que escuché la voz de la mujer al tiempo que juraría que ella misma azotaba con fuerza mis muslos, que notaba desnudos de mis tejanos nuevos.

—A ver, lo primero de todo, vamos a hablar de pasta, antes de que llegemos. A tu tía le hemos adelantado muchos gastos, supongo que te lo habrá dicho.

Cómo iba a decirles que no, si ya me habían quitado las ganas de abrir la boca.

—Así que ya puedes ponerte las pilas y follar como el conejo ese al que no se le acaban nunca las pilas.

—No le alcanzo a entender —contesté.

—Que folles, coño, que tienes que follar mucho porque nos debes siete mil euros. ¡Ay, joder! Que esta no está acostumbrada a los euros —murmuró—, pues siete mil dólares, ya te haremos el cálculo en soles.

—¿Cómo voy a deber tanto y cómo voy a conseguir pagarlo? —me atreví a preguntar.

—Pues no te estoy diciendo que tienes que follar mucho. ¿Entiendes eso? —dijo con una sonrisa desagradable y volvió a palmear con fuerza mi muslo, mientras me hacía unas cuentas que era yo incapaz de seguir, de la deuda que no había acabado de pagar al caficho, el avión y el pasaporte, entre otras.

Retiraron la venda de mis ojos cuando se apagó el motor del coche. Habría sido incapaz de especificar el tiempo transcurrido en aquel trayecto. Tampoco podría haber determinado la temperatura que debía de haber, pero sentí el cuerpo congelado, tan escalofriado piel adentro que ya no sufría los calambres de quemazón en mi trasero. Había hielo en aquel páramo marrón sin un solo árbol,

solo interrumpido por una casa enorme, que a mis ojos pareció un palacio, con pocas ventanas y un gran portón sobre el que lucía algo parecido a los neones de los bares de Madre de Dios. Leí «La Luz», nombre que en un principio pensé poético y descubrí después que se debía a la dueña de aquel local que se llamaba así. Ella misma me sacó del carro, jalándome como si temiera que fuera a oponer resistencia, y sin despedirse siquiera de aquella pareja que volvió a marcharse y que me sustituyó por una rubia enorme, que paseó su mirada de arriba abajo por mi cuerpo, desde su imponente figura que empezaba en unas lindas sandalias mucho más altas que las que hubiera podido ver en Puerto Maldonado, seguía por unas piernas al aire, unos mínimos shorts, un más mínimo jersey y acababa en un opulento moño bien alto y tenso.

—Diviértete, muchacha —me dijo, tirándome un beso al aire. Reía como una loca, metiéndose en el carro—. Nos vemos muy pronto.

La luz de la sordidez se aliaba con aquel nombre maldito y con el atardecer para convertir mi llegada en un sentimiento de ocaso, contradictorio con mi edad y con la apertura a una nueva vida, que de novedad solo iba a tener el espacio y los clientes. El resto era historia conocida.

Había luces de colores como única fuente de iluminación en una sala de bar sin ventanas y muchas mujeres alrededor de una barra, medio sentadas en banquetas rojas; otras hablaban en sillones circulares del mismo color mientras esperaban la llegada de esa hora en que la salida de los trabajos les traía a clientes, que más tarde serían reemplazados por las fiestas de estudiantes, las despedidas de solteros y las cenas de amigos que sustituían los alcoholes de la sobremesa por los que podían encontrar aquí, o que añadían a esas copas las que servían en La Luz. Así me contaron más o menos las etapas horarias a las que debía adaptarme, etapas que se perdían con aquella luz triste y cansina, sensual en su fantasía, mortecina en la realidad.

Recordaba mi llegada a El Horizonte y agradecí la nula agresividad de aquella mujer a la que oía llamar «mami», brusca como un hombre pero sin la violencia de El Lolo. Me condujo a una habitación de dos camas cubiertas por unas frazadas de colores, bajo las que imaginé el calor y el frío como inseparables hermanos carnales.

—Dormirás una hora, antes de que comience a entrar la clientela. Con ese cuerpo, nueva y venida de la selva, te vas a hinchar a ganar dinero.

—Yo hoy no alcanzo a trabajar. Estoy muy fatigada —me atreví a decir, sin calibrar la doble bofetada que aquella monstrea era capaz de darme.

—Por contrato empiezas hoy. Si lo prefieres te mando con Cristal a la calle, ya has visto lo contenta que se marchaba —me contestó, e imaginé que se refería a la chica de las piernas al aire en aquella noche de hielo. Me empujó hacia la cama, me cogió el bolso y sacó el pasaporte—. Me lo quedo para hacerte unos papeles —me dijo. Me trajo una falda bien corta y un polo de encaje blanco igual al que le había visto a una de mis compañeras en la barra, muy lindo y llamativo—. Y, otra cosita, esos vaqueros y esas zapatillas que llevas ya puedes tirarlos. Aquí no vas a necesitarlos.

—Son nuevos.

—Lo que quieras, pero aquí no se te ocurra volver a ponértelos. Aquí faldas y vestidos o pantalones cortos. ¡Y tacones! —insistió con un taconazo, antes de abandonar el cuarto, en el que descubrí un lavabo frente a las camas.

Me despertó un ruido en la habitación. No hubiera sabido decir si había pasado una hora o un día desde mi llegada. Solo sabía que una de mis supuestas compañeras hacía una chupadita y que aquella gente me invitaba a unirme a su fiesta.

No conocía aún las normas de aquella casa en la que vivíamos no menos de veinte mujeres y en la que descubrí que en noches de fin de semana aparecían otras tantas a alternar con una clientela más concurrente. Yo les gustaba a los señores y a las damitas porque decían que era la más melosa de todas. Y eso que no era la única latina, que había dos dominicanas, un par de colombianas, una chiquita paraguaya que no debía tener más de catorce años y que me hizo recordar a mi linda Jazmín a la que siempre tenía la esperanza de encontrar entre las nuevas que traían de vez en cuando procedentes de otros clubes y que a los pocos días desaparecían, volviendo al cabo de un tiempo, cuando los clientes se habían olvidado ya de ellas. Había rusas y rumanas, pero hablaban mal español y tenían poco que hacer en el bar, que era el auténtico negocio, ahí donde más se ganaba, que en eso no era muy diferente La Luz a El Horizonte.

—Aquí, si eres lista, le sacas cuatro o cinco copas a los tíos y no follas —me dijo al día siguiente de mi llegada Sara, mi compañera de cuarto. Paraguaya, bien linda, de cabellera larga, negra y rizada.

—¿No follan todos los tíos? —pregunté aún ingenua, recordando la energía de los mineros peruanos.

—No, mi hijita. Muchos vienen a platicar. Sobre todo en la semana, que en el weekend es distinto, ahí llegan ciegos de sexo. Es bueno platicar, así se alterna con el cliente. Las putas rusas lo llevan fatal porque casi no hablan español. A esas y a las rumanas no les queda otra que acostarse directamente con los tíos.

- ¡Mucho voy a tener que trabajar para pagar lo que debo! —le dije como si ella pudiera hacer algo más que oírme, pero me encontré no solo con un témpano sino con la recomendación más triste que podían hacerme.
- No vuelvas a nombrar la deuda. No hables. No cuentes. Cualquier comentario se te vira en contra. No confíes en nadie.

Al rato vi que se ponía a esnifar cocaína, igual que había visto hacer a Grace. Desde aquel momento supe que tampoco en ella debía confiar.

Pasaban los días con una monotonía que convertía en vulgar la anormalidad de aquella extraña manera de existir, encerrada en una cárcel sin barrotes. Cada jornada nos enredábanos en un problema que rotaba según la rebeldía de las presas. Mi primera semana había sido tranquila, no por deseada, sino por el miedo en el que El Lolo me había educado y por la tristeza de haber dejado a mi Yanai allá tan lejos, por más que estuviera tan cambiada. Pero a los quince días de estar en aquel antro en el que se colaban las cucarachas por la habitación, recuperé parte de la energía que me permitía volver a pensar en escapar. Al menos en esos momentos grises de luz en los que negaba el cambio de sábanas o apoyaba el capricho de un cliente que se oponía a usar preservativo y nos señalaba un cartel que había junto al mostrador desde el que se organizaba la casa: «Aquí todo es natural». Grises eran también las horas de la comida que yo aborrecía, puro engrudo de diferentes legumbres siempre con pollo. Por no hablar del frío contra el que ni siquiera el alcohol era un eficaz cómplice, un frío del que no podía quejarme, pues cuando lo hacía siempre recibía la misma amenaza de llevarme a la calle “para entender lo que era pasar frío de verdad” y lo que significaba vivir dominada por algún caficho que aún me sacaría más partido. Supe que había que escapar, aunque guardé la discreción que me había faltado en El Horizonte y reservé mis intenciones para mí y algún cliente; en realidad para muchos, pues no había noche en que no informara a alguno de ellos de que no era una puta por decisión propia. No solía tener tiempo suficiente para relatarles mi pasado y que había sido vendida por mi propia familia. Esperaba la plena satisfacción de aquellos machos tan vulgares como los que había conocido en El Horizonte para pedir que me ayudaran a salir de aquel lugar que ni siquiera hubiera sido capaz de localizar en un mapa.

Podría haber escrito un libro con sus reacciones, por otro lado poco imaginativas y diversas:

«No me cuentes historias. ¿Quieres que te cuente yo mi vida?».

«Todas las tías sois unas putas aunque no os paguen».

«Venga ya, con lo que te ha gustado».

«Yo aquí he venido a follar. No me interesan tus desgracias».

«Bastantes problemas tengo yo como para preocuparme de los de una puta».

«No me cuentes tu vida. Anda métete un tirito conmigo».

«El que paga manda».

«Algo habrás hecho para llegar hasta aquí».

«Yo pago por putas para poder hacer lo que mi mujer no quiere».

«Eres una guarra. Lo llevas escrito en la boca».

«¡Tú estás loca! No me meto en un lío ni harto de coca».

«¡Me voy yo a jugar la vida y mi pareja por una puta! ¡Venga ya!».

«Llama a la policía».

«Tía, pues ponte un cartel. A mí no me des el rollo».

Y, en efecto, un cartel me hice. O un cartel me hice cada día. Antes de trabajar a un cliente escribía sobre mi pecho la misma frase, siempre, con una barra de labios rojo sangre, que en realidad me habían obligado a comprar para destacar mi boca de natural carnosa. «PUTA NO SOY» era el reclamo. Así no tenía más que esperar sus reacciones, inexistentes la mayoría de las veces, pues aquella gente iba directa al sexo sin más miramientos. No había mucha diferencia entre los mineros peruanos y los hombres que llegaban a La Luz, aunque aquí veíamos a más jóvenes que venían no más a divertirse, muchas veces sin rematar la faena; algunos borrachos que, según las compañeras, vivían por los alrededores y muchos hombres de paso, de los polígonos industriales que, al parecer, había cerca. Venían con corbata y maletín. Venían en jeans. Olían a perfumes caros. Olían a horas de reuniones, a kilómetros de viaje, a sudor rancio.

Los mejores días eran aquellos en los que a algunos de esos tipos les sacabas una botella de champán. Sobre todo cuando aparecían en grupo y caían cinco o seis. Cien pavos, decían mis compañeras, por botella de los que teóricamente cincuenta eran para cada una. El champán nos convertía a todos en muñecos más alegres de lo que esa luz mortecina y aquel suelo frío se merecían. Si tenías suerte, en efecto, conseguías divertirte y bailar abajo en el bar, sin necesidad de someterse arriba, en el cuarto.

Las peores noches eran aquellas de mucho combinado rematado por el sexo, porque subías las escaleras que conducían a las habitaciones casi sin ver los escalones y no ganabas tanto, que una copa de esas solo costaba veinte euros. Había algún cliente que amaba el whisky y yo hacía lo posible por imponer el pisco, aunque sin mucho éxito.

La tragedia acompañaba a las jornadas en que había pocos clientes y la pasabas calculando que daba igual lo que hubieras trabajado, que ahí, sin apenas trabajar, la que se llevaba la pasta, como decían mis compañeras a la plata, era la mami que, a cincuenta euros la habitación por muchacha, tenía cada día asegurados mil euros nada más abrir el cierre. Si llegaban clientes pagábamos seis euros por un preservativo y una sábana desechable por servicio, más doce por usar la habitación.

La noche más amarga era aquella en la que el club abría y aparecía tan poca parroquia que debíamos competir entre nosotras para que se decidieran por una, o por dos, que de esos tipos también teníamos, y muchos más de los que había descubierto yo entre los mineros, si bien su obsesión por las niñas era la misma. Si en Perú me pedían que mintiera con mi edad, como si ya fuera mayor, aquí me exigían aparentar menos de mis recién diecisiete años para dar más morbo.

Prácticamente nada más llegar al club, tuve por primera vez la tentación de comprar ropas nuevas y muy lindas. No era como en Perú. Allá te la imponían. En La Luz te traían la tienda. Cada semana nos visitaba un vendedor de trajes, o de zapatos, o de perfumes y cremas. Lo encargábamos y días después nos llegaba el pedido, para alegrías y peleas.

—Aún no tengo dinero —me quejé a las otras muchachas el primer día que descubrí aquella tentación permanente.

—Esto lo pagan aquí. Tú no tienes que dar ningún dinero. Ella controla las cuentas. Al final de la semana te dirá lo que has ganado y lo que has gastado y lo deducirá de tu deuda —me explicaron.

—Pero necesitare dinero.

—¿Para qué? Si de aquí no vas a salir —me contestó Bárbara. Había nacido en Colombia y llevaba tantos años en la casa que era como de la familia. No sabía si su gesto de desprecio iba dirigido a mí o a la pobre paraguaya, Leslie, que tenía catorce años y andaba enojada porque se había encaprichado del mismo perfume que ella.

El tiempo transcurría lentamente. Calculaba que habitaba aquel local desde hacía unos veinte días. Había estrenado cartel carnal la noche anterior. Era una noche de auténtica riada humana. Y entre las voces sentí un murmullo y descubrí gestos de que había aparecido alguien importante para el negocio. Por si albergaba dudas, eso me dio a entender Bárbara con sus advertencias: «A ese ni te acerques, ni le mires, ni le hables. No es para ti».

Y no sé si serían mi recién estrenadas sandalias negras adornadas por multitud de

piedras y con un tacón gigante, o mi camisa también negra transparente o el mini-short rojo con el que me sentía la reina de la noche, no sé si sería la novedad, lo cierto es que apareció aquel hombre y solo tuvo una dirección fija su mirada: la mía.

Bebimos. Subimos al cuarto. Pagó por dos horas, en lugar de los habituales treinta minutos. Ni siquiera prestó atención al timbre que avisaba de que había transcurrido media hora, el equivalente a cuarenta euros. Ni dejó que entrara mi compañera de habitación con otro cliente. Decía que me quería solo para él, abrazado a mí, tal vez avergonzado de su incapacidad para terminar, y que según contaba era por el estrés. No habló más. Ni folló más. Ni tampoco preguntó por mi frase escrita a lápiz rojo. Ni siquiera creo que se percatara, ni que mirara.

Pero volvió.

Volvió muchas noches, rompiendo las reglas del juego. Porque no gustaba a la mami, como ocurría con el caficho, que un cliente repitiera en exceso con una misma muchacha. Por norma ellos preferían siempre la novedad. Y cambiaban de club en busca de carne fresca, carne nueva, chicas nuevas. Se cansaban de ver siempre a las mismas; por eso aparecían refuerzos diferentes los fines de semana y por eso de vez en cuando desaparecía una de las nuestras y aparecía otra; ya me habían explicado que no te dejaban quieta en el mismo club más de dos meses. Así que un excesivo encariñamiento con una de nosotras hacía saltar todas las alarmas.

Volvió. Inmiscuyéndose en mi soledad. En la soledad de todas, convertido en un habitual para deseo mío y envidia del resto, que no me había visto con buenos ojos desde el primer momento.

Volvía de vez en cuando, arrítmico, como los latidos de su corazón y de su sexo.

Volvía, y cuando lo hacía, ya sabía yo que esa noche era solo para él. Nada había que negociar. Me miraba y, según mis compañeras, me cambiaba la mirada y la sonrisa.

—No te engañes —me advirtió un día Bárbara—. Sigues siendo una puta.

—Me trata mejor que otros tipos.

—Eso que te llevas. Pero este viene a por lo mismo que todos, aunque venga con traje y corbata. Que ya lo tengo calado.

Él me introdujo en el amor por las burbujas. Su presencia rompía el ritmo, me sacaba de la claustrofobia de existencia entre aquellas cuatro paredes con luces



de colores, me distraía de las mismas caras de siempre, de la misma mami, las mismas chicas, los mismos camareros, los mismos tipos encargados de la seguridad, la misma muerte... Traía vida del exterior y la traía exclusiva para mí. Era el único soplo de oxígeno, pues ni siquiera las chicas que aparecían el fin de semana y que llegaban frescas de la calle tomaban ese papel. Ellas ni nos dirigían la palabra, si muchas ni hablaban la misma lengua.

Él arreglaba las cuentas con la mami. Como todos. Pero siempre tenía un detalle conmigo, siempre cincuenta euros, que me aconsejaba guardar en silencio y ahorrar, aunque no dejaban de ser una manera de recordarme lo que Bárbara me recalca: para él estaba claro que era una prostituta.

La mami sospechaba que me regalaba plata. Me lo dijo un día Bárbara, que actuaba como su altavoz y me aclaró que La Luz era capaz de hacer cualquier cosa para que confesara, y si no lo hacía podría incluso hurgarme en la vagina en busca de las propinas.

—No sería la primera vez —me aclaró, viendo mi expresión de alarma.

—Dile de mi parte que se atreva. A ver qué encuentra.

—Mejor dile a tu hombre que no vuelva o te moverán a otro club, o a otro país, por mucho que ese tío tenga sus influencias. Aquí no te van a dejar viva con ese.

Me dijeron que empecé a gritar y a dar golpes contra la barra en la que estábamos hablando, en una tarde sin clientes, y me contaron su temor de que fuera un ataque de locura. Me contaron cómo temblaba y que mientras me subían entre Bárbara y el tipo de seguridad, agarrándome más bien él, que para eso era un gorila, quería bajarme el pantalón para enseñarles algo en mí culo y que gritaba Yanai, Yanai, sin cesar. Me explicaron que lloraba como un animal. Y que me enfrenté a Bárbara chillando: «Yo no le voy a dar a esa mujer ni un sol», sin enterarme de que Luz había llegado alertada por el escándalo. Apenas rematé la frase, sentí su mano y un pedrusco que lucía en el índice de la derecha, entre mi boca y mi nariz, disparándome contra la pared.

—Tú llevas mucho tiempo viéndote con ese hombre. Y a mí no me engañas ni tú, ni nadie. Se supone que te estás ganando un dinero extra. Se supone que tú has pillado más platita, como dices tú, y recuérdalo esa platita me pertenece a mí —dijo, dándose un golpe sordo en el centro del pecho.

—Eso ya lo veremos —seguí gritando. Ella bajó deprisa las escaleras y me dejó al cuidado de Bárbara. Le hablé de mis temores, tan contradictorios con mi rebeldía, de mi miedo al recordar las venganzas del caficho. Sospechaba

que Luz pudiera comportarse igual. Y le mostré aquel tatuaje que tanto divertía a los clientes, como si fuera divertido exhibir la inicial de aquel a quien ya no pertenecía y lloré recordado a mi pobre amiga, sin saber cómo habría seguido su vida en aquel bar que salvo en los muebles y en los plásticos poco se diferenciaba de este.

Aquel «marido» mío, como allí le llamaban para indignación mía, porque así denominaban las chicas a sus chulos, no apareció aquella noche. Tampoco la siguiente. Pero aún exhibía la marca del golpe cuando reapareció. Esta vez pagó por la noche entera, hasta las ocho de la mañana, aunque el club estuviera cerrado. A partir de aquel día volvería a hacerlo en diversas ocasiones. Aunque no siempre. De vez en cuando. De mes en mes. Hablaba poco. Escuchaba mucho. Conocía en profundidad los detalles de lo que someramente había contado a tantos. Estaba al corriente de mi vida. Jamás emitía comentarios. Escuchaba sin pasión y sin respuesta. Jamás prometía nada. Jamás sabía cuándo volvería. Y yo podría haberme quedado allí esperando su siguiente visita, alegre los días posteriores a nuestras noches de insomnio compartido, enojada cuando de eso transcurría demasiado tiempo baldío, inquieta si se prolongaba.

Entre visita y visita las jornadas transcurrían aburridas, tristes, oscuras, duras. De vez en cuando recibíamos la visita de las trabajadoras de una organización que nos mostraban fotografías de hombres y mujeres con heridas y problemas de piel por enfermedades sexuales. Y nos enseñaban a usar un condón para hembras que jamás habría imaginado que existía. Conocían bien a casi todas mis compañeras y notaba siempre cierto interés por la nueva. Bárbara nunca me dejaba sola. Ellas me miraban. Yo a ellas. Y Bárbara a mí. En una de aquella visitas Bárbara desapareció de la habitación en la que nos habían reunido a la mitad de las chicas, mientras el resto continuaba trabajando, porque la sala no podía quedarse vacía, y cuando ya había comenzado yo a acercarme a aquellas mujeres para pedir ayuda subió histérica Carol, que era conocida como la dominicana de las tetas turgentes. Y me pidió que bajara.

Y ahí estaba él, en la barra, esperando mi llegada, a una hora inusual, temprana. Subimos a la habitación pero no hubo sexo. Solo explicaciones, casi a borbotones. Se ausentaría un tiempo, se iría de viaje, estaba casado, parecía todo una manera de aclararme que no me hiciera ilusiones, como si todavía estuviera en condiciones yo de soñar con algo.

Ni siquiera consumió media hora.

—¿Le desapareció el lover boy? —preguntó malvada Leslie. A pesar de su corta edad en nada se parecía a la dulce Jazmín, aunque llorara casi tanto

como ella.

—Ya veremos —contesté, sorprendida de mi propia frialdad.

—Aquí te quedas hasta que pagues tu deuda, bonita —intervino Bárbara tomando el testigo—. Puedes traerte a tu amiguita esa de la que tanto hablas. Así seguro que te consigues la confianza de la mami y te ascienden a supervisora.

—Ni por toda la plata del mundo. Es más, no sé cómo no piden ayuda a esas señoras —dije señalando hacia arriba, donde aún continuaban las mujeres hablando con parte de las chicas.

—Tú con tu cuerpo haz lo que te dé la gana —intervino Cristal, recién incorporada a la conversación—. Pero a mí no me metas en líos. A mí me tienen castigada llevándome a la calle. Que te cuenten estas las palizas que me han dado por intentar escapar o por quejarme de la comida.

Unas horas más tarde, mientras Bárbara estaba «ocupada», Cristal me enseñó el mensaje que hacía unos meses había recibido en su móvil con la foto de su hijo de tres años: «Mira qué bello está tu niño, he ido a verle y a llevarle un regalito».

—¿Entiendes que no quiera denunciar? Yo pago y me piro. Y si no tengo para volver me alquilo un piso en Madrid y con un par de chicas que coja voy pagando y hasta que me llegue para ir a por mi pequeño.

—¿Para hacer lo mismo que haces aquí?

—¡Tú te drogas, guapa! ¡Para ser la mami! Y si te crees que ese marido tuyo te va a sacar y se va a casar contigo, vas de culo. Tú has visto muchas películas, muchacha. De aquí un tío se llevó el año pasado a Carmen, una rumana que estuvo aquí dos meses. Un viejo. Sí, se casó con ella. Y le ha hecho un hijo y todo. ¿Y sabes qué? El tipo no trabaja. Sigue trabajando ella, en la calle. Para él, que es su bicho.

Soñaba con la policía. Incluía en el sueño policías con uniforme de plástico azul. Soñaba con grandes cucarachas. Pero no eran un sueño. Dormía gritando. Dormía poco. Dormía tanto de día que la mayoría de las mañanas perdía el desayuno y ganaba una multa, aunque la cocinera encargada de nuestro engrudo tuviera cierta predilección por mí y me reservara algún dulce. Dormía esperando el milagro. Y sin embargo la noche en la que mi cliente volvió para anunciarme que la semana siguiente yo no estaría en La Luz, pensé que se había vuelto loco. Me salió una risa histérica.

—Cómo me va a dejar salir de aquí. Eso no se lo cree nadie. Yo soy una presa. No puedo salir, no puedo ni asomar la cabeza porque siempre está el

hombre de la seguridad en la puerta.

—Vendrás conmigo de fin de semana. Lo pagaré. Así funcionan las cosas. Si pago ya nadie te pondrá una pega, salvo tus amigas que van a envidiarte.

Aquella misma noche dormí con una toalla rodeando mi cabeza. Y aún pasando los años no he podido sacarme aquel gemido de Leslie, a quien al parecer había violado un tipo que conducía un camión. Lloraba amargamente, como un cachorro o como un bebé, como había escuchado llorar a mi pobre Jazmín. Solo que ni quería escucharla, ni pretendía ayudarla. Acá yo no podía arriesgarme a arrullar a nadie. No ahora que iba a salir.

Dos días después apareció la policía y se la llevaron. También se llevaron a Luz. Pero ella regresó al tiempo que nosotras estábamos despertando. Y a mi compañera Sara, de la que no supimos más nunca, y que querían de gancho para descubrir al albanés que le vendía la droga en el club.

Y yo quedé desencantada, pues solo esperaba que me llevaran también a mí aunque fuera una salida diferente a la prometida. Fantaseaba con calles que no conocía y que me habían descrito mis compañeras. Temblaba pensando en andar más allá de los metros que recorría subiendo y bajando las escaleras del club abrazada a mis clientes. Me imaginaba hablando por un celular, aunque solo tenía memorizado un teléfono y ese no lo pensaba marcar jamás. Soñaba con volver atrás, con rectificar el error que había cometido confiando en mi tía, ese error que debería haber enmendado al segundo y del que habían pasado ya tantas horas, que era incapaz de contarlas. Deseaba escapar de todas aquellas violaciones impuestas. Y esa misma noche de frustración fui más melosa que nunca, bebí más que nunca, follé más que nunca lo había hecho en La Luz.

Y volví a pintar mi cuerpo: «Putas no soy». Y volví a decir: «Estoy aquí y no puedo marcharme, ¿me ayudas?».

Por alguna razón se demoró mi partida. Tanto que incluso sospeché que una vez más habían vuelto a engañarme. Me imaginé de nuevo en el aeropuerto y de nuevo vendida como un coche o como una casa. Vendida y rentada después, alimentando el gran negocio universal de la carne humana. Vendido mi coño, sin que el comprador supiera que ni mi corazón ni mi alma estaban en venta.

—¿Y ahora que hago yo? ¿Ahora quién va a hacer de mami? ¿Quién va a decirme lo que tengo que hacer? ¿Quién va a decirme cómo tengo que vestir y a quién tengo que follar? —me escuché preguntando a mi ángel rescatador, cuando apareció para recogerme, mientras viajábamos en un coche de nuevo de cristales tintados en el que por fin me alejaba de La Luz.

- Ahora eres libre. Y la libertad significa que tú eliges. Si quieres, volvemos. Si quieres, me sigues. Aprenderás a reconocer tus órdenes. Aprenderás a distinguir tus deseos, a ordenar tu propia vida sin que otros te la ordenen. Ahora eres libre, ¿es que no lo entiendes? Eres libre incluso para equivocarte.
- No voy a saber ni moverme por las calles, ni hablar, ni nada...
- Te van a enseñar. Te llevo a una casa en la que aprenderás a vivir de nuevo, a querer, a creer. Allí estarás un tiempo. Después, si quieres, podrás venir conmigo. Yo te ayudaré.
- ¿Quién va a mandar dinero a mi casa? Todos los meses, mi mamá ha recibido un dinero que enviaba la mami y que lo quitaba de mis ganancias.
- Yo mandaré el dinero. Yo he saldado tu deuda. Créelo, te voy a ayudar. Y vamos a hacerte sentir que hay vida más allá de la prostitución.

Creí volver a estar presa. Además, en aquel piso me dejaron bien claro que no podía mantener relaciones sexuales por más que fuera con un salvador. Allí estaban las mujeres que había conocido en el club, hablando con otras. Pregunté por Leslie. La habían devuelto a su país. Pasé días llorando sin saber siquiera cómo acceder a la cocina desde mi cuarto. Conté mi vida aunque descubrí que ya sabían bastante. Y sentí por primera vez en años que podía confiar en alguien. No hubo necesidad de interponer denuncia contra el club. Ya estaba puesta. Todo allí se hallaba en orden. Ningún pasaporte era ilegal. Las licencias eran legales. Las chicas aseguraron trabajar allí por voluntad propia y, a pesar de la frustración de aquellas mujeres de buena voluntad, el neón del club permanecía iluminado cada noche, como los neones de tantos y tantos que un día, mucho tiempo después, me condujeron a ver desde un coche no tintado.

Aprendí a salir, primero acompañada; después sola. Aprendí a estudiar. Aprendí a caminar por la calle sin miedo a desmayarme. Aprendí a convivir y ayudar a las más jóvenes que llegaban un día como yo y que no sabían ni arreglar su cuarto, ni dormir a horas normales, ni cómo comer, ni cómo descubrirse enamoradas.

Se ocuparon de la infección ginecológica que llevaba arrastrando tanto tiempo. Y de enseñarme a sacar partido a mis rasgos. Me enseñaron a coser y a ganarme plata con ello. Yo les enseñé a cocinar platos de mi tierra, la semana que tenía que ocuparme de la cocina. Y aprendí a comprar, a entender el valor de los precios y la plata, y a administrarla. Aprendí a nadar, a montar a caballo.

Por fin tuve teléfonos que marcar desde un celular.

Y aprendí a decir no.

Lo aprendí en años de dolor, de más soledad, de ansiedad.

Aprendí a mentir. A verme a solas con mi rescatador, a pesar de tenerlo prohibido.

- Vaya, vaya, señorita. Es la segunda vez que duerme usted con el mismo hombre en los últimos días. A ver cómo se lo va a explicar a su novio —me susurró Pablo, al tiempo que me acercaba a los labios un zumo de naranja supuestamente recién exprimido por él.
- ¿No irás a decirme que has dormido en esta misma cama?
- Como que hoy es domingo y que esta es la casa de tu amiga Alicia. Como que espero que sea la última vez que dormimos juntos vestidos —dijo despidiéndose con una sonrisa traviesa y recordándome que teníamos comprometida la comida del día siguiente.

La noche anterior había irrumpido en una fiesta familiar a la que Pablo se había presentado con una amiga, más que amiga, de la que yo no tenía conocimiento. En realidad, no sabía prácticamente nada de su vida, más allá de un divorcio y un beso. La velada había sido un ir y venir de piscos hasta acabar unas botellas que Alicia había comprado para demostrar su recién adquirida pericia peruana. Y aquella imponente rubia se había visto obligada a desaparecer, debido a que, al parecer, los mimos que su acompañante dedicaba a la íntima amiga de su hermana, o sea yo, habían empezado siendo furtivos para alcanzar el dominio público a indeterminada hora de la madrugada. No muchas caricias. Suficientes para su escándalo. Pocas antes de que yo cayera rendida en una de las habitaciones de mi amiga. Y él junto a mí.

Alicia se regodeaba, gozosa, con el novelón que le estábamos regalando en directo y en voz alta.

Yo no podía sentirme más desconcertada.

Louis estaba desaparecido. «En Francia», me dijo su secretaria como única explicación cuando el lunes, tras el programa, me presenté en su despacho con la intención de pedirle disculpas por mi espantada del sábado. No hubiera sido necesario que aquella solícita asistente me recordara que tenía boletos de avión a

París para el viernes siguiente. Pero lo hizo.

Pablo, por su parte, me dejó claro desde el primer momento que lo de la noche anterior había sido un simple aperitivo y no escatimó en coquetear conmigo en nuestra primera cita a solas, aunque hablásemos más de trabajo que de vida. Comía y bebía como un adolescente ansioso y yo sufría los poderes sobrenaturales de un estómago cerrado con el cerrojo de los nervios.

Le escuchaba un apasionado relato sobre sus descubrimientos en torno a las mafias y me ponía en funcionamiento todas las alarmas de los sentimientos más variados, desde la admiración hasta la protección, pasando por el miedo y la ternura. Me hablaba de los rumanos, de los chinos, de uno de los mayores gánsteres que se había detenido en España por trata de mujeres y de niñas, y yo le contemplaba embobada como se mira a un bebé que da sus primeros pasos, sin atreverme a romper el hechizo diciéndole que no era necesario que me explicara nada sobre el tipo que había dirigido el mayor supermercado de carne femenina de segunda, tercera y cuarta mano en uno de los más importantes polígonos industriales de Madrid. Hasta que me propuso ir a la colonia Marconi, para rodar algunas escenas, y le confesé que había prometido llevar a Alicia en mis horas de voluntaria de ACTMYN y que una cosa estaba reñida con la otra. Finalmente nos decidimos por dar una vuelta en coche al día siguiente para que conociera el barrio y sus escenas antes de diseñar una estrategia de rodaje para el reportaje.

Teníamos concertada una nueva cita y muchas prisas.

Abandonamos el restaurante y caminamos hasta una parada de taxis con su brazo enganchado al mío. Un tímido y casto beso en los labios selló la despedida hasta menos de veinticuatro horas después.

Solo tuve que esperar un día para refrendar que había mucha sensibilidad más allá de mi feminidad y que no era la única capaz de sufrir ante la escena dantesca de calles y calles regadas de blanco, salpicadas por las toallitas de papel usadas por las muchachas que desarrollaban allí su jornada del trabajo más repugnante, más lucrativo para muchos y menos para ellas, no solo desde el punto de vista económico, sino también desde el anímico y el de la salud. Por más que le hubieran contado no habría imaginado nunca Pablo aquella imaginería carnal y aquellas procesiones de coches en busca de chicas medio desnudas de sexo rápido. El blanco de aquellos papeles se superponía incluso al blanco grisáceo de la nieve que se acumulaba en los bordillos más sombríos, aquellos que no habían sido capaces de someterse al sol de aquella mañana de frío polar.



—Aquí se han dado todo tipo de aventuras —me dijo Pablo, con la misma inocencia con la que me había hablado en la comida, la inocencia de quien está en los albores de una revelación—, desde asesinatos hasta bombas. Aquí la policía detiene a unos pero las mafias se reproducen como conejos. Parece mentira que esto sea Madrid, un juego de tronos en el que hay unos pocos reyes que controlan a muchas esclavas y que cuantas más tienen, más reyes se sienten y más entronizados.

—Pablo, ¿sabes cuántas mujeres puede haber hoy aquí?

—Ni idea. Se me da fatal lo de calcular.

—Por lo menos, entre treinta y cincuenta, casi todas rumanas. Y fíjate el frío que hace, que no creo que superemos los cuatro grados. A lo largo de una jornada pueden pasar por aquí trescientas chicas que, en su inmensa mayoría, están obligadas a entregar cada noche entre doscientos y trescientos euros a su bicho, a su chulo, salvo que prefieran exponerse a recibir una paliza. Si tienes en cuenta que por servicio cobran una media de veinte euros, se supone que para sobrevivir no pueden realizar menos de diez o quince servicios por día.

Caía la tarde y subía el tráfico. Y bajaba la temperatura amenazando más nieve. Apostados tras los cristales de un bar restaurante, éramos los únicos testigos del movimiento de una sola esquina en la que se había encendido una hoguera. Como en todas las aristas de aquel polígono industrial tan cercano al centro de Madrid, diamante para los proxenetas, pedrada para sus esclavas. Ni siquiera aquel fuego era capaz de acabar con el frío que vivía la ciudad y que experimentaban aquellos cuerpos; ese frío descubridor y colonizador de paisajes y personas.

—Pablo, ¿tú sabías que les venden los palés de madera para las hogueras?

—¿Los propios chulos?

—¡Yes! ¡A cinco euros! —le conté.

A Pablo se le saltaron las lágrimas como a mí. A unos metros de nuestra caliente guarida, separadas por un cristal, tres mujeres prácticamente desnudas se iban repartiendo entre coches y camiones. Paraban unos y otros, negociaban, descubríamos que a veces no sellaban acuerdo alguno, lo suponíamos porque los autos sin ninguna mujer en su interior, ponían en marcha sus motores en una maniobra rápida y brusca.

—Mira, ahí tienes a esa. Ya se ha ocupado —me indicó, señalándome a una rubia de piernas inmensas que subía a un camión que ni siquiera se alejaba una cuadra de aquella rotonda, simplemente bajaba unas cortinillas y a la

faena.

- Me sobrecoge el espectáculo de estas muchachas en tanga en pleno invierno. Tendrías que verlas en verano, prácticamente desnudas. La gente que duda de que estas mujeres son esclavas tendría que pasarse por aquí un rato. ¿De verdad se puede suponer que alguien va a estar semidesnuda libremente y por gusto? —me quejé en voz cada vez más alta, mientras señalaba a una mujer con un jersey que apenas le llegaba a la altura del esternón, con tanga y tacones. A su lado había dos más, una en sujetador y tanga, también negros; y la otra lucía un body lencero rojo.
- Fíjate que hay coches de todo tipo, aquí vienen tíos de cualquier estatus antes de ir a cenar con sus niños y sus mujeres. ¿Qué rollo contarán en sus casas? ¿Cuántas reuniones se inventarán? —comentó Pablo.
- Si ellos no las buscaran no habría negocio. Pero a mí no me importan los tíos. Allá ellos y sus familias. A mí lo que me importa son las chicas. No puedes hacerte una idea de la cantidad de menores que hay. Es dramático.
- ¿Por qué no huyen?
- Algunas lo consiguen. Pero ten en cuenta que una vez que alguien se ve privado de libertad es muy difícil que se resista al sometimiento. No solo es que carezcan de papeles o de dinero, sobre todo les falta autoestima.

Como si hubiéramos invocado una fórmula mágica, en ese preciso momento, entraron en el bar un par de mujeres que claramente eran las jefecillas, las supervisoras, de aquellas pobres chicas. Hablaban rumano. Seguramente hacía tiempo que habían ocupado aquellas esquinas, antes que ellas, y habían subido un escalón en la carrera de la esclavitud.

Tal vez se trataba de las «mujeres» de los bichos que controlaban la zona. Posiblemente ellas también hacían sus servicios pero no en la calle. De hecho, vestían como cualquier joven. Tendrían mi edad. Y eran muy lindas. Dejamos de mirar a través de los cristales. Tampoco podíamos seguir fijándonos en ellas, se darían cuenta y desaparecerían de nuestra vista. Y en un intento de hacernos pasar por una pareja, Pablo se acercó dispuesto a acariciarme.

- Mujer, vaya un respingo —protestó con sorpresa—. Era una simple caricia.
- Lo siento. ¿Nos vamos? —contesté avergonzada, sabiendo que mi reacción había sido violenta como la de alguien que ve una mano cerca y se teme una bofetada.
- Julia, hay que difundir la idea de que el auténtico afterwork está aquí en Villaverde —propuso Pablo guasón, desdramatizando nuestra escena y la de aquellas mujeres, mientras nos dirigíamos hacia el coche.

- Nada de chistes —le corté—. No lo consiento, ya lo sabes. La mayoría de estas chicas son la materia prima de un gran negocio. Se la chupan a un tío por diez euros o le hacen un completo por veinticinco. Y de eso ellas no ven un euro hasta que han pagado su deuda. Y a veces ni siquiera después de haberla pagado. Y la mayoría han sido vendidas por sus propias familias.
- Perdón, perdón, solo era una broma —dijo. Se arrodilló frente a mí y me besó la mano de una forma tan tierna que me fue imposible seguir enfadada.

No difundí mi viaje a París. Y atravesé por un pequeño infierno por negarme a hacerlo. No es que me sintiera obligada a contarle mi vida y mis pasos a todo el mundo, pero preferí esconderlo porque me producía una cierta sensación vergonzosa. Entre mis emociones no estaba incluido el sentimiento de infidelidad. Haber descubierto que le era infiel a un tío me había inquietado. Ser infiel a dos me pareció de equilibrista. E incluir en aquella suerte de engaño a una mujer, de artista.

Louis no paraba de preguntarme por Pablo. Me habló del «enano» subiendo a la Torre Eiffel, paseando junto al Sena, entrando en Notre Dame. Y no lo hizo en más lugares públicos porque fueron los únicos que visitamos. Nevaba, llovía, y la cama del hotel era la mejor que yo había disfrutado nunca, de esas que te recogen y te acogen entre sus sábanas, como si te metieras en una nube de algodón, que en nuestro caso fue un testigo continuo de turbulencias de sexo y discusiones.

Louis me amenazó con tirarme el teléfono por la ventana.

Pablo preguntaba dónde me había metido, empeñado en invitarme a cenar para organizar la agenda de grabaciones de la semana siguiente.

Alicia llamaba sin parar.

Y afortunadamente una misma excusa fue válida para los tres: como voluntaria de ACTMYN estaba ayudando a un par de menores que habían sido detenidas durante una redada.

Louis preguntaba inquisidor por el reportaje, por lo que faltaba rodar, por mis impresiones, por mi experiencia en Perú. Pretendía conocer todos los detalles, controlador, eso no era una sorpresa; insultante hacia Pablo, eso tampoco; despreciativo hacia mí. «Qué absurda pretensión tienes de cambiar el mundo y las cosas que son como son desde que se inventó el negocio de las mujeres que vendían su cuerpo y los hombres que lo compraban», me dijo. Y con la misma

rapidez con la que el viento arrastra una nube y aparece el sol, descubrí que Louis siempre pretendía herirme. Lo había visto con claridad. Sin necesidad de terapeuta.

Una vez abierta La caja de los truenos era imprescindible aprender a convivir en la tormenta, entre dos amores a medias, uno que no acababa de llegar y otro que no terminaba de esfumarse, y, casi, entre dos trabajos. No hubo mucho tiempo de peleas o de tirones de cuerda. Mientras abandonábamos París, comiéndonos a besos que sabían a la ansiedad que precede a una dieta, organizaba en la distancia una semana de rodajes con diferentes mujeres que habían sido víctimas de trata y esclavitud, con las que Pablo y yo llenaríamos las horas y la profesionalidad que se nos presumía para acabar un vídeo que Louis se empeñaba en que visionaria y compraría, pues, ahora sí, despreciaba la idea de que otra cadena se sirviera de mi imagen.

Fue regresar a Madrid y sentirme de nuevo entre algodones.

Nevaba. Y desde pequeña no entendía mejor y mayor alegría que la proporcionada por sus copos.

«Vuelvo a nacer para ir recuperando la vida», fue el mensaje que envié a Alicia nada más aterrizar. Podría habérselo dirigido a Pablo, pero no me atreví.

«Mañana a las cinco nos vemos con nuestras protagonistas», le escribí a él. «Te esperan tres tardes intensivas con víctimas de trata. Vas a alucinar».

Y así fue. Desde aquel «Yo me llamo Yandí» no nos habíamos enfrentado a más casos reales.

—Me llamo Carmen y llegué de Rumania hace cinco años. Me vendió mi novio. Vino conmigo hasta España prometiéndome que encontraríamos una nueva vida aquí, juntos. Y cuando llegamos me metió en un apartamento que no era para los dos, sino para otras chicas que ya vivían allí y para mí. Me quitó el boletín, que es como se llama al DNI en mi país. Me dio una paliza de muerte y se marchó. No me extrañaron los golpes porque en Rumania tu novio te puede pegar. Mi padre lo hacía con mi madre, y mi abuelo pegaba a mi abuela. Me parecía normal. Lo tenía interiorizado. Yo no tenía ni dieciséis años. Cuando volvieron a darme un DNI, era una fotocopia y me habían cambiado la edad. Me dejaban llevar la fotocopia porque ya no protestaba, aunque siempre llevaba a una controladora al lado. Los rumanos son muy celosos..., y muy corruptos. Lo es la policía de fronteras y los contactos en las empresas de autobuses que

llevan a las chicas desde Rumania hasta distintos países de Europa, y viajan dos y tres seguidos. Pagan a la policía para que sean permisivos y en tres días están en Madrid. Lo pasé muy mal en la primera etapa, que siempre es igual, a base de maltrato. No me daban comida. Era y es su manera de conducirme hasta la sumisión. No te queda más remedio que resignarte o esperar a que el tratante ya confíe en ti y piense que no vas a querer escaparte. Yo nunca me atreví porque tenía miedo de que la policía fuera tan corrupta aquí como lo es en mi país. Por eso nunca me hubiera atrevido a denunciar. Me sacaron del piso en el que trabajaba porque hubo una redada.

—¿Por qué lo hacías? —preguntó Pablo a Eli, una colombiana de diecinueve años, preciosa, con unas formas perfectas y una cara absolutamente racial, de piel color café con leche y una cabellera rizada que envidié.

—Por mi mamá. Apenas teníamos para comer. Mi papá desapareció cuando yo tenía meses. Bebía mucho. Mi mamá hacía muchos trabajos pero apenas ganaba plata. Pensé que la ayudaría mi trabajo en un locutorio en el que me ofrecían mucha más plata en un mes que la que ella se conseguía en años. Confié en el hombre que me lo ofreció y le hice caso cuando me pidió que no dijera nada a mi familia, y total, la única familia era mi mamá. Y no dije nada. Porque sentía que era la única solución para ella. Era lo que pensaba yo y era lo que pensaba mi mamá, la muy jodía..., que descubrí años después que lo sabía todo y que no le importaba que yo le enviara plata que venía de la prostitución.

—Yo lo he explicado muchas veces. Yo no me prostituía. Yo era una prostituida. No es lo mismo. No lo hacía por gusto. Y tú tampoco — interrumpió una argentina, quien además de romper los lazos de la trata había logrado salir de su adicción a las drogas y al alcohol, después de pasar cuatro años en un centro de acogida—. Me dieron dinero para el viaje allí y para venir hasta Europa. Además me pagaron el vuelo. Primero estuve en Portugal y al final llegué a España. La primera semana te dan de todo, te hacen sentir como una reina, te crees que de verdad vas a encontrar un buen trabajo aquí. Y de pronto descubres que has caído en una mafia. AL cabo de esa primera semana, te encierran en una habitación. Te pasan la factura de lo que has consumido y te suman sesenta euros diarios de habitación y además el billete. Y sobre el total añaden un 5% a todo. Los primeros días no consentía hacer nada. Y cada noche me pegaban. No entendían que yo no había venido a prostituirme, que era universitaria, que únicamente había querido salir de mi país porque tenía muy mala relación con mi madre. Cuando llevaba una semana encerrada me sacaron de la casa y me llevaron a un club donde puede que hubiera más de cien mujeres.

Luego me iban trasladando a otros clubes cada mes y medio o dos meses, porque las chicas nuevas gustan más.

No nos sentíamos con fuerza de interrumpir el discurso de Angélica que se había lanzado en un relato estremecedor.

—Te obligan a consumir drogas y alcohol porque son los clientes que más pagan, y tú lo que quieres es ganar mucho dinero y muy rápido para pagar cuanto antes la deuda. La finalidad de las chicas en los clubes es dejar sin pasta a los clientes, hacerles beber mucho porque de las copas es de lo que te llevas más dinero. En el último club en el que yo estuve pagaban treinta euros por consumición. Entonces bebía mucho, lo primero que hacían los clientes que me conocían era comprarme una botella. Una noche me tomé una botella y media de ron. El cliente también. El típico juegucito de ver quién caía primero.

—¿Quién cayó antes? —pregunté por curiosidad, aunque yo en esa parte solo tenía que presentar a cámara a las chicas que intervenían.

—Él, por supuesto —continuó, más divertida ahora, porque minutos antes, cuando hablaba de su madre, a la chica se le habían saltado las lágrimas—. Yo en la sala no quería estar. Estaba aburridísima. Además de al alcohol empecé a engancharme a la coca hasta que llegó un momento en que no podía levantarme de la cama si no me había metido una raya...

—¿Cómo conseguías las drogas? —preguntó Pablo.

—Había un argelino que venía por el club. Y, si no, el cunda.

—¿Cunda? ¿Qué es eso?

—Pablo —me quejé entre risas—, ¿nunca has oído hablar de los cunderos? No me lo puedo creer. Son taxis ilegales que llevan a los toxicómanos a comprar droga.

—O trasladaban a algunas chicas desde el club hasta sus casas —me interrumpió Angélica— y te cobran diez euros.

No podíamos seguir. La tragedia también tiene su cupo. El nuestro estaba completo por esa tarde. Pablo me miraba con la súplica de acabar. Yo le hacía gestos para invitarlas a comer algo, a tomar una copa... Por mimarlas un poco. Por conocerlas mejor, aunque sabía que estas mujeres no solían tener interés en hacer nuevas amistades. Sufrían de mala conciencia. Se codeaban con la soledad, se castigaban con la estigmatización y vivían en la desconfianza en los seres humanos que, intuía, les acompañaría durante un largo trecho de su existencia, como animales heridos. Pero Pablo, aun con signos evidentes de ser sensible, no daba la impresión de ser virtuoso en la lectura de los labios, y mi administración

gestual tampoco parecía de experta.

—Les invitamos a tomar algo, tenemos que celebrar su fortaleza —les propuse, y noté cierta incomodidad en mi compañero.

—Lo siento —se disculpó él—, pero ya tenía otros planes. Os dejaré solas enseguida, pero podrías llamar a Alicia. Tal vez se apunte. Estamos a dos manzanas de su estudio —y dirigiéndose a las chicas, les explicó—: mi hermana Alicia también ha ido a Perú y está tan impresionada o más que nosotros. Le gustará constatar que lo de Perú no es un caso aparte. Llámala, llámala.

—Ya le he escrito. Está viniendo.

Nos citamos en un café cercano al centro en el que habíamos hecho las entrevistas, en uno de los epicentros del sexo en Madrid. Nunca había paseado por esas calles con un hombre del brazo y rodeados por unas chicas que nos iban explicando que los bichos pasaban el tiempo en los bares o en los salones de juegos recreativos, decían, señalando máquinas en las que yo imaginaba que perdían parte del dinero que cada día, o cada dos horas según los casos, recaudaban de sus chicas por allí diseminadas. Conocían a muchas. Saludaban a casi todas. Se sabían la vida de algunas. «El próximo miércoles, viene el médico», le dijo nuestra nueva gran amiga argentina a una nigeriana que preguntaba cuándo habría control. Entendían la calle como nadie. La calle y sus códigos. Sabían anécdotas, como que en algunos establecimientos no dejaban entrar a algunas chicas o a sus chulos.

—Pero este es un negocio que conviene a todos dijo Alicia. De estas chicas viven los bares de la zona, las tiendas o las farmacias. Igual que en Madre de Dios.

—No creas. Una amiga que trabajó en Toledo me contó que no les permitían la entrada en uno de los bares de la calle en la que se ponían, hasta que atropellaron al dueño en extrañas circunstancias.

Nos iban explicando las nacionalidades de las chicas, que al menos estaban vestidas. Vestidas, que no abrigadas. Me pareció que Pablo se interesaba por una, «por saber su nacionalidad, que parecía rusa», se excusó al descubrir mi enojo.

—Aquí no hay rusas —le expliqué.

—La mayoría de las rusas que he conocido se han escapado. Esas son más listas —intervino Carmen.

—En la calle no te las vas a encontrar —seguí—. Esas están en algún piso.

—¿Y tú qué sabes? —inquirió Pablo burlón.

—Yo sé mucho. Debe de ser rumana —le aseguré con más coquetería que arrogancia, y lo corroboró Carmen, que incluso se separó de nosotros para hablar con ella, porque la conocía mucho—. Y además, no debe de ser muy nueva porque lleva teléfono. Al principio, cuando acaban de llegar, no suelen dejarles que tengan, para que no se pongan en contacto con nadie. Luego se lo permiten como otra forma de mantener el control. Así las tienen completamente sometidas los bichos, sin necesidad de ponerse cerca de ellas. Pueden estar en el bar y ellas a diez metros y las llaman para que nadie les vea hablar. A veces, cuando nos piden que las examine un médico, son capaces de telefonar al «marido» y de ponerte al habla con él para que te permita llevarlas al médico.

—Lo de Los proxenetas es muy fuerte —intervino Carmen en voz muy baja—. Hace unos días uno llegó a pedirle el dinero a la chica y como esta se negaba a dárselo, ¿sabes cómo lo logró? Con una paliza. Ellos te dicen dónde te tienes que poner, por dónde puedes moverte, hasta dónde hacer tus necesidades.

Pablo se marchó. Yo acudí al encuentro de Louis. Una copa rápida a dos cuabras de su casa y regresé a la mía llorando lo que en realidad había significado un desencuentro más, de histeria suya, solo interesado por ver un reportaje, negándose a entender que estaba inacabado; y de histeria mía que insistía en que compartiéramos la noche y la cama, como si un balde de agua bastase para contener un incendio.

«Me habría gustado estar a solas contigo», me escribió Pablo después. Y rogué en mi interior que no se demorase mucho en atarme fuerte a él, que espabilase antes de que fuera tarde. Pero apagué el teléfono para no sucumbir a tentaciones ni estar atenta a vibraciones, y me perdí los mensajes de voz de Alicia que había seguido la velada con las chicas y que se quejaba de que estuviésemos tirando por la borda lo mejor de Los testimonios de aquellas mujeres.

Al despertar descubrí sus reproches hacia su hermano y hacia mí misma por anteponer nuestros miedos particulares a un trabajo que ella describía como lo más apasionante que había hecho nunca, porque por primera vez sentía su «capacidad para cambiar la vida de alguna gente», intuí que decía en uno de sus mensajes a las cuatro de la madrugada, sepultada por la música que se escapaba del fondo y con la garganta cascada por algo más que una caña.

—¿Saben que les digo? —protesté a la mañana siguiente en la sala de maquillaje—. A mi corazón ya no le caben más reproches. Les ruego que no



vuelvan a decirme que luzco mala cara. ¿No les parezco una chiquita bonita, como decía mi mamá?

—Preciosa, pero con ojeras —dijo mi maquilladora—. Nosotras podemos hacer milagros pero tú también tienes que poner de tu parte. Yo no sé si descansas. Y tengo mis dudas de que comas.

—Les voy a enseñar la lonchera, para que vean que la llevo llena, porque estos días no me alcanza el tiempo para comer fuera.

Mantuve dentro las lágrimas que amenazaban con destruir el maquillaje en el que tanto se esforzaban y en el que se excedían por más que insistiera yo en que menos era más. Hui despavorida segundos después de que terminase el programa para no ver a nadie, para no tropezarme con Louis. Di cuenta de la ensalada que llevaba en el táper en la sala de espera de Laura, a la que acudía de rigor e in extremis en un intento casi desesperado por aclarar mis decisiones y liberar mis culpas. Me pareció entenderle en su discurso, en el que no emitía una opinión clara porque ella no estaba «para dictaminar sino para escucharme y guiarme», según me explicó, que le impresionaba la manera en la que podía estar liberándome de «el tal Louis» a través del conocimiento no de otro amor, sino de una persona libre.

Aquella sesión, por corta que resultara, me permitió afrontar con mayor naturalidad el segundo cónclave con las chicas víctimas de trata. Allí estaba también Alicia que hizo una señal de victoria al comprobar que Pablo me recibía con un beso en los labios.

—Los novios en los países del Este te enamoran y te tratan muy bien allí y aquí muy mal, hasta que te dejan con la red —insistió Carmen, continuando con su narración de la víspera, mucho más natural, seguramente debido a las copas y a la intimidad que había establecido con Alicia—. A mis padres les parecía muy mayor.

—¿Cuántos años tenía? —interrumpí ansiosa, recordando que nos había dicho que a su llegada ella aún no había cumplido los dieciséis.

—Él tenía cuarenta. Vieron que era buena persona y mi padre me autorizó que viajara con él. Conozco los casos de otras chicas que llegaron también con su novio y nunca se les acababa la deuda. Imagínate —explicó, viendo la cara de incredulidad de Pablo—, yo estoy con un chico y me quedo dos años con él, y en el momento en que no hago ya el dinero que me pide me vende a otro y así sucesivamente. Las sacan de pueblecitos donde muchas mujeres no han ido al colegio.

—¿De cuánto dinero estás hablando? —preguntó Pablo, pidiéndole que lo

dijera mirando fijamente a cámara.

- Te piden que les lleves entre trescientos y quinientos euros al día. Si no lo consigues, no comes, o te dan una paliza. Y te juro que no son palizas de dos o tres hostias. Son muy violentos, son animales... Hay una chica que está rajada de aquí a aquí dijo recorriendo con la mano su cuerpo desde el corazón hasta el hígado.
- ¿Cómo es posible que no les detengan? —preguntó Alicia, visiblemente agitada.
- Si les denuncian les detienen. Pero por pegarte, igual están setenta y dos horas en el calabozo —intervine—. Rumanía es un país de la Unión Europea, por lo que salvo que estén en busca y captura no se puede hacer nada. Y además casi ninguna mujer se atreve a denunciar. Se arriesgan ellas mismas y ponen en peligro a sus familias.
- Pasas mucho miedo. A los que me tenían encerrada los cogieron en la redada y están en prisión. Lo malo va a ser cuando salgan, aunque dicen que algunos controlan el negocio incluso desde la cárcel. A uno de los míos le cayeron dieciocho años, pero estoy segura de que no los cumpliré. Tienen mucho dinero para pagarse buenos abogados. Salen rápidamente, igual a los dos meses. Yo espero estar lejos cuando eso ocurra.
- Siempre me he reprochado no haber escapado con una de mis amigas con la que llegué desde Paraguay —habló otra de las chicas, sin presentarse y con gafas de sol—. Me reprocho haber seguido, a pesar de que lo vimos claro enseguida. Pero nos prometían mucho dinero. Gané mucho para mi hombre. Y él me daba para mis vicios. Era como una esclava. Estaba siempre encerrada. Cuando cumplí veinticinco ya le parecía una vieja. Ya no le interesaba y me dejó libre. Para entonces había tenido dos hijos. Ellos están con mi familia. Yo les digo que trabajo en un locutorio y que acá se gana buena plata con ese trabajo. Pero ahora sé lo que hago, ahora me prostituyo para mantenerlos, para comer y darle a mis hijos, y ya no para el vicio, para fumar y otras cosas, como antes.
- El problema es qué pasa con tu familia cuando lo dejas y ya no les llega el dinero —intervino Eli—. Porque están acostumbrados a que el proxeneta les mande pasta cada mes y, si no lo hacen, te llaman, como hizo mi madre conmigo, y te dicen: «Tú ponte a trabajar. A mí me da lo mismo lo que hagas, pero yo necesito el dinero». Ahora que estoy trabajando he vuelto a mandarles algo. Yo tenía tanto miedo a mi madre y tanto miedo al proxeneta que he llegado a ir con él de vacaciones a Paraguay. Me llevó a casa de mi madre de visita para mostrarles que yo estaba bien y para convencer a una prima de que viniera conmigo. Es lo más triste que he hecho en mi vida. De eso sí que estoy arrepentida, porque la trasladaron a

otro club y yo no volví a saber de ella.

El cosquilleo que sentíamos en todo el cuerpo no era el de las mariposas del amor. Era de asco. Y de pena. Eli se emocionó y tuvimos que cortar para romper la tensión y no convertir aquel estudio improvisado en un mar de lágrimas. Estábamos en uno de los locales de ACTMYN y pudimos comprobar cómo llegaban niñas, ¡niñas!, que acudían a aprender a leer o a coser.

—¿Ves esa, ¡qué belleza! —me señaló Carmen a una cría que perfectamente podría empezar una carrera de modelo—. Pues estaba en un club en el que las emborrachaban y las pegaban. La policía entró varias veces buscando droga. Ella que no sabía hablar español, cuando los veía se quitaba la ropa para enseñar los moratones que tenía. Hasta que al final descubrieron que era menor de edad y pudieron llevársela. Cerraron un tiempo el club y metieron en la cárcel al chulo, aunque creo que ya está fuera.

—Yo pensaba que las nigerianas no estaban en los clubes.

—Suelen vivir en pisos y trabajar en la calle. No te tomes lo que te digo como algo racista, ¿eh?, que yo soy gitana —se excusó Carmen—, pero a las negritas no las quieren mucho porque se pelean constantemente con todo el mundo y se pegan todo el tiempo. Normalmente les alquilan un piso para diez mujeres, porque es muy raro que vengan y vivan solas. Les dejan una caja de galletas, o de lo que sea, en la que a diario cada una tiene que echar un mínimo de dinero ganado, que a lo mejor son cien euros. Están tan mediatizadas por la religión que lo entregan todo. Con el vudú las tienen atemorizadas, les hacen creer que lo peor puede pasarles a ellas y a sus familias. Las redes nigerianas a lo mejor les acompañan un año hasta que están dóciles y luego las dejan solas, pero el control es tal que la mami puede estar en Holanda y ellas en Salamanca.

Pablo interrumpió nuestras conversaciones cruzadas y rescató a alguna chica que se había escapado a fumar, para acabar con una ronda de preguntas. Dijo que después les invitaría a unas copas y prometió acompañarnos, en un mensaje dirigido a mí, a juzgar por su mirada.

En el bar un tipo se me acercó muy pesado, pidiendo más que conversación, alegando que él me conocía de hacía años, hasta que Pablo se identificó como esposo y desapareció en las sombras. Y ya no se despegó de mí, abrazado a mis hombros, mientras Eli contaba que una madrugada se le había roto el preservativo y había llamado a su contacto de ACTMYN a las cinco de la mañana para que alguien la acompañara al centro de salud. Y así, abrazados, nos enteramos de que en los clubes no quieren que se pague con tarjeta de crédito.

«Si son sesenta euros el servicio y pagas con tarjeta, te cobran quince más. Pero aun así no les gusta. Prefieren que saques la pasta en los cajeros que ellos mismos tienen. Con el dinero en metálico se deja menos rastro de todo».

—Queda claro que esto es un ocio para unos y un negocio para otros, pero todos están dentro del negocio, hasta quienes lo toman como ocio —sentenció Alicia, que había estado muy callada, escuchando emocionada, toda la tarde—. Pero qué canallas, se aprovechan de mujeres más pobres.

—Más que eso —aclaró Carmen—. En nuestros países la mujer es una mierda y vive dentro de un sistema patriarcal donde lo normal es que un tío te dirija aunque tú aportes dinero al núcleo familiar.

—¿Por qué llamáis maridos a los chulos?

—Por eso. Porque hay una relación de dependencia muy grande, y eso hace que a la semana de estar con un chico sea tu novio, tu chulo..., le llames marido. Y normalmente contigo tienen una relación especial. Por ejemplo, no usan preservativo.

—¡Ay!, no me digas —dijo la tiquismiquis de Alicia—, que se me revuelve el estómago.

—Nosotras insistimos tanto a las mujeres sobre los cuidados, sobre la protección, les organizamos para que vayan al médico. Hacemos talleres de salud y les enseñamos fotos con las consecuencias de enfermedades terribles, condilomas, sífilis... Insistimos en que aprendan a utilizar los preservativos femeninos porque hay muchos tíos que no son conscientes y no quieren usar condón. El de las chicas te lo puedes poner con muchas horas de antelación, no necesitas hacerlo justo antes del servicio, y ellos casi no lo notan. También hay mucha sífilis por felaciones sin preservativo.

—¡Por favor!, me está dando mucho asco. Yo me marcho que esto a mí ya no me aporta nada.

En efecto, Alicia se escabulló como una lagartija. Dimos por acabada la charla, las copas y el reportaje, que solo quedaba montar, desconvocando la sesiones previstas para el día siguiente. Pablo había conseguido unas declaraciones de la policía que explicaba su modo de actuación. Mientras no hubiera denuncia no podían entrar ni en un piso ni en un club. Su manera de trabajar era en colaboración con las organizaciones que luchan contra el tráfico, coordinados siempre «para acabar con los malos». Le habían explicado que a las menores las sacan a la calle por la noche, pensando que a esa hora la policía trabaja menos, y que una vez rescatadas podían entrar en centros de acogida públicos, pero que cuando eran ingresadas en los pisos de las ONG se hacía amparándose en un artículo del código civil por el cual la Administración seguía teniendo la tutela y las

organizaciones, la custodia. Les contaron también que resultaba más sencillo acceder y realizar detenciones en un club que en los pisos, por ser particulares. Al no estar regulada la prostitución en España no era posible hacer nada salvo demostración de lucro.

—¿Cómo se llamaba la paraguaya esa que ahora es puta porque quiere? —me preguntó Pablo mientras caminábamos abrazados, en dirección aparentemente desconocida, aunque todos los pasos apuntaban hacia mi casa.

—No nos lo ha dicho. Pero te pido un favorcito: no la llames puta. No digas que lo hace porque quiere.

—Venga ya, Julia, si lo ha dicho ella misma.

—Ha explicado que ahora se prostituía para sacar a sus hijos adelante. Pero sigue siendo una esclava. Lo fue y lo es. Aparentemente no tiene otra salida.

—¡Entiende que haya mujeres que prefieran hacer eso a otros trabajos! Julia, no me seas dogmática —gritó y rio, me volteó en medio de la calle y me besó, rodeados por mucha gente que salía de algún estreno, y me ocultó la cara al segundo al contemplar mi gesto de angustia sospechando que algún paparazzi pudiera haberme localizado.

—Sigue siendo una esclava porque depende de un chulo que la esclaviza, aunque tenga su pasaporte y todo. No es un ser libre —seguí enojadísima, a pesar del beso y de la ternura de Pablo, incluso discutiendo—. No supones la presión que tendrá la pobre para sacar más dinero. Esta mujer está machacada. Y lo estará de por vida; no puedes imaginarte cómo se pasa, psicológicamente es lo más parecido a una tortura que se repite un día y otro, y otro... Es peor que una enfermedad. Esta mujer será una enferma, aunque acabe saliendo de la prostitución, aunque ingrese en un piso de acogida. Tendrán que enseñarle a vivir, a adquirir hábitos normales porque no es normal tener diez o quince servicios sexuales al día, eso es esclavitud. Y si esta tía sale de ahí, no sabrá ir sola a ningún sitio, ni cómo vestirse, ni cómo trabajar. Es como volver a educar a un niño, pero en una edad tardía.

—¿En ACTMYN las ayudan a trabajar?

—Claro. Es muy importante que encuentren otra manera de ganarse la vida. Pero siendo fundamental la reinserción laboral, en realidad lo más complicado es la reinserción emocional. La pérdida de autoestima es total, te han borrado del mapa de las personas normales que hacen cosas normales. Te han borrado de la calle, del metro, de las tiendas. No sabes ni hacer un trámite en un banco.

Nos quedamos callados hasta llegar al portal de mi casa, que, como era de esperar, cruzamos juntos.

—Quiero compartir contigo tu destino y tus sueños —dijo mientras subíamos en el ascensor.

Y fue o, mejor dicho, iba a ser nuestra primera noche de amor.

Ni había mirado el teléfono, por segundo día consecutivo abandonado en el fondo del bolso y, según pude comprobar después, repleto de mensajes de Louis, primero de amor, después de bronca. Fue él, envuelto en su nombre y mi olvido, el primer pensamiento que tuve cuando escuché que llamaban a la puerta como si el edificio estuviera viniéndose abajo.

Louis, histérico, había sido incapaz de abrir la cerradura que estaba bloqueada desde dentro, como él me había enseñado, como me había enseñado casi todo. Había tenido la morbosa paciencia de esperar detrás de la puerta hasta escuchar el silencio en que habían culminado nuestros gritos y gemidos.

—¿Dónde tienes el teléfono? —fue lo primero que gritó, cuando le abrí, buscando con la mirada el bolso hasta que lo consiguió y tiró todo su contenido, como un animal, y cayó el teléfono—. ¿No has visto ni llamadas ni mensajes? Te has convertido en una egoísta, Julia. No te importa nadie, como si me hubiera muerto. Y tápate que me tientes.

—No te pongas trágico. Y ahora, por favor, vete que no estoy sola.

—No me trates como si fuera un imbécil, Julia. Ya me he dado cuenta. No te preocupes. Ya me marchó. Solo he venido a decirte que mañana es tu último día de trabajo.

No volvió la vista atrás. No pudo ver mis lágrimas. No pudo ver a Pablo, ¡vestido!, que había aparecido para salvarme y que me abrazó con más ternura que la que había derrochado minutos atrás.

—Duerme un rato. Después, con la cabeza fría, pensaremos juntos en una estrategia para tu último programa, my dreamer. Julia, esto es muy fuerte —dijo, sorprendido, como imantado por mi retaguardia—. ¡No es posible que lleves la inicial de Louis en el culo!

Aparecí muy tarde en el edificio de televisión que me había visto crecer y que ya no vería más. Con el tiempo tan justo que me impediría demorarme en maquillaje. Deliberadamente. Bastaría que me quitaran brillos y me marcaran los labios. Nadie dijo nada. Nadie protestó por las prisas. Abracé y besé a cada una de las

profesionales. Y tuve la certeza de que todo el mundo sabía lo que yo callaba cuando vi sus lágrimas. Curiosamente yo no derramé ni una.

Ya en el estudio realicé dos entrevistas de oficio. Prácticamente no recibí órdenes de la dirección. Y no di lugar a que los tertulianos empezaran su torpedeo o su petardeo, según los casos. Les rogué silencio. Porque iba a contar algo trascendente, al menos por una vez, les dije, para mi vida. Creían que iba a comunicar mi partida.

«Me llamo Luna y llegué a España vendida por una mafia —empecé—. Nunca pude imaginar lo fácil que era habitar en otra identidad. No querría que nadie tomara esta declaración como una represalia debido a que la cadena haya decidido rescindir mi contrato. Estaba en mis planes marcharme. Hoy o dentro de un mes.

Como decía, llegué hace ahora algo más de diez años. Y llegué vendida y vencida.

Tengo que agradecer a esta casa su apoyo y protección durante los cuatro años que he trabajado aquí. Pero tengo que agradecerse más aún a su director general. Porque gracias a él mi vida cambió. Y quién sabe si gracias a él estoy viva.

Él me rescató de un club en el que mi existencia transcurría entre el alcohol y el sexo obligado. Cuando me descubrió y decidió socorrerme, yo llevaba casi un año viviendo en un lugar del que no podía salir y que ni siquiera hubiera sabido dónde situar en un plano o en un mapa.

Si dijera que he vivido en una cárcel, mentiría. He sufrido dos prisiones. La segunda fue la española, la de un club en medio de la nada, un club de más sombras que luces de neón. Y a esa ya ingresé entrenada. Antes había subsistido dos años entre los plásticos de lo que en mi país se denomina prostibar, en la región de Madre de Dios, al sureste peruano. Llegué allí antes de cumplir los dieciséis años, engañada por mi familia, lo que uno menos puede esperar y menos aún comprender. Teóricamente viajaba para trabajar como mesera, lo que acá son camareras. Pero la pasé teniendo sexo con mineros sucios, pendencieros, vulgares, borrachos..., mineros informales, como allá les dicen, que extraen el oro de día y buscan relaciones de noche con niñas adolescentes, aunque para ellos esa edad era y es la de señoritas dignas de desfogue. Nos buscaban jóvenes porque les proporcionábamos más seguridad de tener menos enfermedades y porque albergaban la vana esperanza de que las muchachitas les diéramos suerte en su búsqueda del oro.

Mi rescatador pagó mi deuda y logró además que me admitieran en una organización en la que me enseñaron a existir como persona. Poco a poco.

Allí aprendí a hablar bien el español. Enseguida fui consciente de que podía tener una carrera en el mundo de la comunicación.

Allí aprendí a manejarme sola, adquirí hábitos que había perdido o que nunca había tenido, tanto desde el punto de vista de la higiene como desde el punto de vista psicológico.

Me enseñaron a cuidarme, a quererme un poco más de lo que me quería. Poco a poco, insisto.

Me enseñaron cosas que ustedes encuentran tan normales como levantarme a las horas a las que la gente se levanta, con una cierta disciplina. O a limpiar. A comer de manera saludable, vestirme como una mujer trabajadora, sin que la ropa tuviera únicamente una connotación sexual. Aprendí a tomar un autobús o el metro. Me enseñaron a andar por las calles, sin temor, porque a mí ya se me había olvidado eso. Me enseñaron el valor de la libertad. Poco a poco, hasta llegar a un día como el de hoy en el que siento, de la “ele” a la “de”, el profundo significado de la palabra y la emoción de haberla conquistado, ahora ya para siempre.

Allí aprendí a comenzar a fiarme de la gente. A distinguir a los buenos de los malos. Me enseñaron a comunicarme, sin mentiras, aunque eso me llevó más tiempo, porque todos estos años en los que me fui convirtiendo en un personaje de la televisión he buceado en las profundidades de una farsa permanente.

Quiero insistir en mi agradecimiento hacia el director de esta cadena. Fue él quien decidió que yo podía hacer mucho más que trabajar como costurera, tal y como pensaban en la ONG que me acogió, la ACTMYN, a quienes cada día de mi vida doy gracias por cómo se portaron conmigo desde que me admitieron.

Mi hasta ahora mismo jefe se empeñó en que aprendiera a proyectar y a mejorar mi voz, que en un principio le pareció de jilguero apaleado. Fue suyo el empeño de que tomara clases de interpretación para que supiera desenvolverse ante las cámaras. Y también fue suya la idea de que cursara unos módulos de comunicación audiovisual, como le dicen acá. Él los costeó para que tuviera una formación, para que construyera un futuro y no fuera una simple parlanchina, para que fuera autosuficiente a la hora de manejar la información. A pesar de su dificultad para calibrar mis sentimientos, mis frustraciones, mi dolor, siempre me decía que no podía pasar de esclava del sexo a esclava de las cámaras. Ni él ni nadie que no haya vivido una historia similar a la mía podría entender el significado de sentirse tan acabado, tan



torturado, tan humillado; es una fórmula que únicamente puede resolver quien ha sido obligado a vender su cuerpo. Y no todo. Y no siempre.

Gracias a él, y a ACTMYN, convivía con otras chicas como yo, que habían sido rescatadas de clubes, de pisos o de la calle, y la asistencia a diversas clases, pasando de trabajar mi cuerpo de mala manera a trabajar mi voz, esta que ustedes conocen. Mis noches pasaron del sexo al estudio, sin apenas dormir, consagradas al aprendizaje hasta que llegara el momento en que mi preparación me permitiera darle un cambio real a mi vida, hasta que emocionalmente estuve lista para dar la cara en televisión.

Esta de hoy es la primera escena improvisada de mi vida. Nunca pretendí desempolvar mis miserias. Mi lucha a favor de las mujeres y niñas víctimas de trata con fines de explotación sexual ha sido una constante a lo largo de mis últimos años. Y seguiré peleando porque no se consienta esta atrocidad y para que los hombres entiendan que se trata de un problema multinacional del que no deberían seguir siendo cómplices sordos y mudos.

Este es mi último programa en esta cadena. Muy pronto podrán verme en otra, que por respeto y lealtad hoy no voy a desvelar.

Sí puedo adelantarles que en el primer programa en el que apareceré emitiremos un reportaje sobre esta lacra que afecta a España que ya es mi país y a todos los países del planeta. En ese reportaje mostraremos cómo viven las niñas víctimas de trata en Perú, mi país de origen. Y les descubriremos los testimonios de otras chicas de diferentes nacionalidades que han conseguido liberarse de sus captores.

Gracias a la elaboración del reportaje he recuperado mi identidad, me he reencontrado conmigo misma. Gracias a él he redescubierto mi país. En mi corto recorrido por Perú he vuelto a sentir los aromas y los gritos de las cigarras de las calles y los parajes de los que nunca debí haber salido. Me he reconciliado con mi historia. Fue un viaje casi relámpago en el que no pude, o tal vez debería decir no quise, visitar a mi familia.

La casualidad dispuso que en un mercado me descubriera el que había sido mi abusador, tan cambiado que no le reconocí. Cuando regresé a España le llamé a un teléfono que él mismo me había dado en su tarjeta y lo visualicé en el bar que solo había visto desde un taxi. Hablamos mucho tiempo. Reconoció que vivía con una de mis antiguas compañeras del prostibar. En unos días descubriré quién es. Porque vuelvo a Perú. Solo un tiempo. A poner en orden mi vida antes de comenzar otra nueva. A poner en orden mis sentimientos. A arreglar las cuentas con aquel mafioso que ha estado aprovechándose de la plata que yo he seguido enviando cada mes a mi mamá todos estos años, sin comunicarme que ella no lo recibía porque había muerto.

No puedo ofrecer mucha información sobre el reportaje que hemos elaborado porque me sentiría infiel a la cadena a la que aún represento. Pero es lo más transformador que he hecho a lo largo de mi vida. También es de lo que me siento más satisfecha. Solo espero que el reportaje les sorprenda y emocione. Y deseo que sirva para despertar conciencias. Ya tiene título: “Yo me llamo Yandí. Tengo quince años”».

# Algunos datos

Dado que el tráfico de personas es una actividad ilegal, es muy difícil encontrar datos unificados, fiables, incluso aunque los organismos oficiales internacionales apliquen toda su maquinaria y buena voluntad.

Este apartado está integrado por una pequeña parte de la documentación que he utilizado para esta novela, en un intento de clarificar el mecanismo y modus operandi de la trata de personas, sobre todo de mujeres y niñas, con fines de explotación sexual. Un negocio que se apropia de seres humanos que viven en situaciones de extrema miseria o necesidad. Un negocio que ha llamado la atención incluso del papa Francisco, quien lo ha puesto en su agenda. Para Él ha sido siempre un tema de preocupación y ocupación. Su mensaje del 1 de enero de 2015, con motivo de la celebración de la Jornada Mundial por la Paz, se tituló: «No más esclavos, sino hermanos». En él dedicó una parte importante a denunciar las nuevas esclavitudes del momento y puso el acento en las mujeres víctimas de trata para obligarlas a prostituirse. No es de extrañar, ya que siendo arzobispo de Buenos Aires salvó de la esclavitud sexual a 80 mujeres, según el libro *La vida oculta de Bergoglio*, de Amando Rubén Puente.

Ya en 1929 la Organización de las Naciones Unidas (ONU) dio una primera señal de alerta: «Los burdeles provocan una petición constante de nuevas víctimas [...] esta demanda, a la que responden los traficantes, alumbró la trata, tanto nacional como internacional». En 2015, el mismo organismo sigue alertando, alumbrando informes, directivas, en relación con la «trata de personas» un término que adoptó en el año 2000. Desde 2014 decidió, además, instituir el 30 de julio como el Día Mundial contra la Trata de Personas. Este término esconde una realidad: la esclavitud. Una esclavitud a imagen y semejanza de la que, orgánicamente, fueron aboliendo todos los países y que se fue completando a lo largo del siglo XIX, cruzando en algunas naciones los albores del siglo XX. Es difícil saber el número total de esclavos vendidos a lo largo de la historia, pero algunos historiadores cifran en 12 millones las personas traficadas de África a América, entre los siglos XVI y XIX. Pues bien, en el siglo XXI, cada año cruzan las fronteras

unas 800.000 personas para ser explotadas al tiempo que otras lo son dentro de sus propios países, según publicó en 2014 la Organización Internacional para las Migraciones (OIM).

Cuando se habla de trata de seres humanos hay que referirse al Protocolo de Palermo (año 2000) que la define como: «La captación, el transporte, el traslado, la acogida o la recepción de personas, recurriendo a la amenaza o al uso de la fuerza u otras formas de coacción, al rapto, al fraude, al engaño, al abuso de poder o de una situación de vulnerabilidad o a la concesión o recepción de pagos o beneficios para obtener el consentimiento de una persona que tenga autoridad sobre otra, con fines de explotación. La explotación incluye, como mínimo, la derivada de la prostitución y de otras formas de explotación sexual, trabajos o servicios forzados, esclavitud o prácticas similares, servidumbre y extracción de órganos».

## Contante y sonante

- Más de 4 millones de personas son forzadas a algún tipo de servidumbre cada año, según datos de la ONU.
- Según Save The Children, en Europa, entre 2011 y 2012 se registraron más de 30.000 víctimas de trata. De ellos, el 69% con fines de explotación sexual. Un 17% tenía entre 12 y 17 años y un 2%, menos de 11.
- El último informe de la Organización Internacional del Trabajo (OIT) cifra en 20,9 millones las personas víctimas de trata, de las cuales 4,5 millones son mujeres y niñas víctimas de trata para la explotación sexual.
- En España, Save The Children cifra entre 40.000 y 50.000 las mujeres y menores víctimas de trata. Cada año, la policía española identifica a más de 1.500 víctimas de trata con fines de explotación sexual, según el Centro de Inteligencia contra el Crimen Organizado (CICO).
- Según el último informe UNODC (Organización de las Naciones Unidas contra la Droga y el Delito) la trata mueve 35.000 millones de dólares al año. Además, la forma más común de trata de personas es aquella con fines de explotación sexual (79%), seguida de la trata con fines de explotación laboral (18%). Las mujeres son las víctimas principales y cerca del 20% del total son niños y niñas.
- En América Latina, aproximadamente 2 millones de niños y adolescentes son víctimas de explotación sexual y laboral.
- La UNODC calcula que la trata en sus distintas manifestaciones se está convirtiendo en el segundo negocio más rentable del crimen organizado.
- En Europa puede haber 140.000 víctimas de trata, que podrían llegar a

prestar unos 50 millones de servicios sexuales por año. A 50 euros por cliente, este sector de mercado representaría la suma de 2.500 millones de euros anualmente.

## **Autopistas mundiales del tráfico de personas**

Hace ya mucho tiempo que dejó de utilizarse una terminología que, sin embargo, en la calle continúa usándose como moneda corriente para referirse a la trata con fines de explotación sexual: trata de blancas. Hay que oponerse a ese término de manera radical ya que hace alusión a un tráfico que existía a principios del siglo xx y que describía el movimiento de mujeres blancas básicamente hacia África y Asia Meridional. Hoy la trata es internacional, no entiende de razas y se establece en una especie de corrientes muy claras que recorren el mundo.

Según el informe Global Report on Trafficking in Persons 2014 elaborado por la UNODC a partir de la información facilitada por 155 países, se identifican tres dimensiones en los flujos de la trata de personas: trata interregional (la mayoría, 6 de cada 10), interregional y trata doméstica o interna. El informe divide el mundo en 11 regiones (Oriente Medio y Norte de África; África Occidental y Central; África del Este; África del Sur; América del Norte; América Central y el Caribe; América del Sur; Asia del Este y Pacífico; Asia del Sur y Sudoeste asiático; Europa del Este y Asia Central; Europa Occidental y Central). Si bien el informe detecta 510 corrientes de trata en el mundo, hay unas más importantes o más concurridas. Así, entre 2010 y 2012, se identifican las siguientes corrientes:

- Desde Asia Central hasta América del Norte, Central y el Caribe.
- Desde Asia Central hasta Europa Occidental y Central.
- Desde Asia Central hasta Oriente Medio.
- Desde Asia Meridional hasta América del Norte, Central y el Caribe.
- Desde Asia Meridional hasta Oriente Medio.
- Desde Europa Oriental y Central hasta Oriente Medio.
- Desde África Subsahariana hasta Oriente Medio.
- Desde África Subsahariana hasta Europa Occidental y Central.
- Desde Europa Occidental y Central hasta América del Norte, Central y el Caribe.
- Desde América del Sur hasta Europa Occidental y Central.

La mayoría de las víctimas de la trata con fines de explotación sexual son mujeres y niñas. De cada 3 víctimas menores, 2 son niñas y 1 es niño.

El porcentaje de menores sobre adultos también varía por zonas:

- En África y Oriente Medio, el 62% de las víctimas son niños y el 38%, adultos.
- En Asia Meridional, Asia Oriental y Pacífico, el 36% son niños y el 64%, adultos.
- En América, el 31% son niños y el 69%, adultos.
- En Europa y Asia Central, el 18% son niños y el 82%, adultos.

En cuanto a los tratantes condenados, el 64% son nacionales del mismo lugar donde son condenados; el 22% son extranjeros de las mismas regiones y el 14% son extranjeros de otras regiones. El 72% de los traficantes son hombres y el 28%, mujeres.

Según la investigación realizada por la Asociación para la Prevención, Reinserción y Atención a la Mujer Prostituida (APRAMP), en 2007, y completada con el informe de la UNODC de 2009, las víctimas de trata con fines de explotación sexual proceden principalmente de:

- Europa: Rumania, Bulgaria, Albania, Polonia, Moldavia, Lituania y Eslovaquia.
- América Latina: Ecuador, Colombia, Perú, Venezuela, Paraguay, Brasil y República Dominicana.
- África Subsahariana: Nigeria, Sierra Leona, Liberia y Guinea Ecuatorial.
- En los últimos años, además, se observa un crecimiento de mujeres procedentes de China, así como redes de tráfico del mismo país.

## **Unión Europea. Acción coordinada**

El artículo 4 del Convenio Europeo de Derechos Humanos establece, en su apartado primero, que «nadie podrá ser sometido a esclavitud o servidumbre» y en el apartado segundo que «nadie podrá ser constreñido a realizar un trabajo forzado u obligatorio».

Según la UNODC, en su informe de 2010, 1 de cada 7 mujeres que ejercen la prostitución en Europa es víctima de la trata de personas. Además se indica que aproximadamente el 60% de las víctimas de trata con fines de explotación sexual identificadas en el continente proceden de los Balcanes, Europa Central y la ex Unión Soviética. El 13% proviene de América Latina, el 5% de África y el 3% de Asia Oriental. En los últimos años han aumentado las procedentes de países como Rumania y Bulgaria, si bien a partir de 2005 podrían estar disminuyendo, al tiempo que aumentan las de China, Paraguay, Sierra Leona, Uzbekistán y Turkmenistán.

La Unión Europea ha hecho pública su estrategia para La erradicación de la trata de seres humanos (2012-2016). Entre Las acciones anunciadas, se prevé reforzar Los derechos fundamentales en La política de Lucha contra La trata de seres

humanos y las acciones conexas, señalando que «La integración de los derechos fundamentales en La política y la legislación contra la trata de seres humanos es necesaria para garantizar un trabajo coherente en este ámbito».

## **España: con la trata no hay trato**

En nuestro país, la trata, la explotación sexual y la prostitución generan 5.300 millones de euros al año. Solo la trata de mujeres para esclavitud sexual movería cada día 5 millones de euros. En la aplicación del Plan Integral contra la Trata de Personas, que el 9 de febrero de 2015 presentó su segunda fase, se han detenido a 1.297 personas vinculadas con la trata de personas, La mayoría de ellas en relación con la prostitución. Diversos estudios apuntan que el 80% de quienes ejercen la prostitución en calles, clubes, pisos y demás en España lo hacen contra su voluntad (el Observatorio Cívico Independiente cifra en unas 300.000 las personas dedicadas a la prostitución en nuestro país; de ser cierta esa cifra, aproximadamente 240.000 mujeres estarían ejerciendo la prostitución de forma obligada después de haber sido víctimas de trata). Un estudio de APRAMP en 2011 situaba nuestro país como el tercero de la Unión Europea con más demanda de servicios sexuales de pago, algo que habrían solicitado casi 4 de cada 10 españoles. Según otras voces, España es el tercer país del mundo en consumo de sexo pagado, después de Tailandia y Puerto Rico.

Utilizando datos recopilados de las operaciones policiales al respecto en 2014, el perfil de las víctimas en España es el de mujeres rumanas, nigerianas o búlgaras con edades comprendidas entre los 18 y los 22 años. En concreto, el 60% de las identificadas proceden de Los Balcanes, Europa Central y la ex Unión Soviética. El 13% serían originarias de América Latina, alrededor del 5% de África y el 3% de Asia Oriental. Una gran proporción de las víctimas (alrededor del 20%) son de origen no determinado o local. Se observa un aumento de casos de paraguayas y brasileñas que parecen sustituir al número de colombianas que ha ido descendiendo.

Desde la Red Española Contra la Trata de Personas (RECTP) se ha reclamado insistentemente una Ley integral contra la Trata de Personas en España. Pero aunque no se ha conseguido, sí se puso en marcha un Plan Integral contra la Trata de Seres Humanos con Fines de Explotación Sexual, por primera vez en 2008. Un año más tarde la Ley Orgánica 2/2009, de 11 de diciembre, modificó la legislación de extranjería incorporando la Directiva 2004/81/CE del Consejo, de 29 de abril de 2004, que antepone la protección a la víctima y la persecución del delito a la persecución de la inmigración irregular. Y en junio de 2010 se modificó el Código Penal, tipificando de manera independiente el delito de trata de seres humanos

del delito de tráfico ilegal de personas, tal y como se había reclamado reiteradamente desde diversas instancias. Dicha reforma supuso la introducción de un Título VII bis, dedicado al delito de la trata de seres humanos y del artículo 177 bis en el que se definen los comportamientos que serán castigados así como sus penas. Además, mediante la Ley Orgánica 10/2011, de 27 de julio, se ha ampliado la protección a las víctimas que denuncien al explotador, extendiéndose también a los hijos de la víctima y a cualquier otra persona que mantenga vínculos familiares o de cualquier otra naturaleza con ella.

La Policía Nacional, a través de la UCRIF (Unidad Central de Redes de Inmigración Ilegal y Falsedades Documentales, que funciona desde 2001), dependiente de la Comisaría General de Extranjería y Fronteras, es la encargada de llevar a cabo el Plan Nacional contra la Trata de Seres Humanos con fines de explotación sexual, que ha iniciado su segunda fase con el título: «Con la trata no hay trato», haciendo especial hincapié en el consumidor. El plan comenzó en abril de 2013 en su primer tramo y ha acabado con 1.450 detenidos en 462 operaciones, 11.751 víctimas potenciales y 22.777.475 euros intervenidos. El plan incluye una línea de teléfono directa para las víctimas (900105090), así como un correo electrónico (trata@policia.es) para denunciar estos delitos. En la nueva fase se va a hacer fuerza en visibilizar a las víctimas y a los clientes, con sanciones especiales a aquellos que demanden servicios de prostitución cerca de los colegios o en los arcenes de la carretera.

En España, la prostitución es alegal y solo las ordenanzas municipales limitan el fenómeno de la prostitución. El Consistorio de Barcelona endureció la ordenanza de civismo aprobada en 2006, prohibiendo «que se ofrezca, solicite, negocie o acepte cualquier servicio sexual retribuido en el espacio público». En Madrid, recientemente se truncó la posibilidad de poner en marcha una ordenanza que castigaría a los clientes que contrataran los servicios de prostitución en la calle, posibilidad abierta en 2014, que finalmente no se llevará a cabo.

Según la memoria de 2014 de la Fiscalía General del Estado en 2013 se han formulado 29 escritos de acusación por el Ministerio Fiscal que interesan la aplicación del artículo 177 bis de Código Penal, lo que representa un aumento del 16% respecto del año anterior. En la mayoría de las ocasiones (90,24%) se ha acusado por delito de trata con fines de explotación sexual. Todas las víctimas por explotación sexual han sido mujeres: 23 paraguayas, 22 rumanas, 14 brasileñas, 8 nigerianas, 7 chinas, 4 tailandesas, 2 moldavas, 2 nicaragüenses, 1 española, 1 guineana y 1 rusa. Los imputados por trata también son de varias nacionalidades: 43 rumanos, 37 españoles, 25 nigerianos, 20 chinos, 2 tailandesas, 2 colombianas, 2 moldavos, 3 portugueses, 5 brasileños, 3 nicaragüenses, 7 paraguayos, 2 argentinos, 2 ecuatorianos, 1 sudanés y 1 guineana.



## La quimera americana

La trata de personas para fines de explotación sexual y laboral, que genera todos los años 12.000 millones de beneficios en América Latina y el Caribe, según la OIT, se está convirtiendo en una actividad complementaria casi tan rentable y más segura que el narcotráfico para las organizaciones del crimen organizado.

«Estimamos que la trata de personas está creciendo en la región y, especialmente en el Caribe, puede llegar a triplicarse en los próximos años», aseguró Amado Philip de Andrés, representante regional para América Central y el Caribe de la UNODC.

El informe de Naciones Unidas *The globalization of crime: A transnational organized crime threat assessment (2010)* menciona a Brasil como un país donde la trata de seres humanos con fines de explotación sexual parece estar controlada por organizaciones europeas y asiáticas. En otros estudios se informa de que la trata de mujeres brasileñas en España y en Portugal se lleva a cabo a través de la cooperación entre diferentes grupos en los que al parecer predomina el papel de los grupos rusos.

Los traficantes de América Latina utilizan empresas de espectáculos, agencias de modelos, empleo, matrimoniales y viajes, así como anuncios en el periódico para captar a sus víctimas, aunque se han registrado casos de víctimas obligadas a «contratar» a amigas o familiares. Habitualmente el transporte de América Latina con destino a Europa se efectúa por avión hacia grandes aeropuertos. A veces se utilizan visados normales de turista de tres meses de duración para cruzar las fronteras. En ocasiones se hace transitar a las víctimas de la trata que viajan desde Brasil hacia Europa por territorios sujetos a la administración de países europeos en el Caribe o en América del Sur, para reducir el riesgo de que sean interceptadas en Europa.

En el informe anual sobre trata de seres humanos del Departamento de Estado de Estados Unidos, publicado en junio de 2012, se señala a España, Italia y Portugal, entre otros países europeos, como destino de mujeres brasileñas con fines de explotación sexual. Asimismo, se destaca a España e Italia como países de destino de personas transexuales brasileñas víctimas de trata con fines de explotación sexual.

Después de Brasil, Colombia es, según La Fiscalía General de la Nación, el segundo país latinoamericano de origen de víctimas de trata. Aun sin datos fiables, la OIM estima que hablamos de unas 70.000 personas al año, siendo las principales zonas de captación los departamentos de Antioquia, Valle y Risaralda. Las

víctimas tienen como destino los países de Europa Occidental, si bien los informes consultados dicen que ha disminuido su tráfico hacia España. También Europa del Este, Asia, América Central, otros países de América del Sur, el Caribe y Estados Unidos. Además, Colombia es un país de tránsito de las víctimas de trata de otros países de América del Sur y África, con destino a Europa y Estados Unidos, así como de personas originarias de China que también van a ser trasladadas a Estados Unidos o Europa. En Colombia, como ocurre en otros países del continente sudamericano, la prostitución en sus distintas modalidades se contempla popularmente como una opción laboral, lo que de alguna manera facilita las situaciones de trata pues las mujeres que la ejercen son vistas por las redes como víctimas fácilmente captables. Esto sucede porque los reclutadores ejercen sus actividades dentro de los contextos de prostitución, de manera que proponen a las mujeres y niñas viajar a otras zonas para continuar ejerciendo con mejoras no solo económicas sino también de sus condiciones de vida.

## **Perú, la tierra de Yandí**

El 30 de noviembre de 2008 se reglamentó en Perú una Ley contra la Trata de Personas y el Tráfico Ilícito de Migrantes. Asimismo, cuenta con el Plan Nacional de Acción contra la Trata de Personas. Igual que en España, tienen a disposición de la ciudadanía una línea de teléfono gratuita (08002332) para denunciar los posibles casos.

Según el Observatorio de la Criminalidad del Ministerio Público, 3.129 mujeres fueron víctimas de trata de personas hasta 2013. En 2014 la cifra de explotados podría superar las 630 personas. De ellas, el 60% menores de 17 años, siendo el 53% menores entre 13 y 17, captadas en general con falsas ofertas de empleos bien remunerados. Algunos estudios señalan que en ciertas zonas del país son los propios padres quienes entregan a sus hijas para que puedan ser explotadas a cambio de un bien o de dinero.

Según Ricardo Valdés, presidente de la ONG CHS Alternativo, la trata de personas crece por la informalidad que impera en el país. «Hay demasiada facilidad para cometer el delito porque hay corrupción a todo nivel, no solo para captar jóvenes, sino también para trasladarlas en las agencias de transporte informal y explotadas en bares y centros de trabajo también informales».

En Madre de Dios, lugar donde se desarrolla parte de esta novela, el 20% de población, entre niñas, niños y adolescentes es víctima de trata en explotación sexual y laboral. Según La trata de personas con fines de explotación laboral: el caso de la minería aurífera y la tala ilegal de Madre de Dios, de Fabián Novak y

Sandra Namihás, en 2009, 5 de cada 10 tratantes son mujeres; 8 de cada 10 casos denunciados de víctimas de trata son niñas, niños y adolescentes; 7 de cada 10 víctimas de trata son trasladadas por falsas promesas de trabajo. En dicha región, el tráfico de personas con fines de explotación sexual está ligado con la minería informal, de manera que 40.000 personas migraron a Madre de Dios para actividades ilegales de minería de oro, según la OIM, en 2014.

En esta localidad formada por establecimientos y viviendas de madera y plástico hay más de 40 casas de cita, en las que obligan a prostituirse, beber y alternar con los mineros a mujeres y niñas víctimas de trata, además de cerca de 25 bares y 20 hostales. Allí se localizan los «prostibares» más grandes de Madre de Dios, como California, Miss Sagitario o Caracas de la Noche, que pueden albergar a 50 chicas cada uno, traídas por sus dueños desde cualquier lugar de Perú. Además, cuentan en la zona con varias tiendas de reparación de motores y venta de combustible; de hecho Madre de Dios tiene una demanda de combustible 10 veces mayor a la de cualquier otro departamento en Perú. ¿Para qué sirve? Principalmente para el funcionamiento de dragas, motobombas y la maquinaria pesada necesaria en el proceso de extracción del oro, con el que de paso se está destruyendo la selva, que en algunos lugares parece un desierto, fruto, además, de la tala ilegal de árboles. También se da el tráfico de drogas.

## **Así operan las redes de trata**

Básicamente actúan mediante una serie de procesos de captación, financiación, traslado y explotación desde el país de origen a través de otros de tránsito para llegar al lugar en el que la víctima será forzada a ejercer la prostitución.

- **Captación:** las víctimas suelen ser engañadas en los países de origen debido al estado de necesidad en que se encuentran, bajo el señuelo de trabajos aparentemente legales, en general ligados a la hostelería y al servicio doméstico. Se dan casos en los que la víctima ya está ejerciendo la prostitución o sabe que va a ejercerla, pero no en las condiciones en las que lo hará, diferentes a las pactadas, no solo económicas (en ocasiones, ni siquiera son pagadas), sino también de vida, como auténticas esclavas.
- **Financiación:** las organizaciones suelen financiar directamente los gastos de viaje y gestión de documentos de la víctima. A veces hay mujeres que siguen pagando esa deuda incluso tras su liberación, por las amenazas que reciben sus familias.
- **Traslado:** se realiza por diferentes medios y a través de rutas establecidas, pero por lo general se usa el transporte aéreo o terrestre. Varían los puntos de entrada en el espacio Schengen de acuerdo con el rigor de los controles

fronterizos. Pueden ir acompañadas de miembros del grupo criminal que actúan como «pasadores». Las víctimas suelen entrar con visado de turista o estudios cuando se requiere ese trámite y en ocasiones con documentación falsa. En el caso de entrada en España, y dado que una parte importante de las víctimas vienen de Rumania, lo hacen en autocares o furgonetas. Desde América Latina llegan por avión, y es habitual que antes superen otro control fronterizo en un país europeo (Francia, Alemania o Italia), de manera que sea más fácil que les dejen pasar si en dicho puesto las autoridades comprueban que el destino final no es ese país, sino otra ciudad extranjera.

- Explotación: se desarrolla en la calle, locales (tales como clubes o saunas) o domicilios. Las víctimas son informadas de que van a ejercer la prostitución cuando llegan a los establecimientos o locales, siendo forzadas a prostituirse mediante amenazas, coacciones, administración de drogas e incluso violencia física o sexual, llegando a hacerles vivir en situaciones de semiesclavitud o esclavitud. También a su llegada conocen el importe de la deuda reclamada por la red.

Según informe del Defensor del Pueblo, el grupo criminal utiliza las siguientes figuras:

- Captador: encargado de reclutar a las víctimas en sus países de origen y que normalmente es de la misma nacionalidad que estas.
- Pasador: acompaña a las víctimas en el viaje hasta el país de destino, facilitando el paso a través de los puestos fronterizos.
- Controlador: supervisa y controla a las víctimas en el lugar de explotación, imponiendo mediante coacción y amenaza las condiciones de las mismas.

Todos los anteriores actúan bajo la coordinación de un responsable cualificado del grupo criminal.

## **El papel de la prostitución en la trata de personas con fines de explotación sexual**

La página web Havocscope calcula los ingresos procedentes de la prostitución en unos 186.000 millones de dólares anuales en todo el mundo, fruto de los servicios de 13.828.700 prostitutas. Más allá de la posibilidad de que estas cifras sean ciertas, sobre todo en lo que tiene que ver con las mujeres que censa, de lo que no cabe duda es de que la cuestión de la prostitución y la igualdad de género es un tema complicado ya que existen dos modelos diametralmente opuestos a la hora de enfrentarlo: por un lado, aquellos que defienden su ejercicio; por otro,

quienes se niegan a aceptarlo y entienden que es denigrante y va contra los derechos humanos y contra los derechos de la mujer.

Hay que dividir el mapamundi de la prostitución en tres hemisferios diferentes, que no se corresponden con la geografía, sino con tres maneras de legislar:

- Abolicionista. Prohíbe la prostitución, o mejor dicho la compra de sexo. Es el modelo sueco, aunque también lo siguen en Noruega y Finlandia, que considera la prostitución como denigrante para las mujeres y perversa para la sociedad, una violación de los derechos de las mujeres y una manera de perpetuar la desigualdad de género. Persigue al consumidor, al cliente. Es este quien delinque y no la mujer que se ofrece. También es el caso de algunos estados de Estados Unidos.

La ley sueca de 1999, bautizada en ocasiones como «la ley de la paz de las mujeres», dice que «el que en base a una remuneración se procure una relación ocasional, será condenado —si el acto no estuviera penado con castigo por el Código Penal— a multa o prisión de seis meses como máximo, por la compra de servicios sexuales». El efecto de esta legislación en Suecia ha sido espectacular. Allí ejerce la prostitución la décima parte de personas que en Dinamarca, donde es legal.

- Regulacionista. Considera La prostitución como una actividad comercial regulada y lícita. Es el modelo holandés, que garantiza prestaciones dentro del sistema sanitario y de Seguridad Social. Se supone que es una manera de defender el derecho de la mujer a trabajar con su cuerpo, dice mejorar sus condiciones laborales y profesionalizar la prostitución como trabajo sexual. Para sus defensores, las mujeres son libres de contratar gestores, es decir, proxenetas. Para sus detractores, este modelo legaliza la esclavitud sexual y la desigualdad de género para las mujeres. Además de en Holanda, se sigue en Alemania, Austria y Dinamarca. Hoy, según la UNODC, los Países Bajos son el destino principal de las víctimas de la trata de seres humanos.

Alemania, donde los burdeles y las prostitutas pagan impuestos, se ha convertido en uno de los destinos más importantes de trata de Europa. Algunas ciudades alemanas cuentan con más de 300 prostíbulos. En ese país, más de un tercio de los fiscales se ha quejado de que la legalización de la prostitución ha complicado su Labor de perseguidores de la trata de seres humanos y los proxenetas.

- Alega. Así como podría ser denominado el modelo español, donde existe

una regulación parcial de la práctica de la prostitución. La ley no persigue al consumidor ni prohíbe el fenómeno, aunque trata que las mujeres que se dedican a ella realicen otros trabajos. Pero sí se persigue al proxeneta. En España se han adoptado otras medidas para culminar la trasposición al ordenamiento español de la Directiva Europea en la materia y avanzar en la lucha contra estos delitos, como la creación de la figura del Relator Nacional contra la Trata en España, la reforma del Código Penal o las regulaciones de algunos ayuntamientos.

## Clientes

La investigación Prostitución en Galicia: clientes e imaginarios femeninos, realizada en Galicia, por Águeda Gómez Suárez y Silvia Pérez Freire (2010), encuentra cuatro perfiles discursivos del consumidor de servicios sexuales, que podrían extrapolarse a clientes de cualquier lugar:

- Discurso misógino. Es el que sigue el patrón más patriarcal sobre la sexualidad femenina. Según los hombres que lo defienden, todas las mujeres son «putas» y solo algunas cobran. Para ellos, el deseo erótico femenino es una perversión y en el sexo no hay interacción, sino decisiones unilaterales.
- Discurso samaritano. Hay empatía con las mujeres pero siguen siendo parte de la demanda. Tienen una visión doble de la mujer: la mujer/madre y la mujer/prostituta. Piensan que la prostitución es algo que no se puede evitar ni cambiar.
- Discurso mercantilista. Son hombres jóvenes que encuentran en el sexo un objeto más de consumo. Siguen siendo tradicionales en su percepción de género, sexo y de las relaciones entre mujeres y hombres. Dado que están comprando un servicio o un producto, no viven un dilema ético. Compran lo que pueden.
- Discurso crítico. Hombres que comparten el posicionamiento de que las mujeres están inmersas en una cultura patriarcal y que la prostitución es un atentado contra los derechos de la mujer.

## Fuentes

Guía de intervención con víctimas de trata para profesionales de los medios de comunicación. APRAMP.

Guía básica para la identificación, derivación y protección de las personas víctimas de trata con fines de explotación. APRAMP.

Memorias de la Fiscalía General del Estado, 2014.

La trata de seres humanos en España: víctimas invisibles. Informe del Defensor del Menor.

Informes CICO.

Informe mundial sobre la trata de personas 2014. UNODC. Trafficking in persons Report 2014.

IV Informe de seguimiento del Plan Integral de Lucha contra la Trata de Seres Humanos con Fines de Explotación Sexual. 2012.

Prostitución en Galicia: clientes e imaginarios femeninos. Águeda Gómez Suárez y Silvia Pérez Freire. 2010.

Informe modelos mundiales en la trata de personas. UNODC 2006 y 2009.

Informes de la red española contra la trata de personas.

Informe La trata y la explotación en Colombia. Women's Link Worldwide.

Boletín del Centro de Estudios para el adelanto de las mujeres y la equidad de género. ONG Capital Humano y Social Alternativo.

La trata de personas con fines de explotación laboral: el caso de la minería aurífera y la tala ilegal de Madre de Dios. Fabián Novak y Sandra Namihás. Lima. OIM, IDEI. 2009.

Informes de la Organización de Estados Americanos (oas.org).

Havocscope. Global Black Market Information.

Chicas nuevas 24 horas. Documental de Mabel Lozano.

Voces contra la trata. Documental de Mabel Lozano.

Escúchame. Corto de Mabel Lozano.

La noche de Jhinna. Documental de Jerónimo Centurión y Natalia Vizcarra.

Half the sky. Nicholas D. Kristof & Sheryl Wudunn. A Knopf Book.

Esclavas del poder. Lydia Cacho. Editorial Debate.

La trata de personas en la región de Madre de Dios. Capital Humano y Social Alternativo y Asociación Huarayo.

Engañadas y encerradas. Casos de tratas de personas. Perú 2010. Capital Humano y Social Alternativo.

Del abandono social a la explotación sexual [testimonios de dos víctimas en Iquitos]. Andrea Querol Lipcovich.

# Epílogo

La imagen de mujeres extranjeras semidesnudas en rotondas, calles y parques de España era algo más que un paisaje exótico, algo más que una pregunta sobre la sexualidad de esos hombres que siguen consumiendo prostitución pese a los avances sociales de los últimos 30 años en las relaciones personales. Era un serio problema social, el de la esclavitud sexual, el de la trata de mujeres, tocando a las puertas de Europa igual que las muertes por naufragio del Mediterráneo o la captación y los atentados yihadistas. El continente ha pretendido blindar su riqueza, su bienestar, levantando murallas reales y virtuales. La crisis económica generada, entre otras razones, por el abuso en el consumo, no solo no ha evitado que la miseria y las guerras toquen a las puertas de Europa sino que ha profundizado incluso más su manifestación dentro del muro de confort.

La crisis ha acentuado la explotación sexual de las mujeres y ha empeorado la posibilidad de que reciban asistencia, también ha acrecentado la desesperanza de los jóvenes, de los hijos de inmigrantes criados en la exclusión, o de los europeos de toda la vida que no encuentran en esta sociedad una posibilidad de desarrollo.

En su primera novela, Charo Izquierdo ha pintado colores, sabores y olores a la selva sudamericana, a ese sitio que asoma exótico de naturaleza a nuestra mente cuando tratamos con una de las mujeres que pueblan nuestra vida cotidiana desde hace unos años como asistentas, camareras o dependientas. También ha puesto palabras a la pobreza y a una sociedad tan genuinamente patriarcal que expulsa cada año a miles de personas, en su mayoría mujeres, a buscar la vida fuera del precario ambiente familiar, cuando apenas han superado los 12 años de vida.

Putas no soy cuenta que la selva era más que pisco, ceviche y ropas coloridas. Charo acerca la selva como decorado de una vida de miseria, en la que también las mujeres son agentes relevantes de la esclavitud sexual. Mujeres que ayudan al «bicho» a someter a otras mujeres. Madres y tías que entregan a jóvenes a las mafias a cambio de unos pocos dineros. Madres que sufrieron la violencia por ser mujeres, que fueron golpeadas o violadas y, en lugar de buscar un mundo mejor



para sus hijas, se liberan de ellas entregándolas para la explotación. Mujeres que engañan a mujeres para que hombres sedientos de amor y marcados por el deseo insatisfecho martiricen sus cuerpos.

Louis, el protagonista de *Putas no soy*, el todopoderoso director general de una televisión española cualquiera, representa la avanzadilla social, aunque también las contradicciones vigentes. Un hombre joven, moderno, con dinero, poder y un trabajo altamente reconocido, un hombre tan sensible a la vez a las historias personales de su gente cercana, a la que puede poner nombre y cara, como al éxito laboral, traducido en los datos de audiencia que pueden darle sus historias personales. Un hombre moderno que perpetúa de una forma moderna el sistema patriarcal, consumiendo prostitución y manteniendo a una mujer deseada eternamente como amante.

Se puede entender qué lleva a un hombre de la selva peruana a buscar su sustento en la explotación sexual, la pobreza consuetudinaria, la falta de recursos culturales y siglos de un patriarcado en su más pura esencia todavía, que han situado a la mujer como un objeto que satisface el deseo, cría a los hijos y resuelve los problemas domésticos. Pero ¿qué lleva a los hombres europeos a consumir prostitución?

Básicamente lo mismo, por lo que he podido leer llevada por la curiosidad que crea la ficción de Charo. Cuatro de cada diez hombres consumen prostitución en España, con euros que alimentan mafias, violencia y esclavitud dentro de nuestras fronteras, a escasos metros de nuestros escenarios cotidianos, incluso desde dentro.

De la lectura de estudios psicológicos he podido deducir que la más potente de las razones es el deseo de someter a la mujer, de vencer en lugar de convencer, de tomar por asalto su cuerpo en lugar de seducir, de convertirla en propiedad, en presa, durante el tiempo pagado. Pago, luego uso, porque pago es mío.

Otra de las razones es la dificultad para establecer relaciones personales, la timidez extrema, el terror que inspira en los frágiles la incorporación de la mujer a las tareas, usos y costumbres durante milenios reservados a los hombres. También la insatisfacción en la pareja y la incapacidad de romperla lleva a los hombres a buscar mujeres de pago. Siempre hablando de ese segmento de hombres que consumen prostitución, solo de esos hombres, el 40%, cuatro de cada diez. Miremos a nuestro alrededor, hagamos cuentas.

Hombres incapaces de evolucionar desde el descascarado sistema patriarcal en el que han sido educados, del mismo modo que mujeres que pretenden que sus

hombres les sigan manteniendo los hijos, comprando las casas o pagando las vacaciones, que eligen de los avances del feminismo solo lo que conviene a sus egoístas intereses económicos. Que no se trata de una lucha de mujeres contra hombres o viceversa, sino del progreso de ambos. Estamos a mitad de camino, no podemos ya volver atrás, pero cómo cuesta seguir adelante.

Y, ya puestos, hagamos también cábalas. Podemos imaginar el futuro de Julia, un nuevo amor con un hombre de los más nuevos, un nuevo trabajo sin el vínculo emocional que la unía a su salvador y el dolor para toda la vida. Mitigado por el amor, la amistad, la recompensa de ayudar a otras mujeres, pero dolor al fin para siempre. Como esas 30.000 mujeres que, según la oficina estadística comunitaria Eurostat, han sido víctimas de la trata de seres humanos en Europa entre 2010 y 2012. Un 28% más que en el trienio 2008-2010.

Parece que también podemos imaginar el futuro de Louis, muy probablemente dividido para siempre entre la esposa, su «petrolera», y las demás. ¿Por qué debería recurrir a la prostitución o al encadenamiento de amantes un hombre felizmente casado con una mujer que dibuja su propia vida? Quién sabe, tejiendo hipótesis, a lo mejor por eso, por seguir dejando claro que, pese a la independencia profesional de su mujer, él sigue siendo el macho, el que manda. Seguirá, seguramente, promoviendo entrevistas y reportajes que denuncian la trata de mujeres con fines sexuales, desde su alto cargo en un medio de comunicación. Es poco probable, sin embargo, que se arriesgue a profundizar en las razones que perpetúan el sistema patriarcal desde cada uno de los contenidos que se crean en su medio, en este caso la televisión, pero da igual que se trate de radio, prensa o nuevas plataformas.

Pablo, sin embargo, representa al hombre bisagra, comprometido con el cambio, dispuesto a arriesgar y disfrutar de una mujer en condiciones de igualdad. El hombre hijo del sistema desigual que, además de denunciar y colaborar, se adentra en una nueva manera de vivir, se pregunta, se anima.

Es obligatorio contar a nuestros jóvenes, y a todos nuestros hombres, que el 70% de las mujeres que se prostituyen en Europa lo hacen obligadas. El 65% de las esclavas sexuales proceden de países europeos, de Rumania y Bulgaria principalmente. Otro gran porcentaje llega de Nigeria o Brasil; mujeres, muchas veces niñas, a las que se les ha prometido un trabajo en una tienda, en un bar, en cualquier caso una vida mejor que las de las familias que dejan atrás en su país natal. La trata de personas para la esclavitud sexual se ha convertido en el segundo negocio clandestino más lucrativo del mundo, después del tráfico de armas y por delante del de drogas.

¿Saben los hombres que pagan prostitución que un gran porcentaje de las mujeres son obligadas? La Policía Nacional y la Guardia Civil trabajan de manera coordinada con sus homólogos europeos para investigar y perseguir la trata de mujeres; distintas organizaciones nacionales e internacionales colaboran en la protección a las víctimas, unas pocas, que consiguen salir de la explotación. Puta no soy relata el doloroso camino de salida, la dificultad para incorporarse a la sociedad, la inestabilidad psicológica, la incapacidad para sentir su sexualidad.

Denuncia, asistencia, pero también urgente educación sexual en las familias. Cada uno de los jóvenes tentados a celebrar un fin de curso o un cumpleaños pagando prostitutas debe saber que tiene una altísima probabilidad de mantener una relación sexual con una mujer que no quiere hacerlo, que deambula por polígonos o locales porque le han retirado el pasaporte, porque sus familias fueron las que las entregaron a las mafias y ya no tienen vuelta atrás, porque la vida les grabó en la frente desde pequeñas que no iban a servir para otra cosa. Estamos obligados a generar un debate que llegue al diálogo, al discurso de cada familia, de cada aula. Tenemos que conseguir que los potenciales consumidores se pongan por un momento en la piel de ellas. Debemos lograr que la sexualidad de estos hombres se desvincule del poder, del sometimiento del otro.

Mirta Drago  
Directora de Comunicación de  
Mediaset España



CHARO IZQUIERDO es licenciada en Ciencias de la Información por la Universidad Complutense de Madrid. Ha sido redactora jefe de las revistas *Dunia* y *Geo*, subdirectora de *Vogue*, directora de *Elle*, *estarguapa.com*, *Yodonay* *Grazia*. Ha recibido varios premios, entre los que destaca el de periodismo 8 de marzo de la Comunidad de Madrid; el de la Federación de Directivas Profesionales y Empresarias de España; el de Directiva del Año, otorgado por ASEME; el Estrategia Directiva, por su contribución a la difusión de la imagen de la mujer; un reconocimiento del Ministerio de Igualdad por su contribución a la eliminación de la violencia contra las mujeres y, en Naciones Unidas, uno de los Women Together. En 2012 fue distinguida como una de las 500 personas más influyentes en España y también figura en la lista de las Top100 Mujeres Líderes en España. Es miembro del International Women Forum España, del Instituto de Consejeros y Administradores y socia de la red de mujeres Womenalia. Es CEO de Charo Izquierdo Acciones de Comunicación, así como miembro del consejo asesor de Atrevia, consejera de Wealth Advisory Services y patraña de Save The Children España.